



ALLEGIAN'T

VERONICA ROTH



LEALTAD A UNA CAUSA





ÍNDICE

Sinopsis	30
Epígrafe	31
1	32
2	33
3	34
4	35
5	36
6	37
7	38
8	39
9	40
10	41
11	42
12	43
13	44
14	45
15	46
16	47
17	48
18	49
19	50
20	51
21	52
22	53
23	54
24	55
25	56
26	Epílogo
27	Sobre la Autora
28	Créditos
29	



SINOPSIS

Una elección te definirá.
¿Y si todo tu mundo era una mentira?

¿Y si una simple revelación, como una simple elección, cambiara todo?

¿Y si el amor y la nobleza te hacen hacer cosas que jamás esperaste?

Para Tris Prior, la sociedad basada en facciones que conocía y en la que creía fue destruida por la corrupción del poder, la codicia, la pérdida y la violencia. Así que cuando tiene la oportunidad de ver y experimentar el mundo más allá de las paredes de su distópica Chicago, está lista para eso. Tal vez, ella y Tobias encuentren una vida que es mucho más fácil y simple, libre de dolores, mentiras y traiciones.

Pero la nueva realidad de Tris es aún más alarmante que la que había dejado atrás. Antiguos descubrimientos se vuelven rápidamente sin sentido. Nuevas verdades cambian a aquellos a quienes ama. Y una vez más, Tris debe luchar para comprender las complejidades de la naturaleza humana —y de sí misma— mientras se enfrenta a decisiones imposibles sobre el coraje, la lealtad, el sacrificio y el amor.

Tercer Libro de la Trilogía Divergente





EPÍGRAFE

*Cada pregunta que pueda ser contestada
debe ser contestada o al menos comprometida.*

*Procesos de pensamiento ilógicos deben ser
cuestionados cuando se presentan.*

Las respuestas incorrectas deben ser corregidas.

Las respuestas correctas deben ser afirmadas.

... Del manifiesto de la Facción Erudición.



Traducido por Dark heaven

Corregido por Angeles Rangel

TRIS

C Camino de un lado a otro en nuestra celda en la sede de Erudición, sus palabras resonaban en mi mente: *Mi nombre será Edith Prior, y hay mucho que de lo que me siento feliz de olvidar.*

—¿Así que nunca la has visto antes? ¿Ni siquiera en fotos? —dice Christina, su pierna herida apoyada en una almohada. Ella recibió un disparo durante nuestro desesperado intento de revelar el video de Edith Prior a nuestra ciudad. En el momento en el cual no teníamos idea de lo que decía, o que rompería el fundamento de nuestras creencias, las facciones, nuestras identidades—. ¿Es una abuela o una tía o algo así?

—Te dije, no —digo, dándome vuelta cuando llego a la pared—. Prior es... fue el nombre de mi padre, por lo que tendría que ser del lado de su familia. Pero Edith es un nombre Abnegación, y los familiares de mi padre tienen que haber sido Sabiduría, así que...

—Así que ella tiene que ser más vieja —dice Cara, apoyando su cabeza contra la pared. Desde este ángulo ella se ve igual que su hermano. Will, mi amigo, al que le disparé. Luego se endereza, y el fantasma de él se ha ido—. Un par de generaciones atrás. Un antepasado.

—Antepasado. —La palabra se siente vieja dentro de mí, como ruinas de ladrillo. Toco una de las paredes de la celda mientras me doy la vuelta. El panel es frío y blanco.

Mi antepasado, y esta es la herencia que me pasó: libertad de las facciones, y el conocimiento que mi identidad Divergente es más importante de lo que podría haber sabido. Mi existencia es una señal de que tenemos que salir de esta ciudad y ofrecer nuestra ayuda para todo aquel que está fuera.



—Quiero saber —dice Cara, pasándose la mano por la cara—. Necesito saber cuánto tiempo hemos estado aquí. ¿Dejarías de pasear por *un minuto*?

Me detengo en el centro de la celda y levanto mis cejas a ella.

—Lo siento —murmura.

—Está bien —dice Christina—. Hemos estado aquí demasiado tiempo.

Han pasado días desde que Evelyn dominó el caos en el vestíbulo de la sede de Erudición con unos pocos comandos cortos y tenía todos los prisioneros empujados en las celdas de la tercera planta. Una mujer Sin Facción se acercó a cuidar nuestras heridas y distribuir analgésicos, hemos comido y duchado varias veces, pero nadie nos ha dicho lo que está pasando afuera. No importa con cuánta fuerza he preguntado.

—Pensé que Tobias ya habría venido —digo, dejándome caer en la orilla de mi cama—. ¿Dónde está?

—A lo mejor todavía está enojado porque le mentiste y trabajaste a sus espaldas con su padre —dice Cara.

La miro.

—Cuatro no sería tan mezquino —dice Christina, ya sea para castigar a Cara o para tranquilizarme, no estoy segura—. Probablemente algo está pasando que lo está manteniendo alejado. Él te dijo que confiaras en él.

En medio del caos, cuando todo el mundo estaba gritando y los Sin Facción estaban tratando de empujarnos hacia las escaleras, envolví mis dedos en el borde de su camisa para no perderlo. Él tomó mis muñecas en sus manos y me empujó, y estas fueron las palabras que me dijo: *Confía en mí. Ve a donde te dicen.*

—Lo estoy intentando —digo y es verdad. Estoy tratando de confiar en él, pero cada parte de mí, cada fibra y cada nervio, está esforzándose hacia la libertad, no sólo de esta celda sino más allá de la prisión de esta ciudad.

Tengo que ver lo que está fuera de la valla.





2

Traducido por Vero

Corregido por Mari NC

TOBIAS

No puedo caminar por estos pasillos sin recordar los días que pasé como prisionero aquí, descalzo, el dolor palpitando dentro de mí cada vez que me movía. Y con ese recuerdo hay otro más, uno de esperar a que Beatrice Prior se dirija hacia su muerte, de mis puños contra la puerta, de sus piernas colgadas en brazos de Peter cuando me dijo que estaba drogada.

Odio este lugar.

No está tan limpio como estaba cuando era la sede de Erudición, ahora está devastado por la guerra, agujeros de bala en las paredes y vidrios rotos de bombillas destrozadas por todas partes. Camino sobre marcas de pisadas sucias y debajo de luces parpadeantes a su celda y soy admitido sin discusión, porque llevo el símbolo de Sin Facción —un círculo vacío— sobre una banda negra alrededor de mi brazo y los rasgos de Evelyn en mi rostro. Tobias Eaton era un nombre vergonzoso, y ahora es uno muy poderoso.

Tris está agachada en el suelo del interior, hombro a hombro con Christina y en diagonal a Cara. Mi Tris debería verse pálida y pequeña —es pálida y pequeña, después de todo— sin embargo, la sala está llena de ella.

Sus ojos redondos encuentran los míos y se pone de pie, con los brazos firmemente apretados alrededor de mi cintura y su cara contra mi pecho.

Aprieto su hombro con una mano y corro mi otra mano por su cabello, todavía sorprendido cuando su cabello se detiene por encima de su cuello en lugar de debajo de él. Fui feliz cuando lo cortó, porque era el cabello para una guerrera y no una niña, y sabía que eso era lo que necesitaría.

—¿Cómo has entrado? —dice en voz baja y clara.



—Soy Tobias Eaton —digo, y ella se ríe.

—Cierto. Sigo olvidándolo. —Se aleja lo suficiente como para mirarme. Hay una expresión vacilante en sus ojos, como si ella fuera un montón de hojas a punto de ser esparcidas por el viento—. ¿Qué está pasando? ¿Qué te tomó tanto tiempo?

Suena desesperada, suplicante. Por todos los horribles recuerdos que este lugar conlleva para mí, evoca más para ella, el camino hacia su ejecución, la traición de su hermano, el suero del miedo. Tengo que sacarla.

Cara mira hacia arriba con interés. Me siento incómodo, como si me hubiera desplazado dentro de mi piel y no encajara más. Odio tener una audiencia.

—Evelyn tiene la ciudad bloqueada —digo—. Nadie da un paso en ninguna dirección sin que ella lo diga. Hace unos días dio un discurso sobre unirse contra nuestros opresores, las personas de afuera.

—¿Opresores? —dice Christina. Toma una ampolla de su bolsillo y vuelca el contenido en su boca, analgésicos para la herida de bala en su pierna, supongo.

Deslizo mis manos en mis bolsillos.

—Evelyn, y un montón de gente, en realidad, creen que no deberíamos salir de la ciudad sólo para ayudar a un montón de personas que nos empujaron aquí dentro, así podían utilizarnos más tarde. Quieren tratar de sanar la ciudad y resolver nuestros propios problemas en lugar de ir a resolver los ajenos. Estoy parafraseando, por supuesto —digo—. Sospecho que esa opinión es muy conveniente para mi madre, porque mientras estemos todos contenidos, ella está a cargo. Al segundo en que nos vayamos, pierde su dominio.

—Genial. —Tris pone los ojos en blanco—. Por supuesto que elegiría la ruta más egoísta posible.

—Ella tiene un punto. —Christina envuelve sus dedos alrededor de la ampolla—. No estoy diciendo que no quiero salir de la ciudad y ver lo que hay ahí fuera, pero tenemos bastante que hacer aquí. ¿Cómo se supone que vamos a ayudar a un montón de gente que nunca hemos conocido?

Tris considera esto, masticando el interior de su mejilla.



—No lo sé —admite.

Mi reloj marca las tres en punto. He estado demasiado tiempo aquí, el tiempo suficiente para que Evelyn sospeche. Le dije que venía a romper las cosas con Tris, que no tomaría mucho tiempo. No estoy seguro de que me creyera.

—Escuchen, principalmente venía a advertirles, ellos están comenzando con las pruebas para todos los prisioneros. Van a ponerlos a todos ustedes bajo suero de la verdad, y si funciona, serán condenados como traidores. Creo que a todos nos gustaría evitar eso —digo.

—¿Condenados como *traidores*? —Tris frunce el entrecejo—. ¿Cómo es revelar la verdad a toda nuestra ciudad un acto de traición?

—Fue un acto de desafío en contra de tus líderes —digo—. Evelyn y sus seguidores no quieren abandonar la ciudad. No te agradecerán por mostrar ese video.

—¡Son iguales que Jeanine! —Ella hace un gesto vacilante, como si quisiera golpear algo pero no hubiera nada disponible—. Listos para hacer cualquier cosa con tal de ahogar la verdad, y ¿para qué? ¿Para ser reyes de su diminuto mundo? Es ridículo.

No quiero decirlo, pero una parte de mí está de acuerdo con mi madre. No le debo nada a la gente fuera de esta ciudad, ya sea si soy Divergente o no. No estoy seguro de que quiera ofrecerme a ellos para resolver los problemas de la humanidad, lo que sea que eso signifique.

Pero quiero irme, en la forma desesperada en que un animal quiere escapar de una trampa. Salvaje y rabioso. Listo para roer el hueso.

—Sea como fuere —digo con cuidado—, si el suero de la verdad funciona en ustedes, serán condenadas.

—¿Si funciona? —dice Cara, entrecerrando los ojos.

—Divergente —le dice Tris, señalando su propia cabeza—. ¿Recuerdas?

—Eso es fascinante. —Cara mete un mechón de cabello perdido en el nudo justo por encima de su cuello—. Pero atípico. En mi experiencia, la mayoría de los Divergentes no pueden resistir el suero de la verdad. Me pregunto por qué tú puedes.



—Tú y cualquier otro Erudito que alguna vez pinchó una aguja en mí — espeta Tris.

—¿Podemos concentrarnos, por favor? Me gustaría no tener que sacarlas de la cárcel —digo. De repente desesperado por consuelo, alcanzo la mano de Tris, y ella trae sus dedos hasta encontrarse con los míos. No somos personas que se tocan el uno al otro descuidadamente, cada punto de contacto entre nosotros se siente importante, un torrente de energía y alivio.

—Está bien, está bien —dice, suavemente ahora—. ¿Qué tienes en mente?

—Conseguiré que Evelyn te deje testificar primero, de ustedes tres —digo—. Todo lo que tienes que hacer es encontrar una mentira que exonere tanto a Christina como a Cara, y luego decirla bajo el suero de la verdad.

—¿Qué clase de mentira haría eso?

—Pensaba que podría dejarte eso a ti —le digo—. Ya que eres la mejor mentirosa.

Sé mientras estoy diciendo las palabras que éstas golpean un punto sensible en los dos. Ella me mintió muchas veces. Me prometió que no iría a su muerte en la sede de Erudición cuando Jeanine exigió el sacrificio de un Divergente, y luego lo hizo de todos modos. Me dijo que iba a quedarse en casa durante el ataque a Erudición, y luego la encontré en la sede de Erudición, trabajando con mi padre. Entiendo por qué hizo todas esas cosas, pero eso no quiere decir que no estemos todavía rotos.

—Sí. —Ella mira sus zapatos—. Está bien, voy a pensar en algo.

Pongo mi mano en su brazo.

—Hablaré con Evelyn acerca de tu juicio. Voy a tratar de hacerlo pronto.

—Gracias.

Siento el impulso, familiar ahora, de arrancarme a mí mismo de mi cuerpo y hablar directamente dentro de su mente. Es la misma urgencia, me doy cuenta, que me hace querer besarla cada vez que la veo, porque incluso una brizna de distancia entre nosotros es exasperante. Nuestros dedos, entrelazados débilmente hace un momento, ahora se aferran unidos, su mano pegajosa con la humedad, la mía áspera en los lugares en los que he agarrado demasiadas manijas en demasiados trenes en movimiento. Ahora



ella se ve pálida y pequeña, pero sus ojos me hacen pensar en cielos abiertos que nunca he visto en realidad, sólo he soñado.

—Si se van a besar, háganme un favor y díganme así puedo mirar hacia otro lado —dice Christina.

—Vamos a hacerlo —dice Tris—. Y te lo decimos.

Toco su mejilla para enlentecer el beso, sosteniendo su boca sobre la mía, así puedo sentir cada lugar en donde nuestros labios se tocan y cada lugar donde se separan. Saboreo el aire que compartimos al segundo después y el deslizamiento de su nariz sobre la mía. Pienso en algo que decir pero es demasiado íntimo, así que me lo trago. Un momento después decido que no me importa.

—Desearía que estuviéramos solos —le digo mientras retrocedo fuera de la celda.

Ella sonrío.

—Yo casi siempre deseo eso.

Mientras cierro la puerta, veo a Christina fingiendo vomitar, y a Cara riendo, y las manos de Tris colgando a sus costados.

Traducido por Mari NC

Corregido por Vero

TRIS

—Creo que todos ustedes son idiotas. —Mis manos se cierran en mi regazo como los de un niño durmiendo. Mi cuerpo está cargado de suero de la verdad. El sudor se acumula en mis párpados—. Deberían darme las gracias, no cuestionarme.

—¿Debemos darte las gracias por desafiar las instrucciones de los líderes de las facciones? ¿Gracias por tratar de impedir a uno de los líderes de tu facción que matara a Jeanine Matthews? Te comportaste como una traidora. —Evelyn Johnson escupe la palabra como una serpiente. Estamos en la sala de conferencias en la sede de Erudición, donde los ensayos se llevan a cabo. He estado prisionera durante al menos una semana.

Veo a Tobias, medio escondido en las sombras detrás de su madre. Ha mantenido sus ojos apartados desde que me senté en la silla y ellos cortaron la tira de plástico amarrando mis muñecas. Durante sólo un momento, sus ojos tocan los míos, y sé que es el momento de empezar a mentir.

Es más fácil ahora que sé que puedo hacerlo. Tan fácil como empujar el peso del suero de la verdad a un lado en mi mente.

—No soy una traidora —digo—. En ese momento yo creía que Marcus estaba trabajando bajo las órdenes de Osadía-Sin Facción. Como yo no podía unirme a la lucha como un soldado, estaba dispuesta a ayudar con algo más.

—¿Por qué no podías ser un soldado? —Una luz fluorescente brilla detrás del cabello de Evelyn. No puedo ver su cara, y no puedo concentrarme en nada por más de un segundo antes de que el suero de la verdad amenace con dominarme de nuevo.



—Porque —Me muerdo el labio, como si estuviera tratando de detener las palabras de salir corriendo. No sé cuando me volví tan buena actuando, pero supongo que no es tan diferente de mentir, para lo cual siempre he tenido un gran talento—, porque no podía sostener un arma, ¿de acuerdo? No después de dispararle... a él. Mi amigo Will. No podía sostener un arma sin entrar en pánico.

Los ojos de Evelyn se aprietan fuertemente. Sospecho que, incluso en las partes más suaves de ella, no hay ninguna simpatía por mí.

—Así que Marcus te dijo que estaba trabajando bajo mis órdenes —dice ella—, y ni siquiera sabiendo lo que sabías sobre su relación bastante tensa tanto con los de Osadía como con los Sin Facción, ¿le creíste?

—Sí.

—Puedo ver por qué no elegiste Erudición. —Ella se ríe.

Mis mejillas hormiguean. Me gustaría darle una bofetada, como estoy segura de que muchas de las personas en esta sala querrían, a pesar de que no se atreven a admitirlo. Evelyn nos tiene a todos atrapados en la ciudad, controlada por miembros Sin Facción armados patrullando en las calles. Ella sabe que quien tiene las armas tiene el poder. Y con Jeanine Matthews muerta, no hay nadie para cuestionarla por ello.

De un tirano a otro. Ese es el mundo que conocemos, ahora.

—¿Por qué no le dijiste a nadie acerca de esto? —dice.

—Yo no quería tener que admitir ninguna debilidad —digo—. Y no quería que Cuatro supiera que estaba trabajando con su padre. Sabía que no le gustaría. —Siento las nuevas palabras levantándose en mi garganta, impulsadas por el suero de la verdad—. Te he traído la verdad acerca de nuestra ciudad y de la razón por la que estamos en ella. Si no me estás dando las gracias por ello, debes por lo menos *hacer* algo al respecto en lugar de estar aquí en este lío que hiciste, ¡fingiendo que es un trono!

La sonrisa burlona de Evelyn se tuerce como si hubiera probado algo desagradable. Ella se inclina cerca de mi cara, y veo por primera vez la edad que tiene; veo las líneas que enmarcan sus ojos y su boca, y la palidez malsana que lleva de años de comer muy poco. Aún así, es guapa como su hijo. Cerca de la inanición no podía aceptar eso.



—Estoy haciendo algo al respecto. Estoy haciendo un nuevo mundo —dice, y su voz se vuelve aún más baja, por lo que apenas puedo oírla—. Estaba en Abnegación. He sabido la verdad mucho más tiempo de lo que tú lo haces, Beatrice Prior. No sé cómo de lejos estás llegando con esto, pero te prometo, tú no tendrás un lugar en mi nuevo mundo, especialmente no con mi hijo.

Yo sonrío un poco. No debería, pero es más difícil suprimir gestos y expresiones que palabras, con este peso en mis venas. Ella cree que Tobias le pertenece a ella ahora. Ella no sabe la verdad, que pertenece a sí mismo.

Evelyn se endereza, cruzando los brazos.

—El suero de la verdad ha revelado que, si bien puedes ser una tonta, no eres una traidora. Este interrogatorio se ha terminado. Puedes irte.

—¿Qué hay de mis amigas? —digo lentamente—. Christina, Cara. No hicieron nada malo tampoco.

—Vamos a tratar con ellas pronto —dice Evelyn.

Me quedo de pie, aunque estoy débil y mareada por el suero. La habitación está llena de gente, hombro con hombro, y no puedo encontrar la salida durante unos largos segundos, hasta que alguien toma mi brazo, un chico de cálida piel morena y una amplia sonrisa: Uriah. Él me guía hacia la puerta. Todo el mundo empieza a hablar.

ALLEGIAN.T

Uriah me lleva por el pasillo hacia el ascensor. Las puertas del ascensor se abren cuando toca el botón, y lo sigo al interior, todavía inestable en mis pies. Cuando las puertas se cierran, digo:

—¿No crees que la parte sobre el desorden y el trono fue demasiado?

—No. Ella espera que seas impulsiva. Podría haber sido sospechoso si no lo hubieras sido.

Siento que todo dentro de mí está vibrando con energía, en previsión de lo que está por venir. Soy libre. Vamos a encontrar una manera de salir de la





ciudad. No más espera, pasearse en una celda, exigiendo respuestas que no voy a obtener de los guardias.

Los guardias me han dicho algunas cosas sobre el nuevo orden Sin Facción esta mañana. Los ex miembros de facción están obligados a acercarse a la sede de Erudición y mezclarse, no más de cuatro miembros de una facción particular en cada vivienda. Tenemos que mezclar nuestra ropa, también. Me dieron una camisa amarilla de Verdad y pantalón negro de Osadía más temprano, como resultado de ese edicto particular.

—Muy bien, estamos en este pasillo... —Uriah me guía al salir del ascensor. Este piso de la sede de Erudición es todo de cristal, incluso las paredes. La luz del sol se refracta a través de él y arroja astillas de arcoíris a través del piso. Yo protejo mis ojos con una mano y sigo a Uriah a una habitación larga y estrecha con camas a cada lado. Al lado de cada cama hay una vitrina para la ropa y libros, y una pequeña mesa.

—Lo que solía ser la residencia de los Eruditos iniciados —dice Uriah—. Ya reservé camas para Christina y Cara.

Sentadas en una cama cerca de la puerta hay tres chicas en camisetas rojas —chicas de Cordialidad, me imagino— y en el lado izquierdo de la habitación, una mujer mayor yace en una de las camas, las gafas colgando de una oreja, posiblemente una de los Eruditos. Sé que debería tratar de dejar de ubicar a la gente en las facciones cuando los veo, pero es un viejo hábito difícil de romper.

Uriah cae en una de las camas en la esquina trasera. Me siento en la de al lado de él, contenta de estar libre y en reposo, por fin.

—Zeke dice que a veces toma un poco de tiempo para los Sin Facción procesar exoneraciones, por lo que deberían salir más tarde —dice Uriah.

Por un momento, me siento aliviada de que todos los que me importan va a estar fuera de la cárcel para esta noche. Pero entonces recuerdo que Caleb está todavía allí, porque era una lacaya bien conocida de Jeanine Matthews y los Sin Facción nunca la exonerarán. Pero, ¿hasta dónde llegarán para destruir la marca que Jeanine Matthews dejó en esta ciudad? No lo sé.

No me importa, pienso. Pero incluso mientras lo hago, sé que es una mentira. Él sigue siendo mi hermano.



—Bien —digo—. Gracias, Uriah.

Él asiente, e inclina la cabeza contra la pared para sostenerla.

—¿Cómo estás? —digo—. Quiero decir... Lynn...

Uriah había sido amigo de Lynn y Marlene más tiempo del que yo los había conocido, y ahora ambas están muertas. Me siento como que podría ser capaz de entender, después de todo, he perdido a dos amigos también, Al por las presiones de la iniciación y Will por la simulación de ataque y mis propias acciones precipitadas. Pero yo no quiero pretender que nuestro sufrimiento es el mismo. Por un lado, Uriah conocía a sus amigas mejor que yo.

—No quiero hablar de ello. —Uriah niega con la cabeza—. O pensar en ello. Sólo quiero seguir adelante.

—Está bien. Entiendo. Sólo... hazme saber si necesitas...

—Sí. —Me sonrío y se levanta—. Tú estás bien, ¿verdad? Le dije a mi mamá que la visitaría esta noche, así que tengo que irme pronto. Oh, casi se me olvidó decirte, Cuatro dijo que quiere encontrarse contigo más tarde.

Me pongo más erguida.

—¿En serio? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Poco después de las diez, en el Parque Millennium. En el césped. —Él sonrío—. No te emociones demasiado, tu cabeza va a explotar.

4

Traducido por Mari NC

Corregido por Vero

TOBIAS

Mi madre siempre se sienta en el borde de las cosas —sillas, repisas, mesas— como si sospechara que tendría que huir en un instante. Esta vez es el viejo escritorio de Jeanine en la sede de Erudición en lo que se sienta en el borde, sus dedos del pie se balancean sobre el suelo y la luz turbia de la ciudad brillando detrás de ella. Es una mujer de músculo torcido alrededor del hueso.

—Creo que tenemos que hablar acerca de tu lealtad —dice ella, pero no suena como si me estuviera acusando de algo, solo suena cansada. Por un momento parece tan agotada que me siento como si pudiera ver a través de ella, pero luego se endereza, y el sentimiento se ha ido.

—En última instancia, fuiste tú quien ayudó a Tris y consiguió que el vídeo se revelara —dice ella—. Nadie lo sabe, pero *yo* lo sé.

—Escucha. —Me inclino hacia delante para apoyar los codos en las rodillas—. No sabía lo que había en ese archivo. Confié en el juicio de Tris más que en el mío. Eso es todo lo que pasó.

Pensé que decirle a Evelyn que rompí con Tris le haría más fácil a mi madre confiar en mí, y estaba en lo cierto: ha estado más cálida, más abierta, desde que le dije esa mentira.

—¿Y ahora que has visto el video? —dice Evelyn—. ¿Qué piensas ahora? ¿Crees que deberíamos dejar la ciudad?

Yo sé lo que quiere que diga: que no veo ninguna razón para unirnos al mundo exterior, pero no soy un buen mentiroso, así que en su lugar selecciono una parte de la verdad.

—Tengo miedo de ello —digo—. No estoy seguro de que sea inteligente salir de la ciudad conociendo los peligros que podrían estar allí fuera.



Ella me considera por un momento, mordiéndose el interior de la mejilla. Aprendí ese hábito de ella: yo solía masticar mi piel cruda mientras esperaba a que mi padre volviera a casa, inseguro de qué versión de él afrontaría, la del Abnegado confiable y venerado, o la de cuyas manos me golpean.

Paso mi lengua a lo largo de las cicatrices de mordedura y trago la memoria como si fuera bilis.

Ella se desliza fuera de la mesa y se mueve a la ventana.

—He estado recibiendo informes preocupantes de una organización rebelde entre nosotros. —Ella mira hacia arriba, levantando una ceja—. La gente siempre se organiza en grupos. Eso es un hecho de nuestra existencia. No esperaba que sucediera tan rápidamente.

—¿Qué tipo de organización?

—El tipo que quiere dejar la ciudad —dice—. Lanzaron una especie de manifiesto esta mañana. Se hacen llamar los Leales. —Cuando ella ve mi mirada confusa, añade—: Porque están *aliados* con el propósito original de nuestra ciudad, ¿ves?

—El propósito original... quieres decir, ¿lo que había en el video de Edith Prior? ¿Que debemos enviar a la gente fuera cuando la ciudad tenga una gran población Divergente?

—Eso, sí. Pero también viviendo en facciones. Los Leales claman que estamos destinados a estar en facciones porque hemos estado en ellas desde el principio. —Ella niega con la cabeza—. Algunas personas siempre temerán al cambio. Pero no podemos satisfacerlos.

Con las facciones desmanteladas, una parte de mí se siente como un hombre liberado de un largo aprisionamiento. No tengo que evaluar si cada pensamiento que tengo o decisión que tomo encaja en una ideología estrecha. No quiero que las facciones regresen.

Pero Evelyn no nos ha liberado como ella piensa, sólo nos hizo Sin Facción. Tiene miedo de lo que elegiríamos, si nos dieran la libertad real. Y eso significa que no importa lo que yo crea acerca de las facciones, me siento aliviado de que alguien, en algún lugar, esté desafiándola.

Compongo mi rostro en una expresión vacía, pero mi corazón está latiendo más deprisa que antes. He tenido que tener cuidado, estar en buenos





términos con Evelyn. Es fácil para mí mentirle a todo el mundo, pero es más difícil mentirle a ella, la única persona que conocía todos los secretos de nuestra casa Abnegada, la violencia contenida dentro de sus muros.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —digo.

—Voy a ponerlos bajo control, ¿qué más?

La palabra “control” hace que me siento con la espalda recta, tan rígido como la silla debajo de mí. En esta ciudad, “control” significa agujas, sueros y viendo sin ver; significa simulaciones, como la que casi me hace matar a Tris, o la que convirtió a los de Osadía en un ejército.

—¿Con simulaciones? —digo lentamente.

Ella frunce el ceño.

—¡Por supuesto que no! ¡No soy Jeanine Matthews!

Su destello de ira me corta. Digo:

—No te olvides que apenas te conozco, Evelyn.

Ella hace una mueca ante el recuerdo.

—Entonces déjame decirte que nunca voy a recurrir a simulaciones para salirme con la mía. La muerte sería mejor.

Es posible que la muerte es lo que vaya a utilizar: matar personas sin duda los mantendría tranquilos, reprimiría su revolución antes de que comience. Quienesquiera que sean los Leales, tienen que ser advertidos, y rápidamente.

—Puedo averiguar quiénes son —digo.

—Estoy segura de que puedes. ¿Por qué otra cosa te habría dicho acerca de ellos?

Hay un montón de razones por las que me lo diría. Para ponerme a prueba. Para atraparme. Para alimentarme con información falsa. Yo sé lo que mi madre es: ella es alguien para quien el fin justifica los medios de conseguirlo, lo mismo que mi padre, y lo mismo, a veces, que yo.

—Lo haré, entonces. Los encontraré.



Me levanto, y sus dedos, frágiles como ramas, se cierran alrededor de mi brazo.

—Gracias.

Me obligo a mirarla. Sus ojos están cerca uno del otro sobre su nariz, la que se engancha en el extremo, como la mía. Su piel es de un color intermedio, más oscura que la mía. Por un momento la veo en gris Abnegación, su cabello grueso atado atrás con una docena de alfileres, sentada en la mesa de la cena para mí. La veo agachada delante de mí, arreglando mis desordenados botones de la camisa antes de ir a la escuela, y de pie junto a la ventana, mirando la calle homogénea buscando el auto de mi padre, con las manos entrelazadas... no, cerradas, con los nudillos tan blancos por la tensión. Nos unimos en el miedo entonces, y ahora que ella no tiene más miedo, una parte de mí quiere ver lo que sería unirse con ella en la fuerza.

Siento un dolor, como si la traicionara, la mujer que solía ser mi única aliada, y me doy la vuelta antes de que pueda tener todo de nuevo y pedir disculpas.

Dejo la sede de Erudición en medio de una multitud de personas, mis ojos confundidos, automáticamente en busca de los colores de las facciones cuando no hay ninguna restante. Estoy usando una camisa gris, jeans, zapatos negros: ropa nueva, pero por debajo de ellos, mis tatuajes de Osadía. Es imposible borrar mis elecciones. Especialmente éstas.

TRIS

Pongo mi alarma a las diez en punto y me duermo enseguida, sin siquiera ponerme en una posición cómoda. Unas pocas horas después los pitidos no me despiertan, pero el frustrante grito de alguien más a través del cuarto sí. Apago la alarma, corro mis dedos a través de mi cabello y medio camino, medio trote a una de las escaleras de emergencia. La salida al final me hará salir al callejón, donde probablemente no seré detenida.

Una vez que estoy afuera, el aire frío me despierta. Jalo las mangas hacia mis dedos para mantenerlos calientes.

El verano finalmente está terminando. Hay unas pocas personas dando vueltas por la entrada de la sede de Erudición, pero ninguna de ellas se da cuenta de que me deslizo a través de la Avenida Michigan. Hay algunas ventajas de ser pequeña.

Veo a Tobias de pie en medio del césped, usando colores mezclados de facciones, una camiseta gris, jeans y una sudadera negra con capucha, representando todas las facciones a las que mi prueba de aptitud me dijo que estaba calificada. Una mochila descansa sobre sus pies.

—¿Cómo lo hice? —digo cuando estoy lo suficientemente cerca para que me escuche.

—Muy bien —dice—. Evelyn todavía te odia, pero Christina y Cara han sido liberadas sin cuestionamiento.

—Bien —sonrió.

Aprieta la parte delantera de mi camisa, justo por encima de mi estómago y me tira hacia él, besándome suavemente.

—Vamos —dice mientras se aleja—. Tengo un plan para esta tarde.

—¿De verdad?

—Sí, bueno, me di cuenta que nunca hemos tenido una cita de verdad.

—El caos y la destrucción tienden a quitarle a una persona posibilidades de citas.

—Quisiera experimentar este fenómeno de una “cita”. —Camina hacia atrás, hacia la gigantesca estructura metálica en el otro extremo del jardín, y lo sigo—. Antes, sólo fui a citas en grupo y por lo general eran un desastre. Siempre terminaban con Zeke besándose con cualquier chica que pretendiera hacerlo, y yo sentado en un silencio incómodo con una chica que de alguna manera había ofendido desde el principio.

—No eres muy agradable —digo, riendo.

—No eres quién para hablar.

—Oye, podría ser agradable si tratara.

—Mmm. —Se da golpecitos en su quijada—. Di algo agradable entonces.

—Eres muy guapo.

Sonríe, sus dientes un flash en la oscuridad.

—Me gusta eso de “algo agradable”.

Llegamos al final del césped. La estructura metálica es más grande y extraña de cerca de lo que era de lejos. Es realmente un escenario y creando un arco por encima de ella están grandes placas de metal que se curvan en direcciones diferentes, como un envase de aluminio explotado. Recorreremos una de las placas en el lado derecho de la parte posterior del escenario, que se eleva en un ángulo de la tierra. Allí, vigas metálicas apoyan las placas desde atrás. Tobias asegura su mochila en sus hombros y agarra una de las vigas. Escalando.

—Esto se siente familiar —digo. Una de las primeras cosas que hicimos juntos fue escalar la rueda de la fortuna, pero esa vez era yo, y no él, quien nos forzó a subir más alto.

Me enrolló mis mangas y lo sigo. Mi hombro está todavía adolorido por la herida de bala, pero está casi sanado. Aún así, llevo más mi peso hacia mi



brazo izquierdo y trato de empujarme con los pies lo más posible. Miro hacia la maraña de barras por debajo de mí y más allá de ellas, el suelo, y me río.

Tobias se sube a un lugar donde dos placas de metal se encuentran en forma de V, dejando espacio suficiente para sentarse dos personas. Se empuja hacia atrás, colocándose entre las dos placas, y me alcanza por la cintura para ayudarme cuando estoy lo suficientemente cerca. Realmente no necesito ayuda, pero no lo digo, estoy demasiado ocupada disfrutando de sus manos sobre mí.

Saca una cobija de su mochila y nos cubre con ella, luego saca dos vasos de plástico.

—¿Te gustaría algo que te despeje la mente o algo que la ponga borrosa? —dice, buscando en la mochila.

—Mmm... —Inclino mi cabeza—. Que la despeje. Creo que tenemos algunas cosas de las que hablar, ¿cierto?

—Sí.

Saca una pequeña botella con un líquido claro y burbujeante, diciendo:

—Lo robé de la cocina de Erudición. Aparentemente es deliciosa.

Vierte un poco en cada vaso, y tomo un sorbo. Sea lo que sea, es dulce como el almíbar con sabor a limón y me hace temblar un poco. Mi segundo sorbo es mejor.

—Cosas de las que hablar —dice.

—Cierto.

—Bueno... —Tobias frunce el ceño ante su vaso—. Bien, entiendo por qué trabajaste con Marcus y por qué sentiste como que no podías decirme, pero...

—Pero estás molesto —digo—. Porque te mentí. En muchas ocasiones.

Él asiente, sin mirarme.

—Ni siquiera es por lo de Marcus. Es mucho más profundo que eso. No sé si puedes entender lo que es despertar solo y saber que te habías ido, —A





tu muerte, es lo que sospecho que quiere decir, pero él ni siquiera puede decir las palabras—, a la sede de Erudición.

—No, probablemente no puedo entenderlo. —Tomo otro sorbo, pasando la bebida azucarada por toda mi boca antes de tragarla—. Escucha, yo... yo solía pensar acerca de dar mi vida por cosas, pero no entendía lo que era realmente “dar tu vida” hasta ese momento, a punto de que me la quitaran.

Miro arriba hacia él y finalmente, él me mira.

—Lo sé ahora —digo—. Sé que quiero vivir. Sé que quiero ser honesta contigo. Pero... pero no puedo hacer eso, no lo haré, si no confías en mí, o si me hablas de esa manera condescendiente en que algunas veces lo haces...

—¿Condescendiente? —dice—. Estabas haciendo cosas ridículas, arriesgadas...

—Sí —digo—. ¿Y crees que realmente ayuda hablarme como si fuera una niña que no sabe nada?

—¿Qué más se supone que debía hacer? —demanda—. ¡No veías razón!

—¡Tal vez razón no era lo que necesitaba! —Me enderezo, incapaz de pretender que sigo relajada—. Me sentía como si estuviese siendo comida viva por la culpa, y lo que necesitaba era tu paciencia y tu amabilidad, no que me gritaras. Oh, y me ocultaras tus planes como si no pudiera manejarlo...

—No quería agobiarte más de lo que estabas.

—Entonces, ¿piensas que soy una persona fuerte o no? —Le frunzo el ceño—. Porque parece pensar que puedo aceptar cuando me estás regañando pero, ¿no crees que puedo manejar algo más? ¿Qué significa eso?

—Claro que pienso que eres una persona fuerte. —Niega con la cabeza—. Es sólo que... no estoy acostumbrado a decirles cosas a las personas. Estoy acostumbrado a manejar las cosas por mí mismo.

—Soy confiable —digo—. Puedes confiar en mí. Y puedes dejarme ser el juez de lo que puedo manejar.



—Bien —dice, asintiendo—, pero no más mentiras. Nunca más.

—Bien.

Me siento tiesa y oprimida, como si mi cuerpo estuviese obligado a estar en algo demasiado pequeño para él, pero no es así como quiero que la conversación termine, por lo que alcanzo su mano.

—Siento haberte mentido —digo—. De verdad que lo siento.

—Bueno —dice—. No quería hacerte sentir como si no te respetara.

Nos quedamos allí durante un rato, con las manos entrelazadas. Me recuesto contra la placa de metal. Por encima de mí, el cielo está entre blanco y oscuro, la luna protegida por las nubes. Encuentro una estrella por delante de nosotros, cuando las nubes se mueven, pero parece ser la única. Cuando inclino la cabeza hacia atrás, sin embargo, puedo ver la línea de edificios a lo largo de la Avenida Michigan, como una hilera de centinelas que vigilan sobre nosotros.

Estoy callada hasta que la sensación de rigidez y opresión me deja. En su lugar, ahora siento alivio. Normalmente, no es tan fácil para mí dejar ir la ira, pero en las últimas semanas ha sido extraño para nosotros, y estoy feliz de liberar los sentimientos que he estado reteniendo, la ira y el temor de que me odie y la culpa de trabajar con su padre a su espalda.

—Esta cosa es medio asquerosa —dice, vaciando su vaso y dejándolo.

—Sí, lo es —digo, mirando lo que queda de la mía. Me la tomo de un trago, arrugando la cara mientras las burbujas queman mi garganta—. No sé de qué están presumiendo siempre los de Erudición. El pastel de Osadía es mucho mejor.

—Me pregunto cuál hubiese sido el de Abnegación, si hubiesen tenido uno.

—Pan duro.

Se ríe.

—Harina de avena simple.

—Leche.



—A veces pienso que creo todo lo que nos enseñaron —dice—, pero obviamente no es así, puesto que estoy aquí tomando tu mano sin habernos casado primero.

—¿Qué enseñan los de Osadía acerca de... eso? —digo, señalando a nuestras manos.

—Qué enseñan los de Osadía, mmm —sonríe—. Haz lo que quieras, pero usa protección, eso es lo que enseñan.

Subo mis cejas. De repente mi cara se siente caliente.

—Creo que me gustaría encontrar un terreno medio yo mismo —dice—. Encontrar ese lugar entre lo que quiero y lo que creo que es sabio.

—Eso suena bien —hago una pausa—, ¿pero qué quieres?

Creo que sé la respuesta, pero quiero que me la diga.

—Mmm. —Sonríe y se inclina hacia adelante sobre sus rodillas. Presiona las manos en la placa de metal, enmarcando mi cabeza con sus brazos y me besa, poco a poco, en mi boca, debajo de la mandíbula, justo por encima de la clavícula. Me quedo quieta, nerviosa de hacer cualquier cosa, en caso de que sea estúpido o que no le guste, pero entonces me siento como una estatua, como si no estuviera realmente aquí en absoluto, así que toco su cintura, vacilante.

Luego sus labios están en los míos de nuevo, y él tira de su camisa por debajo de mis manos por lo que estoy tocando su piel desnuda. Cobro vida, presionando más cerca, mis manos arrastrándose por su espalda, deslizándose sobre sus hombros. Sus respiraciones vienen más rápido y también las mías, y saboreo el jarabe de limón de lo que acabamos de beber y huelo el viento en su piel y lo único que quiero es más, más.

Le saco su camisa. Un momento atrás tenía frío, pero no creo que ninguno de los dos tenga frío ya. Su brazo se envuelve alrededor de mi cintura, fuerte y seguro, y su mano libre se enreda en mi cabello y yo bajo la velocidad, absorbiéndolo; la suavidad de su piel, marcada de arriba a abajo con tinta negra y la insistencia del beso, y el aire fresco envuelto alrededor de los dos.

Me relajo y ya no me siento como una especie de soldado Divergente, desafiando sueros y líderes del gobierno. Me siento más suave, más ligera, y como si es correcto reírse un poco mientras sus dedos rozan mis caderas



y la parte baja de mi espalda, o el suspirar en su oído cuando me tira contra él, enterrando su cara en el lado de mi cuello de modo que me puede besar allí. Me siento como yo misma, fuerte y débil a la vez, permitiéndome, al menos por un tiempo, ser las dos cosas.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que sintamos frío de nuevo, y nos apretujemos debajo de la manta juntos.

—Se vuelve más difícil ser sabio —dice, riendo en mi oído.

Le sonrío.

—Creo que así es como se supone que debe ser.



aire, como emocionados Osados, pero sin la alegría de Osadía. Sus rostros se tuercen de rabia.

Me empujo hacia el centro del grupo, y luego veo en torno de qué están todos reunidos: Los enormes cuencos de las facciones de la Ceremonia de Elección están volteados de lado, su contenido derramándose en la carretera, carbones, vidrio, piedra, tierra y agua, todo mezclándose juntos.

Recuerdo cortar mi palma para poner mi sangre en los carbones, mi primer acto de rebeldía contra mi padre. Recuerdo la oleada de poder dentro de mí, y la oleada de alivio. Escapar. Estos recipientes fueron mi escape.

Edward se encuentra entre ellos, fragmentos de vidrio son molidos a polvo debajo de su talón, un martillo sostenido por encima de la cabeza. Lo lleva hacia abajo a uno de los cuencos volcados, azuzando una abolladura en el metal. El polvo del carbón se eleva en el aire.

Tengo que contenerme de correr hacia él. Él no puede destruirlo, no ese cuenco, no la Ceremonia de Elección, no el símbolo de mi triunfo. Esas cosas no deben ser destruidas.

La multitud está aumentando, no sólo con los Sin Facción usando brazaletes negros con círculos blancos vacíos en ellos, sino con gente con una facción real, con sus brazos desnudos. Un hombre de Erudición —su facción todavía revelada por su cabello inmaculadamente separado— emerge como una ráfaga de la multitud mientras Edward está alzando el martillo para otro golpe. Envuelve sus suaves manos manchadas de tinta alrededor del mango, justo por encima de la de Edward, y empujan entre sí, con los dientes apretados.

Ve una cabeza rubia en la multitud, Tris, con una camisa azul floja sin mangas, mostrando los bordes de los tatuajes de las facciones en sus hombros. Ella trata de correr hacia Edward y el hombre Erudito, pero Christina la detiene con las dos manos.

El rostro del hombre Erudito se vuelve púrpura. Edward es más alto y más fuerte que él. No tiene ninguna posibilidad; es un tonto por intentarlo. Edward saca el mango del martillo de las manos del hombre de Erudición y lo abalanza de nuevo. Pero está fuera de equilibrio, mareado por la ira, el martillo golpea al hombre Erudito en el hombro con toda su fuerza, metal rompiendo hueso.





Por un momento todo lo que escucho son los gritos del hombre de Erudición. Es como si todo el mundo estuviese tomando aire.

Entonces la multitud estalla en un frenesí, todo el mundo corriendo hacia los cuencos, hacia Edward, hacia el hombre Erudito. Chocan entre sí y conmigo, hombros, codos y cabezas golpeándome una y otra vez.

No sé a dónde correr: ¿hacia el hombre de Erudición, hacia Edward, hacia Tris? No puedo pensar; no puedo respirar. La multitud me lleva hacia Edward, y tomo su mano.

—¡Vamos! —grito por encima del ruido. Su ojo brillante se fija en mí, y él enseña los dientes, tratando de apartarse.

Alzo mi rodilla, a su costado. Se tambalea hacia atrás, perdiendo su control sobre el martillo. Lo sostengo cerca de mi pierna y me dirijo hacia Tris.

Ella está en algún lugar frente a mí, lidiando hacia donde está el hombre Erudito. Veo que el codo de una mujer la golpea en la mejilla, enviándola hacia atrás tambaleándose. Christina empuja a la mujer.

A continuación, un arma se dispara. Una vez, dos veces. Tres veces.

La multitud se dispersa, todo el mundo corriendo en terror de la amenaza de las balas, y yo trato de ver quién, si alguien, recibió un disparo, pero el apuro de los cuerpos es demasiado intenso. Apenas puedo ver nada.

Tris y Christina se ponen de cuclillas al lado del hombre Erudito con el hombro destrozado. Tiene el rostro ensangrentado y sus ropas están sucias con huellas. Su cabello peinado al estilo de Erudición está revuelto. No se mueve.

A unos metros de distancia de él, Edward se encuentra en un charco de su propia sangre. La bala le dio en el estómago. Hay también otras personas sobre el suelo, personas que no reconozco, personas que recibieron pisoteos o disparos. Sospecho que las balas eran para Edward y Edward solamente, los otros fueron simplemente transeúntes.

Miro a mi alrededor salvajemente, pero no veo al que disparó. Quienquiera que fuera parece haberse disuelto en la multitud.

Dejo caer el martillo al lado del cuenco abollado y me arrodillo al lado de Edward, las piedras de Abnegación clavándose en mis rodillas. Su ojo





restante se mueve hacia adelante y hacia atrás por debajo de su párpado...
está vivo, por ahora.

—Tenemos que llevarlo al hospital —digo a quien sea que esté escuchando.
Casi todo el mundo se ha ido.

Miro por encima de mi hombro hacia Tris y el hombre Erudito, quien no se
ha movido.

—¿Está...?

Sus dedos están en la garganta de él, tomando su pulso, y sus ojos están
abiertos y vacíos. Niega con la cabeza. No, él no está vivo. No pensé que lo
estuviera.

Cierro mis ojos. Los cuencos de las facciones están impresos en mis
párpados, inclinados sobre sus costados, su contenido en una pila sobre la
calle. Los símbolos de nuestra antigua forma de vida, destruidos, un
hombre muerto, otros heridos, y ¿para qué?

Para nada. Por la visión estrecha de Evelyn: una ciudad donde las
facciones son arrancadas de las personas en contra de su voluntad.

Ella quería que tuviéramos más de cinco opciones. Ahora no tenemos
ninguna.

Entonces sé a ciencia cierta que no puedo ser su aliado, y nunca podría
serlo.

—Tenemos que irnos —dice Tris, y sé que no está hablando de la Avenida
Michigan o de llevar a Edward al hospital; ella está hablando acerca de la
ciudad.

—Tenemos que irnos —repito.

ALLEGIAN.T

El hospital improvisado en la sede de Erudición huele a productos
químicos, casi rasposo en mi nariz. Cierro los ojos y espero a Evelyn.

Estoy tan molesto que ni siquiera quiero sentarme aquí, sólo quiero
agarrar mis cosas e irme. Ella debió haber planeado esa manifestación, o
no hubiese sabido de ella el día anterior, y debe haber sabido que iba a



salirse de control, con las tensiones tan altas como están. Pero lo hizo de cualquier forma. Hacer una gran declaración acerca de las facciones era más importante para ella que la seguridad o la posible pérdida de vidas. Yo no sé por qué me sorprende.

Oigo las puertas del elevador abrirse, y su voz:

—¡Tobias!

Se apresura y se apodera de mis manos, las cuales están cubiertas de sangre. Sus oscuros ojos se ensanchan de miedo mientras dice:

—¿Estás herido?

Está preocupada por mí. El pensamiento es como un pequeño pinchazo cálido dentro de mí: ella me debe amar, para preocuparse por mí. Todavía tiene que ser capaz de amar.

—La sangre es de Edward. Ayudé a traerlo aquí.

—¿Cómo está él? —dice.

Niego con la cabeza.

—Muerto.

No sé cómo más decirlo.

Ella se encoge, liberando mis manos, y se sienta en una de las sillas de la sala de espera. Mi madre acogió a Edward después de que desertó de Osadía. Debe haberle enseñado a ser un guerrero de nuevo, después de la pérdida de su ojo, su facción y su fundamento. No supe que eran tan cercanos, pero puedo verlo ahora, en el brillo de las lágrimas en sus ojos y el temblor de sus dedos. Es la mayor emoción que le he visto demostrar desde que era un niño, desde que mi padre la golpeó contra las paredes de nuestra sala de estar.

Presiono el recuerdo como si fuera el relleno de un cajón demasiado pequeño para él.

—Lo siento —digo. No sé si lo digo de verdad o si sólo lo digo para que ella piense que todavía estoy de su lado. Luego añado tentativamente—: ¿Por qué no me dijiste nada acerca de la manifestación?

Niega con la cabeza.





—No sabía de ella.

Está mintiendo. Lo sé. Decido dejar pasarlo. De manera de estar a su lado, tengo que evadir el conflicto con ella. O tal vez no quiero presionar el asunto con la muerte de Edward cerniéndose sobre ambos. A veces es difícil para mí decir en dónde termina la estrategia y dónde comienza la simpatía por ella.

—Oh. —Me rasco detrás de mí oreja—. Puedes entrar y verlo, si quieres.

—No. —Parece lejana—. Sé cómo lucen los cuerpos. —Mucho más allá a la deriva.

—Tal vez debería irme.

—Quédate —dice. Toca la silla vacía entre los dos—. Por favor.

Tomo el asiento a su lado, y aunque me digo que sólo soy un agente encubierto obedeciendo su supuesto líder, me siento como un hijo reconfortando a su afligida madre.

Nos sentamos con nuestros hombros tocándonos, nuestras respiraciones al mismo ritmo, y no decimos ni una palabra.

7

Traducido por Vero

Corregido por Mari NC

TRIS

Cristina gira una piedra negra una y otra vez en la mano mientras caminamos. Me toma unos segundos darme cuenta de que en realidad es un pedazo de carbón, del recipiente de Osadía de la Ceremonia de Elección.

—Realmente no quiero mencionar esto, pero no puedo dejar de pensar en ello —dice—. Que de los diez iniciados trasladados que comenzamos, sólo seis están todavía vivos.

Delante de nosotros está el edificio Hancock, y más allá de él, el Lago Shore Drive, la apacible línea de pavimento sobre la que una vez volé por encima como un pájaro. Caminamos la agrietada acera una al lado de la otra, nuestra ropa manchada con la sangre de Edward, ahora seca.

No me ha afectado todavía: que Edward, con mucho, el iniciado trasladado de más talento que teníamos, el chico cuya sangre limpié del piso del dormitorio, está muerto. Está muerto ahora.

—Y de los agradables —digo—, sólo somos tú, yo, y... Myra, probablemente.

No he visto a Myra desde que salió del recinto de Osadía con Edward, justo después de que su ojo fue reclamado por un cuchillo de mantequilla. Sé que rompieron poco después de eso, pero nunca supe a dónde fue. No creo que alguna vez intercambiara más que unas pocas palabras con ella de todos modos.

Un conjunto de puertas del edificio Hancock ya están abiertas, colgando de sus bisagras. Uriah dijo que iba a venir aquí temprano para encender el generador, y por supuesto, cuando toco con mi dedo el botón del ascensor, éste brilla a través de mi uña.



—¿Has estado aquí antes? —digo mientras caminamos hacia el ascensor.

—No —dice Christina—. No adentro, quiero decir. No llegué a ir en tirolesa, ¿recuerdas?

—Cierto. —Me apoyo en la pared—. Deberías intentarlo antes de que nos vayamos.

—Sí. —Está usando lápiz labial rojo. Me recuerda a la forma en que el caramelo mancha la piel de los niños si lo comen demasiado descuidadamente—. Algunas veces entiendo de donde viene Evelyn. Tantas cosas terribles han sucedido, a veces se siente como una buena idea quedarse aquí y sólo... tratar de limpiar este desastre antes de llegar a involucrarnos a nosotros mismos en otro. —Sonríe un poco—. Pero, por supuesto, yo no voy a hacer eso —añade—. Ni siquiera estoy segura de por qué. Curiosidad, supongo.

—¿Has hablado con tus padres al respecto?

A veces me olvido de que Christina no es como yo, sin lealtad a la familia para atarla a un lugar nunca más. Ella tiene una madre y una hermana pequeña, ambos ex miembros de Verdad.

—Tienen que cuidar de mi hermana —dice—. Ellos no saben si es seguro ahí afuera, no quieren arriesgarla.

—Pero ¿estarían de acuerdo contigo marchándote?

—Ellos estuvieron de acuerdo conmigo uniéndome a otra facción. Van a estar de acuerdo con esto, también —dice. Mira hacia abajo en sus zapatos—. Sólo quieren que viva una vida honesta, ¿sabes? Y no puedo hacer eso aquí. Sólo sé que no puedo.

Las puertas del ascensor se abren, y el viento nos golpea de inmediato, todavía cálido pero entretejido con hilos de frío invierno. Oigo voces llegando desde la azotea, y subo la escalera para llegar a ellas. Rebota con cada uno de mis pasos, pero Christina la mantiene firme para mí hasta que alcanzo la cima.

Uriah y Zeke están ahí, tirando piedras desde el techo y escuchando el repiqueteo cuando golpean las ventanas. Uriah intenta golpear el codo de Zeke antes de que él lance, para fastidiarlo, pero Zeke es demasiado rápido para él.



—Hola —dicen al unísono cuando nos ven a Christina y a mí.

—Esperen, ¿ustedes están relacionados o algo así? —dice Christina, sonriendo. Ambos ríen, pero Uriah se ve un poco aturdido, como si no estuviera absolutamente conectado a este momento o este lugar. Supongo que perder a alguien de la forma en que él perdió a Marlene puede hacer eso a una persona, aunque eso no es lo que me hizo a mí.

No hay cabestrillos en la azotea para la tirolesa, y eso no es por lo que vinimos. No sé por qué los demás lo hicieron, pero yo quería estar en lo alto: quería ver tanto como podía. Pero todo el territorio al oeste de donde estoy está negro, como si estuviera envuelto en un manto oscuro. Por un momento creo que puedo divisar un rayo de luz en el horizonte, pero al siguiente se ha ido, sólo un truco de los ojos.

Los demás están silenciosos también. Me pregunto si todos estamos pensando en lo mismo.

—¿Qué creen que hay allí afuera? —dice Uriah finalmente.

Zeke se encoge de hombros, pero Christina aventura una suposición.

—¿Qué si es sólo más de lo mismo? Sólo... ¿más ciudades en ruinas, más facciones, más de todo?

—No puede ser —dice Uriah, sacudiendo la cabeza—. Tiene que haber algo *más*.

—O no hay nada —sugiere Zeke—. Esas personas quiénes nos pusieron a todos nosotros aquí, podrían simplemente estar muertas. Todo podría estar vacío.

Me estremezco. Nunca había pensado en eso antes, pero tiene razón: no sabemos lo que ha pasado ahí fuera puesto que nos metieron aquí, o cuántas generaciones han vivido y muerto desde que lo hicieron. Podríamos ser las últimas personas que quedan.

—No importa —digo, más severamente de lo que pretendía—. No importa lo que hay ahí afuera, tenemos que verlo por nosotros mismos. Y luego lidiaremos con ello una vez que lo hagamos.

Estamos parados allí durante mucho tiempo. Sigo los bordes desiguales de los edificios con los ojos hasta que todas las ventanas iluminadas se extienden en una línea. Entonces Uriah le pregunta a Christina sobre el





motín, y nuestro inmóvil y silencioso momento pasa, como si fuera arrastrado por el viento.

ALLEGIAN'T

Al día siguiente, Evelyn se coloca entre los pedazos del retrato de Jeanine Matthews en el vestíbulo de la sede de Erudición y anuncia un nuevo conjunto de reglas. Los ex miembros de la facción y los Sin Facción por igual se reúnen en el espacio y se derraman a la calle para escuchar lo que nuestra nueva líder tiene que decir, y los soldados Sin Facción se alinean en las paredes, sus dedos posados sobre los gatillos de sus armas. Manteniéndonos bajo control.

—Los acontecimientos de ayer dejaron en claro que ya no somos capaces de confiar los unos en los otros —dice. Se ve pálida y agotada—. Vamos a introducir una mayor estructuración en la vida de todos hasta que nuestra situación sea más estable. La primera de estas medidas es un toque de queda: Todo el mundo está obligado a regresar a sus espacios asignados a las nueve de la noche. No van a dejar esos espacios hasta las ocho de la mañana siguiente. Los guardias estarán patrullando las calles a todas horas para mantenernos seguros.

Resoplo y trato de encubrirlo con una tos. Christina me golpea con el codo en el costado y toca con el dedo sus labios. No sé por qué se preocupa, no es como si Evelyn me pudiera escuchar todo el camino hacia el frente de la sala.

Tori, la ex líder de Osadía, destituida por la misma Evelyn, se encuentra a pocos metros de mí, con los brazos cruzados. Su boca se contrae en una mueca de desprecio.

—También es hora de prepararse para nuestra nueva forma de vida Sin Facción. A partir de hoy, todo el mundo va a empezar a aprender los trabajos que los Sin Facción hemos hecho durante tanto tiempo como podemos recordar. *Todos* haremos, entonces, esos trabajos en un plan de rotación, además de las otras tareas que tradicionalmente han sido realizadas por las facciones. —Evelyn sonrío sin realmente sonreír. No sé cómo lo hace—. Todos vamos a contribuir por igual para nuestra nueva ciudad, como debería ser. Las facciones nos han dividido, pero ahora estaremos unidos. Ahora y para siempre.



A mi alrededor los Sin Facción vitorean. Sólo me siento incómoda. No estoy en desacuerdo con ella, exactamente, pero los mismos miembros de la facción que se alzaron contra Edward ayer no permanecerán tranquilos después de esto, tampoco. El asimiento de Evelyn sobre esta ciudad no es tan fuerte como ella podría desear.

ALLEGIAN'T

No quiero luchar con la multitud después del anuncio de Evelyn, así que serpenteo a través de los corredores hasta que encuentro una de las escaleras en la parte trasera, la que subimos para llegar al laboratorio de Jeanine no hace mucho tiempo. Los escalones estaban llenos de cuerpos entonces. Ahora están limpios y frescos, como si nada hubiera ocurrido aquí.

Mientras camino más allá de la cuarta planta, escucho un grito, y algunos sonidos de forcejeo. Abro la puerta hacia un grupo de personas —jóvenes, más jóvenes que yo, y todos usando brazaletes de Sin Facción— reunidos en torno a un chico en el suelo.

No es sólo un chico: uno de Verdad, vestido de blanco y negro de pies a cabeza.

Corro hacia ellos, y cuando veo a una chica alta Sin Facción tirar hacia atrás su pie para patear otra vez grito:

—¡Oye!

Es inútil: la patada golpea al muchacho de Verdad en el costado, y se queja, retorciéndose lejos de ella.

—¡Oye! —grito de nuevo, y en esta ocasión la chica se da vuelta. Es mucho más alta que yo —unos buenos quince centímetros, de hecho—, pero sólo estoy enojada, no asustada.

—Retrocede —le digo—. Aléjate de él.

—Él está en violación al código de vestimenta. Estoy así en mi derecho, y no recibo órdenes de los amantes de la facción —dice, con los ojos en la tinta arrastrándose sobre mi clavícula.



—Becks —dice el muchacho Sin Facción a su lado—. Esa es la chica del video Prior.

Los demás miran impresionados, pero la chica sólo se burla.

—¿Y?

—Y... —le digo—, tuve que lastimar a un montón de gente para conseguir atravesar la iniciación de Osadía, y te lo haré a ti también, si tengo que hacerlo.

Bajo la cremallera de mi sudadera azul y se la lanzo al chico de Verdad, quien me mira desde el suelo, sangrando en la ceja. Se empuja a sí mismo de pie, todavía sosteniendo su costado con una mano y tira la sudadera alrededor de sus hombros como una manta.

—Listo —digo—. Ahora no está violando el código de vestimenta.

La chica pone a prueba la situación en su mente, evaluando si quiere pelear conmigo o no. Prácticamente puedo oír lo que está pensando: Soy pequeña, así que soy un blanco fácil, pero estoy en Osadía, así que no soy tan fácil de superar. Tal vez sabe que he matado gente, o tal vez simplemente no quiere meterse en problemas, pero está perdiendo los nervios, puedo decirlo por el gesto incierto de su boca.

—Será mejor que cuides tu espalda —dice.

—Te garantizo que no lo necesito —le digo—. Ahora, fuera de aquí.

Me quedo el tiempo suficiente para verlos dispersarse, entonces sigo caminando. El chico de Verdad me llama:

—¡Espera! ¡Tu sudadera!

—¡Quédatela! —respondo.

Doy vuelta en una esquina que creo que me llevará a otra escalera, pero que terminan en otro pasillo vacío, al igual que el último en el que estuve. Creo que escucho pasos detrás de mí, y volteo alrededor, lista para luchar contra la chica Sin Facción, pero no hay nadie allí.

Debo estar volviéndome paranoica.

Abro una de las puertas en el pasillo principal, con la esperanza de encontrar una ventana para poder reorientarme a mí misma, pero



encuentro sólo un laboratorio saqueado, vasos de precipitados y tubos de ensayo esparcidos por cada mesada. Pedazos de papel hacen basura en el suelo, y estoy agachándome a recoger uno cuando las luces se apagan.

Me lanzo hacia la puerta. Una mano me agarra del brazo y me arrastra hacia un lado. Alguien coloca un saco sobre mi cabeza mientras alguien me empuja contra la pared. Me retuerzo dando patadas contra ellos, luchando con la tela que cubre mi rostro, y lo único que puedo pensar es, *No de nuevo, no de nuevo, no otra vez*. Giro un brazo libre y golpeo, pegándole a alguien en un hombro o un mentón, no sé decirlo.

—¡Oye! —dice una voz— ¡Eso duele!

—Lo sentimos mucho por asustarte Tris —dice otra voz—, pero el anonimato es esencial para nuestra operación. Nosotros no queremos hacerte ningún daño.

—¡*Suéltenme*, entonces! —digo, casi gruñendo. Todas las manos sujetándome contra la pared caen.

—¿Quiénes son ustedes? —exijo.

—Somos los Leales —responde la voz—. Y somos muchos, sin embargo somos nadie...

No puedo evitarlo: me río. Tal vez es el shock o el miedo, mi palpitante corazón desacelerando a cada segundo, con las manos temblando de alivio.

La voz continúa:

—Hemos oído que tú no eres leal a Evelyn Johnson y sus lacayos Sin Facción.

—Esto es ridículo.

—No es tan ridículo como confiar a alguien tu identidad cuando no tienes que hacerlo.

Trato de ver a través de las fibras de lo que está por encima de mi cabeza, pero son demasiado densas y está demasiado oscuro. Intento relajarme contra la pared, pero es difícil sin mi visión para orientarme. Aplasto el lado de un vaso de precipitados bajo mi zapato.

—No, no soy leal a ella —digo—. ¿Por qué es eso importante?





—Porque significa que te quieres marchar—dice la voz. Siento un cosquilleo de emoción—. Queremos pedirte un favor, Tris Prior. Vamos a tener una reunión mañana por la noche, a la medianoche. Queremos que traigas a tus amigos Osados.

—Está bien —digo—. Déjenme preguntarles esto: Si voy a ver quiénes son mañana, ¿por qué es tan importante mantener esta cosa sobre mi cabeza hoy?

Esto parece temporalmente alcanzar a quienes estoy hablando.

—Un día contiene muchos peligros —dice la voz—. Nos vemos mañana, a media noche, en el lugar donde hiciste tu confesión.

De repente, la puerta se abre, soplando el saco contra mis mejillas, y oigo pasos apresurados por el pasillo. En el momento en que soy capaz de sacar el saco de mi cabeza, el corredor está en silencio.

Bajo la vista hacia él: es una funda de almohada de color azul oscuro con las palabras “La Facción antes que la sangre” pintadas en ella.

Quienquiera que sean, sin duda tienen un gusto por lo dramático.

El lugar donde hiciste tu confesión.

Hay sólo un lugar que podría ser: La sede de Verdad, donde sucumbí al suero de la verdad.

ALLEGIAN'T

Cuando finalmente logré regresar al dormitorio esa noche. Encontré una nota de Tobias metida debajo del vaso de agua de mi mesa de noche.

VI—

El juicio de tu hermano será mañana por la mañana, y será privado. No puedo ir o voy a levantar sospechas, pero te informaré la sentencia tan pronto como sea posible.

Luego podemos hacer algún tipo de plan.

No importa qué, esto terminará pronto.

—IV

8

Traducido por Vero

Corregido por Mari NC

TRIS

Son las nueve en punto. Ellos podrían estar decidiendo el veredicto de Caleb en este momento, mientras ato mis zapatos, mientras arreglo mis sábanas por cuarta vez hoy. Paso mis manos por mi pelo. Los Sin Facción sólo hacen juicios privados cuando sienten que el veredicto es evidente, y Caleb era la mano derecha de Jeanine antes de ser asesinada.

No debería preocuparme por su veredicto. Ya está decidido. Todos los colaboradores más cercanos de Jeanine serán ejecutados.

¿Por qué te importa? Me pregunto a mí misma. Él te traicionó. No trató de detener tu ejecución.

No me importa. Sí me importa. No lo sé.

—Hola, Tris —dice Christina, golpeando sus nudillos contra el marco de la puerta. Uriah se esconde detrás de ella. Todavía sonrío todo el tiempo, pero ahora sus sonrisas parecen que están hechas de agua, a punto de derramarse por su cara.

—¿Tienes alguna novedad? —dice.

Reviso otra vez la habitación, aunque sé que está vacía. Todo el mundo está en el desayuno, como lo exigen nuestros horarios. Les pedí a Uriah y a Christina que se saltaran una comida para poder decirles algo. Mi estómago ya está haciendo ruido.

—Sí —digo.

Se sientan en la cama frente a la mía, y les digo acerca de cómo fui acorralada en uno de los laboratorios Eruditos la noche anterior, acerca de la funda de almohada y los Leales y la reunión.



—Me sorprende que lo único que hicieras fuera golpear a uno de ellos —dice Uriah.

—Bueno, estaba superada en número —le digo, a la defensiva. No era muy Osado de mi parte simplemente confiar en ellos de inmediato, pero estos son tiempos extraños. Y no estoy segura de cuán Osada soy en realidad, de todos modos, ahora que las facciones se han ido.

Siento un pequeño dolor extraño ante el pensamiento, justo en el centro de mi pecho. Algunas cosas son difíciles de dejar ir.

—Entonces, ¿qué crees que quieren? —dice Christina—. ¿Sólo salir de la ciudad?

—Suenan de ese modo, pero no lo sé —digo.

—¿Cómo sabemos que no son personas de Evelyn, tratando de engañarnos para que la traicionemos?

—No lo sé, tampoco —respondo—. Pero va a ser imposible salir de la ciudad sin la ayuda de alguien, y no voy a sólo quedarme aquí, aprendiendo a conducir autobuses y yendo a la cama cuando me digan que lo haga.

Christina le da a Uriah una mirada de preocupación.

—Oye —le digo—. No tienes que venir, pero yo necesito salir de aquí. Necesito saber quién era Edith Prior, y quiénes nos esperan fuera de la valla, si hay alguien. No sé por qué, pero tengo que hacerlo.

Tomo una respiración profunda. No estoy segura de donde viene esa oleada de desesperación, pero ahora que la he reconocido es imposible de ignorar, como si algo vivo hubiera despertado de un largo sueño dentro de mí. Se retuerce en mi estómago y en mi garganta. Necesito irme. Necesito la verdad.

Por una vez, la débil sonrisa jugueteando sobre los labios de Uriah se ha ido.

—Yo también —dice.

—De acuerdo —dice Christina—. Sus ojos oscuros siguen preocupados, pero se encoge de hombros—. Entonces vamos a la reunión.





—Bien. ¿Puede uno de ustedes decirle a Tobias? Se supone que debo estar manteniendo mi distancia, ya que “rompimos” —les digo—. Nos encontramos en el callejón a las once treinta.

—Yo le diré. Creo que estoy en su grupo hoy —dice Uriah—. Aprendiendo sobre fábricas. No puedo *esperar*. —Sonríe—. ¿Puedo decirle a Zeke, también? ¿O no es lo suficientemente digno de confianza?

—Adelante. Sólo asegúrate de que no lo comparta a su alrededor.

Reviso mi reloj de nuevo. Nueve quince. El veredicto de Caleb tiene que estar decidido ya, es casi la hora de que todos vayan a conocer sus puestos de trabajo Sin Facción. Siento como si la más mínima cosa pudiera hacerme saltar directamente fuera de mi piel. Mi rodilla rebota por su propia voluntad.

Christina pone su mano en mi hombro, pero no me pregunta sobre ello, y estoy agradecida. No sé lo que diría.

ALLEGIAN'T

Christina y yo hacemos una ruta complicada a través de la sede de Erudición en nuestro camino a la escalera de atrás, evitando las patrullas Sin Facción. Empujo la manga de mi camisa por encima de mi muñeca. Dibujé un mapa en mi brazo antes de irme, sé cómo llegar a la sede de Verdad desde aquí, pero no conozco las calles laterales que nos mantendrán lejos de miradas indiscretas de los Sin Facción.

Uriah nos espera a las afueras de la puerta. Viste todo de negro, pero puedo ver un atisbo de gris Abnegación asomando sobre el cuello de su camiseta. Es extraño ver a mis amigos Osados en colores Abnegados, como si hubieran estado conmigo toda mi vida. A veces se siente de esa manera de todos modos.

—Les dije a Cuatro y a Zeke, pero van a encontrarnos allí —dice Uriah—. Vamos.

Corremos en conjunto por el callejón hacia la calle Monroe. Resisto la tentación de hacer una mueca de dolor ante cada uno de nuestros ruidosos pasos.





Es más importante ser rápido que silencioso en este punto, de todos modos. Nos dirigimos a Monroe, y compruebo detrás de nosotros a las patrullas Sin Facción. Veo formas oscuras moviéndose más cerca de la Avenida Michigan, pero desaparecen detrás de la fila de edificios sin detenerse.

—¿Dónde está Cara? —le susurro a Christina, cuando estamos en la calle State y lo suficientemente lejos de la sede de Erudición para que sea seguro hablar.

—No lo sé, no creo que ella consiguiera una invitación —dice Christina—. Lo cual es realmente extraño. Yo sé que quiere...

—¡Shh! —dice Uriah—. ¿Siguiente giro?

Uso mi luz del reloj para ver las palabras escritas en mi brazo.

—¡Randolph Street!

Nos acostumbramos a un ritmo, nuestros zapatos golpeando sobre el pavimento, nuestro aliento pulsando casi al unísono. A pesar de la quemazón en mis músculos, se siente bien correr.

Me duelen las piernas para cuando llegamos al puente, pero luego veo el Mercado de Martirio cruzando el río pantanoso, abandonado y sin luz, y me sonrío a través del dolor. Mi ritmo se ralentiza cuando estoy por cruzar el puente, y Uriah coloca un brazo sobre mis hombros.

—Y ahora —dice—, tenemos que subir un millón de tramos de escaleras.

—¿Tal vez encendieron los ascensores?

—No es una alternativa. —Niega con la cabeza—. Apuesto a que Evelyn está monitoreando todo el uso de energía eléctrica, es la mejor manera de averiguar si las personas se reúnen en secreto.

Suspiro. Puede que me guste correr, pero odio subir escaleras.

ALLEGIAN'T

Cuando finalmente llegamos a la cima de las escaleras, nuestros pechos jadeantes, faltan cinco minutos para la medianoche. Los otros van delante mientras yo recupero el aliento cerca del ascensor. Uriah tenía razón: no



hay una sola luz en lo que puedo ver, aparte de los letreros de salida. Es en su resplandor azul que veo a Tobias salir de la sala de interrogatorios más adelante.

Desde nuestra cita he hablado con él sólo a través de mensajes encubiertos. Tengo que resistir el impulso de lanzarme sobre él y cepillar mis dedos por la curvatura de sus labios y el levantamiento en su mejilla cuando sonríe y la línea dura de sus cejas y mandíbula. Pero quedan dos minutos para la medianoche. No tenemos tiempo.

Él envuelve sus brazos alrededor de mí y me sostiene apretada durante unos segundos. Sus respiraciones hacen cosquillas en mi oído, y cierro los ojos, dejándome finalmente relajarme. Huele como a viento, sudor y jabón, como Tobias y como a seguridad.

—¿Deberíamos entrar? —dice—. Quien quiera que sean, probablemente son puntuales.

—Sí. —Mis piernas están temblando por el exceso de ejercicio, no puedo imaginar bajar por las escaleras y correr de regreso a la sede de Erudición más tarde—. ¿Averiguaste sobre Caleb?

Él hace una mueca.

—Tal vez deberíamos hablar de eso más tarde.

Esa es toda la respuesta que necesito.

—Van a ejecutarlo, ¿no es así? —le digo suavemente.

Él asiente, y toma mi mano. No sé cómo sentirme. Trato de no sentir nada.

Juntos entramos en la habitación donde Tobias y yo fuimos una vez interrogados bajo la influencia del suero de la verdad. *El lugar donde hiciste tu confesión.*

Un círculo de velas encendidas está colocado en el suelo sobre una de las balanzas de Verdad dispuesta en la baldosa. Hay una mezcla de rostros conocidos y desconocidos en la habitación: Susan y Robert están juntos, hablando, Peter está solo en un lado de la habitación, con los brazos cruzados; Uriah y Zeke están con Tori y algunos otros de Osadía, Christina está con su madre y su hermana, y en una esquina hay dos Eruditos de aspecto nervioso. Los nuevos trajes no pueden borrar las divisiones entre nosotros, están arraigadas.



Christina me hace señas.

—Esta es mi mamá, Stephanie —dice, señalando a una mujer con canas en su pelo oscuro y rizado—. Y mi hermana, Rose. Mamá, Rose, esta es mi amiga Tris, y mi instructor de iniciación, Cuatro.

—Obviamente —dice Stephanie—. Vimos sus interrogatorios hace varias semanas, Christina.

—Sé eso, sólo estaba siendo *cortes...*

—La cortesía es un engaño en...

—Sí, sí, lo sé. —Christina rueda los ojos.

Su madre y su hermana, me doy cuenta, se miran con algo así como desconfianza, enojo o ambos. Entonces su hermana se vuelve hacia mí y dice:

—Así que tú mataste al novio de Christina.

Sus palabras crean una sensación de frío dentro de mí, como un rayo de hielo que divide un lado de mi cuerpo del otro. Quiero responder, defenderme a mí misma, pero no puedo encontrar las palabras.

—Rose —dice Christina, frunciendo el ceño hacia ella. A mi lado, Tobias se endereza, sus músculos tensándose. Listo para una pelea, como siempre.

—Yo sólo pensé que ventilariamos todo hacia fuera —dice Rose—. Desperdiciariamos menos tiempo.

—Y te preguntas por qué me fui de nuestra facción —dice Christina—. Ser honesto no significa que digas todo lo que quieras, cuando quieras. Significa que lo que eliges decir es cierto.

—Una mentira por omisión sigue siendo una mentira.

—¿Quieres la verdad? Me siento incómoda y no quiero estar aquí en este momento. Nos vemos luego, chicas. —Toma mi brazo y nos dirige a Tobias y a mí lejos de su familia, negando con la cabeza todo el tiempo—. Lo siento por eso. No son realmente del tipo indulgente.

—Está bien —le digo, pero no lo está.



Pensaba que cuando recibiera el perdón de Christina, la parte más difícil de la muerte de Will habría terminado. Pero cuando matas a alguien que amas, la parte difícil nunca se termina. Simplemente se hace más fácil distraerte de lo que has hecho.

Mi reloj marca las doce. Una puerta en frente de la habitación se abre y entran a pie dos siluetas delgadas. La primera es Johanna Reyes, ex portavoz de Cordialidad, identificable por la cicatriz que cruza su rostro y el toque de amarillo que se asoma desde debajo de su chaqueta negra. La segunda es otra mujer, pero no puedo ver su cara, sólo que ella está usando azul.

Siento una punzada de terror. Ella se ve casi como... Jeanine.

No, la vi morir. Jeanine está muerta.

La mujer se acerca. Es imponente y rubia, como Jeanine. Un par de gafas cuelgan de su bolsillo delantero, y su cabello está en una trenza. Una Erudita de la cabeza a los pies, pero no Jeanine Matthews.

Cara.

¿Cara y Johanna son las líderes de los Leales?

—Hola —dice Cara, y todas las conversaciones se detienen. Ella sonríe, pero en su expresión se ve obligatoria, como si estuviera simplemente adhiriéndose a una convención social—. No se supone que debemos estar aquí, así que voy a mantener esta reunión breve. Algunos de ustedes —Zeke, Tori— nos han estado ayudando en los últimos días.

Miro fijamente a Zeke. ¿Zeke ha estado ayudando a Cara? Supongo que olvidé que una vez fue un espía de Osadía. Lo cuál es, probablemente, cuando demostró su lealtad a Cara, tenía algún tipo de amistad con ella antes de irse a la sede de Erudición no hace mucho tiempo.

Él me mira, mueve sus cejas y sonríe.

Johanna continúa:

—Algunos de ustedes están aquí porque queremos pedirles su ayuda. Todos ustedes están aquí porque no confían en Evelyn Johnson para determinar el destino de esta ciudad.

Cara toca las palmas de sus manos juntas delante de ella.



—Creemos en seguir la guía de los fundadores de la ciudad, que se ha expresado de dos formas: la formación de las facciones, y la misión Divergente expresada por Edith Prior, para enviar a las personas fuera de la valla para ayudar a quien esté allí una vez que tengamos una gran población Divergente. Creemos que, aunque no hemos llegado a ese número de habitantes Divergentes, la situación en nuestra ciudad se ha convertido en lo suficientemente grave como para enviar a la gente fuera de la valla de todos modos.

—De acuerdo con las intenciones de los fundadores de nuestra ciudad, tenemos dos objetivos: Derrocar a Evelyn y a los Sin Facción para que podamos restablecer las facciones, y enviar a algunos de los nuestros fuera de la ciudad para ver lo que hay ahí fuera. Johanna, encabezará el primer objetivo, y yo dirigiré el último, lo cual es en lo que mayormente nos estaremos enfocando esta noche. —Presiona un mechón de pelo hacia atrás en su trenza—. No muchos de nosotros seremos capaces de ir, porque un grupo tan grande sería llamar demasiado la atención. Evelyn no nos permitirá marcharnos sin luchar, así que pensé que lo mejor sería reclutar personas que sé que han experimentado con sobrevivir al peligro.

Le echo un vistazo a Tobias. Ciertamente hemos experimentado con el peligro.

—Christina, Tris, Tobias, Tori, Zeke y Peter son mis opciones —dice Cara—. Todos ustedes me han demostrado sus habilidades en una forma u otra, y es por ello que me gustaría pedirles que vengan conmigo fuera de la ciudad. No están obligados a aceptar, por supuesto.

—¿Peter? —demando, sin pensar. No puedo imaginar lo que Peter podría haber hecho para “demostrar sus habilidades” a Cara.

—Él evitó que los de Erudición te mataran —dice Cara suavemente—. ¿Quién crees que le proporcionó la tecnología para fingir tu muerte?

Alzo las cejas. Nunca había pensado en ello antes: demasiado sucedió después de mi ejecución fallida para detenerme en los detalles de mi rescate. Pero, por supuesto, Cara era la única desertora bien conocida de Erudición en ese momento, la única persona que Peter habría conocido para pedir ayuda. ¿Quién más podría haberlo ayudado? ¿Quién más habría sabido?



No planteo otra objeción. No quiero dejar esta ciudad con Peter, pero estoy demasiado desesperada por salir para hacer un alboroto sobre ello.

—Eso son un montón de Osados. —dice una chica a un lado de la habitación, luciendo escéptica. Tiene cejas gruesas que no dejan de crecer en el medio, y la piel pálida. Cuando vuelve la cabeza, veo tinta negra detrás de su oreja. Una trasladada de Osadía a Erudición, sin duda.

—Es cierto —dice Cara—. Pero lo que necesitamos en este momento son personas con las habilidades necesarias para salir de la ciudad indemnes, y creo que la formación de Osadía los hace altamente calificados para esa tarea.

—Lo siento, pero yo no creo que pueda ir —dice Zeke—. No podría dejar a Shauna aquí. No después de que su hermana acaba de... bueno, ya sabes.

—Yo iré —dice Uriah, su mano levantándose—. Soy Osado. Soy un buen tirador. Y proporciono un atractivo para la vista muy necesario.

Me río. Cara no parece estar divertida, pero asiente.

—Gracias.

—Cara, tendrás que salir de la ciudad rápidamente —dice la chica de Osadía-convertida-a-Erudición—. Lo que significa que deberías conseguir a alguien para operar los trenes.

—Buen punto —dice Cara—. ¿Alguien aquí sabe cómo conducir un tren?

—Oh. Yo lo hago —dice la niña—. ¿No estaba eso implícito?

Las piezas del plan se unen. Johanna sugiere que tomemos los camiones de Cordialidad desde el final de las vías del tren fuera de la ciudad, y se ofrece voluntaria para suministrárnoslos. Robert se ofrece a ayudarla. Stephanie y Rose se ofrecen como voluntarias para vigilar los movimientos de Evelyn en las horas previas a la fuga, y para reportar cualquier comportamiento inusual en la sede de Cordialidad por radio bidireccional. El Osado que llegó con Tori se ofrece para encontrar armas para nosotros. La chica Erudita resalta cualquier debilidad que ve, y lo mismo hace Cara, y pronto todas están aseguradas, como si acabáramos de construir una estructura segura.

Sólo queda una pregunta. Cara la hace:



—¿Cuándo deberíamos irnos?

Y yo ofrezco una respuesta:

—Mañana en la noche.

TOBIAS

El aire nocturno se desliza en mis pulmones, y siento como que es una de mis últimas respiraciones. Mañana voy a salir de este lugar y buscar otro.

Uriah, Zeke, y Christina comienzan a dirigirse hacia la sede de Erudición, y yo tomo la mano de Tris para mantenerla atrás.

—Espera —digo—. Vamos a algún lugar.

—¿Ir a algún lugar? Pero...

—Sólo por un ratito. —La remolco hacia la esquina del edificio. Por la noche, casi puedo ver lo que parecía el agua cuando llenaba el vacío y oscuro canal con dibujos de ondas iluminadas por la luna—. Estás conmigo, ¿recuerdas? Ellos no te van a arrestar.

Un tic en la comisura de su boca, casi una sonrisa.

Al doblar la esquina, ella se inclina contra la pared y yo estoy enfrente de ella, el río a mi espalda. Está usando algo oscuro alrededor de sus ojos para hacer que el color destaque, brillante y llamativo.

—No sé qué hacer. —Ella presiona sus manos en su cara, doblando los dedos en su cabello—. Sobre Caleb, quiero decir.

—¿No lo sabes?

Ella mueve una mano a un lado para mirarme.

—Tris. —Pongo mis manos en la pared a ambos lados de su cara y me inclino con ellas—. No quieres que él muera. Sé que no lo haces.

—La cosa es... —Ella cierra los ojos—. Estoy tan... *enojada*. Trato de no pensar en él, porque cuando lo hago solo quiero...

—Lo sé. Dios, lo sé. —Toda mi vida he soñado con matar a Marcus. Una vez incluso decidí cómo iba a hacerlo: con un cuchillo, así podría sentir el calor dejarlo, así podría estar lo suficientemente cerca para ver la luz dejar sus ojos. Hacer esa decisión me asustó tanto como nunca lo hizo su violencia.

—Mis padres querrían que lo salve, sin embargo. —Sus ojos se abren y elevan hacia el cielo—. Ellos dirían que es egoísta dejar morir a alguien sólo porque te traicionaron. Perdona, perdona, perdona.

—Esto no es acerca de lo que ellos quieren, Tris.

—¡Sí, lo es! —Ella se empuja lejos de la pared—. Siempre es acerca de lo que ellos quieren. Porque él pertenece a ellos más de lo que me pertenece a mí. Y quiero que se sientan orgullosos de mí. Es todo lo que quiero.

Sus ojos claros son constantes en los míos, decididos. Nunca he tenido padres que me den un buen ejemplo, padres por cuyas expectativas vale la pena estar a la altura, pero ella sí. Puedo ver dentro de ella, el valor y la belleza que ellos presionaron en ella como una huella de la mano.

Toco su mejilla, deslizando mis dedos en su cabello.

—Voy a sacarlo de allí.

—¿Qué?

—Voy a sacarlo de su celda. Mañana, antes de que nos vayamos. —Asiento—. Lo haré.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Por supuesto que estoy seguro.

—Yo... —Ella me frunce el ceño—. Gracias. Eres... increíble.

—No digas eso. No te has enterado de mis motivos ocultos todavía. —Sonríe—. Ya ves, en realidad no te traje aquí para hablar contigo acerca de Caleb.

—¿Ah, sí?



Pongo mis manos en sus caderas y la empujo suavemente hacia atrás contra la pared. Ella me mira, sus ojos claros y ansiosos. Me apoyo lo suficientemente cerca como para probar su respiración, pero me aparto cuando ella se inclina, burlándose.

Ella engancha sus dedos en las presillas de mi cinturón y me tira contra ella, así que tengo que detenerme con mis antebrazos. Intenta besarme pero inclino la cabeza para esquivarla, besándola justo debajo de la oreja, y luego a lo largo de la mandíbula hasta la garganta. Su piel es suave y sabe a sal, como una carrera nocturna.

—Hazme un favor —me susurra al oído—, y nunca tengas motivos puros de nuevo.

Pone sus manos sobre mí, tocando todos los lugares que he marcado, baja por mi espalda y sobre mis costados. Sus dedos se deslizan bajo la cintura de mis pantalones y me mantiene contra ella. Respiro contra el costado de su cuello, incapaz de moverme.

Finalmente nos besamos, y es un alivio. Ella suspira, y siento una perversa sonrisa arrastrarse en mi cara.

La levanto en brazos, dejando que la pared soporte la mayor parte de su peso y sus piernas rodeando mi cintura. Ella se ríe en otro beso, y me siento fuerte, pero también lo hace ella, sus dedos duros alrededor de mis brazos. El aire de la noche se desliza en mis pulmones, y siento como que es una de mis primeras respiraciones.

Traducido por Azuloni.

Corregido por flochi

TOBIAS

Los edificios destruidos en el sector de Osadía parecen puertas a otros mundos. Delante de mí veo la Espira perforando el cielo.

El pulso en mis dedos marca los segundos que pasan. El aire todavía se siente rico en mis pulmones, aunque el verano está llegando a su fin. Solía correr y luchar todo el tiempo porque me importaban mis músculos. Ahora mis pies me han salvado demasiadas veces, y no puedo separar correr y pelear de lo que son: una manera de escapar del peligro, una manera de mantenerse con vida.

Cuando llego al edificio, me detengo ante la entrada para recuperar el aliento. Por encima de mí, los paneles de cristal reflejan la luz en todas direcciones. En algún lugar allí arriba está la silla en la que me senté mientras estaba ejecutando el simulacro de ataque, y hay una mancha de sangre del padre de Tris en la pared. En algún lugar allá arriba, la voz de Tris atravesó la simulación en la que estaba, y sentí su mano en mi pecho, trayéndome a la realidad.

Abro la puerta de la habitación del pasaje del miedo y abro la tapa de la pequeña caja negra que estaba en mi bolsillo trasero para ver las jeringuillas dentro. Esta es la caja que siempre he usado, acolchada alrededor de las agujas; es un signo de algo enfermo en mi interior, o de algo valiente.

Coloco la aguja a través de mi garganta y cierro los ojos mientras presiono el émbolo. La caja negra cae con estrépito al suelo, pero en el momento en el que abro los ojos, ha desaparecido.

Me paro en el techo del edificio Hancock, cerca de la tirolesa donde los Osados coquetean con la muerte. Las nubes son de color negro con la lluvia, y el viento me llena la boca cuando la abro para respirar. A mi



derecha, la tirolesa chasquea, el cable de alambre azota de vuelta y destroza las ventanas debajo de mí.

Mi visión se estrecha alrededor del borde del techo, trepando en el centro de un agujero. Puedo oír mi propia exhalación a pesar del viento que silba. Me obligo a caminar hasta el borde. La lluvia golpea contra mis hombros y cabeza, arrastrándome hacia el suelo. Tiro de mi peso un poco hacia delante y caigo, mi mandíbula reprimiendo mis gritos, ahogados y sofocados por mis propios miedos.

Tras aterrizar, no tengo ni un segundo para descansar antes de que las paredes se cierren a mi alrededor, la madera golpeándome en la espalda, luego la cabeza, y después mis piernas. Claustrofobia. Pongo los brazos en mi pecho, cierro los ojos y trato de no entrar en pánico.

Pienso en Eric en su pasaje del miedo, venciendo su terror a la sumisión con respiraciones profundas y lógicas. Y Tris, conjurando armas de la nada para atacar a sus peores pesadillas. Pero yo no soy Eric, y no soy Tris. ¿Qué soy yo? ¿Qué necesito *yo* para superar mis miedos?

Sé la respuesta, por supuesto que sí: tengo que negarles el poder de controlarme. Necesito saber que soy más fuerte que ellos.

Respiro y cierro mis palmas contra las paredes a mi izquierda y derecha. La caja cruje, y luego se rompe, las tablas se estrellan contra el suelo de cemento. Me pongo de pie por encima de ellas en la oscuridad.

Amar, mi instructor en la iniciación, nos enseñó que nuestros paisajes del miedo siempre estaban en proceso de cambio, cambiando con nuestros estados de ánimo y con los pequeños susurros de nuestras pesadillas. El mío fue siempre el mismo, hasta hace unas pocas semanas. Hasta que me demostré que puedo dominar a mi padre. Hasta que descubrí a alguien a quien estaba aterrorizado de perder.

No sé lo que voy a ver a continuación.

Espero mucho tiempo sin que nada cambie. El cuarto está oscuro, el suelo aún está frío y duro, mi corazón sigue latiendo más rápido de lo normal. Miro hacia abajo para ver el reloj y descubrir que está en la mano equivocada, suelo llevar el mío en mi izquierda, no en mi derecha y mi correa no es gris, es negra.





Entonces me doy cuenta de los vellos erizados en mis dedos que no estaban allí antes. Los callos en mis nudillos se han ido. Miro hacia abajo, y estoy usando pantalones grises y una camisa gris, soy más ancho alrededor del tronco y más delgado a través de los hombros.

Levanto mis ojos a un espejo que ahora se encuentra frente a mí. La cara que mira fijamente hacia mí es la de Marcus.

Él me guiña el ojo, y siento los músculos que rodean mi ojo contraerse mientras él lo hace, aunque yo no les dije que lo hicieran. Sin previo aviso, sus —mis— *nuestros* brazos tiran hacia el cristal y llegan a él, cerrando las manos alrededor del cuello de mi reflejo. Pero entonces, el espejo desaparece y mis —sus— *nuestras* manos están alrededor de nuestro propio cuello, manchas oscuras arrastrándose en el borde de nuestra visión. Nos hundimos en el suelo, y el agarre es tan fuerte como el hierro.

No puedo pensar. No se me ocurre una manera de salir de esta.

Por instinto, grito. El sonido vibra contra mis manos. Me imagino esas manos como son las mías en realidad, grandes, con largos dedos y nudillos callosos de horas contra el saco de boxeo. Imagino a mi reflejo como un chorro de agua sobre la piel de Marcus, sustituyendo todas las partes de él con partes mías. Me rehago a mí mismo en mi propia imagen.

Yo estoy de rodillas sobre el cemento, respirando con dificultad.

Mis manos tiemblan, y paso mis dedos por mi cuello, mis hombros, mis brazos. Sólo para estar seguro.

Le dije a Tris, en el tren para conocer a Evelyn hace unas semanas, que Marcus estaba todavía en mi paisaje del miedo, pero que había cambiado. Pasé mucho tiempo pensando en ello; llenaba mis pensamientos cada noche antes de irme a dormir, y clamaba por mi atención cada vez que me despertaba. Todavía le tenía miedo, lo sabía, pero de una manera diferente, ya no era un niño, temeroso de la amenaza que mi terrible padre representaba para mi seguridad. Era un hombre, asustado de la amenaza que él representaba a mi carácter, mi futuro, mi identidad.

Pero incluso ese miedo, lo sé, no se compara con el que viene a continuación. Aunque sé que viene, quiero abrirme una vena y escurrir el suero de mi cuerpo en lugar de verlo de nuevo.



Un charco de luz aparece en el concreto frente a mí. Una mano, con los dedos doblados en forma de garra, llega a la luz, seguida por otra mano, y luego la cabeza, con el pelo rubio fibroso. La mujer tose y se arrastra a sí misma en el círculo de luz, centímetro a centímetro. Trato de avanzar hacia ella, para ayudarla, pero estoy congelado.

La mujer gira su rostro hacia la luz, y veo que es Tris. La sangre se derrama sobre sus labios y los rizos alrededor de su barbilla. Sus ojos inyectados en sangre encuentran los míos y pronuncia:

—Ayuda.

Tose rojo en el suelo, y me lanzo hacia ella, de alguna manera sabiendo que si no llego a ella pronto, la luz dejará sus ojos. Manos se envuelven alrededor de mis brazos, hombros y pecho, formando una jaula de carne y hueso, pero sigo esforzándome por alcanzarla. Araño las manos que me sujetan, pero sólo termino arañándome a mí mismo.

Grito su nombre, y tose de nuevo, esta vez más sangre. Ella grita pidiendo ayuda, y grito por ella, y no oigo nada, no siento nada excepto a mí corazón, mi propio terror.

Ella cae al suelo, sin tensión, y sus ojos se quedan en blanco. Ya es demasiado tarde.

La oscuridad se levanta. Las luces vuelven. Grafitis cubren las paredes de la sala del paisaje del miedo, y frente a mí está el espejo de las ventanas de la sala de observación, y en las esquinas están las cámaras que registran cada sesión, todo donde se supone que debe estar. Mi cuello y espalda están cubiertos de sudor. Me limpio la cara con el dobladillo de mi camisa y camino hacia la puerta de enfrente, dejando mi caja negra con la jeringa y la aguja atrás.

Ya no necesito revivir mis miedos. Todo lo que necesito hacer ahora es tratar de superarlos.

ALLEGIAN'T

Sé por experiencia que confianza por sí sola puede llevar a una persona a lugares prohibidos. Igual que las celdas en el tercer piso de la sede de Erudición.



No aquí, sin embargo, por lo que parece. Un hombre sin facción me detiene con el extremo de su arma antes de llegar a la puerta, y estoy nervioso, asfixiado.

—¿A dónde vas?

Pongo mi mano en su arma y la empujo lejos de mi brazo.

—No me apunte con esa cosa. Estoy aquí por órdenes de Evelyn. Voy a ver a un prisionero.

—No he oído acerca de visitas fuera de horario hoy.

Dejo caer mi voz, para que se sienta como si estuviera escuchando un secreto.

—Eso es porque ella no lo quería en el expediente.

—¡Chuck! —dice alguien en voz alta desde las escaleras por encima de nosotros. Es Therese. Ella hace un movimiento ondulante mientras camina hacia nosotros—. Déjenlo pasar. Está bien.

Asiento con la cabeza a Therese y sigo adelante. Los escombros en el pasillo han sido limpiados, pero las bombillas rotas no han sido sustituidas, por lo que voy por tramos de oscuridad, como parches de heridas, de camino a la celda de la derecha.

Cuando llego al corredor norte, no voy directo a la celda, sino a la mujer que se encuentra al final. Es de mediana edad, con ojos que caen en los bordes y una boca que se mantiene en una mueca. Parece como si todo la agotara, incluido yo.

—Hola —le digo—. Mi nombre es Tobias Eaton. Estoy aquí para recoger a un preso, por orden de Evelyn Johnson.

Su expresión no cambia cuando oye mi nombre, así que por unos segundos, estoy seguro que tendré que dejarla inconsciente para conseguir lo que quiero. Toma un pedazo de papel arrugado de su bolsillo y lo aplana contra la palma de su mano izquierda. En ella se muestra una lista de los nombres de los presos y sus correspondientes números de habitación.

—¿Nombre? —dice.

—Caleb Prior. 308A.





—Tú eres el hijo de Evelyn, ¿verdad?

—Seh. Quiero decir... sí. —No parece ser el tipo de persona a la que le gusta la palabra “seh”.

Me lleva a una puerta de metal blanco con 308A en ella, me pregunto para qué se usaba cuando nuestra ciudad no requería tantas celdas. Ella marca el código, y las puertas se abren.

—¿Supongo que tengo que fingir que no veo lo que vas a hacer? —dice.

Debe pensar que estoy aquí para matarlo. Decido dejarla.

—Sí —digo.

—Hazme un favor y háblale bien de mí a Evelyn. No quiero tantos turnos de noche. El nombre es Drea.

—Lo tienes.

Ella recoge el papel en su puño y lo mete de nuevo en su bolsillo mientras se aleja. Mantengo mi mano en la manilla de la puerta hasta que llega a su puesto una vez más y se vuelve hacia el lado para no estar haciéndome frente. Parece que ha hecho esto unas cuantas veces antes. Me pregunto cuántas personas han desaparecido en estas celdas por orden de Evelyn.

Camino dentro. Caleb Prior se sienta en un escritorio de metal, inclinado sobre un libro, su cabello recogido a un lado de su cabeza.

—¿Qué quieres? —dice.

—Odio tener que decirte esto —me detengo. Decidí hace unas horas cómo quería manejar esto, quiero enseñarle una lección a Caleb. Y eso supondrá unas cuantas mentiras—. Tú sabes, en realidad, no te odio tanto. Tu ejecución ha sido movida unas cuantas semanas. Para esta noche.

Eso llama su atención. Se retuerce en su silla y me mira fijamente, con los ojos desorbitados y anchos, como una presa ante un depredador.

—¿Es una broma?

—Realmente soy muy malo para contar chistes.

—No. —Él niega con la cabeza—. No, tengo un par de semanas, no es *esta noche*, no...



—Si te callas, voy a darte una hora para adaptarte a esta nueva información. Si no te callas, te golpearé y te dispararé afuera en el callejón antes de que despiertes. Haz tu elección ahora.

Ver a un Erudito procesar algo es como ver el interior de un reloj, todos los engranajes girando, desplazándose, ajustándose, trabajando juntos para formar una función particular, que en este caso es dar sentido a su muerte inminente.

Los ojos de Caleb se desplazan hacia la puerta detrás de mí, y él se apodera de la silla, girando y balanceándola contra mi cuerpo. Me golpea en las piernas, duro, lo que me frena lo suficiente como para dejar que salga.

Lo sigo por el pasillo, con los brazos ardiendo donde la silla me golpeó. Soy más rápido que él, lo golpeo en la espalda y él cae al suelo de bruces, sin apoyarse. Con la rodilla en su espalda, saco sus muñecas y las aprieto en un lazo de plástico. Él se queja, y cuando lo pongo de pie, su nariz está brillando con sangre.

Los ojos de Drea tocan los míos por un momento, y luego se apartan.

Lo arrastro por el pasillo, no por el que hemos venido, por otro, hacia una salida de emergencia. Caminamos por un tramo de estrechas escaleras, donde el eco de nuestros pasos resuena, disonantes y huecos. Una vez que estoy en la parte inferior, llamo a la puerta de salida.

Zeke abre, con una tonta sonrisa en su cara.

—¿No ha habido problemas con la guardia?

—No.

—Me figuré que Drea sería fácil de pasar. Nada le importa.

—Sonaba como si ya hubiera mirado para otro lado antes.

—Eso no me sorprende. ¿Este es Prior?

—En carne y hueso.

—¿Por qué está sangrando?

—Porque es un idiota.





Zeke me ofrece un chaleco negro con un símbolo de Sin Facción cosido en el cuello.

—No sabía que la idiotez hacía que la gente empezase espontáneamente a sangrar por la nariz.

Envuelvo la chaqueta sobre los hombros de Caleb y fijo uno de los botones sobre el pecho. Él evita mis ojos.

—Creo que es un fenómeno nuevo —le digo—. ¿El callejón está despejado?

—Me he asegurado de ello. —Zeke me tiende la pistola, la empuñadura primero—. Cuidado, está cargada. Ahora bien, sería muy bueno si me golpeas, así soy más convincente cuando le diga a los Sin Facción que lo robaste de mí.

—¿Quieres que te pegue?

—Oh, como si nunca lo hubieses querido. Sólo hazlo, Cuatro.

Me gusta golpear a la gente, me gusta la explosión de potencia y energía, y la sensación de que soy intocable porque puedo herirlos. Pero no me gusta esa parte de mí, porque es la parte de mí que está más rota.

Zeke se prepara a sí mismo y cierro mi mano en un puño.

—Hazlo rápido, Tarta de Fresa —dice.

Decido apuntar a la mandíbula, que es demasiado fuerte como para que la rompa, pero seguirá mostrando un buen moretón. Me columpio, golpeándolo justo donde quiero. Zeke gime, agarrándose la cara con ambas manos. El dolor se dispara en mi brazo, y sacudo la mano.

—Muy bien. —Zeke escupe en el lado del edificio—. Bueno, supongo que eso es todo.

—Supongo que sí.

—Probablemente no te veré otra vez, ¿verdad? Quiero decir, sé que los otros estarán de vuelta, pero tú... —Se calla, pero sigue de nuevo con el pensamiento un momento después—. Simplemente parece que estarás feliz de dejarlo atrás, eso es todo.

—Sí, probablemente tienes razón. —Miro mis zapatos—. ¿Estás seguro de que no quieres venir?





—No puedo. Shauna no puede rodar por donde van a ir, y no es como si fuese a dejarla, ¿sabes? —Se toca la mandíbula, ligeramente, probando la piel—. Asegúrate de que Uri no beba demasiado, ¿está bien?

—Sí —digo.

—No, lo digo en serio —dice, y su voz cae como siempre lo hace cuando está serio, por una vez—. ¿Me prometes que cuidarás de él?

Siempre ha estado claro para mí, ya que los conozco, que Zeke y Uriah son más cercanos que la mayoría de los hermanos. Ellos perdieron a su padre cuando eran jóvenes, y sospecho que Zeke comenzó a caminar en la línea entre padre y hermano después de eso. No me puedo imaginar lo que siente Zeke al verlo salir de la ciudad ahora, sobre todo tan roto de dolor como está Uriah por la muerte de Marlene.

—Te lo prometo —le digo.

Sé que debería irme, pero tengo que estar en este momento por un poco de tiempo, sintiendo su significado. Zeke fue uno de los primeros amigos que hice en Osadía, después de que yo sobreviviese a la iniciación. Luego trabajó en la sala de control conmigo, mirando las cámaras y escribiendo estúpidos programas que deletrean palabras en la pantalla o jugando juegos de adivinanzas con números. Nunca me preguntó por mi nombre real, o por qué un primer clasificado de iniciación terminó en seguridad e instrucción en lugar de liderazgo. Él no me exigió nada.

—Vamos a abrazarnos ya —dice.

Manteniendo una mano firme sobre el brazo de Caleb, envuelvo mi brazo libre alrededor de Zeke, y él hace lo mismo.

Cuando nos separamos, tiro de Caleb por el callejón, y no puedo resistirme a volver a llamarlo:

—¡Te echaré de menos!

—¡Y yo a ti, cariño!

Él sonrío, y sus dientes son blancos en la luz del crepúsculo. Son lo último que veo de él antes de tener que darme vuelta y trotar hacia el tren.

—Están yendo a alguna parte —dice Caleb entre jadeos—. Tú y algunos otros.

—Sí.

—¿Va a ir mi hermana?

La pregunta hace que se despierte en mí una furia animal que no se satisface con palabras o insultos cortantes. Sólo se satisface con el ruido de su oreja contra la palma de mi mano. Él se estremece y encorva sus hombros, preparándose para una segunda ronda.

Me pregunto si eso es lo que yo hacía cuando mi padre lo hacía conmigo.

—Ella no es tu hermana —le digo—. La traicionaste. La torturaste. Le quitaste la única familia que le quedaba. Y... ¿por qué? ¿Porque querías guardar los secretos de Jeanine, querías quedarte en la ciudad, sano y salvo? Eres un cobarde.

—¡No soy un cobarde! —dice Caleb—. Sabía que si...

—Volvamos al acuerdo en el que mantienes la boca cerrada.

—Bien —dice—. ¿A dónde me llevas, de todas formas? Puedes matarme justo aquí, ¿no es verdad?

Hago una pausa. Una figura se mueve a lo largo de la acera, detrás de nosotros, resbalando en mi periferia. Me giro y levanto el arma, pero la forma desaparece en la boca de un callejón.

Sigo caminando, tirando a Caleb conmigo, escuchando pasos detrás de mí. Pisamos cristal con nuestros zapatos. Veo los edificios oscuros y las señales de tráfico, que cuelgan de sus goznes, como hojas tardías que se aferran a sus ramas en otoño. Entonces llego a la estación donde cogeremos el tren, y conduzco a Caleb por un tramo de escaleras de metal hasta la plataforma.

Veo al tren venir desde muy lejos, haciendo su último viaje a través de la ciudad. Una vez, los trenes fueron una fuerza de la naturaleza para mí, algo que continuaba con su camino, independientemente de lo que hiciésemos dentro de los límites de la ciudad, algo pulsante, vivo y poderoso. Ahora he conocido a los hombres y mujeres que lo manejan, y parte de ese misterio se ha ido, pero lo que significan para mí nunca ha desaparecido, mi primer acto como Osado fue saltar en uno, y todos los días después de ese fueron la fuente de mi libertad, me daban el poder de moverme por este mundo tras haberme sentido tan atrapado en el sector Abnegación, en la casa que había sido una prisión para mí.



Cuando estuvo más cerca, corté el lazo alrededor de las muñecas de Caleb con una navaja y mantuve un firme control sobre su brazo.

—Ya sabes cómo hacerlo, ¿no? —le digo—. Entra en el último vagón.

Se desabrocha la chaqueta y la deja caer en el suelo.

—Sí.

Comenzando en un extremo de la plataforma, corremos juntos a lo largo de las tablas gastadas, a la par con la puerta abierta. Él no llega hasta el mango, así que lo empujo hacia él. Tropieza, entonces lo agarra y se empuja a sí mismo en el último vagón. Me estoy quedando sin espacio, la plataforma está terminando, me agarro a la manija y me balanceo a mí mismo, mis músculos absorbiendo el empuje.

Tris se encuentra en el interior del vagón, con una pequeña sonrisa torcida. Su chaqueta negra está cerrada hasta su garganta, enmarcando su rostro en la oscuridad. Ella agarra mi cuello y tira de mí para darme un beso. Mientras se aleja, dice:

—Siempre me ha gustado verte hacer eso.

Sonrío.

—¿Es esto lo que tenías planeado? —exige Caleb detrás de mí—. ¿Qué ella esté aquí cuando me mates? Eso es...

—¿Matarlo? —me pregunta Tris, sin mirar a su hermano.

—Sí, le dejé pensar que estaba siendo llevado a su ejecución —le digo, lo suficientemente alto como para que él pueda oír—. Ya sabes, algo así como lo que él te hizo en la sede de Erudición.

—Yo... ¿no es cierto? —Su rostro, iluminado por la luna, está flojo por el shock. Me doy cuenta de que los botones de su camisa se encuentran en los ojales equivocados.

—No —le digo—. De hecho, acabo de salvarte la vida.

Empieza a decir algo, y lo interrumpo.

—Puede que no quieras darme las gracias justo ahora. Te llevaremos con nosotros. Fuera de la valla.





Fuera de la valla: el lugar que una vez trató tan duro de evitar que se volvió contra su propia hermana. Parece un castigo más apropiado que la muerte, de todos modos. La muerte es tan rápida, tan segura. A donde estamos yendo ahora, no hay nada seguro.

Se ve asustado, pero no tan asustado como yo pensaba que estaría. Creo que entiendo, entonces, la forma en la que clasifica las cosas en su mente: su vida, en primer lugar, su comodidad en un mundo de su propia creación, segundo, y en algún lugar después de eso, la vida de la gente que se supone que él ama. Él es el tipo de persona despreciable que no sabe cómo de despreciable es, y que yo acosándolo con insultos no va a cambiar eso, nada lo hará. Más que enfadado, me siento pesado, inútil.

No quiero pensar más en él. Tomo la mano de Tris y la llevo al otro lado del vagón, por lo que puedo ver la ciudad desapareciendo detrás de nosotros. Estamos uno al lado del otro en la puerta abierta, cada uno de nosotros sostiene una de las asas. Los edificios crean un oscuro patrón irregular en el cielo.

—Nos siguieron —le digo.

—Tendremos cuidado —responde ella.

—¿Dónde están los demás?

—En los primeros vagones —dice—. Pensé que debíamos estar a solas. O tan a solas como podamos.

Ella me sonrío. Estos son nuestros últimos momentos en la ciudad. Por supuesto que debemos pasarlos solos.

—Realmente voy a extrañar este lugar —dice.

—¿En serio? —le digo—. Mis pensamientos son más como, ¡Hasta nunca!

—¿No hay *nada* que echarás de menos? ¿No hay buenos recuerdos? —Me codea.

—Está bien. —Sonrío—. Hay unos pocos.

—¿Alguno de ellos no me implica? —dice—. Eso suena egocéntrico. Sabes lo que quiero decir.



—Claro, supongo —le digo, encogiéndome de hombros—. Quiero decir, tengo que tener una vida diferente en Osadía, un nombre diferente. Tengo que ser Cuatro, gracias a mi instructor de iniciación. Él me dio el nombre.

—¿En serio? —Ella inclina la cabeza—. ¿Por qué no lo he conocido?

—Porque está muerto. Él era Divergente. —Me encojo de hombros otra vez, pero no me siento informal al respecto. Amar fue la primera persona que se dio cuenta de que yo era Divergente, y él me ayudó a ocultarlo. Pero no pudo ocultar su propia Divergencia, y eso lo mató.

Ella me toca el brazo, ligeramente, pero no dice nada. Me remuevo, incómodo.

—¿Ves? —le digo—. Demasiados malos recuerdos aquí. Estoy listo para dejarlo.

Me siento vacío, no por tristeza, sino por el alivio, por toda la tensión que sale de mí. Evelyn está en esa ciudad, y Marcus, y todo el dolor, las pesadillas, los malos recuerdos, y las facciones que me mantuvieron atrapado dentro de una versión de mí mismo. Aprieto la mano de Tris.

—Mira —le digo, señalando un distante cúmulo de edificios—. Ahí está el sector de Abnegación.

Ella sonrío, pero sus ojos están vidriosos, como si una parte de su estado latente estuviese luchando por salir y extenderse. El tren silba sobre los raíles, una lágrima cae por la mejilla de Tris, y la ciudad se pierde en la oscuridad.



—Tú primero. ¡A mi señal! —dice—. Y... ¡ya!

Le da un empujón a Caleb, sólo lo suficiente para sacarlo del piso del vagón, y mi hermano desaparece. Tobias es el próximo, dejándome sola en el tren. Es estúpido extrañar algo cuando hay muchas personas a las que extrañar en su lugar, pero extraño ya este tren, y todos los otros que me han llevado a la ciudad, *mi* ciudad, después de que fui lo suficientemente valiente para montarlos. Paso mis dedos por la puerta del vagón, sólo una vez, y luego salto. El tren se está moviendo tan lento que me sobrepaso con mi aterrizaje, demasiado acostumbrada a hacerlo con velocidad y me caigo. La hierba seca raspa mis manos y me levanto, buscando en la oscuridad a Tobias y Caleb. Antes de encontrarlos, oigo a Christina.

—¡Tris!

Ella y Uriah vienen a mí. Él está sosteniendo una linterna, y luce mucho más alerta que esta tarde, lo cual es una buena señal. Detrás de ellos hay más luces, más voces.

—¿Tu hermano lo logró? —pregunta Uriah.

—Sí. —Finalmente veo a Tobias, su mano aferrando el brazo de Caleb, viniendo hacia nosotros.

—No sé cómo un Erudito como tú no puede metérselo en la cabeza —está diciendo Tobias—, pero no puedes ser capaz de correr más rápido que yo.

—Tiene razón —dice Uriah—. Cuatro es rápido. No más rápido que yo, pero definitivamente más rápido que un Cerebritito como tú.

Christina se ríe.

—¿Un qué?

—Cerebritito. —Uriah se toca la sien—. Es un juego de palabras. Cerebro, conocimiento, Erudito... ¿lo entiendes? Es como Estirado.

—Los Osados tienen el más extraño vocabulario. Tarta de Fresa, Cerebritito... ¿hay algún término para los de Verdad?

—Por supuesto. —Sonríe Uriah—. Idiotas.

Christina empuja a Uriah, fuerte, haciéndole soltar la linterna. Tobias, riendo, nos guía hacia el resto del grupo, parados a unos pocos metros.





Tori sacude su linterna en el aire para captar la atención de todos, luego dice:

—Muy bien, Johanna y los camiones estarán a unos diez minutos de caminata de aquí, así que pongámonos en marcha. Y si escucho una palabra de alguien, los golpearé hasta dejarlos sin sentido. No hemos salido todavía.

Nos acercamos más, como secciones de un cordón de zapatos apretándose. Tori camina a unos pocos metros delante de nosotros, y desde atrás, en la oscuridad, me recuerda a Evelyn, sus piernas flacas y enjutas, los hombros hacia atrás, tan segura de sí misma que es casi aterrador. A la luz de las linternas apenas puedo distinguir el tatuaje de un halcón en la parte posterior de su cuello, lo primero de lo cual hablé con ella cuando dirigía mi prueba de aptitud. Me dijo que era el símbolo de un miedo que había vencido, el miedo a la oscuridad. Me pregunto si todavía ese miedo la asusta ahora, a pesar de que trabajó tan duro para superarlo. Me pregunto si el miedo realmente se va, o sólo pierde su poder sobre nosotros.

Se aleja de nosotros a cada minuto, su ritmo más como un trote que una caminata. Tiene muchas ganas de salir, escapar de este lugar donde su hermano fue asesinado y ella alcanzó prominencia sólo para ser frustrada por una mujer sin facción que no debía de estar viva.

Está tan por delante de nosotros que cuando los disparos resuenan, sólo veo caer la linterna, no su cuerpo.

—¡Divídanse! —ruge la voz de Tobias sobre el sonido de nuestros chillidos, de nuestro caos—. ¡Corran!

Busco en la oscuridad por su mano, pero no la encuentro. Tomo el arma que Uriah me dio antes de irnos y la sostengo contra mi cuerpo, ignorando la manera en que mi garganta se tensa por la sensación de esta. No puedo correr hacia la noche. Necesito luz. Voy hacia el cuerpo de Tori, por su linterna caída.

Escucho pero no escucho los disparos, y los gritos, y los pasos apresurados. Escucho pero no escucho mi corazón latiendo. Me agacho junto al eje de luz y recojo la linterna, con la intención de simplemente agarrarla y seguir corriendo, pero en su brillo veo su cara. Brilla con





sudor y sus ojos ruedan bajo sus párpados, como si estuviera buscando algo, pero está demasiado cansada para encontrarlo.

Uno de los proyectiles encontró su estómago, y el otro encontró su pecho. No hay manera de que pueda recuperarse de esto. Puedo estar enojada con ella por pelear conmigo en el laboratorio de Jeanine, pero sigue siendo Tori, la mujer que guardaba el secreto de mi Divergencia. Mi garganta se aprieta mientras recuerdo seguirla a la sala de la prueba de aptitud, mis ojos en su tatuaje de halcón.

Sus ojos se mueven en mi dirección y se centran en mí. Sus cejas se surcan, pero no habla.

Pongo la linterna en el hueco de mi pulgar y alcanzo su mano para apretar sus dedos sudorosos.

Escucho a alguien acercándose, y apunto la linterna y el arma a la misma dirección. El haz da a una mujer usando un brazalete sin facción, con un arma apuntando a mi cabeza. Disparo, apretando mis dientes tan fuerte que chillan.

La bala golpea la mujer en el estómago y ella grita, disparando a ciegas en la noche.

Bajo la mirada hacia Tori, y sus ojos están cerrados, su cuerpo quieto. Apuntando la linterna al suelo, me alejo rápidamente de ella y de la mujer a la que le acabo de disparar. Mis piernas duelen y mis pulmones queman. No sé a dónde voy, si estoy corriendo hacia el peligro o alejándome de él, pero sigo corriendo tanto como puedo.

Finalmente veo una luz en la distancia. Al principio creo que es otra linterna, pero mientras corro más cerca me doy cuenta que es más grande y estable que una linterna, es un foco. Escucho un motor, y me agacho en la hierba alta para ocultarme apagando mi linterna y manteniendo mi arma lista. El camión se ralentiza, y oigo una voz:

—¿Tori?

Suena como Christina. El camión es de color rojo y está oxidado, un vehículo de Cordialidad. Me endezco, apuntando hacia mí para que pueda verme. El camión se detiene a unos metros por delante de mí, y Christina salta del asiento del pasajero, echando los brazos alrededor de mí. Lo reproduzco en mi mente para que sea real, el cuerpo de Tori cayendo, las



manos de la mujer sin facción cubriendo su estómago. No funciona. No se siente real.

—Gracias a Dios —dice Christina—. Súbete. Tenemos que encontrar a Tori.

—Tori está muerta —digo planamente, y la palabra “muerta” lo hace real para mí. Me seco las lágrimas de mis mejillas con las palmas de mis manos y lucho para controlar mis respiraciones temblorosas—. Yo... yo disparé a la mujer que la mató.

—¿Qué? —Johanna suena frenética. Se inclina desde el asiento del conductor—. ¿Qué dijiste?

—Tori se ha ido —digo—. Vi cuando sucedió.

La expresión de Johanna está encerrada por su cabello. Ella suelta con fuerza su próximo aliento.

—Bueno, vamos a buscar a los otros, entonces.

Me monto en el camión. El motor ruge mientras Johanna pisa el pedal, y chocamos contra la hierba en busca de los demás.

—¿Viste a alguno de ellos? —digo.

—Unos pocos. Cara, Uriah. —Johanna niega—. Nadie más.

Envuelvo mi mano alrededor de la manija de la puerta y la aprieto. Si me hubiera esforzado más para encontrar a Tobias... si no hubiese parado por Tori...

¿Qué si Tobias no lo logró?

—Estoy segura de que están bien —dice Johanna—. Ese chico tuyo sabe cómo cuidar de sí mismo.

Asiento, sin convicción. Tobias puede cuidar de sí mismo, pero en un ataque, sobrevivir es un accidente. No se necesita ninguna habilidad para quedarse en un lugar donde las balas no te encuentren, o disparar en la oscuridad y darle a un hombre que no viste. Todo es cuestión de suerte, o de providencia, dependiendo en lo que creas. Y no sé —nunca he sabido— exactamente en lo que creo.

Él está bien él está bien él está bien.



Tobias está bien.

Mis manos están temblando, y Christina aprieta mi rodilla.

Johanna nos dirige hacia el punto de encuentro, donde vio a Uriah y Cara. Miro el velocímetro subir la aguja, luego se mantiene constante en los setenta y cinco. Nos empujamos la una a la otra en la cabina, siendo lanzadas de un lado y a otro por el terreno irregular.

—¡Allí! —señala Christina. Hay un cúmulo de luces delante de nosotros, algunos son solo unos pequeños puntos, como linternas, y otros redondos, como focos.

Nos acercamos, y lo veo. Tobias está sentando en el capó del otro camión, su brazo empapado de sangre. Cara se encuentra en frente de él con un botiquín de primeros auxilios. Caleb y Peter están sentados en la hierba a pocos metros de distancia. Antes de que Johanna detenga el camión completamente, abro la puerta y salgo corriendo hacia él. Tobias se pone de pie, haciendo caso omiso de las órdenes de Cara para quedarse sentado, y chocamos, su brazo lastimado envuelto alrededor de mi espalda y cargándome. Su espalda está mojada por el sudor, y cuando me besa, sabe a sal.

Todos los nudos de tensión dentro de mí se separan a la vez. Me siento, por un momento, como renovada, como si fuese nueva.

Él está bien. Estamos fuera de la ciudad. Él está bien.

Traducido por Lizzie

Corregido por LizC

TOBIAS

Mi brazo palpita como un segundo latido del corazón por el roce de la bala. Los nudillos de Tris frotan los míos mientras ella levanta su mano para señalar algo a nuestra derecha: una serie de largos y bajos edificios iluminados por lámparas de emergencia azules.

—¿Qué son esos? —dice Tris.

—Los otros invernaderos —dice Johanna—. Esos no requieren mucha mano de obra, pero nosotros plantamos y hacemos crecer cosas en grandes cantidades allí: animales, materias primas para fabricar, trigo, y así sucesivamente.

Sus cristales brillan en la luz de las estrellas, oscureciendo los tesoros que me imagino están dentro de ellos, las pequeñas plantas con frutos colgando de sus ramas, las filas de plantas de patata enterradas en la tierra.

—No se los muestran a los visitantes —le digo—. Nunca los vimos.

—Cordialidad mantiene una serie de secretos —dice Johanna, y suena orgullosa.

El camino por recorrer es largo y recto, marcado con grietas y profundos charcos. Junto a él hay árboles nudosos, farolas rotas, cables eléctricos viejos. De vez en cuando, hay un aislado cuadro de banqueta con malezas abriéndose paso a través del concreto, o una pila de madera podrida, una vivienda derrumbada.

Cuanto más tiempo paso pensando en este paisaje que cada patrulla de Osadía dijo que era normal, más veo una vieja ciudad levantándose a mí alrededor, los edificios más bajos que los que dejamos atrás, pero igual de numerosos. Una ciudad antigua que fue transformada en un terreno



baldío para la granja de Cordialidad. En otras palabras, una antigua ciudad que fue arrasada y quemada a cenizas, y aplastada contra el suelo, incluso los caminos desaparecen, la tierra dejó de correr salvaje sobre la destrucción.

Saco mi mano por la ventana, y el viento se envuelve alrededor de mis dedos como mechones de cabello. Cuando era muy joven, mi madre fingía que podía formar cosas a partir del viento, y ella me les daría a mí para usarlas, como martillos y clavos, o espadas, o patines de ruedas. Era un juego que jugábamos en las tardes, en el jardín delantero, antes de que Marcus llegara a casa. Eso alejaba nuestro temor.

En el lecho del camión, detrás de nosotros, están Caleb, Christina, y Uriah. Christina y Uriah se sientan lo suficientemente cerca para que sus hombros se toquen, pero ellos están mirando en direcciones opuestas, más como extraños que amigos. Justo detrás de nosotros está otro camión, conducido por Robert, el cual lleva a Cara y Peter. Se suponía que Tori tenía que estar con ellos. El pensamiento me hace sentir hueco, vacío. Ella administró mi prueba de aptitud. Ella me hizo pensar, por primera vez, que podía dejar Abnegación... que tenía que hacerlo. Siento que le debo algo, y ella murió antes de que pudiera dárselo.

—Esto es todo —dice Johanna—. El límite exterior del patrullaje de Osadía.

No hay valla o pared marcando la división entre el recinto de Cordialidad y el mundo exterior, pero recuerdo el monitoreo de las patrullas de Osadía desde la sala de control, asegurándome de que no fueran más allá del límite, el cual está marcado por una serie de signos con X en ellos. Las patrullas fueron estructuradas para que los camiones se quedaran sin gasolina si iban demasiado lejos, un delicado sistema de pesos y contrapesos que conservaba nuestra seguridad y la de ellos y, ahora me doy cuenta, el secreto que Abnegación mantenía.

—¿Alguna vez has ido más allá de los límites? —dice Tris.

—Algunas veces —dice Johanna—. Es nuestra responsabilidad hacer frente a esa situación cuando es necesario.

Tris le da una mirada, y ella se encoge de hombros.

—Cada facción tiene un suero —dice Johanna—. El suero de Osadía da realidades alucinadas, el de Verdad da la verdad, el de Cordialidad da la





paz, el de Erudición da muerte... —Ante esto, Tris se estremece visiblemente, pero Johanna continúa como si no fuera así—, y el de Abnegación restablece la memoria.

—¿Restablece la *memoria*?

—Como la memoria de Amanda Ritter —le digo—. Ella dijo: “Hay muchas cosas que estoy feliz de olvidar”, ¿recuerdas?

—Sí, exactamente —dice Johanna—. Los Cordiales se encargan de administrar el suero de Abnegación a cualquiera que sale más allá del límite, lo suficiente para hacerlos olvidar la experiencia. Estoy segura de que algunos de ellos nos han eludido, pero no muchos.

Nos llamamos entonces. Doy vuelta a la información una y otra vez en mi mente. Hay algo profundamente malo en quitar los recuerdos de las personas, a pesar de que sé que era necesario para mantener a nuestra ciudad segura por tanto tiempo como tuviera que estarlo, lo siento en la boca del estómago. Quita los recuerdos de una persona, y cambias lo que ellos son.

Hinchándose dentro de mí está la sensación de que estoy a punto de saltar de mi piel, porque cuanto más lejos lleguemos fuera del límite exterior de las patrullas de Osadía, más nos acercamos a ver lo que queda fuera del único mundo que he conocido. Estoy aterrizado, emocionado, confundido y cientos de cosas diferentes a la vez.

Ve algo por delante de nosotros, a la luz de la mañana, y agarro la mano de Tris.

—Mira —le digo.

*Traducido por Mari NC**Corregido por Vero*

TRIS

El mundo más allá del nuestro está lleno de caminos y edificios oscuros y el colapso de las líneas eléctricas.

No hay vida en él, por lo que puedo ver; ningún movimiento, ningún sonido, sin más sonido que el viento y mis propios pasos.

Es como si el paisaje fuera una frase interrumpida, un lado colgando en el aire, sin terminar, y el otro lado, un tema completamente distinto. En nuestro lado de esa frase hay tierra vacía, hierba y tramos de carretera. En el otro lado están los dos muros de hormigón con media docena de conjuntos de vías de tren entre ellos. Más adelante, hay un puente de hormigón construido a través de las paredes, y enmarcando las vías hay edificios, madera, ladrillo y vidrio, sus ventanas oscuras, los árboles creciendo a su alrededor, por lo que las ramas silvestres han crecido juntas.

Un cartel a la derecha dice 90.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Uriah.

—Seguimos las vías —digo, pero en silencio, por lo que sólo yo lo oigo.

ALLEGIAN'T

Salimos de los camiones en la brecha entre nuestro mundo y el de ellos, quienesquiera que sean “ellos”. Robert y Johanna dicen un breve adiós, giran los camiones, y conducen de vuelta a la ciudad. Los veo irse. No me puedo imaginar viniendo hasta aquí y luego regresar, pero creo que hay cosas que ellos tienen que hacer en la ciudad. Johanna tiene todavía una rebelión de Leales que organizar.



El resto de nosotros —Tobias, Caleb, Peter, Christina, Uriah, Cara y yo— partimos con nuestros escasos bienes a lo largo de las vías del tren.

Las vías no son como las que hay en la ciudad. Están pulidas y son elegantes, y en lugar de estribos perpendiculares a su paso, hay láminas de metal con textura. Más adelante veo a uno de los trenes que corre a lo largo de ellas, abandonado cerca de la pared. Es de metal plateado en la parte superior y frontal, como un espejo, con vidrios polarizados a lo largo de un costado. Cuando nos acercamos, veo filas de bancos en su interior con cojines granates en ellos. Las personas no deben subir y bajar saltando de estos trenes.

Tobias camina detrás de mí sobre uno de los carriles, con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio. Los demás están distribuidos en las vías, Peter y Caleb cerca de una pared, Cara cerca de la otra. Nadie habla mucho, excepto para señalar algo nuevo, una señal o un edificio o una pizca de cómo era este mundo, cuando había gente en él.

Los muros de hormigón por sí solos llaman mi atención: están cubiertos de fotos extrañas de personas con la piel tan suave que difícilmente se parecen a personas ya, o botellas de colores con champú o acondicionador o vitaminas o sustancias desconocidas dentro de ellas, palabras que no entiendo, “vodka”, “Coca-Cola” y “bebida energética”. Los colores, las formas, las palabras y las imágenes son tan estridentes, tan abundantes, que son fascinantes.

—Tris. —Tobias pone su mano sobre mi hombro, y me detengo.

Inclina la cabeza y dice:

—¿Oyes eso?

Oigo pasos y las voces silenciosas de nuestros compañeros. Escucho mi propia respiración, y las suyas. Pero por debajo de ellas hay un rumor tranquilo, inconsistente en su intensidad. Suena como un motor.

—¡Todo el mundo pare! —grito.

Para mi sorpresa, todo el mundo lo hace, incluso Peter, y nos reunimos en el centro de la vía. Veo a Peter sacar su pistola y sostenerla, y yo hago lo mismo, ambas manos unidas para mantenerla estable, recordando la facilidad con la que solía levantarla. Esa facilidad se ha ido.





Algo aparece alrededor de la curva por delante. Un camión negro, pero más grande que cualquier camión que haya visto en mi vida, lo suficientemente grande como para albergar a más de una docena de personas en su cama cubierta.

Me estremezco.

El camión golpea sobre las vías y empieza a detenerse a unos seis metros de distancia de nosotros. Puedo ver al hombre conduciéndolo, tiene la piel oscura y su pelo largo se encuentra en un nudo en la parte posterior de su cabeza.

—Dios —dice Tobias, y sus manos se aprietan alrededor de su propia arma. Una mujer sale del asiento delantero. Ella parece estar en torno a la edad de Johanna, su piel modelada con pecas densas y su pelo tan oscuro que es casi negro. Ella salta al suelo y levanta las dos manos, por lo que podemos ver que no está armada.

—Hola —dice, y sonríe con nerviosismo—. Mi nombre es Zoe. Este es Amar.

Ella sacude la cabeza hacia un lado para indicar al conductor, que ha bajado del camión también.

—Amar está muerto —dice Tobias.

—No, no lo estoy. Vamos, Cuatro —dice Amar.

El rostro de Tobias se aprieta con miedo. No lo culpo. No todos los días ves a alguien que te importa volver de entre los muertos.

Los rostros de todas las personas que he perdido pasan rápidamente por mi mente. Lynn. Marlene. Will. Al.

Mi padre. Mi madre.

¿Qué pasa si todavía están vivos, como Amar? ¿Qué pasa si la cortina que nos separa no es la muerte sino una valla de tela metálica y un terreno?

No puedo evitar tener esperanza, tan absurdo como es.

—Trabajamos para la misma organización que fundó su ciudad —dice Zoe mientras mira a Amar—. La misma organización de la que venía Edith. Y...



Ella mete la mano en su bolsillo y saca una fotografía parcialmente arrugada. La extiende, y luego sus ojos encuentran los míos en la multitud de personas y armas.

—Creo que deberías ver esto, Tris —dice ella—. Daré un paso adelante y la dejaré en el suelo, luego regresaré. ¿De acuerdo?

Ella sabe mi nombre. Mi garganta se aprieta con miedo. ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y no sólo mi nombre, mi apodo, el nombre que elegí cuando me uní a Osadía?

—Está bien —digo, pero mi voz es ronca, así que las palabras apenas escapan.

Zoe se adelanta, pone la fotografía en las vías del tren, luego se mueve de nuevo a su posición original. Dejo la seguridad de nuestro número y me agacho cerca de la fotografía, mirándola todo el tiempo. Luego me levanto, fotografía en mano.

Ésta muestra una fila de personas frente a una valla de tela metálica, los brazos colgados sobre los hombros y la espalda del otro. Veo una versión infantil de Zoe, reconocible por sus pecas, y algunas personas que no reconozco. Estoy a punto de preguntarle cuál es el punto de mí observando esta foto cuando reconozco a la mujer joven con el pelo rubio opaco, recogido hacia atrás, y una amplia sonrisa.

Mi madre. ¿Qué está haciendo mi madre junto a esta gente?

Algo —pena, dolor, nostalgia— me aprieta el pecho.

—Hay mucho que explicar —dice Zoe—. Pero este no es realmente el mejor lugar para hacerlo. Nos gustaría llevarlos a nuestra sede. Está a poca distancia de aquí.

Todavía sosteniendo su arma, Tobias toca mi muñeca con su mano libre, guiando la foto más cerca de su cara.

—¿Esa es tu madre? —me pregunta.

—¿Es *mamá*? —dice Caleb. Empuja pasando a Tobias para ver la imagen por encima de mi hombro.

—Sí —les digo a los dos.

—¿Crees que deberíamos confiar en ellos? —me dice Tobias en voz baja.





Zoe no se ve como una mentirosa, y no suena como una tampoco. Y si ella sabe quién soy, y sabía cómo encontrarnos aquí, es probablemente porque tiene algún tipo de acceso a la ciudad, lo que significa que probablemente está diciendo la verdad sobre estar con el grupo del que Edith Prior venía. Y luego está Amar, quien está observando cada movimiento que hace Tobias.

—Vinimos aquí porque queríamos encontrar a estas personas —digo—. Tenemos que confiar en alguien, ¿no? O sino sólo estaremos caminando en un terreno baldío, posiblemente muriendo de hambre.

Tobias libera mi muñeca y baja su pistola. Yo hago lo mismo. Los otros hacen lo mismo poco a poco, con Christina bajando la suya de última.

—Dondequiera que vayamos, tenemos que tener la libertad de irnos en cualquier momento —dice Christina—. ¿Está bien?

Zoe coloca su mano sobre su pecho, justo sobre su corazón.

—Te doy mi palabra.

Espero, por el bien de todos, que valga la pena tener su palabra.

Traducido por Aylinachan

Corregido por Lizzie

TOBIAS

Estoy en el borde de la cama del camión, sosteniendo la estructura que soporta la cubierta de lona. Quiero que esta nueva realidad sea una simulación que podría manipular si pudiera darle sentido. Pero no lo es y no puedo darle sentido.

Amar está vivo.

“¡Adaptación!” era uno de sus comandos favoritos durante mi iniciación. A veces lo gritaba tan a menudo que me lo soñaría, me despertaba, como un despertador, requiriendo de mí más de lo que podía ofrecer. *Adaptación*. Una adaptación más rápida, una mejor adaptación, adaptarse a cosas a las que ningún hombre debería.

De esta manera: dejando un mundo totalmente formado y descubriendo otro.

O esta: descubrir que tu amigo muerto está realmente vivo y conduciendo el camión que te lleva.

Tris se sienta detrás de mí, en el banco que se ajusta alrededor de la plataforma de la camioneta, la foto arrugada en sus manos. Sus dedos se ciernen sobre el rostro de su madre, casi tocándolo, pero no del todo. Christina se encuentra a un lado de ella y Caleb al otro. Ella debe dejar que se quede solamente para ver la fotografía, todo su cuerpo se retrae de él, presionando al lado de Christina.

—¿Esa es su mamá? —dice Christina.

Tris y Caleb asienten con la cabeza.

—Es muy joven ahí. Bonita, también —añade Christina.

—Sí lo es. Era, quiero decir.



Espero que Tris suene triste cuando responde, como si estuviera dolida ante el recuerdo de la belleza desvanecida de su madre. En cambio, su voz es nerviosa, sus labios fruncidos expectantes. Espero que no se esté gestando una falsa esperanza.

—Déjame verla —dice Caleb, estirando la mano hacia su hermana.

En silencio y sin llegar a mirarlo, le pasa la fotografía.

Me vuelvo hacia el mundo al que estamos conduciendo, el final de las vías del tren. Las grandes extensiones de terreno. Y a lo lejos, el Centro de Actividad, apenas visible en la niebla que cubre el horizonte de la ciudad. Es una sensación extraña, verlo desde aquí, como si yo todavía pudiera tocarlo si estiro mi mano lo suficiente, aunque me he alejado mucho.

Peter se mueve al borde de la plataforma del camión a mi lado, sosteniendo la lona para mantener el equilibrio. El tren sigue la curva lejos de nosotros y no puedo ver más los campos. Las paredes a cada lado de nosotros poco a poco desaparecen a medida que la tierra se aplana, y veo edificios por todas partes, algunos pequeños, como las casas de Abnegación y algunos amplios, como los edificios de la ciudad.

Los descuidados y enormes árboles, crecen más allá de los apartamentos de cemento destinados a mantenerlos encerrados, sus raíces se extienden sobre el pavimento. Situada en el borde de una azotea hay una parvada de pájaros negros como los tatuados en la clavícula de Tris. A medida que el camión pasa, graznan y se dispersan por el aire.

Este es un mundo salvaje.

Sólo así, esto es demasiado para que pueda soportarlo, y tengo que retroceder y sentarme en uno de los bancos. Pongo la cabeza entre mis manos, manteniendo los ojos cerrados de forma que no pueda absorber nueva información. Siento el fuerte brazo de Tris en mi espalda, tirando de mí hacia los lados en su estrecha figura. Tengo las manos entumecidas.

—Simplemente concéntrate en lo que hay aquí, en este momento —dice Cara desde el otro lado del camión—. Por ejemplo, en el movimiento del camión. Ayudará.

Lo intento. Pienso en lo duro que está el banco debajo de mí y en la vibración del camión, incluso en el suelo plano, el zumbido de mis huesos. Detecto su pequeño movimiento de izquierda a derecha, adelante y atrás y





absorbo cada rebote, mientras pasan por encima de los carriles. Me concentro hasta que todo se oscurece a nuestro alrededor y no siento el paso del tiempo o el pánico del descubrimiento, solo siento nuestro movimiento sobre la tierra.

—Probablemente deberías mirar a tu alrededor ahora —dice Tris y suena débil.

Christina y Uriah están en pie donde estaba yo, mirando por el borde de la pared de lona. Miro por encima de sus hombros para ver hacia donde estamos conduciendo. Hay una valla alta que se extiende a través de todo el paisaje, que parece vacío en comparación con los edificios densamente empaquetados que vi antes de sentarme. La valla tiene barras negras verticales con extremos puntiagudos que se doblan hacia el exterior, como para ensartar a cualquiera que trate de pasar por encima de ella.

Unos pocos metros más allá hay otra valla, esta enlazada con eslabones como la que rodea la ciudad, con alambres de púas enrollados en la parte superior. Oigo un fuerte zumbido proveniente de la segunda valla, una carga eléctrica. La gente camina por el espacio entre ellas, llevando las armas que se parecen un poco a nuestras armas de pintball, pero mucho más letales y con poderosas piezas.

Hay un letrero en la primera valla donde se lee OFICINA DE BIENESTAR GENÉTICO.

Oigo la voz de Amar, hablándole a los guardias armados, pero no sé lo que está diciendo. Una puerta en la primera valla se abre para dejarnos pasar y luego una puerta en la segunda. Lo que hay más allá de las dos vallas es... orden.

Por lo que yo puedo ver, hay edificios separados por hierba recortada y árboles en ciernes. Las carreteras que los conectan están bien cuidadas y bien marcadas, con flechas que apuntan a varios destinos: INVERNADEROS, en línea recta; SEGURIDAD AVANZADA, izquierda; RESIDENCIAS DE OFICIALES, derecha; RECINTO PINCIPAL, en línea recta.

Me levanto y me inclino en el camión para ver el recinto, la mitad de mi cuerpo cuelga sobre la carretera. La Oficina de Bienestar Genético no es muy alta, pero sigue siendo enorme, más amplia de lo que alcanzo a ver, un mamut de vidrio, acero y hormigón. Detrás del recinto hay algunas



torres altas con protuberancias en la parte superior, no sé por qué, pero pienso en la sala de control cuando los veo y me pregunto si es eso lo que son.

Aparte de los guardias entre las vallas, hay pocas personas fuera. Aquellos que están parados mirándonos, pero nos alejamos tan rápido que no veo sus expresiones.

El camión se detiene ante un conjunto de puertas dobles y Peter es el primero en saltar. El resto de nosotros se deja caer al suelo detrás de él y estamos hombro con hombro, de pie tan cerca que puedo oír lo rápido que todo el mundo está respirando. En la ciudad nos dividieron por facciones, por edad, por historia, pero es este caso todas las divisiones desaparecen. Somos todo lo que tenemos.

—Aquí vamos —murmura Tris, mientras Zoe y Amar se acercan.

Aquí vamos, digo para mí.

ALLEGIANTE

—Bienvenidos al recinto —dice Zoe—. Este edificio solía ser el aeropuerto O'Hare, unos de los aeropuertos más activos del país. Ahora es la sede de la Oficina de Bienestar Genético, o simplemente la Oficina, como la llamamos por aquí. Es una agencia del gobierno de los Estados Unidos.

Siento que mi cara se contrae. Conozco todas las palabras que dice —excepto que no estoy seguro de lo que es un “aeropuerto” o “estados unidos”— pero no tienen sentido para mí. No soy el único que parece confundido, Peter levanta las cejas como si formulara una pregunta.

—Lo siento —dice—. Siempre me olvido de lo poco que saben.

—Yo creo que es culpa *tuya* que no sepamos nada, no nuestra —señala Peter.

—Debería replantearlo. —Zoe sonríe suavemente—. Siempre me olvido de la poca información que les proporcionamos. Un aeropuerto es un centro de actividad de transporte aéreo y...

—¿Transporte *aéreo*? —dice Christina, incrédula.



—Uno de los desarrollos tecnológicos que no era necesario que nosotros conociéramos cuando estábamos dentro de la ciudad era el transporte aéreo —dice Amar—. Es seguro, rápido y sorprendente.

—Guau —dice Tris.

Parece emocionada. Yo, sin embargo, pienso en ir a toda velocidad por el aire, por encima del recinto, y siento ganas de vomitar.

—De cualquier modo. Cuando fueron desarrollados los primeros experimentos, el aeropuerto se convirtió en este recinto para poder monitorear los experimentos a distancia —dice Zoe—. Voy a ir a la sala de control para recibir a David, el jefe de la Oficina. Ustedes verán un montón de cosas que no entienden, pero puede ser mejor conseguir algunas explicaciones preliminares antes de empezar a preguntarme acerca de ellas. Así que tomen nota de las cosas de las que quieran aprender más y no duden en venir a mi o a Amar para preguntar después.

Ella se dirige hacia la entrada y las puertas son abiertas para ella por dos guardias armados quienes sonríen y la saludan al pasar. El contraste entre el saludo amable y las armas apoyadas en sus hombros es casi humorístico. Las armas son enormes y me pregunto cómo se sienten al disparar, si puedes sentir el mortífero poder cuando aprietas el dedo en el gatillo.

El aire frío se precipita sobre mi cara mientras camino hacia el recinto. Ventanas de arco por encima de mi cabeza, dejan pasar la pálida luz, pero esa es la parte más atractiva sobre el lugar: el piso de azulejos es sombrío con suciedad y viejo, y las paredes son de color gris y blanco. Por delante de nosotros hay un mar de gente y maquinaria, con un letrero sobre ellos que dice PUESTO DE CONTROL DE SEGURIDAD. No entiendo por qué tienen tanta seguridad si ya están protegidos por dos barreras de valla, una de las cuales está electrificada, y algunas barreras de guardianes, pero este no es mi mundo a cuestionar.

No, este no es mi mundo en absoluto.

Tris toca mi hombro y señala hacia la larga entrada.

—Mira eso.

De pie en el otro extremo de la sala, fuera del puesto de control de seguridad, hay un enorme bloque de piedra con un aparato de vidrio





suspendido sobre él. Es un claro ejemplo de las cosas que vamos a ver aquí que no entendemos. Tampoco entiendo el hambre en los ojos de Tris, devorando todo lo que nos rodea, como si solo eso pudiera sostenerla. A veces siento que somos iguales, pero a veces, como en este momento, siento la separación entre nuestra personalidad como si acabara de chocar contra una pared.

Christina le dice algo a Tris y se ríen. Todo lo que oigo es amortiguado y distorsionado.

—¿Estás bien? —me pregunta Cara.

—Sí —digo mecánicamente.

—¿Sabes? Sería perfectamente lógico que entraras en pánico en este momento —dice—. No es necesario insistir continuamente en tu inquebrantable masculinidad.

—Mi... ¿qué?

Sonríe, y me doy cuenta de que estaba bromeando.

Todas las personas en etapa de control de seguridad están a un lado, formando un túnel para que nosotros podamos pasar. Delante de nosotros, Zoe anuncia:

—Las armas no están permitidas dentro de estas instalaciones, pero si las dejan en el puesto de control de seguridad pueden recogerlas al salir, si deciden hacerlo. Después de dejarlas, vamos a pasar por los escáneres y seguiremos nuestro camino.

—Esa mujer es irritante —dice Cara.

—¿Qué? —le digo—. ¿Por qué?

—No puede separarse de su propio conocimiento —dice mientras saca su arma—. Sigue diciendo las cosas como si fueran obvias cuando no lo son.

—Tienes razón —le digo sin demasiada convicción—. Es irritante.

Delante de mí, veo a Zoe poniendo su pistola en un contenedor gris y luego entrar en un escáner en forma de rectángulo con un túnel por el centro, lo suficientemente grande para que quepa un cuerpo. Saco mi propia arma, que está cargada de balas sin usar y la pongo en el contenedor que tiende



hacia mí el guardia de seguridad, donde están todas las armas de los demás.

Veo a Zoe pasar por el escáner, seguida de Amar, Peter, Caleb, Cara y Christina. Mientras estoy en el borde del mismo, en las paredes que exprimen mi cuerpo entre ellas, siento el comienzo del pánico de nuevo, las manos entumecidas y el pecho apretado. El escáner me recuerda a la caja de madera que me atrapa en mi pasaje del miedo, apretando mis huesos.

No puedo, no voy a entrar en pánico aquí.

Obligo a mis pies a moverse en el escáner y me quedo de pie en el centro, donde todos los otros se quedaron. Oigo que algo se mueve en las paredes a cada lado y luego hay un pitido agudo. Me estremezco y todo lo que puedo ver es la mano del guardia, señalándome hacia adelante.

Ahora está bien escapar.

Tropiezo fuera del escáner y el aire se abre a mí alrededor. Cara me dirige una mirada mordaz, pero no dice nada.

Cuando Tris toma mi mano después de pasar por el escáner, casi no la siento. Recuerdo que pasé a través de mi pasaje del miedo con ella, nuestros cuerpos apretados en la caja de madera que nos encerraba, mi mano contra su pecho, sintiendo los latidos de su corazón. Es suficiente para volver a la realidad de nuevo.

Una vez que Uriah pasa a través del escáner, Zoe nos dirige de nuevo hacia delante.

Más allá del puesto de control de seguridad, la instalación no está tan sucia como estaba antes. Los suelos siguen siendo de baldosas, pero están pulidos a la perfección y hay ventanas en todas partes. Hacia abajo hay un largo pasillo y veo filas de mesas de laboratorio y computadoras y me recuerda a la sede de Erudición, pero este está más iluminado y nada parece estar oculto.

Zoe nos conduce por un pasillo oscuro a la derecha. Mientras caminamos nos cruzamos con gente, se detienen y miran y siento sus ojos en mí como pequeños rayos de calor, lo que hace que me caliente desde el cuello hasta las mejillas.

Caminamos por un largo tiempo por el recinto y luego Zoe se para frente a nosotros.



Detrás de ella hay un gran círculo de pantallas en blanco, como mariposas rodeando una llama. Las personas dentro del círculo están sentadas en pupitres bajos, escribiendo furiosamente en aún más pantallas. Es una gran sala de control, pero está a la intemperie y no estoy seguro de lo que están observando aquí, ya que todas las pantallas están oscuras. Agrupados en torno a las pantallas que se enfrentan en las sillas, bancos y mesas, las personas se reúnen para verse en su tiempo libre.

A unos metros delante de la sala de control hay un hombre mayor con una sonrisa y un uniforme azul oscuro, al igual que el de todos los demás. Cuando ve que nos acercamos, extiende sus manos para darnos la bienvenida. Supongo que es David.

—Esto —dice el hombre—, es lo que hemos estado esperando desde el principio.

Traducido por Isa 229

Corregido por Vero

TRIS

Tomo la fotografía de mi bolsillo. El hombre frente a mí —David— está en ella, al lado de mi madre, su rostro un poco más suave, su cintura un poco más esbelta.

Cubro el rostro de mi madre con la punta de mi dedo. Toda la esperanza creciendo dentro de mí se ha marchitado. Si mi madre, o mi padre, o mis amigos estuvieran vivos aún, habrían estado esperando al lado de la puerta nuestra llegada. Debería haberlo pensado mejor antes de creer que lo que sucedió con Amar —sea lo que sea— podría pasar otra vez.

—Mi nombre es David. Como probablemente Zoe ya les dijo, soy el líder de la Oficina de Bienestar Genético. Voy a dar lo mejor de mí para explicar las cosas —dice David—. Lo primero que deberían saber es que la información que Edith Prior les dio es sólo parcialmente cierta.

Ante el nombre “Prior” sus ojos se fijan en mí. Mi cuerpo tiembla con anticipación, desde que vi ese video he estado desesperada por respuestas, y estoy a punto de obtenerlas.

—Ella les proporcionó sólo tanta información como necesitaban para alcanzar los objetivos de nuestros experimentos —dice David—. Y en muchos casos, eso significa, simplificándolo demasiado, omitir la verdad, e incluso la mentira absoluta. Ahora que están aquí, no hay necesidad para ninguna de estas cosas.

—Todos ustedes siguen hablando de “experimentos” —dice Tobias— ¿Cuáles experimentos?

—Sí, bueno, estaba llegando a eso. —David mira a Amar—. ¿Dónde comenzaron ellos cuándo te lo explicaron a ti?



—No importa dónde comiences. No puedes hacerlo más fácil de aceptar — dice Amar, jugando con sus cutículas.

David considera esto por un momento, luego se aclara la garganta.

—Hace mucho tiempo, el gobierno de los Estados Unidos...

—¿Los Unidos qué? —pregunta Uriah.

—Es un país —dice Amar—. Uno grande. Tiene fronteras específicas y su propio cuerpo de gobierno, y ahora mismo nosotros estamos en el medio de él. Podemos hablar de eso mas tarde. Continúe, señor.

David presiona el pulgar en su palma y masajea su mano, claramente desconcertado por todas las interrupciones.

Comienza de nuevo:

—Hace algunos siglos, el gobierno de este país se interesó en la aplicación de ciertos comportamientos deseables en sus ciudadanos. Habían habido estudios que indicaban que esas tendencias a la violencia podrían ser parcialmente atribuidas a un gen de la persona, un gen llamado “el gen asesino” fue el primero de ellos, pero hubieron bastantes más: predisposición genética hacia la cobardía, la deshonestidad, la menor inteligencia; todas cualidades, que en otras palabras, básicamente contribuyen a la rotura de una sociedad.

Nos fue enseñado que las facciones fueron formadas para resolver un problema, el problema de nuestras naturalezas imperfectas. Aparentemente las personas que David está describiendo, quienes quiera que sean, creían en ese problema también.

Sé muy poco acerca de genética, sólo lo que puedo ver transmitido de padres a hijos, en mi rostro y en los rostros de mis amigos. No puedo imaginarme aislando un gen para el asesinato, o la cobardía, o la deshonestidad. Estas cosas parecen tan imprecisas para tener una localización concreta en el cuerpo de una persona. Pero no soy una científica.

—Obviamente hay bastantes factores que determinan la personalidad, incluyendo la educación y las experiencias de la persona —continúa David—. Pero a pesar de la paz y prosperidad que había reinado en este país por cerca de un siglo, pareció ventajoso para nuestros ancestros





reducir el riesgo de que estas indeseables cualidades aparezcan en nuestra población, corrigiéndolas. En otras palabras, editando a la humanidad.

—Así es como nació el experimento de manipulación genética. Lleva muchas generaciones para que cualquier tipo de manipulación genética se manifieste, pero las personas fueron seleccionadas de la población en general en grandes números, de acuerdo a sus antecedentes o a su conducta, y les fue concedida la oportunidad de dar un regalo a nuestras futuras generaciones, una alteración genética que haría de sus descendientes solo un poco mejores.

Miro alrededor hacia los demás. La boca de Peter está arrugada con desdén, Caleb está frunciendo el ceño, la boca de Cara ha caído abierta, como si ella estuviera hambrienta de respuestas e intentara comérselas del aire. Christina sólo luce escéptica, una ceja levantada, y Tobias está mirando sus zapatos.

Siento como que no estoy escuchando nada nuevo, sólo la misma filosofía que engendró a las facciones, conduciendo a las personas a manipular sus genes en lugar de separarlos en grupos basados en virtudes. Lo entiendo. En algún nivel incluso estoy de acuerdo con ello. Pero no sé cómo se relaciona con nosotros, aquí, ahora.

—Pero cuando las manipulaciones genéticas comenzaron a hacer efecto, las alteraciones tuvieron consecuencias desastrosas. Como resulta evidente, la tentativa no ha resultado en genes corregidos, si no en dañados —dice David—. Sácale a alguien el miedo, la menor inteligencia, o la deshonestidad... y le quitas su compasión. Sácale su agresividad y le quitas su motivación, o su habilidad para valerse por sí mismo. Llévate su egoísmo y le quitas su sentido de auto preservación. Si piensan en ello, estoy seguro que saben exactamente lo que quiero decir.

Marco en mi mente cada cualidad mientras las dice: miedo, escasa inteligencia, deshonestidad, agresividad, egoísmo. Él *está* hablando de las facciones. Y tiene razón al decir que cada facción pierde algo cuando gana una virtud: Osadía, valientes pero crueles; Erudición, inteligentes pero vanidosos; Cordialidad, pacíficos pero pasivos; Verdad, honestos pero desconsiderados; Abnegación, desinteresados pero sofocantes.

—La humanidad nunca ha sido perfecta, pero las alteraciones genéticas la hicieron peor de lo que alguna vez había sido. Esto se manifestó por sí mismo en lo que llamamos La Guerra de Purificación. Una guerra civil,



librada por aquellos con genes dañados, contra el gobierno y cualquiera con genes puros. La Guerra de Purificación ocasionó un nivel de destrucción antiguamente inaudito en suelo Americano, eliminando casi la mitad de la población del país.

—La imagen visual está arriba —dice una de las personas en un escritorio en la cuarto de control.

Un mapa aparece en la pantalla encima de la cabeza de David. Es una forma desconocida, por lo que no estoy segura de lo que se supone que representa, pero está cubierto con parches rosa, rojo, y luces de oscuro carmesí.

—Este es nuestro país antes de la Guerra de Purificación —dice David—. Y *este* es después...

Las luces comienzan a desvanecerse, los parches se encojen como charcos de agua secándose al sol. Entonces me doy cuenta que las luces rojas eran personas... personas desapareciendo, sus luces se esfumaron. Miro fijamente a la pantalla, incapaz de envolver mi mente alrededor de tan sustancial pérdida.

David continúa.

—Cuando la guerra finalmente estuvo terminada, las personas exigieron una solución permanente al problema de la genética. Y ese es el porqué fue formada la Oficina de Bienestar Genético. Armada con todo el conocimiento científico a disposición de nuestro gobierno, nuestros predecesores designaron experimentos para restaurar la humanidad a su estado genéticamente puro.

—Ellos llamaron a presentarse a los individuos genéticamente dañados así la Oficina podía alterar sus genes. Luego la Oficina los puso en entornos seguros para instalarse a largo plazo, equipados con versiones básicas de los sueros para ayudarlos a controlar su sociedad. Esperarían por el paso del tiempo, por el paso de las generaciones, esperarían para que cada una produjera más humanos genéticamente sanos. O, como ustedes actualmente los conocen... Divergentes.

Desde que Tori me dijo la palabra para lo que soy —Divergente— he querido saber qué significa. Y aquí está la más simple respuesta que he recibido: “Divergente” quiere decir que mis genes están curados. Puros. Completos. Debería sentirme aliviada de saber la verdadera respuesta al



fin. Pero sólo siento como si algo se apagara, picando en la parte posterior de mi mente.

Pensaba que “Divergente” explicaba todo lo que soy y todo lo que podría ser. Tal vez estaba equivocada.

Estoy comenzando a sentir dificultad para respirar cuando las revelaciones empiezan a trabajar su camino dentro de mi mente y mi corazón, mientras David quita las capas de mentiras y secretos. Toco mi pecho para sentir el latido de mi corazón, para tratar de tranquilizarme.

—Su ciudad es una de estos experimentos para la cura genética, y por lejos las más exitosa, a causa de la modificación del comportamiento de la porción. Las facciones, eso es. —David nos sonríe, como si fuera algo de lo que deberíamos estar orgullosos, pero no estoy orgullosa. Ellos nos crearon, moldearon nuestro mundo, nos dijeron qué creer.

Si nos dijeron en qué creer, y no lo hicimos por nuestra cuenta, ¿es aún verdad? Presiono mi mano muy fuerte contra mi pecho. *Tranquila.*

—Las facciones fueron los intentos de nuestros predecesores de incorporar un elemento “natural” al experimento, ellos descubrieron que la simple corrección genética no era suficiente para cambiar la forma de comportamiento de las personas. Un nuevo orden social, combinado con la modificación genética, estaba determinado a ser la solución más completa a los problemas de comportamiento que el daño genético había creado. —La sonrisa de David desaparece cuando mira hacia todos nosotros alrededor. No sé qué esperaba... ¿qué le devolviéramos la sonrisa? Él continúa—: Las facciones fueron, más tarde, introducidas a la mayoría de nuestros experimentos, tres de los cuales están actualmente activos. Hemos ido muy lejos para protegerlos, observarlos, y aprender de ustedes.

Cara pasa las manos sobre su cabeza, como si lo revisara por cabellos sueltos. No encontrando ninguno, dice:

—Entonces cuando Edith Prior dijo que se suponía que determinaríamos la causa de la Divergencia y viniéramos y los ayudáramos, eso era...

—“Divergente” es el nombre que decidimos darle a aquellos quienes han alcanzado el nivel deseado de curación genética —dice David—. Queríamos asegurarnos que los líderes de su ciudad los valoraran. No esperábamos que la líder de Erudición empezara a cazarlos, o que los de Abnegación



incluso le dijeran lo que eran, y contrariamente a lo que Edith Prior dijo, nosotros *realmente* nunca pretendíamos que nos enviaran un ejército de Divergentes. Nosotros, después de todo, verdaderamente no necesitamos de su ayuda. Sólo necesitamos que sus genes curados se mantengan intactos y que sean pasados a las futuras generaciones.

—Entonces lo que está diciendo es que si nosotros no somos Divergentes, estamos *dañados* —dice Caleb. Su voz está temblando. Nunca pensé que vería a Caleb estar al borde de las lágrimas a causa de algo como esto, pero lo está.

Tranquila, me digo a mí misma otra vez, y tomo otra profunda, lenta respiración.

—Dañados *genéticamente*, sí —dice David—. Sin embargo, estuvimos sorprendidos al descubrir que el componente de modificación del comportamiento de nuestro experimento de la ciudad fue bastante efectivo... Hasta recientemente, en realidad ayudaba un poco con los problemas de comportamiento que hacía tan problemático empezar la manipulación genética en primer lugar. Así que por lo general, no serían capaces de decir si los genes de una persona estaban dañados o sanados por su comportamiento.

—Soy inteligente —dice Caleb—. Así que estás diciendo que porque mis ancestros fueron *alterados* para ser inteligentes, yo, su descendiente, no puedo ser totalmente compasivo. Yo, y cada persona genéticamente dañada, estamos limitados por genes dañados. Y el Divergente no lo está.

—Bueno —dice David, levantando un hombro—. Piensa en ello.

Caleb me mira por primera vez en días, y lo miro fijamente de vuelta. ¿Es ésta la explicación para la traición de Caleb? ¿Sus genes dañados? ¿Cómo una enfermedad que no puede curar, y no puede controlar? No parece correcto.

—Los genes no lo son todo —dice Amar—. Las personas, incluso la gente dañada genéticamente, hacen elecciones. Eso es lo que importa.

Pienso en mi padre, un nacido en Erudición, no Divergente; un hombre que no podía evitar ser inteligente, eligiendo Abnegación, eligiendo una lucha de por vida contra su propia naturaleza, y básicamente cumpliéndola. Un hombre en guerra consigo mismo, al igual que yo lucho conmigo misma.



Esa guerra interna no parece producto del daño genético, parece completamente, puramente *humano*.

Miro a Tobias. Está tan desgastado, tan encorvado, se ve como si pudiera desmayarse. No está solo en su reacción: Christina, Peter, Uriah, y Caleb todos se ven estupefactos. Cara tiene el dobladillo de su camiseta contraído entre sus dedos, y está moviendo su pulgar sobre la tela, frunciendo el ceño.

—Esto es demasiado para procesar —dice David.

Eso es un eufemismo.

A mi lado, Christina resopla.

—Y todos ustedes han estado despiertos toda la noche —termina David, como si no hubiera habido ninguna interrupción—. Así que les mostraré un lugar donde pueden descansar y comer.

—Espera —digo. Pienso en la fotografía en mi bolsillo, y en como Zoe sabía mi nombre cuando me la dio. Pienso en lo que David dijo, acerca de observarnos y aprender de nosotros. Pienso en las filas de pantallas, en blanco, justo en frente de mí—. Dijiste que nos han estado observando. ¿Cómo?

Zoe frunce los labios. David asiente a una de las personas en los escritorios detrás de él. Al mismo tiempo, todas las pantallas se encienden, cada una de ellas mostrando secuencias de diferentes cámaras. En las más cercanas a mí, veo la sede de Osadía. El Mercado de Martirio. El Parque Millennium. El edificio Hancock. El Centro de Actividades.

—Ustedes siempre han sabido que los Osados observan la ciudad con cámaras de seguridad —dice David—. Bueno, tenemos acceso a esas cámaras también.

Ellos nos han estado vigilando.

ALLEGIAN'T

Pienso acerca de marcharme.



ALLEGIAN'T
VERONICA ROTH



Pasamos el puesto de control de seguridad en nuestro camino hacia donde sea que David nos está llevando, y pienso sobre atravesarlo de nuevo, recoger mi arma, y escapar de este lugar donde han estado vigilándome. Desde que era pequeña. Mis primeros pasos, mis primeras palabras, mi primer día de escuela, mi primer beso.

Observando, cuando Peter me atacó. Cuando mi facción fue puesta bajo una simulación y se convirtió en un ejército. Cuando mis padres murieron.

¿Qué más han visto?

La única cosa que me detiene de irme es la fotografía en mi bolsillo. No puedo dejar a estas personas antes de averiguar cómo conocieron a mi madre.

David nos lleva a través del recinto hacia un área alfombrada con plantas en macetas a cada costado. El papel tapiz es viejo y amarillento, despegándose desde las esquinas de las paredes. Lo seguimos dentro de una gran habitación con techos altos y pisos de madera y luces que resplandecen naranja-amarillo. Hay catres ordenados en dos filas rectas, con baúles a sus lados para lo que trajimos con nosotros, y grandes ventanas con elegantes cortinas en el extremo opuesto de la habitación. Cuando me acerco más a ellas, veo que están gastadas y deshilachadas en los bordes.

David nos dice que esta parte de la instalación era un hotel, conectada al aeropuerto por un túnel, y este lugar fue una vez el salón de baile. Otra vez las palabras no significan nada para nosotros, pero él no parece notarlos.

—Esto es solo una vivienda temporal, por supuesto. Una vez que decidan qué hacer, los pondremos en alguna otra parte, ya sea en este recinto o en algún otro. Zoe se asegurará que estén bien cuidados —dice—. Volveré mañana para ver como lo están llevando.

Miro hacia atrás a Tobias, quien está paseando de aquí para allá delante de las ventanas, mordisqueándose las uñas. Nunca me di cuenta que tenía ese hábito. Quizás nunca estuvo lo suficiente angustiado para hacerlo antes. Podría quedarme y tratar de confortarlo, pero necesito respuestas acerca de mi madre, y no voy a esperar más. Estoy segura de que Tobias, de todas las personas, lo entenderá. Sigo a David al vestíbulo. Justo afuera





de la habitación él se inclina contra la pared y se rasca la parte trasera de su cuello.

—Hola —digo—. Mi nombre es Tris. Creo que conoces a mi madre.

Él se sobresalta un poco, pero eventualmente me sonrío. Cruzo mis brazos. Me siento de la misma manera en que me sentí cuando Peter me quitó la toalla durante la iniciación de Osadía, para ser cruel: expuesta, avergonzada, enojada. Tal vez no es justo dirigir todo eso a David, pero no puedo evitarlo. Él es el líder de este recinto, de la Oficina.

—Sí, por supuesto —dice—. Te reconozco.

¿De dónde? ¿De las escalofriantes cámaras que seguían cada uno de mis movimientos? Aprieto mis brazos sobre el pecho.

—Cierto. —Espero un latido, luego digo—: Necesito saber acerca de mi madre. Zoe me dio una fotografía de ella, y tú estabas parado justo a su lado, así que imaginé que podrías ayudar.

—Ah —dice él—. ¿Puedo ver la fotografía?

La saco de mi bolsillo y se la ofrezco. Él la alisa con la punta de sus dedos, y hay una extraña sonrisa en su rostro mientras la mira, como si la acariciara con sus ojos. Cambio mi peso de una pierna a la otra, siento como si estuviera interrumpiendo un momento privado.

—Ella hizo un viaje de regreso a nosotros una vez —dice—. Antes de que se centrara en la maternidad. Ahí es cuando tomamos ésta.

—*¿De regreso a ustedes?* —digo—. *¿Era una de ustedes?*

—Sí —dice simplemente David, como si no fuera una palabra que cambia mi mundo entero—. Venía de este lugar. La enviamos dentro de la ciudad cuando era joven para resolver un problema en el experimento.

—Entonces lo sabía —digo, y mi voz tiembla, pero no sé porqué—. Ella *sabía* de este lugar, lo que había fuera de la valla.

David luce perplejo, sus tupidas cejas surcadas.

—Bueno, por supuesto.

Las sacudidas se deslizan hacia abajo por mis brazos y hacia mis manos, y pronto mi cuerpo entero está temblando, como si rechazara alguna clase



de veneno que me he tragado, y el veneno es conocimiento, el conocimiento de este lugar y sus pantallas y todas las mentiras en las que construí mi vida.

—¡Ella sabía que ustedes estaban *observándonos* a cada momento... observando mientras ella *moría*, mi padre moría y todo el mundo comenzaba a matarse uno al otro! ¿Y enviaron a alguien a ayudarla, a ayudarme? ¡No! No, todo lo que hicieron fue tomar notas.

—Tris...

Él trata de alcanzarme, y aparto su mano.

—No me llames así. Tú no deberías saber ese nombre. No deberías saber nada de nosotros.

Tiritando, regreso a la sala.

ALLEGIANTE

100

De vuelta adentro, los demás han escogido sus camas y han puesto sus cosas debajo. Somos sólo nosotros aquí dentro, ningún intruso. Me inclino contra la pared al lado de la puerta y presiono mis palmas en el frente de mis pantalones para secarme el sudor.

Nadie parece estar ajustándose bien. Peter yace enfrentando la pared. Uriah y Christina se sientan lado a lado, teniendo una conversación en voz baja. Caleb está masajeándose sus sienes con la punta de sus dedos. Tobias está aún paseándose y mordiéndose las uñas. Y Cara está por su lado, arrastrando su mano sobre su rostro. Por primera vez desde que la conozco, se veía angustiada, la armadura Erudita se ha ido.

Me siento enfrente de ella.

—No te ves tan bien.

Su cabello, usualmente lacio y perfecto en su nudo, esta despeinado. Me mira con el ceño fruncido.

—Es amable de tu parte decirlo.

—Lo lamento —digo—. No quise decirlo de esa manera.



—Lo sé —suspira—. Yo soy... soy una Erudita, sabes.

Sonríó un poco.

—Sí, lo sé.

—No. —Cara niega con la cabeza—. Es lo único que soy. Erudita. Y ahora ellos me han dicho que eso es el resultado de alguna clase de defecto en mi genética... y que las facciones en sí, son sólo una prisión mental para mantenernos bajo control. Justo como Evelyn Johnson y los Sin Facción dijeron. —Hace una pausa—. Entonces, ¿por qué formar a los Leales? ¿Por qué molestarse en venir aquí?

No me di cuenta cuánto se había aferrado ya Cara a la idea de ser una Leal, fiel al sistema de facciones, fiel a nuestros fundadores. Para mí era solo una identidad temporal, poderosa porque podía sacarme de la ciudad. Para ella, el vínculo debe haber sido mucho más profundo.

—Todavía es bueno que viniéramos aquí —digo—. Descubrimos la verdad. ¿No es eso valioso para ti?

—Claro que lo es —dice Cara suavemente—. Pero significa que necesito otras palabras para lo que soy.

Justo después de que mi madre muriera, me aferré a mi Divergencia como si fuera una mano tendida para salvarme. Necesitaba esa palabra para decirme quién era cuando todo lo demás estaba viniéndose abajo a mi alrededor. Pero ahora me pregunto si ya no lo necesito, si de verdad alguna vez *necesitamos* de estas palabras: “Osadía” “Erudición” “Divergente” “Leales”, o si podemos sólo ser amigos o amantes o hermanos, definidos en su lugar, por las elecciones que hacemos, el amor y la lealtad que nos une.

—Mejor ve a verlo —dice Cara, asintiendo hacia Tobias.

—Sí —digo.

Cruzo la sala y me paro en frente de las ventanas, mirando a lo que podemos ver del recinto, el cual es sólo más del mismo vidrio y metal, pavimento, hierba y vallas. Cuando él me ve, detiene su paseo y se para a mi lado en su lugar.

—¿Estás bien? —le digo.



—Sí. —Se sienta en el alfeizar, enfrente de mí, así estamos a la altura de los ojos—. Quiero decir no, no realmente. Ahora mismo sólo estoy pensando sobre cuán sin sentido fue todo esto. El sistema de facciones, quiero decir.

Frota la parte de atrás de su cuello, y me pregunto si está pensando acerca de los tatuajes en su espalda.

—Pusimos todo lo que teníamos en ello —dice—. Todos nosotros. Aún si no nos dábamos cuenta de que lo estábamos haciendo.

—¿En eso es en lo que estás pensando? —Elevo mis cejas—. Tobias, ellos estaban *observándonos*. Todo lo que sucedió, todo lo que hicimos. No intervinieron, sólo invadieron nuestra privacidad. Constantemente.

Masajea su sien con la punta de sus dedos.

—Eso creo. Aunque, eso no es lo que me está molestando.

Debo darle una mirada incrédula inintencionadamente, porque él niega con su cabeza.

—Tris, trabajaba en la sala de control de Osadía, todo el tiempo. Traté de advertirte de la gente observándote durante tu iniciación, ¿lo recuerdas?

Recuerdo sus ojos moviéndose hacia el techo, hacia las esquinas. Sus crípticas advertencias, siseadas entre sus dientes. Nunca me di cuenta que estaba advirtiéndome de las cámaras, sólo no se me ocurrió antes.

—Solía molestarme —dice—. Pero lo superé hace mucho tiempo. Siempre pensábamos que estábamos por nuestra cuenta, y ahora resulta que teníamos razón, ellos nos dejaron por nuestra cuenta. Es justo el modo en que es.

—Supongo que no acepto eso —digo—. Si ves a alguien en problemas, debes ayudarlos. Experimento o no. Y... Dios —me avergüenzo—. Todas las cosas que vieron.

Él me sonrío, un poco.

—¿Qué? —exijo.

—Sólo estaba pensando en algunas de las cosas que vieron —dice, poniendo su mano en mi cintura. Le doy una mirada feroz por un momento, pero no puedo sostenerla, no con él sonriéndome de esa



manera. No sabiendo que él está tratando de hacerme sentir mejor. Le sonrió un poco.

Me siento a su lado en el alfeizar, mis manos encajadas entre mis piernas y la madera.

—Sabes, la Oficina estableciendo las facciones no es muy diferente de lo que pensábamos que sucedió; hace mucho tiempo, un grupo de personas decidió que el sistema de facciones sería la mejor manera para vivir, o el modo para conseguir que las personas vivan la mejor vida posible.

Él no responde al principio, solo mastica el interior de su labio y mira a nuestros pies, lado a lado en el piso. Mis dedos cepillan el suelo, no alcanzándolo completamente.

—Eso ayuda, en realidad —dice—. Pero hay tanto que fue una mentira, es difícil descubrir qué era cierto, qué era real, qué es importante.

Tomo su mano, deslizando mis dedos entre los suyos. Él toca su frente con la mía.

Me encuentro a mí misma pensando, *Gracias Dios por esto*, fuera de costumbre, y entonces comprendo qué lo tiene tan preocupado. ¿Qué si el Dios de mis padres, todo su sistema de creencias, es sólo algo confeccionado por un puñado de científicos para mantenernos bajo control? ¿Y no solo sus creencias acerca de Dios y cualquier otra cosa que está ahí afuera, sino acerca de lo correcto y lo incorrecto, acerca del desinterés? ¿Todas esas cosas tienen que cambiar porque sabemos cómo nuestro mundo fue hecho?

No lo sé.

El pensamiento me sacude. Así que lo beso, lentamente, así puedo sentir el calor de su boca y la gentil presión de su aliento mientras nos alejamos.

—¿Porque es... —digo— qué siempre nos encontramos rodeados por personas?

—No lo sé —dice—. Quizás porque somos estúpidos.

Me río, y es una risa, no ligera, que funde la oscuridad construyéndose en mi interior, que me recuerda que todavía estoy viva incluso en este extraño lugar donde todo lo que alguna vez conocí se está desintegrando. Sé algunas cosas. Sé que no estoy sola, que tengo amigos, que estoy





enamorada. Sé de dónde vengo. Sé que no quiero morir, y para mí, eso es algo... es más de lo que podría haber dicho hace unas pocas semanas atrás.

ALLEGIAN'T

Esa noche empujamos nuestros catres sólo un poco más cerca, juntos, y miramos a los ojos del otro en los momentos previos a caer dormidos. Cuando él finalmente se va a la deriva, nuestros dedos están entrelazados juntos en el espacio entre las camas.

Sonrió un poco, y me dejó llevar también.

Traducido por Itorres

Corregido por Kasycrazy

TOBIAS

El sol todavía no ha se ocultado por completo cuando nos quedamos dormidos, pero me despierto un par de horas más tarde, a medianoche, mi mente demasiado ocupada para descansar, un hervidero de ideas, preguntas y dudas. Tris me soltó antes, y sus dedos ahora rozan el suelo. Ella está tumbada sobre el catre, el cabello cubriendo sus ojos.

Metó los pies en mis zapatos y camino por los pasillos, los cordones de los zapatos golpeando las alfombras. Estoy tan acostumbrado al recinto de Osadía, que no estoy acostumbrado al crujido de los pisos de madera debajo de mí... estoy acostumbrado al roce y el eco de la piedra, y el rugido y el pulso del agua en el abismo.

Una semana después de mi iniciación, Amar —preocupado de que me estaba haciendo cada vez más aislado y obsesivo— me invitó a unirme a algunos de los viejos juegos de Desafío de Osadía. Para mi desafío, volvimos a la Fosa de Osadía para así conseguir mi primer tatuaje, el conjunto de llamas de Osadía que cubre mi caja torácica. Fue agonizante. Disfruté cada segundo del tatuaje.

Llego al final de un pasillo y me encuentro en un atrio, rodeado por el olor de la tierra mojada. En todas partes plantas y árboles suspendidos en agua, de la misma manera que estaban los invernaderos de Cordialidad. En el centro de la habitación hay un árbol en un tanque de agua gigante, elevado por encima del suelo así se puede ver la maraña de raíces debajo de ella, extrañamente humanas, como si fueran nervios.

—Ya no eres tan vigilante como solías serlo —dice Amar a mi espalda—. Te he seguido hasta aquí desde el vestíbulo del hotel.



—¿Qué quieres? —Toco el tanque con los nudillos, provocando ondas en el agua.

—Pensé que te gustaría una explicación de por qué no estoy muerto —dice.

—Pensé acerca de eso —le digo—. Ellos nunca nos permitieron ver tu cuerpo. No sería tan difícil fingir una muerte si nunca muestras el cuerpo.

—Parece que lo tienes todo resuelto. —Amar aplaude con sus manos—. Bueno, sólo lo diré, entonces, si no tienes curiosidad...

Cruzo los brazos.

Amar se pasa la mano por su cabello negro, amarrándoselo con una banda elástica.

—Ellos falsificaron mi muerte porque soy un Divergente y Jeanine comenzó a matar a los Divergentes. Trataron de salvar a todos los que podían antes de que ella llegara a ellos, pero era difícil, ya sabes, porque estaba siempre un paso por delante.

—¿Hay otros? —le digo.

—Unos pocos —dice.

—¿Alguno llamado Prior?

Amar niega con la cabeza.

—No, Natalie Prior está realmente muerta, por desgracia. Ella fue quien me ayudó a salir. También ayudó a este otro tipo también... George Wu. ¿Lo conoces? Está en una patrulla en este momento, o habría venido conmigo por ti. Su hermana está todavía dentro de la ciudad.

El nombre desgarró mi estómago.

—Oh Dios —le digo, y me apoyo en la pared del tanque.

—¿Qué? ¿Lo conoces?

Niego con la cabeza.

No puedo imaginarlo. Había sólo unas pocas horas entre la muerte de Tori y nuestra llegada. En un día normal, un par de horas pueden contener grandes extensiones de chequeo de tiempo, de tiempo vacío. Pero ayer, pocas horas colocaron una barrera impenetrable entre Tori y su hermano.



—Tori es su hermana —le digo—. Ella trató de salir de la ciudad con nosotros.

—*Trató* —repite Amar—. Ah. Vaya. Eso es...

Ambos estamos en silencio durante un rato.

George nunca llegará a reunirse con su hermana, y ella murió pensando que había sido asesinado por Jeanine. No hay nada que decir, por lo menos, no hay nada digno que decir.

Ahora que mis ojos se han adaptado a la luz, puedo ver que las plantas en esta sala han sido seleccionadas por su belleza, no por su utilidad, flores y hiedra y racimos de hojas de color púrpura o rojo. Las únicas flores que he visto son flores silvestres, o manzanos en los huertos de Cordialidad. Estas son más extravagantes que ellas, vibrantes y complejas, pétalos doblados dentro de más pétalos.

Lo que sea que es este lugar, no ha necesitado ser tan pragmático como nuestra ciudad.

—La mujer que encontró tu cuerpo —digo—. ¿Ella no estaría sólo... mintiendo al respecto?

—La gente realmente no puede ser de confianza mintiendo constantemente. —Él tuerce sus cejas—. Nunca pensé que diría esa frase... es verdad, de cualquier forma. Ella fue reiniciada: su memoria fue alterada para incluirme saltando de la Espira, y el cuerpo que se plantó en realidad no era yo. Pero ya era un completo desastre como para que cualquiera pudiera darse cuenta.

—Ella fue reiniciada. Quieres decir, con el suero de Abnegación.

—Lo llamamos “suero de la memoria”, ya que técnicamente no sólo pertenece a Abnegación, pero sí. Es ese.

Yo estaba enojado con él antes. No estoy realmente seguro de por qué. Tal vez estaba enfadado de que el mundo se había convertido en un lugar tan complicado, que nunca había conocido ni siquiera una fracción de verdad sobre él. O que me permití llorar por alguien que nunca se había ido, de la misma manera que yo lamenté a mi madre todos los años porque pensé que estaba muerta. Engañar a alguien en el dolor es uno de los trucos más crueles que una persona puede jugar, y me lo han jugado dos veces.





Pero a medida que lo miro, mi ira se aleja, al igual que el cambio de la marea. Y en el lugar de mi ira, está mi instructor de iniciación y amigo, vivo otra vez.

Sonrío.

—Así que estás vivo —le digo.

—Más importante aún —dice, señalándome—, ya no estás molesto al respecto.

Él me agarra del brazo y me tira en un abrazo, palmeando mi espalda con una mano. Trato de devolver su entusiasmo, pero no es algo natural, cuando nos separamos, mi cara está caliente. Y a juzgar por la forma en que estalla en carcajadas, también es de color rojo brillante.

—Una vez Estirado, siempre lo serás —dice.

—Lo que sea —le digo—. Entonces, ¿te gusta esto?

Amar se encoge de hombros.

—Realmente no tengo otra opción, pero sí, me gusta mucho. Trabajo en seguridad, por supuesto, ya que estaba entrenado en todo para hacerlo. Nos encantaría contar contigo, pero probablemente seas demasiado bueno para eso.

—No me he resignado a quedarme aquí por el momento —le digo—. Pero gracias, supongo.

—No hay ningún lugar mejor por ahí —dice—. El resto de las ciudades donde la mayoría de la población vive, en estas grandes áreas metropolitanas, como nuestra ciudad, son sucias y peligrosas, a menos que conozcas a la gente adecuada. Aquí por lo menos hay agua potable, alimentos y seguridad.

Cambio de posición, incómodo. No quiero pensar en quedarme aquí, haciendo de esto mi casa. Ya me siento atrapado en mi propia decepción. Esto no es lo que me imaginaba cuando pensaba en escapar de mis padres y de los malos recuerdos que me dieron. Pero no quiero perturbar la paz con Amar ahora que por fin me siento como si tuviera a mi amigo de vuelta, por lo que le digo:

—Voy a tomar eso en consideración.



—Escucha, hay algo más que deberías saber.

—¿Qué? ¿Más resurrecciones?

—No es exactamente una resurrección si nunca he estado muerto, ¿verdad? —Amar niega con la cabeza—. No, se trata de la ciudad. Alguien lo oyó en la sala de control hoy, el juicio de Marcus está programado para mañana por la mañana.

Sabía que iba suceder: sabía que Evelyn lo salvaría al final, que saborearía cada momento que ella lo mirara retorcerse bajo suero de la verdad como si fuera su última comida. Simplemente no me di cuenta que sería capaz de verlo, si quería. Pensé que era por fin libre de ellos, de todos ellos, para siempre.

—Oh. —Es todo lo que puedo decir.

Todavía me siento entumecido y confundido, cuando más tarde entro al dormitorio y me meto en la cama. No sé lo que voy a hacer.

TRIS

Desperto justo antes del alba. Nadie despierta de su profundo sueño, el brazo de Tobias cubre sus ojos, pero sus zapatos están puestos, como si él se levantó y caminó por los alrededores en mitad de la noche.

La cabeza de Christina está enterrada debajo de la almohada. Me quedo recostada durante unos minutos, buscando patrones en el techo, a continuación me pongo los zapatos y me paso los dedos por mi cabello para alisarlo.

Los pasillos en el recinto están vacíos, excepto por unos pocos rezagados. Supongo que están a punto de acabar el turno de noche, porque están inclinados sobre las pantallas, las barbillas apoyadas en sus manos, o están recargados contra palos de escobas, apenas recordando barrer. Pongo mis manos en los bolsillos y sigo las indicaciones hacia la entrada. Quiero obtener una mejor visión de la escultura que vi ayer.

El que construyó este lugar debe haber amado la luz. Hay vidrio en la curva del techo de cada pasillo y a lo largo de cada pared inferior. Incluso ahora, cuando apenas es de mañana, hay un montón de luz para poder ver.

Reviso en mi bolsillo trasero la insignia de Zoe la cual me había entregado en la cena de la noche anterior, y paso el control de seguridad con ella en la mano. Entonces veo la escultura, a unos cientos de metros de las puertas por las que entramos ayer, triste, enorme y misteriosa, como una entidad viva.

Es una enorme losa de piedra oscura, cuadrada y áspera, como las rocas en el fondo del abismo. Una gran grieta atraviesa el centro de la misma, y hay vetas de roca más clara cerca de los bordes. Suspendido por encima



de la losa hay un tanque de vidrio de las mismas dimensiones, lleno de agua. Una luz colocada por encima del centro del tanque brilla a través del agua, refractando la luz como ondulaciones. Escucho un leve ruido, una gota de agua que cae sobre la piedra. Viene de un pequeño tubo que pasa a través del centro del tanque. Al principio creo que el tanque tiene sólo una fuga, pero otra gota cae y luego una tercera y una cuarta, en el mismo intervalo.

Unas cuantas gotas son recolectadas, y luego desaparecen por un estrecho canal en la piedra.

Debe ser intencional.

—Hola. —Zoe se encuentra en el otro lado de la escultura—. Lo siento, estaba a punto de ir al dormitorio por ti, entonces te vi caminando aquí y me preguntaba si estabas perdida.

—No, no estoy perdida —le digo—. Aquí es donde quería ir.

—Ah. —Ella está a mi lado y se cruza de brazos. Es casi tan alta como yo, pero se pone de pie derecha, por lo que parece más alta—. Sí, es muy rara, ¿no?

Mientras habla miro las pecas en sus mejillas, moteada como la luz del sol a través de las hojas densas.

—¿Significará esto algo?

—Es el símbolo de la Oficina de Bienestar Genético —dice ella—. La losa de piedra es el problema al que nos enfrentamos. El tanque de agua es nuestro potencial para cambiar ese problema. Y la gota de agua es lo que somos realmente capaces de hacer, en un momento dado.

No puedo evitarlo, me rio.

—No es muy alentador, ¿verdad?

Ella sonrío.

—Esa es una manera de verlo. Yo prefiero verlo de otra manera, y es que si son lo suficientemente persistentes, incluso diminutas gotas de agua, con el tiempo, pueden cambiar la roca para siempre. Y nunca va a cambiar de nuevo.





Ella apunta al centro de la losa, donde hay una pequeña impresión, como un recipiente poco profundo tallado en la piedra.

—Eso, por ejemplo, no estaba allí cuando instalaron esta cosa.

Asiento con la cabeza y miro la siguiente gota que cae. Aunque soy cuidadosa acerca de la Oficina y todos en ella, puedo sentir la esperanza tranquila de la escultura trabajando su camino a través de mí. Es un símbolo práctico, comunicando la paciente actitud que ha permitido que la gente de aquí se quede por mucho tiempo, observando y esperando. Pero tengo que preguntar.

—¿No sería más efectivo desbordar todo el tanque a la vez? —Me imagino la ola de agua chocando contra la roca y derramándose sobre el suelo de baldosas, esparcida alrededor de mis zapatos. Hacer un poco a la vez puede arreglar algo, con el tiempo, pero siento como que cuando crees que algo es realmente un problema, lanzas todo lo que tengas contra él, porque no puedes ayudarte a ti mismo.

—Momentáneamente —dice ella—, pero entonces no tendríamos nada de agua para hacer otra cosa, y el daño genético no es el tipo de problema que se puede resolver con una carga grande.

—Lo entiendo —le dije—. Me pregunto si es una buena cosa resignarse a dar pequeños pasos cuando puedes hacer algunos grandes.

—¿Cómo qué?

Me encojo de hombros.

—Supongo que no lo sé. Pero vale la pena pensar acerca de eso.

—Justo lo suficiente.

—Así que... ¿dijiste que me estabas buscando? —le digo—. ¿Por qué?

—¡Oh! —Zoe se toca la frente—. Se me olvidó. David me pidió que te encontrara y te llevará a los laboratorios. Hay algo ahí que perteneció a tu madre.

—¿A mi madre? —Mi voz sale en un sonido estrangulado y demasiado alto. Ella me lleva lejos de la escultura y hacia el punto de control de seguridad de nuevo.



—Advertencia: Puedes quedarte a mirar —dice Zoe mientras caminamos a través del escáner de seguridad. Ya hay más gente en los pasillos que la que había antes, debe ser hora de que empiecen a trabajar—. Tu rostro es familiar aquí. La gente en la Oficina mira las pantallas a menudo, y en los últimos meses, has estado involucrada en un montón de cosas interesantes. Muchas de las personas más jóvenes piensan que eres francamente heroica.

—Oh, bien —le digo, un sabor amargo en la boca—. El heroísmo es en lo que estoy concentrada. No, ya sabes, tratando de no morir.

Zoe se detiene.

—Lo siento. No quise hacer alusión a lo que has pasado.

Todavía me siento incómoda con la idea de que todo el mundo ha estado observándonos, tengo que taparme u ocultarme donde ellos no puedan mirarme nunca más.

Pero no hay mucho que Zoe pueda hacer al respecto, así que no digo nada. La mayoría de la gente caminando por los pasillos lleva variaciones del mismo uniforme que viene en azul o verde opaco oscuro, y algunas de ellas llevan las chaquetas, trajes o sudaderas abiertas, revelando camisetas con una amplia variedad de colores, algunas con imágenes dibujadas en ellas.

—¿Los colores de los uniformes significan algo? —le pregunto a Zoe.

—Sí, así es. El azul oscuro significa científico o investigador, y el verde significa que es personal de apoyo, los que hacen el mantenimiento, conservación, cosas como esas.

—Así que son como Sin Facción.

—No —dice ella—. No, la dinámica es diferente aquí, todo el mundo hace lo que puede para apoyar la misión. Todo el mundo es valorado e importante.

Ella estaba en lo cierto: La gente me mira. La mayoría de ellos sólo me miran un poco demasiado tiempo, en algún momento, y algunos incluso dicen mi nombre, como si perteneciera a ellos. Me hace sentir pequeña, como si no me pudiera mover en la forma que quiero.

—Una gran parte del personal de apoyo solía estar en el experimento en Indianápolis, otra ciudad, no muy lejos de aquí —dice Zoe—. Pero para ellos, esta transición ha sido un poco más fácil de lo que será para ti,



Indianápolis no tiene los componentes de comportamiento que tiene tu ciudad.

Ella hace una pausa.

—Las Facciones, quiero decir. Después de un par de generaciones, cuando tu ciudad no se desmoronó y otras si lo hicieron, la Oficina implementó los componentes de la Facción en las nuevas ciudades, San Louis, Detroit y Minneapolis, usando el relativamente nuevo experimento Indianápolis como grupo control. La Oficina coloca siempre experimentos en el Medio Oeste, porque hay más espacio entre las zonas urbanas ahí. Hacia el este todo está tan lleno.

—Así que en Indianápolis ¿sólo... corrigieron sus genes y los metieron en una ciudad en alguna parte? ¿Sin Facciones?

—Tenían un complejo sistema de reglas, pero... sí, eso es esencialmente lo que sucedió.

—¿Y no funcionó muy bien?

—No. —Ella frunce los labios.

—Las personas genéticamente dañadas que han sido condicionadas por el sufrimiento y no se les enseña a vivir de manera diferente, ya que las Facciones es lo que les han enseñado, son muy destructivas. Ese experimento fracasó rápidamente, en tres generaciones. Chicago, tú ciudad, y las otras ciudades que tienen Facciones han hecho mucho más que eso.

Chicago. Es tan extraño tener un nombre para el lugar al que siempre fue sólo un hogar para mí. Convierte a la ciudad más pequeña en mi mente.

—Así que ustedes chicos han estado haciendo esto durante mucho tiempo —le digo.

—Bastante tiempo, sí. La Oficina es diferente de la mayoría de las agencias gubernamentales, debido a la naturaleza centrada de nuestro trabajo y nuestra contenida, relativamente remota ubicación. Pasamos el conocimiento y el propósito a nuestros hijos, en lugar de depender de citas o de contratación. He estado entrenando para lo que estoy haciendo ahora toda mi vida.





A través de las abundantes ventanas veo un extraño vehículo tiene la forma de un pájaro, con dos estructuras de las alas y la nariz puntiaguda, pero tiene ruedas, como un auto.

—¿Es para el transporte aéreo? —digo, apuntando a él.

—Sí. —Ella sonríe—. Es un avión. Puede ser que seamos capaces de subirte en uno alguna vez, si es que no parece demasiado *valiente* para ti.

No reacciono ante el juego de palabras. No puedo olvidar lo que ella reconoció en mí a la vista.

David está de pie cerca de una de las puertas más adelante. Levanta la mano en un “hola” cuando nos ve.

—Hola, Tris —dice él—. Gracias por traerla, Zoe.

—De nada, señor —dice Zoe.

—Te dejaré entonces. Tengo montones de trabajo que hacer.

Ella me sonríe, luego se aleja. No quiero que se vaya, ahora que se ha ido, me quedo con David y el recuerdo de cómo le grité ayer. Él no dice nada al respecto, sólo escanea su placa en el sensor de la puerta para abrirla.

La habitación no es más que una oficina sin ventanas. Un joven, tal vez de la edad de Tobias, está sentado en un escritorio, y no hay nadie más en el cuarto, está vacío.

El joven mira hacia arriba cuando nos acercamos, golpea algo en la pantalla del ordenador y se levanta.

—Hola, señor —dice—. ¿Puedo ayudarle?

—Matthew. ¿Dónde está tu supervisor? —dice David.

—Él fue a buscar comida en la cafetería —dice Matthew.

—Bueno, entonces, tal vez tú puedes ayudarme. Necesito el expediente de Natalie Wright cargado en una pantalla portátil. ¿Puedes hacer eso?

¿*Wright*? Pienso. ¿Era ese verdadero apellido de mi madre?

—Por supuesto —dice Matthew, y se sienta de nuevo. Escribe algo en su ordenador y se detiene en una serie de documentos que no estoy lo





suficientemente cerca como para ver con claridad—. Está bien, sólo se tienen que transferir.

—Tú debes ser la hija de Natalie, Beatrice. —Él toca su barbilla con la mano y me mira críticamente. Sus ojos son tan oscuros que se ven negros y se achican un poco en los bordes. No parece impresionado o sorprendido de verme—. No te pareces mucho a ella.

—Tris —digo automáticamente. Pero me resulta reconfortante que él no sepa mi seudónimo, eso quiere decir que no gasta todo su tiempo mirando a las pantallas como si nuestra vida en la ciudad es el entretenimiento—. Y sí, lo sé.

David saca una silla, dejando que chille en el azulejo, y la toca.

—Siéntate. Te voy a dar una pantalla con todos los archivos de Natalie en ella para que tú y tu hermano puedan leerlos por ustedes mismos, pero mientras se están cargando bien podría contarte la historia.

Me siento en el borde de la silla y él se sienta detrás del escritorio del supervisor de Matthew, dando vueltas a una taza de café medio vacía en círculos sobre el metal.

—Permíteme comenzar diciendo que tu madre fue un descubrimiento fantástico. Localizamos su casi accidente dentro del mundo dañado, y sus genes eran casi perfectos. —David sonríe deslumbrantemente—. La sacamos de una mala situación y la trajimos aquí. Pasó varios años aquí, pero luego nos encontramos con una crisis dentro de las paredes de su ciudad, y ella se ofreció para ser colocada dentro para resolverlo. Sin embargo, estoy seguro de que sabes todo acerca de eso.

Durante unos segundos, todo lo que puedo hacer es parpadearle. ¿Mi madre procedía de fuera de este lugar? ¿De dónde?

Me golpea, una vez más, que ella caminó por estos pasillos, vio la ciudad en las pantallas de la sala de control. ¿Se había sentado en esta silla? ¿Sus pies habían tocado estos cuadros? De repente me siento como que hay marcas invisibles de mi madre por todas partes, en todas las paredes y en el pomo de la puerta y el pilar.

Agarro el borde del asiento y trato de organizar mis pensamientos lo suficiente como para hacer una pregunta.

—No, no lo sabía —le digo—. ¿Qué crisis?





—El representante Erudito había empezado a matar a los Divergentes, por supuesto —dice—. ¿Su nombre era Nor... Norman?

—Norton —dice Matthew—. El predecesor de Jeanine. Parece que pasó la idea de matar a los Divergentes a ella, justo antes de su ataque al corazón.

—Gracias. De todas formas, enviamos a Natalie para investigar la situación y poner fin a las muertes. Nunca pensamos que estaría allí por mucho tiempo, por supuesto, pero ella era útil, nunca pensamos en tener una información privilegiada antes, y ella era capaz de hacer muchas cosas que eran muy valiosas para nosotros. Además de construir una vida para sí misma, lo que obviamente te incluye.

Frunzo el ceño.

—Pero los Divergentes seguían siendo asesinados cuando yo estaba en iniciación.

—Sólo sabes acerca de algunos que murieron —dice David—. No acerca de los que no murieron. Algunos de ellos están aquí, en este recinto. ¿Creo que te reuniste al principio con Amar? Él es uno de ellos. Algunos de los Divergentes rescatados necesitaban un poco de distancia de su experimento, era demasiado difícil para ellos ver a la gente que había conocido y amado en sus vidas, por lo que fueron capacitados para integrarse en la vida fuera de la Oficina. Pero sí, ella hizo un trabajo importante, tu madre.

También dijo un buen número de mentiras, y muy pocas verdades. Me pregunto si mi padre sabía quién era, de dónde realmente era ella. Él era un líder en Abnegación, después de todo, y como tal, uno de los guardianes de la verdad. Tengo un repentino pensamiento horrible: ¿Y si sólo se casó con él porque se suponía que era parte de su misión en la ciudad?

¿Y si toda su relación era una farsa?

—Así que ella no nació realmente en Osadía —le digo mientras me ordeno a través de las mentiras que han de haber sido.

—La primera vez que entró en la ciudad, era como alguien de Osadía, porque ella ya tenía tatuajes y habría sido difícil de explicarle a los nativos. Ella tenía dieciséis años, pero dijo que tenía quince para que entonces tuviera un poco de tiempo para adaptarse. Nuestra intención era para





ella... —Él levanta un hombro—. Bueno, debes leer su archivo. No puedo hacer perspectiva de justicia a una persona de dieciséis-años-de-edad.

Como si fuera una señal, Matthew abre un cajón y saca un pedazo pequeño y plano de vidrio. Él lo golpea con un dedo, y aparece una imagen en él. Es uno de los documentos que acababa de abrir en su ordenador. Me ofrece la tableta. Es más resistente de lo que yo esperaba que fuera, dura y fuerte.

—No te preocupes, es prácticamente indestructible —dice David—. Estoy seguro de que quieres volver con tus amigos. Matthew, ¿podrías por favor encaminar a la señorita Prior de vuelta al hotel? Tengo algunas cosas que atender.

—¿Y, yo no? —dice Matthew. Luego hace un guiño—. Bromeo, señor. Yo la llevaré.

—Gracias —le digo a David, antes de que se vaya.

—Claro —dice—. Déjame saber si tienes alguna pregunta.

—¿Lista? —dice Matthew.

Él es alto, tal vez de la misma altura que Caleb, y su cabello negro estaba revuelto hábilmente en la parte delantera, como si hubiera pasado mucho tiempo haciendo que se viera como si acabara de salir de la cama. Bajo su uniforme azul oscuro lleva una camiseta negra lisa y un cordón negro alrededor de su garganta. Se desplaza a través de su nuez de Adán cuando traga.

Camino con él fuera de la pequeña oficina y el pasillo otra vez. La gente que estaba aquí antes ha disminuido.

Deben de haber vuelto a trabajar, o están desayunando. Hay vidas que se viven en este lugar, dormir y comer y trabajar, tener hijos y criar a sus familias y la muerte. Este es un lugar al que mi madre llamó a “su casa”, una vez.

—Me pregunto cuándo vas a enloquecer —dice—. Después de descubrir todas estas cosas a la vez.

—No voy a enloquecer —le digo, a la defensiva. *Ya lo hice*, pienso, pero no voy a admitirlo.





Matthew se encoge de hombros.

—Yo lo haría. Pero sólo lo suficiente.

Veo un cartel que dice *ENTRADA DEL HOTEL* adelante. Aferro la pantalla a mi pecho, ansiosa por volver al dormitorio y le decirle a Tobias de mi madre.

—Escucha, una de las cosas es que mi supervisor y yo hacemos es las pruebas genéticas —dice Matthew—. Me preguntaba si tú y el otro tipo, el hijo de Marcus Eaton, ¿Les importaría venir para que yo pueda probar sus genes?

—¿Por qué?

—Curiosidad. —Él se encoge de hombros—. No hemos llegado a probar los genes de una persona de una generación del experimento anterior, y tú y Tobias parecen ser algo... extraños, en sus manifestaciones de ciertas cosas.

Alzo las cejas.

—Tú, por ejemplo, has mostrado una extraordinaria resistencia, eres capaz de resistir más suero, la mayoría de los Divergentes no son tan capaces de resistir los sueros como tú —dice Matthew—. Y Tobias puede resistir simulaciones, pero no muestra algunas de las características que hemos llegado a esperar de los Divergentes. Puedo explicar con más detalle más adelante.

No me atrevo, no estoy segura si quiero ver mis genes, o los genes de Tobias, o que los compare, como sea. Pero la expresión de Matthew parece ansiosa, casi infantil, y entiendo la curiosidad.

—Le preguntaré si es que quiere —le digo—, pero yo estaría dispuesta. ¿Cuándo?

—Esta mañana, ¿de acuerdo? —dice—. Puedo ir a buscarte en una hora más o menos. No se puede entrar en los laboratorios sin mí de todos modos.

Asiento con la cabeza. Me siento emocionada, de repente, por aprender más acerca de mis genes, se siente lo mismo que leer el diario de mi madre: conseguir piezas de su rastro.

Traducido por LizC

Corregido por Nanis

TOBIAS

Es extraño ver en la mañana a personas a las que no conoces bien, con los ojos soñolientos y los pliegues de almohada en sus mejillas; saber que Christina es alegre por la mañana, y Peter se despierta con el cabello perfectamente aplastado, pero Cara se comunica sólo a través de una serie de gruñidos, avanza poco a poco su camino, miembro por miembro, hacia el café.

Lo primero que yo hago es ducharme y cambiarme a la ropa que nos dieron, las cuales no son muy diferentes de la ropa a la que estoy acostumbrado, pero todos los colores se mezclan entre sí como si no significaran nada para la gente de aquí, y es probable que no lo hagan. Me pongo una camisa negra y jeans azules y trato de convencerme de que se siente normal, que me siento normal, que me estoy adaptando.

El juicio de mi padre es hoy. Aún no he decidido si voy a verlo o no.

Cuando regreso, Tris ya está completamente vestida, sentada en el borde de uno de los catres, como si estuviera lista para saltar sobre sus pies en cualquier momento. Justo como Evelyn.

Agarro un panecillo de la bandeja de comida de desayuno que alguien nos trajo, y me siento frente a ella.

—Buenos días. Te levantaste temprano.

—Sí —dice ella, deslizando su pie hacia delante de modo que queda encajado entre los míos—. Zoe me encontró cerca de la escultura grande esta mañana; David tenía algo que enseñarme. —Toma la pantalla de vidrio apoyada en la cama junto a ella. Se ilumina cuando la toca, mostrando un documento—. Es el archivo de mi madre. Escribió un diario, uno pequeño, por el aspecto que tiene, pero aún así. —Se remueve como si estuviera incómoda—. No lo he mirado mucho todavía.

—Entonces —le digo—, ¿por qué no estás leyéndolo?

—No lo sé. —Lo pone abajo, y la pantalla se apaga automáticamente—. Creo que tengo miedo.

Los niños en Abnegación rara vez conocen a sus padres de manera significativa, ya que los padres en Abnegación nunca se revelan de la forma en que otros padres hacen cuando sus hijos crecen hasta una edad determinada. Se mantienen envueltos en sus armaduras de tela gris y actos desinteresados, convencidos de que compartir es ser auto-indulgente. Esto no es sólo una pieza de la madre de Tris, recuperada; es uno de los primeros y últimos atisbos honestos que Tris conseguirá alguna vez de quién era Natalie Prior.

Entiendo, entonces, ¿por qué lo sostiene como si fuera un objeto mágico, algo que podría desaparecer en cualquier momento? ¿Y por qué quiere dejarlo sin descubrir durante un tiempo, lo cual es igual a lo que yo siento por el juicio de mi padre? Podría decirle algo que ella no quiere saber.

Sigo sus ojos hasta el otro lado de la habitación donde Caleb se sienta, masticando un bocado de cereales, taciturno, como un niño castigado.

—¿Vas a mostrárselo? —le digo.

Ella no responde.

—Por lo general, no soy partidario a darle nada —le digo—. Pero en este caso... esto realmente no sólo te pertenece a ti.

—Lo sé —dice ella, un poco secamente—. Por supuesto que voy a enseñárselo. Pero creo que quiero estar a solas con él primero.

No puedo discutir con eso. La mayor parte de mi vida la he pasado manteniendo la información cerca, dando vuelta una y otra vez en mi mente. El impulso de compartir cualquier cosa es nuevo, el impulso de ocultar algo es tan natural como respirar.

Ella suspira, luego rompe un pedazo del panecillo en mi mano. Le doy un golpecito en sus dedos mientras se aleja.

—Oye. Hay muchos más a sólo un metro y medio a tu derecha.

—Entonces no deberías estar tan preocupado por perder un poco del tuyo —dice ella, sonriendo.

—Muy bien.

Me empuja hacia ella por la parte delantera de mi camisa y me besa. Yo deslizo mi mano bajo su barbilla y la sostengo inmóvil mientras la beso en respuesta.

Entonces me doy cuenta de que ella está robando otro pedazo del panecillo, y me alejo, fulminándola con la mirada.

—En serio —digo—. Te conseguiré uno de esa mesa. Sólo me llevará un segundo.

Ella sonríe.

—Bueno, hay algo que quiero preguntarte. ¿Estarías dispuesto a someterte a una pequeña prueba genética esta mañana?

La frase “una pequeña prueba genética” me parece un oxímoron.

—¿Por qué? —le digo. Pedir ver mis genes se siente un poco como si me pidiera que me desnude.

—Bueno, conocí a este chico, se llama Matthew, que trabaja en uno de los laboratorios de aquí, y dice que estarían interesados en ver nuestro material genético para investigación —dice ella—. Y preguntó por ti, en concreto, porque eres una especie de anomalía.

—¿Anomalía?

—Al parecer muestras algunas características Divergentes y no muestras otras —dice—. No lo sé. Él sólo tiene curiosidad por eso. No tienes que hacerlo.

El aire alrededor de mi cabeza se siente más cálido y denso. Para aliviar el malestar toco la parte posterior de mi cuello, arañando en mi cabello.

En algún momento de la próxima hora o algo así, Marcus y Evelyn estarán en las pantallas. De pronto sé que no puedo ver.

Así que, aunque *realmente* no quiero dejar que un extraño examine las piezas del rompecabezas que forman mi existencia, digo:

—Seguro. Lo haré.

—Genial —dice ella, y se come otro pedazo de mi panecillo. Un mechón de cabello cae en sus ojos, y lo aparto antes de que ella siquiera lo note.



Cubre mi mano con la suya, la cual es cálida y fuerte, y las comisuras de su boca se elevan en una sonrisa.

La puerta se abre, dando paso a un hombre joven con rasgados ojos angulares y cabello negro. Lo reconozco de inmediato como George Wu, el hermano menor de Tori. “Georgie” era el nombre por el que ella lo llamaba.

Él sonríe con una sonrisa aturdida, y siento la necesidad de retroceder, de poner más espacio entre su dolor inminente y yo.

—Acabo de volver —dice él, sin aliento—. Me dijeron que mi hermana se fue con ustedes, y...

Tris y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

A nuestro alrededor, los demás están notando a George junto a la puerta y se quedan callados, el mismo tipo de silencio que se escucha en un funeral de Abnegación. Incluso Peter, de quien yo esperaba disfrutara el dolor de los demás, se ve desconcertado, moviendo sus manos desde su cintura hasta los bolsillos y viceversa.

—Y... —continúa George de nuevo—. ¿Por qué todos me miran de esa manera?

Cara da un paso adelante, a punto de dar las malas noticias, pero no puedo imaginar a Cara compartirlas de buena manera, así que me levanto, hablando por encima de ella.

—Tu hermana de hecho se fue con nosotros —digo—. Pero fuimos atacados por los Sin Facción, y ella... no lo logró.

Hay tanto que esa frase no dice: lo rápido que fue, y el sonido de su cuerpo golpeando el piso, y el caos de todo el mundo corriendo en la noche, tropezando con la hierba. Yo no volví por ella. Debí hacerlo, de todas las personas de nuestro grupo, conocía a Tori mejor, sabía bien cómo sus manos apretaban la aguja para tatuar y cómo su risa sonaba áspera, como si hubiera sido rayada con papel de lija.

George toca la pared detrás de él por estabilidad.

—¿Qué?

—Ella dio su vida defendiéndonos —dice Tris con sorprendente delicadeza—. Sin ella, ninguno de nosotros habría logrado salir.





—¿Ella está... muerta? —dice George débilmente. Apoya todo su cuerpo en la pared, y sus hombros se hunden.

Veo Amar en el pasillo, una tostada en la mano y una sonrisa desapareciendo rápidamente de su rostro. Él pone la tostada en una mesa junto a la puerta.

—Traté de encontrarte antes para decirte —dice Amar.

Anoche Amar dijo el nombre de George con tanta indiferencia, que no creí que realmente se conocieran. Al parecer lo hacen.

Los ojos de George se tornan vidriosos, y Amar lo lleva en un abrazo de lado.

Los dedos de George estén doblados en ángulos bruscos en la camisa de Amar, los nudillos blancos por la tensión. No lo oigo llorar, y tal vez no lo hace, tal vez todo lo que necesita hacer es aferrarse a algo. Sólo tengo vagos recuerdos de mi propio dolor por mi madre, cuando pensaba que estaba muerta; sólo la sensación de que estaba separado de todo lo que me rodeaba, y esa sensación constante de tener que tragar algo. No sé lo que se siente para los demás.

Finalmente, Amar lleva a George fuera de la habitación, y los veo caminar por el pasillo lado a lado, hablando en voz baja.

ALLEGIAN'T

Apenas recuerdo que estuve de acuerdo en participar en una prueba genética hasta que alguien aparece en la puerta del dormitorio, un niño, o no realmente un niño, ya que se ve casi tan adulto como yo. Él saluda a Tris.

—Oh, ese es Matthew —dice ella—. Creo que deberíamos irnos.

Ella toma mi mano y me lleva hacia la puerta. De alguna manera no le escuché mencionar que “Matthew” no era un científico viejo y malhumorado. O tal vez ella no lo mencionó en absoluto.

No seas estúpido, pienso.

Matthew levanta su mano.





—Hola. Es un placer conocerte. Soy Matthew.

—Tobias —le digo, porque “Cuatro” suena extraño aquí, donde la gente nunca se identificaría a sí misma por la cantidad de miedos que tienen—. Igualmente.

—Así que, vamos a los laboratorios, supongo —dice—. Están por este camino.

El recinto está abarrotado de personas esta mañana, todos vestidos con uniformes de color azul o verde oscuro que se amontonan alrededor de los tobillos o quedan varios centímetros por encima del zapato, dependiendo de la altura de la persona. El recinto está lleno de áreas abiertas que se desprenden de los principales pasillos, como las cámaras de un corazón, cada uno marcado con una letra y un número, y las personas parecen estar desplazándose entre ellos, algunos cargando dispositivos de cristal como el que Tris tenía esta mañana, algunos con las manos vacías.

—¿Qué pasa con los números? —dice Tris—. ¿Sólo una forma de etiquetar cada área?

—Solían ser compuertas —dice Matthew—. Lo que significa que cada una tiene una puerta y un pasillo que conducía a un determinado avión que viajaba a un destino particular. Cuando ellos convirtieron el aeropuerto en el recinto, arrancaron todas las sillas que la gente solía usar para esperar sus vuelos y los reemplazó con equipos de laboratorio, en su mayoría tomados de las escuelas de la ciudad. Ésta área del recinto es, básicamente, un laboratorio gigante.

—¿En qué están trabajando? Pensé que sólo estaban observando los experimentos —digo, mirando a una mujer pasar de prisa de un lado del pasillo al otro con una pantalla equilibrada sobre ambas palmas como una ofrenda. Los rayos de luz se extienden a través del azulejo pulido, inclinados a través de los ventanales. A través de las ventanas todo parece tranquilo, cada brizna de hierba recortada y los árboles silvestres meciéndose en la distancia, y es difícil imaginar que las personas están destruyéndose unos a otros por ahí, debido a “genes dañados” o viviendo bajo las estrictas reglas de Evelyn en la ciudad que dejamos.

—Algunos de ellos están haciendo eso. Todo lo que notan en todos los experimentos restantes tiene que ser registrado y analizado, de modo que se requiere mucha mano de obra. Sin embargo, algunos de ellos también





están trabajando en mejores formas de tratar el daño genético, o en el desarrollo de los sueros para nuestro propio uso en lugar del uso de los experimentos... decenas de proyectos. Todo lo que tienes que hacer es venir con una idea, reunir un equipo, y proponerlo al consejo que administra el recinto bajo David. Por lo general, aprueban todo lo que no es demasiado arriesgado.

—Sí —dice Tris—. No querrían correr ningún riesgo.

Ella pone los ojos en blanco, sólo un poco.

—Ellos tienen una buena razón para sus esfuerzos —dice Matthew—. Antes de que se introdujeran las facciones, y los sueros con ellas, todos los experimentos se solían usar bajo el asalto casi constante desde dentro. Los sueros ayudan a las personas en el experimento a mantener las cosas bajo control, especialmente el suero de memoria. Bueno, creo que no hay nadie trabajando en ese en este momento, está en el Laboratorio de Armas.

“Laboratorio de Armas”. Él dice las palabras como si fueran frágiles en su boca. Palabras sagradas.

—Así que el Departamento nos dio los sueros, en un principio —dice Tris.

—Sí —dice él—. Y entonces los Eruditos continuaron trabajando en ellos, para perfeccionarlos. Incluyendo a tu hermano. Para ser honestos, obtuvimos algunos de nuestros avances en sueros a partir de ellos, observándolos en la sala de control. Solo que no hicieron mucho con el suero de memoria... el suero de Abnegación. Hicimos mucho más con ese, ya que es nuestra mejor arma.

—Un arma —repite Tris.

—Bueno, estos escudan las ciudades en contra de sus propias rebeliones, para una cosa: borrar los recuerdos de las personas y así no hay necesidad de matarlos; sino que simplemente se olvidan de la razón por la que estaban peleando. Y también podemos utilizarlos contra los rebeldes de la frontera, la cual está a una hora de aquí. A veces los habitantes marginados tratan de asaltar, y el suero de memoria los detiene sin matarlos.

—Eso es... —empiezo a decir.



—¿Aún en cierto modo horrible? —aporta Matthew—. Sí, lo es. Pero los de arriba aquí piensan en ello como nuestro apoyo de vida, nuestra máquina de respiración. Aquí estamos.

Alzo las cejas. Él simplemente habló en contra de sus propios líderes con tanta indiferencia que casi me lo perdí. Me pregunto si esa es la clase de lugar que es este, donde la disidencia se puede expresar en público, en medio de una conversación normal, en lugar de en los espacios secretos, con voz baja.

Él escanea su tarjeta en una puerta pesada a nuestra izquierda, y caminamos por otro pasillo, este estrecho e iluminado con una pálida luz fluorescente. Se detiene frente a una puerta marcada como SALA DE TERAPIA GENÉTICA 1.

En el interior, una chica con la piel de tez trigueña y un overol verde está reemplazando el papel que cubre la mesa de examen.

—Ésta es Juanita, la técnico de laboratorio. Juanita, estos son...

—Sí, ya sé quiénes son —dice ella, sonriendo. Por el rabillo del ojo veo que Tris se pone rígida, escociéndose contra el recordatorio de que nuestras vidas han estado en cámara. Pero no dice nada al respecto.

La chica me ofrece su mano.

—El supervisor de Matthew es la única persona que me llama Juanita. Salvo Matthew, al parecer. Soy Nita. ¿Necesitarás que prepare dos pruebas?

Mathew asiente.

—Voy por ellas. —Ella abre un conjunto de armarios al otro lado de la habitación y empieza a tirar cosas. Todas están encerradas en plástico y papel y tienen etiquetas blancas. La sala se llena del sonido de arrugar y rasgar—. ¿Les está gustando estar aquí hasta ahora? —nos pregunta.

—Ha sido un ajuste —le digo.

—Sí, ya sé lo que quieres decir. —Nita me sonrío—. Vengo de uno de los otros experimentos, el de Indianápolis, el que falló. Oh, ustedes no saben dónde queda Indianápolis, ¿verdad? No está lejos de aquí. A menos de una hora en avión. —Hace una pausa—. Eso no significa nada para ustedes tampoco. ¿Saben qué? No es importante.





Ella toma una jeringa y aguja de su envoltorio de plástico, y Tris se tensa.

—¿Para qué es eso? —dice Tris.

—Es lo que nos permitirá leer tus genes —dice Matthew—. ¿Estás bien?

—Sí —dice Tris, pero sigue estando tensa—. Yo sólo... no me gusta ser inyectada con sustancias extrañas.

Matthew asiente.

—Te juro que sólo va a leer tus genes. Eso es todo lo que hace. Nita puede dar fe de ello.

Nita asiente.

—Está bien —dice Tris—. Pero... ¿puedo hacerlo por mi cuenta?

—Claro —dice Nita. Prepara la jeringa, llenándola con lo que sea que tienen intención de inyectarnos, y se la ofrece a Tris.

—Te voy a dar la explicación simplificada de cómo funciona esto —dice Matthew mientras Nina limpia el brazo de Tris con un antiséptico. El olor es corrosivo, y sorprende el interior de mi nariz—. El líquido está lleno de microordenadores. Están diseñadas para detectar marcadores genéticos específicos y transmitir los datos a una computadora. Les tomará alrededor de una hora para darme toda la información que necesito, aunque les llevaría mucho más tiempo para leer todo el material genético, obviamente.

Tris se pega la aguja en su brazo y presiona el émbolo.

Nita atrae mi brazo hacia adelante y arrastra la gasa teñida de naranja sobre mi piel. El líquido en la jeringa es gris plata, como escamas de pescado, y a medida que fluye en mí a través de la aguja, me imagino la tecnología microscópica rumiando a través de mi cuerpo, leyéndome y analizándome.

A mi lado, Tris sostiene una bola de algodón sobre su piel pinchada y me ofrece una pequeña sonrisa.

—¿Qué son los... microordenadores? —Matthew asiente, y yo continúo—. ¿Qué es lo que buscan, exactamente?



—Bueno, cuando nuestros predecesores en el Departamento insertaron genes “corregidos” en sus antepasados, también incluyeron un rastreador genético, que es básicamente algo que nos muestra que una persona ha logrado la curación genética. En este caso, el rastreador genético está consciente durante las simulaciones, es algo que podemos comprobar fácilmente, lo que nos muestra si tus genes están curados o no. Esa es una de las razones por las que todo el mundo en la ciudad tiene que tomar la prueba de aptitud a los dieciséis años: si están conscientes durante la prueba, eso nos muestra que podrían tener genes curados.

Añado la prueba de aptitud a una lista mental de las cosas que alguna vez fueron tan importantes para mí, descartándola, porque era sólo un ardid para conseguirles a estas personas la información o el resultado que querían.

No puedo creer que la conciencia durante las simulaciones, algo que me hizo sentir poderoso y único, algo por lo que Jeanine y los Eruditos *mataron* a personas, es en realidad sólo un signo de curación genética para estas personas. Como una palabra clave especial, diciéndoles que estoy en su sociedad genéticamente curada.

Matthew añade:

—El único problema con el rastreador genético es que estar conscientes durante las simulaciones y resistir los sueros no necesariamente significa que una persona es Divergente, es sólo una correlación fuerte. A veces las personas van a estar conscientes durante las simulaciones o serán capaces de resistir a los sueros, aunque todavía tengan genes dañados. — Él se encoge de hombros—. Es por eso que estoy interesado en tus genes, Tobias. Tengo curiosidad por ver si en realidad eres Divergente, o si tu conciencia durante la simulación sólo hace que parezca que lo eres.

Nita, quien está limpiando el mostrador, aprieta los labios como si estuviera conteniendo las palabras dentro de su boca. Me siento incómodo de repente. ¿Hay una posibilidad de que no sea en realidad Divergente?

—Todo lo que queda es sentarse y esperar —dice Matthew—. Voy a ir a buscar el desayuno. ¿Alguno de ustedes quiere algo de comer?

Tris y yo negamos.

—Estaré de vuelta pronto. Nita, hazles compañía, ¿quieres?



Matthew se va sin esperar la respuesta de Nita, y Tris se sienta en la mesa de examen, el papel arrugándose debajo de ella y rompiéndose en donde su pierna cuelga sobre el borde. Nita mete las manos en los bolsillos de su overol y nos observa.

Sus ojos son de color oscuro, con el mismo brillo que un charco de aceite tiene debajo de un motor de fugas. Me da un poco de algodón, y lo presiono en la burbuja de sangre dentro de mi codo.

—Así que has venido de una ciudad experimento —dice Tris—. ¿Cuánto tiempo has estado aquí?

—Desde que el experimento de Indianápolis fue disuelto, cosa que ocurrió hace unos ocho años. Podría haberme integrado a la población mayor, fuera de los experimentos, pero eso se sentía demasiado abrumador. — Nita se apoya en el mostrador—. Así que me ofrecí para venir aquí. Solía ser un conserje. Supongo que me estoy moviendo a través de la jerarquización.

Ella lo dice con un poco de amargura. Sospecho que aquí, como en Osadía, hay un límite a su ascenso en la jerarquización, y está llegando antes de lo que le gustaría. De la misma manera que yo lo hice, cuando elegí mi trabajo en la sala de control.

—¿Y tu ciudad, no tenía facciones? —dice Tris.

—No, ese fue el grupo de control; les ayudó a darse cuenta que las facciones eran realmente eficaces en comparación. Sin embargo, tenían un montón de reglas: el toque de queda, horarios para despertar, normas de seguridad. No se permiten armas. Cosas por el estilo.

—¿Qué pasó? —digo, y un momento después me gustaría no haber preguntado, porque los labios de Nita descienden, como si los recuerdos colgaran pesados de cada lado.

—Bueno, algunas de las personas en su interior aún sabían cómo hacer armas. Hicieron una bomba, ya sabes, un explosivo, y la hicieron estallar en el edificio del gobierno —dice ella—. Mucha gente murió. Y después de eso, el Departamento decidió que nuestro experimento fue un fracaso. Borraron los recuerdos de los terroristas y reubicaron al resto de nosotros. Soy uno de los únicos que querían venir aquí.

—Lo siento —dice Tris en voz baja.





A veces todavía me olvido de mirar las partes más gentiles de ella. Durante mucho tiempo lo único que vi fue la fuerza, destacándose como los músculos tensos en sus brazos o la tinta negra marcando su clavícula con vuelo.

—Está bien. No es que ustedes no sepan sobre este tipo de cosas —dice Nita—. Con lo que hizo Jeanine Matthews, y todo eso.

—¿Por qué no han cerrado nuestra ciudad? —dice Tris—. ¿De la misma manera que lo hicieron con la tuya?

—Todavía podrían cerrarla —dice Nita—. Pero creo que el experimento de Chicago, en particular, ha sido un éxito durante tanto tiempo que van a estar un poco reacios a simplemente deshacerse de él ahora. Fue el primero con facciones.

Me quito la bola de algodón de mi brazo. Hay un pequeño punto rojo donde la aguja entró, pero ya no está sangrando.

—Me gusta pensar que yo habría elegido Osadía —dice Nita—. Pero no creo que hubiera tenido el estómago para eso.

—Te sorprenderías para lo que tienes el estómago, cuando es necesario —dice Tris.

Siento una punzada de dolor en el centro del pecho. Ella tiene razón. La desesperación puede hacer que una persona haga cosas sorprendentes. Ambos lo sabemos.

ALLEGIANTE

Matthew regresa justo a la hora pautada, y se sienta frente a la computadora por un largo tiempo después de eso, sus ojos agitándose de un lado a otro mientras lee la pantalla. Algunas veces hace un ruido revelador, un “¡hmm!” o un “¡ah!”. Cuanto más tiempo espera para decirnos algo, cualquier cosa, más tensos se tornan mis músculos, hasta que mis hombros se sienten como si estuvieran hechos de piedra en lugar de carne. Finalmente él levanta la mirada y gira la pantalla en torno para que podamos ver lo que hay en ella.

—Este programa nos ayuda a interpretar los datos de una forma comprensible. Lo que se ve aquí es una representación simplificada de una secuencia particular de ADN en el material genético de Tris —dice.

La imagen en la pantalla es una masa complicada de líneas y números, con algunas partes seleccionadas en amarillo y rojo. No puedo lograr sacar ningún sentido de la imagen más allá de eso... está por encima de mi nivel de comprensión.

—Estas selecciones aquí sugieren genes curados. No los veríamos si los genes estuvieran dañados. —Él golpea ligeramente ciertas partes de la pantalla. No entiendo lo que está señalando, pero él no parece darse cuenta, atrapado en su propia explicación—. Estas selecciones por aquí indican que el programa también ha encontrado el rastreador genético, la consciencia de simulación. La combinación de los genes curados y la consciencia de simulación es justo lo que esperaba ver de un Divergente. Ahora, esta es la parte extraña.

De nuevo toca la pantalla, y la pantalla cambia, pero sigue siendo igual de confuso, una red de líneas, hilos enredados de números.

—Este es el mapa de los genes de Tobias —dice Matthew—. Como pueden ver, tiene los componentes genéticos adecuados para la consciencia de simulación, pero no tienen los mismos genes “curados” que Tris tiene.

Mi garganta se seca, y siento como si me hubieran dado una mala noticia, pero todavía no he comprendido del todo cuáles son las malas noticias.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Esto significa —dice Matthew—, que no eres Divergente. Tus genes todavía están dañados, pero tienes una anomalía genética que te permite estar consciente durante las simulaciones de todos modos. Tienes, en otras palabras, la apariencia de un Divergente sin llegar a ser uno.

Proceso la información poco a poco, pieza por pieza. No soy Divergente. No soy como Tris. Estoy genéticamente dañado.

La palabra “dañado” se hunde dentro de mí como si estuviera hecha de plomo. Supongo que siempre supe que había algo malo en mí, pero pensé que era por mi padre, o mi madre, y el dolor que ellos me legaron como una reliquia de la familia, transmitida de generación en generación. Y esto



significa que la única cosa buena que mi padre tenía —su Divergencia— no me alcanzo.

No miro a Tris... no puedo soportarlo.

En su lugar miro a Nita. Su expresión es dura, casi enojada.

—Matthew —dice ella—. ¿No quieres llevarte estos datos a tu laboratorio para analizarlos?

—Bueno, estaba pensando en discutirlo con nuestros temas aquí —dice Matthew.

—No creo que sea una buena idea —dice Tris, afilada como una cuchilla.

Matthew dice algo que realmente no escucho; estoy escuchando el latido de mi corazón. Él toca la pantalla otra vez, y la imagen de mi ADN desaparece, por lo que la pantalla queda en blanco, sólo vidrio. Él se va, instruyéndonos a visitar su laboratorio si queremos obtener más información, y Tris, Nita, y yo nos quedamos en la sala en silencio.

—No es la gran cosa —dice Tris con firmeza—. ¿De acuerdo?

—¡No tienes que decirme que no es una gran cosa! —le digo, más fuerte de lo que quería.

Nita se entretiene en el mostrador, asegurándose que los contenedores estuvieran alineados, a pesar de que no se han movido desde que entramos antes.

—¡Sí, tengo! —exclama Tris—. ¡Eres la misma persona que eras hace cinco minutos, y hace cuatro meses, y hace dieciocho años! Esto no cambia nada de ti.

Escucho algo en sus palabras que es cierto, pero es difícil de creer ahora mismo.

—Así que me estás diciendo que esto no afecta nada —digo—. La verdad afecta todo.

—¿Cuál verdad? —dice—. Estas personas te dicen que hay algo malo en tus genes, ¿y tú sólo lo crees?

—Estaba justo ahí. —Hago un gesto hacia la pantalla—. Tú lo has visto.





—También te veo a ti —dice ella con fuerza, cerrando la mano alrededor de mi brazo—. Y sé quién eres.

Niego. Todavía no puedo mirarla, no puedo ver nada en particular.

—Yo... necesito dar un paseo. Nos vemos más tarde.

—Tobias, espera...

Salgo, y parte de la presión dentro de mí se libera tan pronto como ya no estoy en esa habitación. Camino por el pasillo estrecho que presiona contra mí como una exhalación, y por los pasillos iluminados por el sol más allá de ellos. El cielo está de un azul brillante ahora. Escucho pasos detrás de mí, pero son demasiado pesados para pertenecer a Tris.

—Oye. —Nita retuerce su pie, haciéndolo chirriar contra la baldosa—. No hay presión, pero me gustaría hablar contigo acerca de todo esta... cosa de daño genético. Si estás interesado, nos vemos esta noche a las nueve. Y... sin ofender a tu chica o algo así, pero no creo que quieras traerla.

—¿Por qué? —digo.

—Ella es una PG: Pura Genéticamente. Así que no puede entender que... bueno, es difícil de explicar. Sólo confía en mí, ¿de acuerdo? Es mejor que se quede fuera de esto por un rato.

—Está bien.

—Está bien. —Nina asiente—. Tengo que irme.

La veo correr de vuelta a la sala de terapia genética, y luego sigo caminando. No sé a dónde voy, exactamente, sólo que cuando camino, el frenesí de información que he descubierto en los últimos días deja de moverse tan rápido, deja de gritar tan fuerte dentro de mi cabeza.



Traducido por Jessy

Corregido por Kasycrazy

TRIS

No voy tras él, porque no sé qué decir.

Cuando descubrí que era Divergente, pensé en ello como un poder secreto que nadie más poseía, algo que me hacía diferente, mejor, más fuerte. Ahora después de comparar mi ADN con el de Tobias en una pantalla de computador, me doy cuenta que “Divergente” no significa tanto como pensé que lo hacía. Es solo una palabra para una secuencia en particular de mi ADN, como una palabra para todas las personas con ojos marrones o cabello rubio.

Apoyo la cabeza en mis manos. Pero estas personas todavía piensan que significa algo —todavía piensan que estoy curada de una manera que Tobias no lo está. Y quieren que confíe en eso, que lo crea. Bueno, no lo hago. Y no estoy segura de por qué Tobias lo hace, porque está tan ansioso por creer que está dañado.

Ya no quiero pensar en ello. Dejo la sala de terapia genética justo cuando Nita está caminando de vuelta a ella.

—¿Qué le dijiste? —le digo.

Ella es bonita. Alta, pero no tan alta, delgada, pero no tan delgada, su piel rica en color.

—Solo me aseguré que supiera dónde estaba yendo —dice ella—. Es un lugar confuso.

—Es cierto —empiezo a ir hacia... bueno, no sé dónde estoy yendo, pero es lejos de Nita, la bonita chica que habla con mi novio cuando no estoy ahí. Por otra parte, no es como si fuera una gran conversación.



Diviso a Zoe al final del pasillo, y me hace el gesto de ir hacia ella. Se ve más relajada ahora que esta mañana temprano, con la frente lisa en lugar de con arrugas, con el cabello suelto sobre sus hombros. Se mete las manos a los bolsillos de su overol.

—Acabo de decirle a los demás —dice ella—. Hemos programado un viaje en avión en dos horas para aquellos que quieran ir. ¿Te apuntas?

El miedo y la emoción se retuercen juntos en mi estómago, al igual como lo hicieron antes de que estuviera atada en la tirolesa de lo alto del edificio Hancock. Me imagino a toda velocidad en el aire en un auto con alas, la energía del motor y la fuerza del viento a través de todos los espacios en las paredes y la posibilidad, aunque leve, de que algo fallará y caeré en picado hacia mi muerte.

—Sí —digo.

—Nos reuniremos en puerta B14. ¡Sigue las señales! —Esboza una sonrisa cuando se va.

Miro por las ventanas sobre mí. El cielo es claro y pálido, del mismo color que mis ojos. Hay una especie de previsibilidad en ello, como si siempre hubiera estado esperando por mí, tal vez porque disfruto de la altura mientras que otros le temen, o tal vez porque una vez que has visto las cosas que yo he visto, solo hay una frontera que queda por explorar, y está en las alturas.

Las escaleras de metal que conducen al pavimento chirrían con cada uno de mis pasos. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirar el avión, el cual es más grande de lo que esperé, y de color plateado blancuzco. Justo debajo del ala se encuentra un enorme cilindro con aspas que giran en su interior. Imagino las aspas succionándome y escupiéndome por el otro lado, y me estremezco un poco.

—¿Cómo puede algo tan grande permanecer en el cielo? —dice Uriah detrás de mí.

Sacudo mi cabeza. No lo sé, y no quiero pensar en ello. Sigo a Zoe hacia otro conjunto de escaleras, estas conectan a un agujero en el lado del avión. Mi mano tiembla cuando agarro la barandilla, y miro sobre mi hombro por última vez, para comprobar si Tobias nos alcanzó. No está allí. No lo he visto desde la prueba genética.



Me agacho cuando paso por el agujero, aunque es más alto que mi cabeza. Dentro del avión hay filas y filas de asientos cubiertos de rasgado y deshilachado tejido azul. Elijo uno cerca de la parte del frente, junto a la ventana. Una barra de metal se presiona contra mi espalda. Se siente como un esqueleto de silla, con apenas carne para mantenerlo.

Cara se sienta detrás de mí, y Peter y Caleb se mueven hacia la parte de atrás del avión y se sientan cerca uno del otro, al lado de la ventana. No sabía que fueran amigos. Parece adecuado, dado lo despreciables que ambos son.

—¿Qué tan vieja es esta cosa? —le pregunto a Zoe, quien está cerca de la parte delantera.

—Bastante vieja —dice ella—. Pero hemos rehecho completamente las cosas importantes. Es un buen tamaño para lo que necesitamos.

—¿Para qué lo usan?

—Misiones de vigilancia, en su mayoría. Nos gusta estar pendientes de lo que está pasando en la frontera, en caso de que amenace lo que está sucediendo aquí. —Zoe hizo una pausa—. La frontera es un lugar grande y un poco caótico entre Chicago y el área metropolitana más cercana regulada por el gobierno, Milwaukee, que está aproximadamente a tres horas en coche desde aquí.

Me gustaría preguntar exactamente qué está pasando en la frontera, pero Uriah y Christina se sientan en los asientos a mi lado, y el momento se pierde. Uriah pone un reposabrazos entre nosotros y se inclina sobre mí para mirar por la ventana.

—Si en Osadía supieran de esto, todos estarían haciendo cola para aprender a manejarlo —dice él—. Me incluyo.

—No, estarían amarrándose a las alas. —Christina empuja su brazo—. ¿No conoces a tu propia fracción?

Uriah le da un toque en la mejilla en respuesta, luego se vuelve de nuevo hacia la ventana.

—¿Alguno de ustedes ha visto a Tobias recientemente? —digo.

—No, no lo he visto —dice Christina—. ¿Está todo bien?





Antes de que pueda responder, una mujer mayor con líneas alrededor de su boca se detiene en el pasillo entre las filas de asientos y aplaude.

—¡Mi nombre es Karen, y estaré volando este avión hoy! —anuncia ella—. Puede parecer aterrador, pero recuerden: las probabilidades de que nos estrellamos son de hecho mucho más bajas que las de un accidente de auto.

—Lo mismo con las probabilidades de sobrevivencia si nos estrellamos —murmura Uriah, pero está sonriendo. Sus ojos negros están alertas, y se ve mareado, como un niño. No lo había visto de esta manera desde que Marlene murió. Es guapo otra vez.

Karen desapareció al frente del avión, y Zoe se sienta al otro lado del pasillo de Christina, dando vueltas para gritar instrucciones como “¡Abróchense los cinturones de seguridad!” y “¡No se levanten hasta que hayamos alcanzado la altitud de crucero!” no estoy segura de lo que es la altitud de crucero, y ella no lo explica, al más puro estilo Zoe. Fue casi un milagro que recordara explicar la frontera antes.

El avión comienza a moverse hacia atrás, y estoy sorprendida de cuán suave se siente, como si ya estuviéramos flotando sobre el suelo. Luego gira y se desliza por el pavimento, el cual está pintado con docenas de líneas y símbolos. Mi corazón late más rápido cuanto más nos alejamos de las instalaciones, y luego la voz de Karen habla por un intercomunicador:

—Prepárense para el despegue.

Aprieto los apoyabrazos cuando el avión se sacude en el movimiento. El impulso me presiona contra la silla de esqueleto, y la vista fuera de la ventana se convierte en una mancha de color. Entonces lo siento: la elevación, el ascenso del avión, y veo la tierra extenderse ampliamente debajo de nosotros, todo volviéndose más pequeño a cada instante.

Mi boca se abre y olvido respirar.

Veo el recinto, en forma de la imagen de una neurona que vi una vez en mi libro de ciencias, y la valla que lo rodea. Alrededor de esta se encuentra una red de carreteras de concreto con edificios intercalados entre ellas.

Y luego de repente, ya ni siquiera puedo ver las calles o los edificios, porque solo hay una película de color gris, verde y café debajo de nosotros,



y por más lejos que logre ver, en cualquier dirección se ve tierra, tierra, tierra.

No sé qué esperaba. ¿Ver el lugar donde el mundo termina, como un acantilado gigante colgando en el cielo?

Lo que no esperaba es saber que he sido una persona de pie en una casa que ni siquiera puedo ver desde aquí. Que he caminado una calle entre cientos —miles— de otras calles.

Lo que no esperaba es sentirme tan, tan pequeña.

—No podemos volar demasiado alto o demasiado cerca de la ciudad porque no queremos llamar la atención, así que observaremos desde una gran distancia. Apareciendo en el lado izquierdo del avión está parte de la destrucción provocada por la Guerra de Purificación, antes de que los rebeldes recurrieran a armas biológicas en lugar de explosivos —dice Zoe.

Tengo que contener las lágrimas de mis ojos antes de poder ver, lo que a primera vista parece ser un grupo de edificios negros. Al examinar, me doy cuenta que los edificios no se supone que sean negros, están carbonizados más allá del reconocimiento. Algunos de ellos están aplanados. El pavimento entre ellos está quebrado en piezas como un huevo agrietado.

Se parece a ciertas partes de la ciudad, pero al mismo tiempo, no lo hace. La destrucción de la ciudad podría haber sido causada por personas. Esto tenía que haber sido causado por algo más, algo más grande.

—¡Y ahora tendrán un breve vistazo de Chicago! —dice Zoe—. Verán que parte del lago fue drenada para que pudiéramos construir la valla, pero dejamos la mayor parte de él lo más intacto posible.

Después de sus palabras veo el núcleo doble, tan pequeño como un juguete a la distancia, la línea irregular de nuestra ciudad interrumpiendo el mar de concreto. Y más allá, una llanura marrón —el pantano— y justo después de eso... azul.

Cuando me deslicé por la tirolesa desde el edificio Hancock imaginé como se vería el pantano lleno de agua, azul-gris y reluciente bajo el sol. Y ahora que puedo ver más lejos de lo que nunca he visto, que conozco mucho más allá de los límites de nuestra ciudad, es justo lo que imaginé, el lago en la distancia brillando con los rayos de luz, marcado con la textura de la olas.





El avión está en silencio a mi alrededor a excepción por el rugido constante del motor.

—Whoa —dice Uriah.

—Shh —responde Christina.

—¿Cuán grande es en comparación con el resto del mundo? —dice Peter desde el otro lado del avión. Suena como si estuviera ahogándose en cada palabra—. Nuestra ciudad, quiero decir. En términos de superficie. ¿Qué porcentaje?

—Chicago ocupa aproximadamente doscientas veintisiete millas cuadradas —dice Zoe—. La superficie del planeta es un poco menos de doscientos millones de millas cuadradas. El porcentaje es... tan pequeño como para ser insignificante.

Entrega los hechos con calma, como si no significaran nada para ella. Pero me golpean directamente en el estómago, y me siento apretada, como si algo se aplastara en mí. Demasiado espacio. Me pregunto cómo son los lugares más allá de los nuestros; me pregunto cuánta gente vive ahí.

Miro por la ventana otra vez, respirando lenta y profundamente en un cuerpo demasiado tenso para moverse. Y mientras observo hacia afuera a la tierra, pienso que esto, cuando menos, es una prueba convincente del dios de mis padres, que nuestro mundo es tan enorme que está completamente fuera de nuestro control, que no podemos ser tan grandes como nos sentimos.

Tan pequeño como para ser insignificante.

Es extraño, pero hay algo en ese pensamiento que me hace sentir casi... libre.

Esa noche, cuando todo el mundo está en la cena, me siento en el borde de la ventana del dormitorio y enciendo la pantalla que David me dio. Mis manos tiemblan mientras abro el archivo llamado “Diario”.

La primera anotación dice:

David sigue pidiéndome que escriba lo que he vivido. Creo que él espera que sea horrible, tal vez incluso quiere que lo sea. Supongo que partes de ello lo fueron, pero fueron malas para todos, así que no es como si yo fuera especial.





Crecí en una vivienda unifamiliar en Milwaukee, Wisconsin. Nunca supe mucho acerca de quién estaba al interior del territorio a las afueras de la ciudad (que todos llaman por aquí “la frontera”), solo que no se suponía que tenía que mencionarla. Mi mamá estaba en el cuerpo policial; era explosiva e imposible de complacer. Mi papá era un profesor; era dócil, comprensivo e inútil. Un día tuvieron una pelea en la sala de estar y las cosas se salieron de control, y él la agarró y ella le disparó. Esa noche ella estaba enterrando su cuerpo en el patio mientras yo reunía buena parte de mis pertenencias y salía por la puerta. Nunca la volví a ver.

Donde crecí, la tragedia estaba por todo el lugar. La mayoría de los padres de mis amigos bebían hasta volverse estúpidos o gritaban demasiado, o habían dejado de amarse hace mucho tiempo, y así era como las cosas eran, nada del otro mundo. Así que cuando me fui, estoy segura que solo era un punto más en una larga lista de cosas terribles que habían sucedido en nuestro vecindario el año pasado.

Sabía que si me iba a cualquier lugar oficial, como otra ciudad, los tipos del gobierno me harían volver a casa con mi mamá, y no creía que alguna vez fuera capaz de mirarla sin ver la mancha de sangre de la cabeza de mi papá dejada en la alfombra de la sala de estar, por lo que no fui a ningún lugar oficial. Fui a la frontera, donde un montón de personas están viviendo en una pequeña colonia hecha de lona y aluminio en algunas de las ruinas de postguerra, viviendo en los restos y quemando viejos papeles para calentarse ya que el gobierno no puede proveerlos, ya que están gastando todos sus recursos tratando de volver a unirse, desde hace más de un siglo después que la guerra nos destruyó. O no querían proveerlos. No lo sé.

Un día vi a un hombre adulto golpear a uno de los niños en la frontera, y lo golpeé en la cabeza con un tablón para que se detuviera y él murió, allí mismo en la calle. Tenía solo trece años. Corrí. Me agarró un tipo en una furgoneta, un tipo que parecía policía. Pero no me llevo a un lado de la carretera para dispararme y no me llevo a la cárcel; simplemente me llevo a este lugar seguro y examinó mis genes y me dijo todo de los experimentos de la ciudad y como mis genes estaban más limpios que los de otras personas. Incluso me mostró un mapa de mi genes en una pantalla para probarlo.

Pero maté un hombre como mi madre lo hizo. David dice que está bien porque no era mi intención, y porque él estaba a punto de matar a ese



pequeño niño. Pero estoy bastante segura que mi mamá tampoco tenía la intención de matar a mi papá, así que ¿qué diferencia hace, tener o no tener la intención de hacer algo? Accidente o a propósito, el resultado es el mismo, y es una vida menos de las deberían haber en el mundo.

Eso es lo que he vivido, supongo. Y escuchar a David hablar de ello, es como si todo sucediera porque hace mucho, mucho tiempo personas intentaron meterse con la naturaleza humana y la terminaron empeorando.

Supongo que tiene sentido. O me gustaría que lo tuviera.

Clavo mis dientes en mi labio inferior. Aquí en las instalaciones de la Oficina, la gente está sentada en la cafetería en este momento, comiendo, bebiendo y riendo. En la ciudad, probablemente están haciendo lo mismo. La vida cotidiana me rodea, y estoy sola con estas revelaciones.

Aprieto la pantalla en mi pecho. Mi mamá era de aquí. Este lugar es mi antigua y mi reciente historia. Puedo sentirla en las paredes, en el aire. Puedo sentirla instalarse en mi interior, nunca dejándome otra vez. La muerte no puede borrarla; ella es permanente.

El frío del vidrio se filtra a través de mi camisa, y me estremezco. Uriah y Christina entran por la puerta del dormitorio, riendo por algo. Los ojos claros y pasos firmes de Uriah me llenan con una sensación de alivio, y de repente mis ojos se empañan con lágrimas. Él y Christina me miran alarmados, y se apoyan en las ventanas a ambos lados de mí.

—¿Estás bien? —dice ella.

Asiento y parpadeo para alejar las lágrimas.

—¿Dónde han estado hoy?

—Después del viaje en avión fuimos a ver las pantallas en la sala de control por un rato —dice Uriah—. Es muy raro ver lo que están haciendo ahora que nos fuimos. Sólo más de lo mismo —Evelyn es una idiota, también lo son sus lacayos, y todo eso— pero era como un informe de noticias.

—Creo que no me gustaría ver eso —digo—. Demasiado...espeluznante e invasivo.

Uriah se encoge de hombros.



—No lo sé, si ellos quieren verme rascar mi trasero o comer la cena, siento como si eso dijera más de ellos que de mí.

Me rio.

—¿Cuan a menudo te *estás* rascando el trasero, exactamente?

Me empuja con su codo.

—No es por desviar la conversación de los *traseros*, que todos podemos estar de acuerdo en que es muy importante... —Christina sonríe un poco—. Pero estoy contigo, Tris. Solo ver esas pantallas me hace sentir horrible, como si estuviera haciendo algo furtivo. Creo que me voy a quedar lejos de ahora en adelante.

Señala a la pantalla en mi regazo, donde las luces siguen brillando alrededor de las letras de mi mamá.

—¿Qué es eso?

—Resulta que —digo—. Mi madre era de aquí. Bueno, era del mundo exterior, pero luego vino aquí, y cuando tenía quince, fue situada en Chicago como una de Osadía.

Christina dice:

—¿Tú madre era de aquí?

Asiento.

—Sí. Demente. Aún más extraño, ella escribió este diario y lo dejo con ellos. Eso es lo que estaba leyendo antes de que entraran.

—Vaya —dice en voz baja Christina—. Eso es bueno, ¿cierto? Quiero decir, que vas a aprender más sobre ella.

—Sí, es bueno. Y no, ya no estoy enojada, puedes dejar de mirarme así. — La mirada de preocupación que se había estado formando en el rostro de Uriah desaparece.

Suspiro.

—No dejo de pensar... que de alguna manera pertenezco aquí. Como si tal vez este lugar pudiera ser un hogar.

Christina levanta las cejas.





—Tal vez —dice ella, y siento como si ella no lo creyera, pero es amable de su parte decirlo de todos modos.

—No lo sé —dice Uriah, y suena serio ahora—. No creo que en algún lugar me vaya a sentir como en casa otra vez. Ni siquiera si regresamos.

Tal vez eso es cierto. Tal vez somos extraños no importa donde vayamos, ya sea para el mundo fuera de la Oficina, o aquí en la Oficina, o de vuelta en el experimento. Todo ha cambiado, y no dejará de cambiar dentro de poco. O tal vez haremos un hogar en algún lugar dentro de nosotros, para llevarlo dondequiera que vayamos, que es la manera en que ahora llevo a mi madre.

Caleb entra al dormitorio. Hay una mancha en su camisa que parece salsa, pero él no parece darse cuenta, tiene la mirada en sus ojos que ahora reconozco como fascinación intelectual, y por un momento me pregunto que ha estado leyendo, o viendo, para que se vea de esa forma.

—Hola —dice él, y casi hace un movimiento hacia mí, pero debió ver mi repugnancia, porque se detiene en medio de un paso. Cubro la pantalla con mi palma, aunque no puede verla desde el otro lado del cuarto, y me quedo mirándolo, incapaz —o reticente— a decir algo en respuesta.

—¿Crees que alguna vez me hablarás de nuevo? —dice con tristeza, con su boca bajando en las comisuras.

—Si lo hace, moriré de la sorpresa —dice Christina con frialdad.

Aparto la mirada, la verdad es que quiero olvidarme de todo lo que pasó y volver a la manera en la que estábamos antes de que cualquiera de nosotros eligiera una facción. Incluso si estaba siempre corrigiéndome, recordándome ser generosa, era mejor que esto, este sentimiento que tenía de proteger incluso el diario de mi madre de él. Me levanté y la metí bajo la almohada.

—Vamos —me dice Uriah—. ¿Quieres ir con nosotros a buscar algo de postre?

—¿No habías comido algo ya?

—¿Y que si lo hice? —Uriah pone los ojos en blanco y pone su brazo sobre mis hombros, dirigiéndome hacia la puerta.

Caminamos los tres juntos hacia la cafetería, dejando a mi hermano atrás.



TOBIAS

—**N**o estaba segura de que vendrías —me dice Nita. Cuando se gira para guiarme a dónde sea que estamos yendo, veo que su suelta blusa es corta en la espalda, y hay un tatuaje en su columna, pero no puedo descifrar qué es.

—¿También se hacen tatuajes aquí? —digo.

—Algunas personas lo hacen —dice—. El de mi espalda es de cristales rotos. —Hace una pausa, el tipo de pausa que tomas cuando estás decidiendo si vas o no a compartir algo personal—. Me lo hice porque sugiere algo dañado. Es... como una broma.

Allí está la palabra de nuevo, “dañado,” la que ha estado entrando y saliendo, entrando y saliendo de mi mente desde la prueba genética. Si es una broma, no es graciosa ni para Nita; ella escupió la explicación como si fuera algo amargo.

Caminamos por uno de los corredores con baldosas, casi vacío al final de un día laborable, y bajamos por un conjunto de escaleras. Mientras bajamos, luces azules, verdes, violetas y rojas danzan en las paredes, cambiando de colores a cada segundo. El túnel al final de las escaleras es ancho y oscuro, con solo la extraña luz para guiarnos. El piso aquí es de baldosas viejas, e incluso bajo la suela de mis zapatos se siente granuloso con el polvo y la tierra.

—Esta parte del aeropuerto fue totalmente reconstruida y expandida cuando se mudaron aquí por primera vez —dice Nita—. Por un tiempo, luego de la Guerra de Purificación, todos los laboratorios eran subterráneos, para mantenerlos más seguros si eran atacados. Ahora solo el personal de mantenimiento baja aquí.



—¿A ellos quieres que conozca?

Ella asiente.

—Ser personal de mantenimiento es más que solo un trabajo. Casi todos aquí somos DGs: Dañados Genéticamente; sobras de los experimentos de ciudades fallidas, descendientes de otros restos, o personas traídas desde afuera, como la madre de Tris, excepto que sin su ventaja genética. Y todos los científicos y líderes son PGs: Puros Genéticamente; descendientes de gente que resistió el movimiento de ingeniería genética en primer lugar. Hay algunas excepciones, por supuesto, pero tan pocos que podría nombrarlos a todos si quisiera.

Estoy por preguntar por qué la división es tan estricta, pero puedo adivinarlo por mí mismo. Los llamados “PGs” crecieron en esta comunidad, sus mundos saturados de experimentos, observación y aprendizaje. Los “DGs” nacieron en los experimentos, donde solo debían aprender lo suficiente para sobrevivir hasta la siguiente generación. La división está basada en conocimiento, en calificaciones... pero como aprendí de los Sin Facción, un sistema que confía en un grupo de personas sin educación para hacer el trabajo sucio sin darles un modo de realzar es a duras penas justo.

—Creo que tu chica tiene razón, sabes —dice Nita—. Nada ha cambiado; ahora solo tienes una mejor idea de tus propias limitaciones. Todo ser humano tiene limitaciones, incluso los PGs.

—Así que, hay un límite a lo alto hacia... ¿qué? ¿Mi compasión? ¿Mi conciencia? —digo—. ¿Esa es la seguridad que tienes para mí?

Los ojos de Nita me estudian, con cuidado, y ella no responde.

—Esto es ridículo —digo—. ¿Por qué tú, o ellos, o cualquiera puede determinar mis límites?

—Es solo el modo en que son las cosas, Tobias —dice Nita—. Es solo genética, nada más.

—Eso es mentira —digo—. Es más que simples genes aquí, y lo sabes.

Siento que necesito irme, girar y correr de vuelta al dormitorio. La ira está hirviendo y carcomiendo dentro de mí, llenándome de calor, y no estoy seguro de la razón. ¿Por Nita, quien acaba de aceptar que de alguna manera es limitada, o por quien sea que le dijo eso? Quizás es por todos.





Llegamos al final del túnel, y ella abre una pesada puerta de madera con su hombro. Detrás de ella hay un mundo brillante en movimiento. La habitación está iluminada por pequeños focos colgando de cuerdas, pero las sogas están tan juntas que una red de amarillo y blanco cubre el techo. En un extremo de la habitación hay un recibidor de madera con botellas brillando detrás, y muchos vasos encima. Hay mesas y sillas a un lado de la habitación y un grupo de personas con instrumentos musicales a la derecha. La música llena el aire, y el único sonido que reconozco —de mi limitada experiencia con los de Cordialidad— son las cuerdas de guitarra y tambores.

Siento que estoy parado debajo de un foco y todos me están mirando, esperando que me mueva, hable o haga algo. Por un momento es difícil oír algo por encima de la música y la charla, pero luego de unos segundos me acostumbro y oigo a Nita cuando dice:

—¡Por aquí! ¿Quieres una bebida?

Estoy por responder cuando alguien corre en la habitación. Es bajito y la camiseta que usa cuelga de su cuerpo dos tallas demasiado grandes para él. Les hace gestos a los músicos para que dejen de tocar, y ellos lo hacen, lo suficiente para que él grite:

—¡Es hora del veredicto!

La mitad de la habitación se para y corre hacia la puerta. Miro a Nita en forma interrogativa, y ella frunce el ceño, produciendo una arruga en su frente.

—¿El veredicto de quién? —digo.

—El de Marcus, sin duda —responde.

Y estoy corriendo.

ALLEGIAN.T

Corro por el túnel, encontrando espacios abiertos entre la gente y empujando mi camino si es que no lo hay. Nita corre en mis talones, gritando que me detenga, pero no puedo detenerme. Estoy separado de este lugar y esta gente y mi propio cuerpo, además, siempre he sido un buen corredor.





Subo la escalera de a tres escalones, agarrándome a la baranda por equilibrio. No sé qué es lo que ansío tanto: ¿La condena de Marcus? ¿Su exoneración? ¿Espero que Evelyn lo encuentre culpable y lo ejecute, o espero que lo perdone? No estoy seguro. Para mí, cada desenlace se siente hecho de la misma sustancia. Todo es sobre Marcus siendo malo o falso, Evelyn siendo mala o falsa.

No tengo que recordar en dónde está la sala de control, porque la gente en el pasillo me guía a ella. Cuando llego, empujo mi camino al frente de la multitud y allí están, mis padres, mostrados a mitad de pantalla. Todos se mueven lejos de mí, murmurando, excepto Nita, quien se para junto a mí recuperando el aliento.

Alguien sube el volumen, así todos podemos oír sus voces. Crepitan, distorsionadas por los micrófonos, pero conozco la voz de mi padre; puedo oírla cambiar en todos los momentos adecuados, elevarse en los momentos adecuados. Casi puedo predecir sus palabras antes de que las diga.

—Te tomaste tu tiempo —dice él, sonriendo—. ¿Disfrutando el momento?

Me petrifico. Éste no es el falso Marcus. Esta no es la persona que la ciudad conoce como mi padre: el paciente y calmado líder de Abnegación quien nunca lastimaría a nadie, mucho menos a su propio hijo o esposa. Este es el hombre que se quitaba su cinturón orificio a orificio y lo envolvía alrededor de sus nudillos. Este es el Marcus que mejor conozco, y verlo, como la visión de él en mi pasaje del miedo, me convierte en un niño.

—Por supuesto que no, Marcus —dice mi madre—. Has servido bien a esta ciudad por muchos años. Esta no es una decisión que yo o cualquiera de mis consejeros hemos tomado a la ligera.

Marcus no está usando su máscara, pero Evelyn usa la suya. Suena tan genuina que casi me convence.

—Yo y los representantes de las facciones hemos tenido mucho que considerar. Tus años de servicio, la lealtad que has inspirado a los miembros de tu facción, mis sentimientos hacia ti como mi ex esposo...

Resoplo.

—Aún soy tu esposo —dice Marcus—. Los abnegados no admiten el divorcio.



—Lo hacen en caso de abuso —replica Evelyn, y siento el viejo sentimiento de nuevo, el vacío y el peso. No puedo creer que ella acabe de admitir eso en público.

Pero bueno, ella quiere que los ciudadanos la vean de cierta manera, no como la mujer sin corazón que tomó el control de sus vidas, sino como la mujer que Marcus atacó con su puño, el secreto que él escondió detrás de una casa limpia y un traje gris bien planchado.

Sé, entonces, cuál es el final que esto tendrá.

—Ella va a matarlo —digo.

—El hecho es —dice Evelyn, casi con dulzura—, has cometido terribles crímenes contra esta ciudad. Enviaste a niños inocentes a arriesgar sus vidas para tus propósitos. Te negaste a seguir mis órdenes y las de Tori Wu, la antiguo líder de Osadía, resultando en innumerables muertes en el ataque a Erudición. Traicionaste a tus pares al fallar en lo acordado y al fallar al pelear contra Jeanine Matthews. Traicionaste a tu propia facción al revelar lo que debía ser un secreto guardado.

—Yo no...

—No he terminado —dice Evelyn—. Dado tu sumario de servicio a la ciudad, hemos decidido una solución alternativa. Tú no, al contrario de los antiguos representantes de las facciones, serás perdonado y habilitado a consultar sobre cuestiones que atañen a esta ciudad. Ni serás ejecutado como traidor. En cambio, serás enviado al otro lado de la cerca, más allá del recinto de Cordialidad, y no se te permitirá volver.

Marcus parece sorprendido. No lo culpo.

—Felicitaciones —dice Evelyn—. Tienes el privilegio de comenzar de nuevo.

¿Debería sentir alivio de que mi padre no será ejecutado? ¿Enojo, de que llegué tan cerca de finalmente escapar de él, pero en cambio aún estará en este mundo, aún colgando de mi cabeza?

No lo sé. No siento nada.

Mis manos se adormecen, así sé que estoy entrando en pánico, pero realmente no lo siento, no del modo en que usualmente lo hago. Estoy abrumado por la necesidad de estar en otra parte, así que giro y dejo a mis padres, a Nita, y a la ciudad donde una vez viví detrás de mí.



21

Traducido por Maru Belikov

Corregido por Nanis

TRIS

Ellos anuncian el ejercicio de ataque en la mañana, por el intercomunicador, mientras comemos el desayuno. La estridente, voz femenina nos instruye a bloquear la puerta de cualquier habitación en la que nos encontremos desde adentro, cubrir las ventanas, y sentarnos silenciosamente hasta que ya no suene la alarma.

—Se llevará a cabo al final de la hora —dice ella.

Tobias luce pálido y destruido, con oscuros círculos bajo sus ojos. Él levanta un bollo, picándolo en pequeñas piezas y a veces comiéndolas, otras olvidándolo.

La mayoría de nosotros despertamos tarde, a las diez, sospecho que es porque no había razón para no hacerlo. Cuando dejamos la ciudad, perdimos nuestras facciones, nuestro sentido de propósito. Aquí no hay nada que hacer más que esperar porque algo pase, y lejos de hacerme sentir relajada, me hace sentir inquieta y tensa. Estoy acostumbrada a tener algo que hacer, algo para pelear, todo el tiempo. Trato de recordarme a mí misma relajarme.

—Ellos nos llevaron en un avión ayer —le digo a Tobias—. ¿Dónde estabas tú?

—Solo estuve caminando alrededor. Procesando cosas. —Suena brusco, irritado—. ¿Cómo estuvo?

—Increíble, en realidad. —Me siento enfrente de él así que nuestras rodillas se tocan en el espacio entre nuestras camas—. El mundo es... mucho más grande de lo que pensé que era.

Él asiente.

150

Bookzinga



—Probablemente no lo hubiera disfrutado. Con las alturas, y todo.

No sé por qué, pero su reacción me decepciona. Quiero que diga que desearía haber estado allí conmigo, experimentarlo conmigo. O al menos preguntarme a que me refería cuando dije que fue increíble. ¿Pero todo lo que dice es que no lo hubiese disfrutado?

—¿Estás bien? —digo—. Luces como si apenas hubieses dormido.

—Bueno, ayer conseguí cierta revelación —dice él, poniendo su frente en la mano—. No puedes realmente culparme al respecto.

—Quiero decir, puedes estar molesto por lo que sea que quieras —digo, frunciendo el ceño—. Pero desde mi perspectiva, no parece como gran cosa para estar molesto. Sé que es impactante, pero como dije, todavía eres la misma persona que eras ayer y el día antes, sin importar lo que estas personas digan.

Él sacude la cabeza.

—No estoy hablando sobre mis genes. Estoy hablando sobre Marcus. Tú realmente no tienes idea, ¿Verdad? —La pregunta es acusadora, pero su tono no lo es. Se levanta para lanzar el bollo en la basura.

Me siento salvaje y frustrada. Por supuesto que sabía sobre Marcus. Estaba zumbando alrededor de la habitación cuando desperté. Pero por alguna razón no pensé que le molestaría saber que su padre no sería ejecutado. Aparentemente estaba equivocada.

No ayuda que los sonidos de las alarmas en ese momento exacto, eviten que diga algo más. Son ruidosas, penetrantes, tan dolorosas de escuchar que apenas puedo pensar, mucho menos moverme. Mantengo una mano sujetando mi oreja y deslizo la otra bajo mi almohada para levantar la pantalla con el diario de mi madre en ella.

Tobias bloquea la puerta y corre las cortinas, y todos se sientan sobre sus catres. Cara envuelve una almohada alrededor de su cabeza. Peter solo se sienta con su espalda contra la pared, sus ojos cerrados. No sé dónde está Caleb, probablemente investigando lo que sea que lo hizo tan distante ayer, o dónde están Christina y Uriah, quizá explorando el recinto. Ayer después del postre parecían determinados a descubrir cada rincón del lugar. Yo decidí descubrir los pensamientos de mi madre en su lugar, ella escribió varias entradas sobre sus primeras impresiones del recinto, la



extraña pulcritud del lugar, cómo todos sonreían todo el tiempo, cómo ella se enamoró de la ciudad observándola en la sala de control.

Enciendo la pantalla, esperando distraerme del ruido.

Hoy me ofrecí voluntaria para ir dentro de la ciudad. David dijo que los Divergentes están muriendo y alguien tiene que detenerlo porque eso es un desperdicio de nuestro mejor material genético. Creo que esa es una forma bastante fea de ponerlo, pero David no lo decía de esa forma, quería decir que si no fuese por los Divergentes muriendo, nosotros no intervendríamos hasta cierto nivel de destrucción, pero desde que son ellos hay que tener cuidado.

Solo unos pocos años, dijo. Todo lo que tengo aquí son unos cuantos amigos, sin familia, y soy lo suficientemente joven por lo que será fácil introducirme, solo limpiar y reimplantar los recuerdos de algunas personas, y estoy dentro.

Ellos me colocarán en Osadía al principio, porque ya tengo los tatuajes, y será difícil explicar a las personas de adentro el experimento. El único problema es que en mi Ceremonia de Elección del próximo año voy a tener que unirme a Erudición, porque ahí es donde está el asesino, y no estoy segura de ser lo suficientemente lista para lograrlo a través de la iniciación. David dice que no importa, que puede alterar mis resultados, pero eso se siente mal. Incluso si el departamento piensa que las facciones no significan nada, que son solo un tipo de modificación conductual que ayudara con el daño, esas personas creen en eso, y se siente mal jugar con su sistema.

Los he estado observando por un par de años ahora, así que no hay mucha necesidad de saber sobre encajar. A este punto apuesto a que conozco la ciudad mejor de lo que ellos lo hacen. Va a ser difícil enviar mis reportes, alguien quizá note que me estoy conectado a un servidor distante en lugar de un servidor interno, así que mis entradas probablemente no llegaran tan seguidas, si acaso. Será difícil separarme de todo lo que conozco, pero quizá sea bueno. Quizá será un nuevo inicio.

Realmente podría usar uno de esos.

Es mucho para asimilar, pero me encuentro a mí misma releendo la oración: El único problema es que en mi Ceremonia de Elección del próximo año voy a tener que unirme a Erudición, porque ahí es donde está el



asesino. No sé a qué asesino se refiere, al predecesor de Jeanine Matthews, tal vez, pero lo más confuso de eso es que ella *no* se unió a Erudición.

¿Qué ocurrió para hacerla unirse a Abnegación en su lugar?

Las alarmas se detienen, y mis oídos se sienten sordos en su ausencia. Los otros salen lentamente, pero Tobias permanece por un momento, golpeando sus dedos contra su pierna. No hablo con él, no estoy segura de querer escuchar lo que tiene que decir ahora mismo, cuando ambos estamos al borde.

Pero todo lo que dice es:

—¿Puedo besarte?

—Sí —digo aliviada.

Él se inclina y toca mi mejilla, luego me besa suavemente. Bueno, al menos sabe cómo mejorar mi humor.

—No pensé sobre Marcus. Debí hacerlo —digo.

Él se encoge de hombros.

—Se ha terminado ahora.

Pero sé que no lo ha hecho. Nunca lo hace con Marcus; las faltas que cometió son muy grandes. Pero no presiono el asunto.

—¿Más entradas en el diario? —dice él.

—Sí —digo—. Solo algunos recuerdos del recinto hasta ahora. Pero se está poniendo interesante.

—Bien —dice él—. Te dejaré con ello.

Sonríe un poco, pero puedo ver que todavía está cansado, molesto. No intento detenerlo de irse. De una forma, se siente como si nos estamos dejando a cada uno con nuestro propio dolor, el suyo, la pérdida de su Divergencia y lo que sea que había esperado del juicio de Marcus, el mío, finalmente la pérdida de mis padres.

Toco la pantalla para leer la siguiente entrada.





Querido David,

Levanto mis cejas. ¿Ahora ella le está escribiendo a David?

Querido David,

Lo siento, pero no va a pasar de la forma en que lo planeamos. No puedo hacerlo. Sé que solo vas a pensar que estoy siendo una adolescente estúpida, pero esta es mi vida y si voy a estar aquí por años, tengo que hacer esto a mi manera. Todavía seré capaz de hacer mi trabajo desde afuera de Erudición. Así que mañana, en la Ceremonia de Elección, Andrew y yo vamos a elegir Abnegación juntos.

Espero que no estés molesto. Supongo que incluso si lo estás, no seré capaz de escucharlo.

—Natalie

Leo la entrada otra vez, y otra vez, dejando que las palabras penetren. *Andrew y yo vamos a elegir Abnegación juntos.*

Sonrío en mi mano, inclino mi cabeza contra la ventana, y dejo que las lágrimas caigan en silencio.

Mis padres se amaban el uno al otro. Lo suficiente para abandonar planes y facciones. Lo suficiente para desafiar “Facción antes que sangre.” Sangre antes que facción, no, *amor* antes que facción, siempre.

Apago la pantalla. No quiero leer nada que arruine esta sensación: que estoy flotando en aguas tranquilas.

Es extraño como, incluso aunque debería sentir dolor, me siento como si en realidad estoy recuperando piezas de ella, palabra por palabra, línea por línea.

Traducido por Simoriah

Corregido por Laurence15

TRIS

Solo hay una docena más de entradas en el documento, y no me dicen todo lo que quiero saber, aunque sí me dan más preguntas. Y en lugar de simplemente contener pensamientos e impresiones, todos están escritos *para* alguien.

Querido David,

Pensé que eras más mi amigo que mi supervisor, pero supongo que estaba equivocada.

¿Qué creíste que sucedería cuando vine aquí, que viviría sola y soltera para siempre? ¿Qué no me apegaría a nadie? ¿Qué no tomaría ninguna de mis propias decisiones?

Deje todo atrás para venir aquí cuando nadie más quería. Deberías agradecerme en lugar de acusarme de perder de vista mi misión. Entendamos esto: no voy olvidar por qué estoy aquí solo porque haya elegido Abnegación y vaya a casarme. Merezco tener una vida propia. Una que yo elija, no una que la Oficina o tú hayan elegido para mí. Deberías saberlo todo; deberías comprender por qué esta vida me atrae después de todo lo que visto y he pasado.

Honestamente, realmente no creo que te importe que no haya elegido Erudición como se suponía que hiciera. Suena como si de hecho estuvieras celoso. Y si quieres que siga manteniéndote al tanto, te disculparás por dudar de mí. Pero si no, no te enviaré más actualizaciones, y ciertamente no dejaré la ciudad para volver a visitarte. Depende de ti.

Natalie.



Me pregunto si ella tenía razón sobre David. El pensamiento pica en mi mente. ¿Realmente estaba celoso de ella? ¿Los celos se desvanecieron con el tiempo? Solo puedo ver su relación desde los ojos de ella, y no estoy seguro de que ella sea la fuente de información más precisa al respecto.

Puedo decir que se hace mayor a lo largo de las entradas, su lenguaje volviéndose más refinado a la vez que el tiempo la separa de las periferias en las que una vez vivió, sus reacciones haciéndose más moderadas. Está creciendo.

Reviso la fecha de la siguiente entrada. Es unos pocos meses después, pero no está dirigida a David como algunas de las otras lo han estado. El tono también es diferente; no es familiar, sino más directo.

Golpeteo la pantalla, pasando las entradas. Me lleva diez golpecitos para alcanzar una entrada que esté dirigida a David una vez más. La fecha en la entrada sugiere que vino dos años después.

Querido David,

Recibí tu carta. Entiendo por qué ya no puedes recibir estas actualizaciones, y respetaré tu decisión, pero te extrañaré. Te deseo toda la felicidad.

Natalie.

Intento avanzar, pero las entradas del diario terminaron. El último documento en el archivo es un certificado de defunción. La causa de muerte dice *múltiples heridas de disparos en el torso*. Me balanceo hacia atrás y adelante, para dispersar la imagen de ella colapsando en la calle de mi memoria. No quiero pensar en su muerte. Quiero saber más de ella y de mi padre, y de ella y David. Cualquier cosa que me distraiga de cómo terminó su vida.

Es una señal de lo desesperada que estoy por información, y acción, que voy a la sala de control con Zoe más tarde esa mañana. Ella habla con el gerente de la sala de control sobre una reunión con David mientras yo miro, decidida, a mis pies, sin querer ver qué hay en las pantallas. Siento que si me permito mirarlas, siquiera por un momento, me volveré adicta a ellas, perdida en un mundo antiguo porque no sé cómo navegar en éste.

Mientras Zoe termina la conversación, sin embargo, no puedo mantener la curiosidad bajo control. Miro la gran pantalla que cuelga sobre los escritorios. Evelyn está sentada en su cama, pasando las manos sobre algo



en su escritorio. Me acerco para ver qué es, y la mujer en el escritorio frente a mí dice:

—Es la cámara de Evelyn. La seguimos las 24 horas los siete días de la semana.

—¿Puedes oírla?

—Solo si subimos el volumen —contesta la mujer—. Mayormente mantenemos el volumen apagado, sin embargo. Es difícil escuchar tanto ruido todo el día.

Asiento.

—¿Qué está tocando?

—Algún tipo de escultura, no lo sé. —La mujer se encoge de hombros—. La mira mucho, sin embargo.

La reconozco de alguna parte; del cuarto de Tobias, donde dormí después de mi casi ejecución en la sede de Erudición. Está hecha de cristal azul, una forma abstracta que luce como agua cayendo congelada en el tiempo.

Me toco el mentón con la punta de los dedos mientras busco en mi memoria. Él me dijo que Evelyn se la había dado cuando él era joven, y le indicó que lo ocultara de su padre, quien no aprobaría el objeto hermoso pero inútil, siendo como era Abnegación. No pensé mucho en eso en ese momento, pero debía significar algo para ella si lo había llevado consigo desde el sector de Abnegación a la sede de Erudición para mantenerla en su mesita de noche. Quizás era su manera de rebelarse contra el sistema de facciones.

En la pantalla, Evelyn balancea su mentón en la mano y mira la escultura por un momento. Luego se levanta, sacude las manos y deja la habitación.

No, no creo que la escultura sea un signo de rebelión. Creo que es un recordatorio de Tobias. De alguna manera nunca me di cuenta de que cuando Tobias salió de la ciudad conmigo, él no era solo un rebelde desafiando a su líder; era un hijo abandonando a su madre. Y ella está de duelo por él.

¿O no?





Tensa con las dificultades como había sido su relación, esos lazos nunca se rompen. No es posible que se rompan.

Zoe me toca el hombro.

—¿Querías preguntarme algo?

Asiento y me aparto de las pantallas. Zoe era joven en la fotografía donde estaba de pie junto a mi madre, pero todavía estaba allí, así que imaginé que ella debía saber algo. Debería haberle preguntado a David, pero como el líder de la Oficina, es difícil de encontrar.

—Quería saber sobre mis padres —digo—. Estoy leyendo el diario de ella, y supongo que me está costando descifrar cómo siquiera se conocieron, o por qué se unieron juntos a Abnegación.

Zoe asiente lentamente.

—Te diré lo que sé. ¿Te importaría caminar conmigo a los laboratorios? Necesito dejarle un mensaje a Matthew.

Ella tiene la mano detrás de la espalda, apoyándola en la base de su columna. Todavía sostengo la pantalla que David me dio. Está marcada por todos lados con mis huellas digitales, y tibia por el constante contacto. Entiendo por qué Evelyn sigue tocando esa escultura; es lo último que tiene de su hijo, al igual que ésta es la última pieza que tengo de mi madre. Me siento más cerca de ella cuando esto está conmigo.

Creo que es por eso que no puedo dársela a Caleb, aunque él tiene derecho a verla. No estoy segura de poder dejarla ir todavía.

—Se conocieron en clase —dice Zoe—. Tu padre, aunque un hombre muy inteligente, nunca comprendió completamente la psicología, y el profesor... un Erudición, para nada sorprendente... fue muy duro con él por eso. Así que tu madre se ofreció a ayudarlo con la escuela, y él les dijo a sus padres que estaba haciendo algún tipo de proyecto escolar. Lo hicieron durante varias semanas, y luego comenzaron a reunirse en secreto; creo que uno de sus lugares favoritos era la fuente al sur del Parque Millennium. ¿La fuente Buckingham? ¿Justo al lado del pantano?

Imagino a mi madre y a mi padre sentados junto a la fuente, bajo el rocío del agua, sus pies rozando el fondo de concreto. Sé que la fuente a la que se refiere Zoe no ha estado funcionando en un largo tiempo, así que el



agua que rociaba nunca estuvo ahí, pero la imagen es más bonita de esa manera.

—La Ceremonia de Elección se acercaba, y tu padre estaba ansioso por dejar Erudición porque vio algo terrible...

—¿Qué? ¿Qué vio?

—Bueno, tu padre era un buen amigo de Jeanine Matthews —dice Zoe—. La vio realizando un experimento en un hombre Sin Facción en intercambio de algo... comida, o ropa, algo por el estilo. De todos modos, ella estaba probando el suero que inducía el miedo que más tarde fue incorporado a la iniciación de Osadía; hace mucho tiempo, los estímulos del miedo no eran generados por los miedos individuales de las personas, verás, solo por miedos generales como las alturas, las arañas o algo... y Norton, en aquel momento el representante de Erudición estaba allí permitiendo que eso continuara por mucho más tiempo de lo que debería haber hecho. El hombre Sin Facción nunca volvió a estar completamente bien. Y ésa fue la gota que rebasó el vaso para tu padre.

159

Ella hace una pausa frente la puerta a los laboratorios para abrirla con su placa de identificación. Entramos a la sucia oficina donde David me dio el diario de mi madre. Matthew está sentado con su nariz a siete centímetros de la pantalla de su computadora, sus ojos entrecerrados. Apenas registra nuestra presencia cuando entramos.

Me siento abrumada por el deseo de sonreír y llorar al mismo tiempo. Me siento en una silla junto al escritorio vacío, mis manos apretadas entre las rodillas. Mi padre fue un hombre difícil. Pero también era bueno.

—Tu padre quería salir de Erudición, y tu madre no quería entrar, sin importar cuál fuera su misión; pero aun así quería estar con Andrew, así que juntos eligieron Abnegación. —Hace una pausa—. Esto causó una división entre David y tu madre, como estoy segura que sabes. Eventualmente, él se disculpó, pero dijo que ya no podía recibir actualizaciones de ella... no sé por qué, no lo dijo... y después de eso los reportes de ella fueron muy cortos, muy informativos. Razón por la cual no están en ese diario.

—Pero aun así fue capaz de cumplir su misión con Abnegación.

—Sí. Y estaba mucho más feliz allí, creo, de lo que hubiera estado entre los de Erudición —dice Zoe—. Por supuesto, Abnegación resultó ser igual, en



algunas maneras. Parece que no hay escape del alcance del daño genético. Incluso el liderazgo de Abnegación fue envenenado por eso.

Frunzo el ceño.

—¿Estás hablando de Marcus? Porque él es Divergente. El daño genético no tuvo nada que ver con eso.

—Un hombre rodeado de daño genético no puede evitar el repetirlo con su propio comportamiento —dice Zoe—. Matthew, David quiere organizar una reunión con tu supervisor para discutir el desarrollo de uno de los sueros. La última vez Alan se olvidó completamente de eso, así que me preguntaba si podrías escoltarlo.

—Seguro —dice Matthew sin apartar la vista de la computadora—. Haré que me dé un tiempo.

—Genial. Bueno, tengo que irme... espero que eso respondiera tu pregunta, Tris. —Ella me sonríe y sale por la puerta.

Me siento encorvada, con los codos en las rodillas. Marcus era Divergente; puro genéticamente, como yo. Pero no acepto que fuera una mala persona por estar rodeado de gente dañada genéticamente. Yo también estaba en la misma situación. Uriah también. Mi madre también. Pero ninguno de nosotros atacó a nuestros seres queridos.

—Su argumento tiene algunos huecos, ¿verdad? —dice Matthew. Me observa desde detrás de su escritorio, golpeando con los dedos el brazo de su silla.

—Sí —digo.

—Algunos aquí quieren culpar al daño genético por todo —dice—. Es más fácil para ellos aceptar eso que la verdad, razón por la cual no pueden saber todo sobre la gente y por qué actúan cómo lo hacen.

—Todos tienen algo a qué culpar por cómo está el mundo —digo—. Para mi padre era Erudición.

—Probablemente no debería decirte que Erudición siempre fue mi favorito, entonces —dice Matthew, sonriendo un poco.

—¿En serio? —Me enderezo—. ¿Por qué?



—No sé, supongo que coincido con ellos. Que si todos simplemente siguieran aprendiendo del mundo alrededor de ellos, tendrían muchos menos problemas.

—He sido consciente de ellos toda mi vida —digo, apoyando el mentón en la mano—. Mi padre odiaba a Erudición, así que yo también aprendí a odiarlos, y todo lo que hacían con su tiempo. Solo ahora estoy pensando que él estaba equivocado. O solo... parcialmente.

—¿Sobre Erudición o sobre aprender?

Me encojo de hombros.

—Ambos. Tantos de los de Erudición me ayudaron cuando no se los pedí. —Will, Fernando, Cara... todos Erudición, todos algunas de las mejores personas que he conocido, aunque brevemente—. Estaban tan concentrados en hacer del mundo un lugar mejor. —Sacudo la cabeza—. Lo que Jeanine hizo no tiene nada que ver con que la sed de conocimiento lleve a la sed de poder, como me dijo mi padre, y tiene todo que ver con que ella estaba aterrorizada de cuán grande es el mundo y cuán impotente eso la hacía. Quizás era Osadía quien tenía razón.

—Hay una vieja frase —dice Matthew—. El conocimiento es poder. Poder para hacer el mal, como Jeanine... o el poder para hacer el bien, como estamos haciendo. El poder en sí mismo no es malvado. Así que el conocimiento en sí mismo no es malvado.

—Supongo que crecí sospechando de ambos. El poder y el conocimiento —digo—. Para Abnegación, el poder solo debería serle entregado a la gente que no lo quiere.

—Hay algo en eso —dice Matthew—. Pero quizás es hora de dejar atrás esa sospecha.

Él mete la mano debajo del escritorio y saca un libro. Es grueso, con una tapa gastada y bordes gastados. En él está impreso **BIOLOGÍA HUMANA**.

—Es un poco rudimentario, pero este libro ayudó a enseñarme qué es ser humano —dice—. ¡Ser una pieza tan compleja, tan misteriosa de maquinaria biológica, y lo que es más increíble todavía, tener la capacidad de analizar la maquinaria! Eso es algo especial, sin precedentes en toda la historia evolutiva. Nuestra habilidad de conocernos a nosotros mismos y al mundo es lo que nos hace humanos.



Me entrega el libro y se vuelve hacia la computadora. Bajo la vista hacia la gastada portada y paso los dedos por el borde de las páginas. Él hace que la adquisición de conocimiento se sienta como una cosa secreta y hermosa, y algo antiguo. Siento que, si leo este libro, puedo llegar hacia atrás a través de las generaciones de la humanidad hasta la primera, cuando fuera que eso fuera; que puedo participar en algo mucho más grande y antiguo que yo.

—Gracias —digo, y no es por el libro. Es por devolverme algo, algo que perdí antes de que realmente fuera capaz de tenerlo.

ALLEGIAN'T

El vestíbulo del hotel huele a limón y lavanda, una combinación acre que quema mis fosas nasales cuando la inhalo. Paso junto a una planta en una maceta con una llamativa flor brotando entre sus ramas, y hacia el dormitorio que se ha convertido en nuestro hogar temporario aquí. Mientras camino limpio la pantalla con el bajo de mi blusa, intentando deshacerme de algunas huellas digitales.

Caleb está solo en el dormitorio, su cabello desordenado y sus ojos rojos por el sueño. Pestañea hacia mí cuando entro y lanzo el libro de biología sobre mi cama. Siento un dolor enfermizo en el estómago y presiono la pantalla con el archivo de mi madre contra mí costado. Él es su hijo. *Tiene derecho a leer su diario, como yo.*

—Si tienes algo que decir —dice él—, solo hazlo.

—Mamá vivió aquí —dejo salir como si fuera un secreto largamente guardado, demasiado fuerte y demasiado rápido—. Vino aquí desde la periferia, y la trajeron aquí, y vivió aquí por un par de años, luego fueron a la ciudad para evitar que Erudición matara a los Divergentes.

Caleb pestañea hacia mí. Antes de perder el coraje, le ofrezco la pantalla.

—Su documento está aquí. No es muy largo, pero deberías leerlo.

Él se levanta y cierra la mano alrededor del cristal. Es mucho más alto de lo que solía ser, mucho más alto que yo. Por unos pocos años cuando éramos niños, yo fui la más alta, aunque era casi un año más joven. Esos fueron algunos de nuestros mejores años, aquellos en que no sentía que él era más grande, mejor, más listo o menos egoísta que yo.



—¿Hace cuánto sabes esto? —dice él, entrecerrando los ojos.

—No importa. —Retrocedo—. Te lo estoy diciendo ahora. Puedes conservarlo. Terminé con eso.

Él limpia la pantalla con la manga y navega con ágiles dedos hacia la primera entrada del diario de nuestra madre. Espero que se siente y lo lea, en consecuencia terminando la conversación, pero en su lugar, suspira.

—Yo también tengo algo que mostrarte —dice—. Sobre Edith Prior. Ven.

Es su nombre, no mi apego hacia él, lo que atrae tras él cuando comienza a alejarse.

Me guía fuera del dormitorio y por el corredor y doblando esquinas hacia una habitación muy alejada de cualquiera que haya visto en el recinto de la Oficina. Es larga y angosta, los muros cubiertos con estantes que cargan los mismos libros azul grises, gruesos y pesados como diccionarios. Entre las dos primeras filas hay una larga mesa de madera con sillas metidas debajo. Caleb acciona el interruptor, y pálida luz llena la habitación, recordándome a la sede de Erudición.

—He estado pasando mucho tiempo aquí —dice él—. Es el cuarto de registros. Conservan algunos datos de los experimentos de Chicago aquí.

Él camina a lo largo de los estantes en el lado derecho de la habitación, pasando los dedos sobre los lomos de los libros. Él saca uno de los volúmenes y lo pone sobre la mesa sobre el lomo, de modo que se abra, sus páginas cubiertas de texto y dibujos.

—¿Por qué no tienen todo esto en computadoras?

—Asumo que mantienen estos registros de antes de que desarrollaran un sistema de seguridad en su red —dice sin levantar la mirada—. Los datos nunca desaparecen completamente, pero el papel puede ser destruido para siempre, así que de hecho puedes deshacerte de él si no quieres que la gente equivocada le ponga las manos encima. Es más seguro, a veces, tener todo impreso.

Sus ojos verdes se mueven de un lado al otro mientras busca por el lugar indicado, los dedos ágiles, contruidos para dar vuelta a las páginas. Pienso en cómo ocultó esa parte de sí mismo, encajando libros entre el respaldar de su cama y la pared en nuestra casa Abnegación, hasta que dejó caer su sangre en el agua de Erudición el día de nuestra Ceremonia



de Elección. Debería haberlo sabido, en ese momento, que él era un mentiroso, con lealtad solo para sí mismo.

Siento este dolor enfermizo una vez más. Apenas puedo soportar estar aquí con él, la puerta cerrándose detrás de nosotros, nada a excepción de la mesa entre nosotros.

—Ah, aquí. —Él toca una página con el dedo, luego gira el libro para mostrármelo.

Luce como la copia de un contrato, pero está escrito a mano en tinta:

Yo, Amanda Marie Ritter, de Peoria, Illinois, doy mi consentimiento para los siguientes procedimientos:

- *El procedimiento de “sanación genética”, como está definido por la Oficina de Bienestar Genético: Un procedimiento de ingeniería genética diseñado para corregir los genes especificados como “dañados” en la página tres de este formulario.*
- *El “proceso de reinicio”, como está definido por la Oficina de Bienestar Genético: Un procedimiento de borrado de la memoria diseñado para hacer al participante de un experimento más adecuado para el experimento.*

Declaro que se han dado completas instrucciones sobre los riesgos y los beneficios de estos procedimientos por un miembro de la Oficina de Bienestar Genético. Entiendo que esto significa que se me darán nuevos antecedentes y una nueva identidad por la Oficina y seré insertada en el experimento en Chicago, Illinois, donde viviré el resto de mis días.

Accedo a reproducirme al menos dos veces para darle a mis genes corregidos la mejor oportunidad posible de supervivencia. Entiendo que seré alentada a hacer esto cuando sea reeducada después del procedimiento de reinicio.

También doy mi consentimiento para que mis hijos y los hijos de mis hijos, etc., continúen en este experimento hasta el tiempo que la Oficina de Bienestar Genético lo considere completo. Serán instruidos en la historia falsa que me darán después del proceso de reiniciación.

Firmado,



Amanda Marie Ritter.

Amanda Marie Ritter. Ella era la mujer en el video, Edith Prior, mi ancestro.

Miro a Caleb, cuyos ojos están encendidos con conocimiento, como si hubiera un cable eléctrico a través de cada uno de ellos.

Nuestro ancestro.

Saco una de las sillas y me siento.

—¿Ella era ancestro de Papá?

Él asiente y se sienta frente a mí.

—Siete generaciones atrás, sí. Una tía. Su hermano es el que continuó el nombre Prior.

—Y esto es...

—Un formulario de consentimiento —dice él—. Su formulario de consentimiento para unirse al experimento. Las notas finales dicen que éste solo fue el primer borrador; ella fue uno de los diseñadores del experimento original. Un miembro de la Oficina. Solo hubo unos pocos miembros de la Oficina en el experimento original; la mayor parte de la gente en el experimento no trabajaba para el gobierno.

Vuelvo a leer las palabras, intentando comprenderlas. Cuando la vi en el video, pareció tan lógico que se volviera una residente de nuestra ciudad, que se sumergiera en nuestras facciones, que se ofreciera de voluntaria para dejar atrás todo lo que dejó atrás. Pero eso fue antes de que supiera cómo era la vida fuera de la ciudad, y ésta no parece tan horrible como Edith la describió en su mensaje para nosotros.

Entregó una habilidosa manipulación en ese video, el cual tenía la intención de mantenernos contenidos y dedicados a la visión de la Oficina; *el mundo fuera de la ciudad está terriblemente destrozado, y los Divergentes necesitan salir y curarlo.* No es una completa mentira, porque la gente en la Oficina sí cree que los genes curados pueden arreglar ciertas cosas, que si nos integramos en la población general y pasamos nuestros genes, el mundo será un lugar mejor. Pero no necesitan a los Divergentes para salir marchando de nuestra ciudad como un ejército para pelear la





injusticia y salvar a todos, como Edith sugirió. Me pregunto si Edith Prior creía sus propias palabras, o si solo las decía porque tenía que hacerlo.

Hay una fotografía de ella en la página siguiente, su boca una línea firme, mechones de cabello castaño colgando alrededor de su rostro. Ella debía haber visto algo terrible para ofrecerse como voluntaria para que su memoria fuera borrada y toda su vida reconstruida.

—¿Sabes por qué se unió? —digo.

Caleb sacude la cabeza.

—Los registros sugieren, aunque son muy vagos en ese frente, que la gente se unía al experimento para que sus familias pudieran escapar de la pobreza extrema; a las familias de los sujetos se les ofrecía un estipendio mensual por la participación del sujeto, por ascenso de diez años. Pero obviamente esa no fue la motivación de Edith, ya que ella trabajaba para la Oficina. Sospecho que algo traumático debe haberle sucedido, algo que estaba decidida a olvidar.

Frunzo el ceño hacia la fotografía. No puedo imaginar qué tipo de pobreza motivaría a una persona a olvidarse de sí misma y de todos a los que amaba para que sus familias pudieran recibir un estipendio mensual. Puede que haya vivido del pan y los vegetales de Abnegación la mayor parte de mi vida, sin nada que sobrara, pero nunca estuve tan desesperada. Su situación debe haber sido mucho peor que nada de lo que vi en la ciudad.

Tampoco puedo imaginar por qué Edith estaba tan desesperada. O quizás es solo que ella no tenía a nadie por quien mantener la memoria.

—Estaba interesado en el precedente legal de dar consentimiento en nombre de los descendientes de uno —dice Caleb—. Creo que es una extrapolación de dar el consentimiento para tus hijos menores de dieciocho, pero parece un poco raro.

—Supongo que todos decidimos el destino de nuestros hijos solo por tomar nuestras propias decisiones de vida —digo vagamente—. ¿Hubiéramos elegido las mismas facciones que elegimos si mamá y papá no hubieran elegido Abnegación? —Me encojo de hombros—. No lo sé. Quizás no nos hubiéramos sentido tan ahogados. Quizás nos hubiéramos convertido en personas diferentes.



La idea se arrastra dentro de mi mente como una criatura que reptaba. *Quizás deberíamos convertirnos en mejores personas. Personas que no traicionan a sus propias hermanas.*

Miré la mesa frente a mí. Durante los últimos minutos fue tan fácil fingir que Caleb y yo éramos solo hermano y hermana de nuevo. Pero una persona solo puede mantener la realidad, y la ira, bajo control por un determinado tiempo antes de que la verdad regrese. Cuando levanto mis ojos hacia los suyos, pienso en mirarlo de esta manera, cuando todavía era prisionera en la sede de Erudición. Pienso en estar demasiado cansada para volver a pelear con él, u oír sus excusas; demasiado cansada para que me importe que mi hermano me haya abandonado.

Pregunto tensa:

—Edith se unió a Erudición, ¿verdad? ¿Aunque tomó un nombre de Abnegación?

—¡Sí! —Él no parece notar mi tono—. De hecho, la mayoría de nuestros ancestros estuvieron en Erudición. Hubo unos pocos valores atípicos de Abnegación, pero la línea que cruza es bastante consistente.

Me siento fría, como si pudiera temblar y luego desmoronarme.

—Entonces supongo que tú has usado esto como una excusa en tu mente retorcida para lo que hiciste —digo firmemente—. Para unirme a Erudición, para ser leal a ellos. Quiero decir, si se suponía que todo el tiempo fuiste uno de ellos, entonces “la facción antes que la sangre” es algo aceptable en qué creer, ¿verdad?

—Tris... —dice, y sus ojos ruegan que comprenda, pero no comprendo. No lo haré.

Me pongo de pie.

—Así que ahora sé de Edith y tú sabes de nuestra madre. Bien. Dejémoslo así, entonces.

A veces, cuando lo miro, siento el dolor de la simpatía hacia él, y a veces siento que quiero envolver su garganta con las manos. Pero ahora mismo solo quiero escapar, y fingir que esto nunca sucedió. Salgo de la sala de registros, y mis zapatos chillan en el piso de baldosas mientras corro de vuelta al hotel. Corro hasta que huelo a cítrico dulce, y luego me detengo.



Tobias está de pie en el corredor fuera de mi dormitorio. No tengo aliento, y puedo sentir el latido de mi corazón incluso en las puntas de los dedos; estoy abrumada, rebasada de pérdida, asombro, ira y deseo.

—Tris —dice Tobias, su ceño fruncido con preocupación—. ¿Estás bien?

Sacudo la cabeza, todavía luchando por el aire, y lo aplasto contra el muro con mi cuerpo, mis labios encontrando los suyos. Por un momento él intenta apartarme, pero luego debe decidir que no le importa si estoy bien, no le importa si él está bien, no le importa. No hemos estado juntos a solas por días. Semanas. Meses.

Sus dedos se deslizan en mi cabello, y me aferro a sus brazos para permanecer firme mientras nos apretamos como dos hojas en un punto muerto. Él es más fuerte que nadie que yo conozca, y más tibio de lo que cualquiera se da cuenta: es un secreto que he guardado, y guardaré, por el resto de mi vida.

Él se inclina y me besa la garganta, con fuerza, y sus manos pasan sobre mí, asegurándose a sí mismas en mi cintura. Engancho los dedos en sus presillas, mis ojos cerrándose. En ese momento sé exactamente qué quiero; quiero sacar las capas de ropa entre nosotros, sacar todo lo que nos separa, el pasado, el presente y el futuro.

Oigo pasos y risas al final del corredor, y nos apartamos. Alguien, probablemente Uriah, silba, pero apenas lo oigo sobre el latido en mis oídos.

Los ojos de Tobias encuentran los míos, es como la primera vez que realmente lo miré durante mi iniciación, después de mi simulación del miedo; nos miramos demasiado tiempo, con demasiada intensidad.

—Cállate —le grito a Uriah, sin apartar la mirada.

Uriah y Christina entran al dormitorio, y Tobias y yo los seguimos, como si nada hubiera sucedido.



Traducido por Jo

Corregido por Nanis

TOBIAS

Esa noche cuando mi cabeza cae en la almohada, pesada con pensamientos, escucho algo arrugarse bajo mi mejilla. Una nota bajo la funda de mi almohada.

T—

Encuéntrame afuera de la entrada del hotel a las once. Necesito hablar contigo.

—Nita.

Miro el catre de Tris. Está recostada en su espalda, y hay un mechón de cabello cubriendo su nariz y boca que se mueve con cada exhalación. No quiero despertarla, pero me siento raro, yendo a encontrar a una chica en la mitad de la noche sin decirle. Especialmente ahora que estamos realmente intentando ser honestos el uno con el otro.

Reviso mi reloj. Son diez para las once.

Nita es solo una amiga. Puedes decirle a Tris mañana. Puede ser urgente.

Alejo las frazadas y meto mis pies en mis zapatos, duermo con ropa estos días. Paso el catre de Peter, luego el de Uriah. La parte superior de una botella se asoma desde la almohada de Uriah. La tomo entre mis dedos y la llevo hacia la puerta, donde la deslizo bajo la almohada en uno de los catres vacíos. No he estado cuidándolo tan bien como le prometí a Zeke que lo haría.

Una vez estoy en el pasillo, amarro mis zapatos y aliso mi cabello. Dejé de cortarlo como Abnegación cuando quería que Osadía me viera como un líder potencial, pero me perdí el ritual de la manera antigua, el zumbido de



la cortadora y los cuidadosos movimientos de mis manos, sabiendo más por el tacto que por la vista.

Cuando era joven, mi padre solía hacerlo, en el pasillo en el piso superior de nuestra casa de Abnegación. Siempre fue demasiado descuidado con la hoja, y rasguñaba mi nuca, o cortaba mi oreja. Pero nunca se quejó de tener que cortar mi cabello. Eso es algo, creo.

Nita está golpeteando su pie. Esta vez usa una camiseta blanca de manga corta, su cabello recogido hacia atrás. Ella sonríe, pero no alcanza sus ojos.

—Te ves preocupada —digo.

—Eso es porque lo estoy —responde—. Vamos, hay un lugar que he querido mostrarte.

Me guía por los sombríos corredores, vacíos excepto por el ocasional conserje. Todos parecen conocer a Nita, la saludan, o le sonríen. Ella pone sus manos en sus bolsillos, alejando sus ojos cuidadosamente de los míos cada vez que nos miramos.

Pasamos una puerta sin un sensor de seguridad para mantenerlo cerrado. La habitación atrás de ella es un círculo amplio con una lámpara candelabro marcando su centro con vidrio colgando. El suelo es de madera oscura y pulida, y las paredes, cubiertas en sábanas de bronce, brillan donde la luz las toca. Hay nombres inscritos en los paneles de bronce, docenas de nombres.

Nita se para debajo de la lámpara de vidrio y estira sus brazos, ampliamente, para abarcar la habitación con su gesto.

—Estos son los árboles genealógicos de la familia Chicago —dice ella—. Tus árboles genealógicos.

Me muevo más cerca a una de las paredes y leo los nombres, buscando uno que se vea familiar. Al final, encuentro uno: Uriah Pedrad y Ezekiel Pedrad. Junto a cada nombre hay una pequeña “DD”, y hay un punto junto al nombre de Uriah, y luce recientemente tallado. Marcándolo como Divergente, probablemente.

—¿Sabes dónde está el mío? —digo.

Cruza la habitación y toca uno de los paneles.



—Las generaciones son matrilineales. Eso es por lo que los archivos de Jeanine decían que Tris era “segunda generación”, porque su madre vino desde afuera de la ciudad. No estoy segura de por qué Jeanine sabía eso, pero supongo que nunca sabremos.

Me acerco al panel que contiene mi nombre con agitación, aunque no estoy seguro de qué tengo que temer de ver mi nombre y los nombres de mis padres tallados en bronce. Veo una línea vertical conectando a Kristin Johnson a Evelyn Johnson, y una horizontal conectando a Evelyn Johnson con Marcus Eaton. Bajo los dos nombres hay solo uno: Tobias Eaton. Las pequeñas letras al lado de mi nombre son “AD”, hay un punto allí también, sin embargo ahora sé que no soy realmente Divergente.

—La primera letra es tu facción de origen —dice ella—, y la segunda es tu facción de elección. Ellos pensaron que mantener el rastro de las facciones ayudaría a trazar los caminos de los genes.

Las letras de mi madre: “EAF”. La “F” es de “Sin Facción”, asumo.

Las letras de mi padre: “AA”, con un punto.

Toco la línea conectándome a ellos, y la línea conectando a Evelyn con sus padres, y la línea conectándolos con sus padres, todo el camino de vuelta por ocho generaciones, contando la mía. Este es un mapa de lo que siempre he sabido, que estoy atado a ellos, unido para siempre a esta vacía herencia sin importar cuán lejos huya.

—A pesar de que aprecio que me muestres esto —digo, y me siento triste, y cansado—, no estoy seguro de por qué tenía que ocurrir a mitad de la noche.

—Pensé que querías verlo. Y tenía algo de lo que quería hablar.

—¿Más consuelo de que mis limitaciones no me definen? —Sacudo mi cabeza—. No gracias, he tenido suficiente de eso.

—No —dice ella—. Pero estoy feliz de que hayas dicho eso.

Se inclina contra el panel, cubriendo el nombre de Evelyn con su hombro. Me alejo, no queriendo estar tan cerca a ella que puedo ver el anillo de café más claro alrededor de sus pupilas.

—Esa conversación que tuve contigo anoche, acerca del daño genético... era realmente una prueba. Quería saber cómo reaccionarías a lo que dije



acerca de los genes dañados, así sabría si podía confiar en ti o no —dice—. Si aceptabas lo que decía acerca de tus limitaciones, la respuesta habría sido no. —Se desliza un poco más cerca de mí, así que su hombro cubre el nombre de Marcus también—. Ves, realmente no estoy bien dispuesta a ser clasificada como “dañada”.

Pienso en la manera en que dijo la explicación del tatuaje de vidrio roto en su espalda como si fuera veneno.

Mi corazón comienza a latir más fuerte, así que puedo sentir mi pulso en mi garganta.

La amargura ha reemplazado el buen humor en su voz, y sus ojos han perdido su calidez. Tengo miedo de ella, miedo de lo que dice, y estoy emocionado por ello también, porque significa que no tengo que aceptar que soy más pequeño de lo que alguna vez creí.

—Supongo que tampoco estás bien dispuesto con ello —dice ella.

—No. No lo estoy.

—Hay un montón de secretos en este lugar —dice ella—. Uno de ellos es que, para ellos, un DG es prescindible. Otro es que algunos de nosotros no solo vamos a sentarnos y aceptarlo.

—¿A qué te refieres con prescindible? —digo.

—Los crímenes que han cometido contra las personas como nosotros son serios —dice Nita—. Y están ocultos. Puedo mostrarte evidencia, pero eso tendrá que venir después. Por ahora, lo que puedo decirte es que estamos trabajando contra la Oficina, por buenas razones, y te queremos con nosotros.

Entrecierro mis ojos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieren de mí, exactamente?

—Justo ahora quiero ofrecerte una oportunidad de ver cómo es el mundo afuera del recinto.

—¿Y lo que obtienes de regreso es...?

—Tu protección —dice—. Voy a un lugar peligroso, y no puedo decirle a nadie más de la Oficina acerca de ello. Eres un extranjero, lo que significa





que es más seguro para mí confiar en ti, y sé que sabes cómo defenderte. Y si vienes conmigo, te mostraré esa evidencia que quieres ver.

Toca su corazón, con ligereza, como si estuviera jurándolo. Mi escepticismo es fuerte, pero mi curiosidad es más fuerte. No es difícil para mí creer que la Oficina haría cosas malas, porque cada gobierno que he conocido ha hecho cosas malas, hasta la oligarquía de Abnegación, de la cual mi padre era la cabeza. Y hasta más allá de esa razonable sospecha, tengo elaborándose dentro de mí la desesperada esperanza de que no estoy dañado, que valgo más que los genes corregidos que pasaré a cualquier niño que pueda tener.

Así que decido continuar con esto. Por ahora.

—Bien —digo.

—Primero —dice ella—, antes de que te muestre algo, tienes que aceptar que no serás capaz de decirle a nadie, ni siquiera a Tris, acerca de lo que veas. ¿Estás bien con eso?

—Puedes confiar en ella, sabes. —Le prometí a Tris que no seguiría guardándole secretos. No debería entrar en esa situación donde tendré que hacerlo de nuevo—. ¿Por qué no puedo decirle?

—No estoy diciendo que no merezca confianza. Es solo que ella no tiene la habilidad que necesitamos, y no queremos arriesgar a nadie que no tengamos que arriesgar. Ves, la Oficina no quiere que nos organicemos. Si creemos que no estamos “dañados”, entonces estamos diciendo que todo lo que están haciendo, los experimentos, las alteraciones genéticas, todo eso, es un malgasto de tiempo. Y nadie quiere oír que su trabajo de una vida es una farsa.

Sé todo sobre eso, es como descubrir que las facciones son un sistema artificial, diseñado por científicos para mantenernos bajo control tanto tiempo como sea posible.

Se aleja de la pared, y luego dice la única cosa que podría decir para hacerme aceptar:

—Si le dices, estarías privándola de la elección que te estoy dando ahora. La forzarías a ser una cómplice. Al mantener esto en secreto de ella, estarías protegiéndola.



Paso mis dedos sobre mi nombre, tallado en el panel de metal, Tobias Eaton. Estos son mis genes, este es mi desastre. No quiero meter a Tris en esto.

—Bien —digo—. Muéstrame.

ALLEGIAN'T

Veo su linterna subir y bajar con sus pasos. Acabamos de sacar una bolsa de un closet en el pasillo, estaba lista para esto. Me lleva a un pasillo subterráneo del recinto, pasando el lugar donde los Dañados Genéticamente se reúnen, a un corredor donde la electricidad ya no fluye. En un cierto lugar se agacha y desliza su mano a lo largo de la tierra hasta que alcanza un pestillo. Me pasa la linterna y tira el pestillo, levantando una puerta desde la baldosa.

—Es un túnel de escape —dice—. Lo cavaron cuando acababan de llegar, así siempre habría una manera de escapar durante una emergencia.

Desde su bolso saca un tubo negro y gira la tapa. Rocía chispas de luz que brillan rojo contra su piel. Lo suelta sobre la entrada y deja que caiga varios metros, dejando un camino de luz en mis ojos. Se sienta en el borde del agujero, su mochila segura alrededor de sus hombros, y salta.

Sé que es solo una caída corta, pero se siente más con el espacio abierto debajo de mí. Me siento, la silueta de mis pies oscuras contra el brillo rojo, y me dejo caer hacia adelante.

—Interesante —dice Nita cuando aterrizo. Levanto la linterna, y ella apunta el brillo en frente de ella mientras caminamos por el túnel, el cual es solo lo suficientemente amplio para que los dos caminemos lado a lado, y solo lo suficientemente alto para que camine derecho. Tiene un olor intenso y podrido, como moho y aire muerto—. Olvidé que le temes a las alturas.

—Bueno, no tengo miedo a muchas otras cosas —digo.

—¡No hay necesidad de ponerse a la defensiva! —Sonríe—. De hecho siempre había querido preguntarte acerca de ello.

Camino sobre un charco, las plantas de mis zapatos sosteniendo el grumoso suelo del túnel.



—Tu tercer miedo —dice ella—. Dispararle a esa mujer. ¿Quién era ella?

El resplandor se apaga, así que la linterna que estoy sosteniendo es nuestra única guía a través del túnel. Muevo mi brazo para crear más espacio entre nosotros sin querer rozar su brazo en la oscuridad.

—No era nadie en particular —digo—. El miedo era dispararle.

—¿Tenías miedo de dispararle a las personas?

—No —digo—. Tenía miedo de mi considerable capacidad para matar.

Ella está en silencio, y yo también. Es la primera vez que he dicho esas palabras en voz alta, y ahora escucho cuán extrañas suenan. ¿Cuántos jóvenes temen que haya un monstruo dentro de ellos? Se supone que las personas se teman las unas a las otras, no a ellos mismos. Se supone que las personas aspiren a convertirse en sus padres, no que se estremezcan con el pensamiento.

—Siempre me he preguntado qué habría en mis miedos —lo dice en un tono silencioso, como una oración—. A veces siento que hay tanto que temer, y a veces siento que no hay nada que temer.

Asiento, a pesar de que no puede verme, y seguimos moviéndonos, la luz de la linterna saltando, nuestros zapatos rozando, el aire mohoso yendo hacia nosotros desde lo que estuviera al otro lado.

ALLEGIAN'T

Después de veinte minutos de caminar, giramos en una esquina y huelo aire fresco, lo suficientemente frío para hacerme estremecer. Apago la linterna, y la luz de la luna al otro lado del túnel nos guía a la salida.

El túnel nos deja en algún lugar en el páramo por el que pasamos para llegar al recinto, entre los edificios desmoronándose y árboles demasiado crecidos que rompían el pavimento. Estacionado a unos pocos metros está un viejo camión, la parte trasera cubierta de lienzos destruidos y deshilachados. Nita pateo una de las ruedas para probarla, y luego se sube al asiento del conductor. Las llaves ya cuelgan del encendido.

—¿De quién es el camión? —digo cuando me subo al asiento del pasajero.





—Pertenece a la gente que vamos a encontrar. Les pedí que lo estacionaran aquí —dice ella.

—¿Y quiénes son ellos?

—Amigos míos.

No sé cómo encuentra su camino por el laberinto de calles ante nosotros, pero lo hace, acelerando el camión alrededor de raíces de árboles y faroles caídos, alumbrando con los focos delanteros animales que corretean al borde de mi visión.

Una criatura de patas largas con un delgado cuerpo café, corre por la calle delante de nosotros, casi tan alto como los focos delanteros. Nita presiona los frenos para no golpearlo. Sus orejas giran, y sus oscuros ojos redondos nos observan con cautelosa curiosidad, como un niño.

—Son algo hermoso, ¿no? —dice—. Antes de venir aquí nunca había visto un ciervo.

Asiento, es elegante, pero vacilante, titubeante.

Nita presiona la bocina con las puntas de sus dedos, y el ciervo se mueve del camino. Aceleramos de nuevo, luego alcanzamos un amplio camino abierto suspendido a través de las vías del ferrocarril por las que una vez caminé para alcanzar el recinto. Veo su luz al frente, el único punto brillante en este oscuro páramo.

Estamos viajando hacia el noreste, lejos de este.

ALLEGIAN.T

Pasa un largo tiempo hasta que veo luz eléctrica de nuevo. Cuando lo hago, es a lo largo de una angosta calle irregular.

—Nos detenemos aquí. —Nina gira el volante, metiendo el camión en un callejón entre dos edificios de ladrillo. Saca las llaves del encendido y me mira—. Revisa en la guantera. Les pedí que nos dieran armas.

Abro el compartimiento en frente de mí. Apoyados sobre algunos viejos envoltorios hay dos cuchillos.





—¿Cómo eres con un cuchillo? —dice. Osadía iniciaba en cómo lanzar cuchillos aún antes de los cambios de la iniciación que Max hizo antes de que me uniera a ellos. Nunca me gustó, porque parecía que era una manera de incitar la habilidad de Osadía para la teatralidad, más que una habilidad útil.

—Soy bueno —digo con una sonrisa de suficiencia—. Nunca pensé que esa habilidad realmente valdría algo, sin embargo.

—Supongo que en Osadía son buenos para algo después de todo... *Cuatro* —dice ella, sonriendo un poco. Toma el cuchillo más largo de los dos, y yo tomo el más pequeño.

Estoy tenso, moviendo el mango en mis dedos mientras caminamos por el callejón. Sobre mí las ventanas brillan con una luz diferente, llamas, de velas o linternas. En un punto, cuando levanto la mirada, veo una cortina de cabello y oscuros ojos mirándome.

—Aquí viven personas —digo.

—Este es el borde mismo de la periferia —dice Nita—. Es como un viaje de dos horas desde Milwaukee, la cual es un área metropolitana de aquí. Sí, viven personas aquí. Estos días las personas no se atreven a ir muy lejos de las ciudades, aún si quieren vivir fuera de la influencia del gobierno, como las personas de aquí.

—¿Por qué quieren vivir fuera de la influencia del gobierno? —Sé cómo es vivir fuera del gobierno, al observar a los Sin Facción. Siempre tenían hambre, siempre frío en el invierno y calor en el verano, siempre luchando por sobrevivir. No es una vida fácil que elegir, tienes que tener una buena razón por eso.

—Porque están dañados genéticamente —dice Nita, mirándome—. Las personas dañadas genéticamente son técnicamente, legalmente, iguales a las personas puras genéticamente pero solo en el papel, por así decirlo. En la realidad son más pobres, más probable de ser condenados por crímenes, menos probables de ser contratados para buenos trabajos... tú nómbralo, es un problema, y lo ha sido desde la Guerra de Purificación, hace casi un siglo. Para la gente que vive en la periferia, parecía más atractivo salir de la sociedad completamente en vez de intentar corregir el problema desde dentro, como yo intento hacer.



Pienso en el trozo de vidrio tatuado en su piel. Me pregunto cuándo se lo hizo, me pregunto qué puso esa peligrosa mirada en sus ojos, qué puso tal drama en su habla, qué la hizo convertirse en una revolucionaria.

—¿Cómo planeas hacer eso?

Aprieta su mandíbula y dice:

—Al sacar algunos de los poderes de la Oficina.

El callejón se abre en una amplia calle. Algunas personas merodean por los bordes, pero otros caminan justo en el medio, en tambaleantes grupos, con botellas colgando de sus manos. Cualquiera que miro es joven, no hay demasiados adultos en la periferia, supongo. Escucho gritos adelante, y vidrio cayendo al pavimento. Una multitud allí se para en un círculo alrededor de dos figuras que golpean y patean.

Comienzo a ir hacia ellos, pero Nita agarra mi brazo y me arrastra hacia uno de los edificios.

—No es momento de ser un héroe —dice. Nos acercamos a la puerta del edificio en la esquina. Un gran hombre se para junto a ella, dando vueltas a un cuchillo en su palma. Cuando caminamos hacia las escalas, detiene el cuchillo y lo lanza hacia su otra mano, la que está nudosa con cicatrices.

Su tamaño, su destreza con el cuchillo, su cicatrizada y sucia apariencia, todo eso se supone que me intimide. Pero sus ojos son como los ojos de ese ciervo, grandes y cautelosos y curiosos.

—Estamos aquí para ver a Rafi —dice ella—. Somos del recinto.

—Pueden entrar, pero sus cuchillos se quedan aquí —dice el hombre. Su voz es más fuerte y ligera de lo que esperé. Podría ser un hombre gentil, tal vez, si este fuera un lugar diferente. Como es, veo que no es gentil, que ni siquiera sabe lo que eso significa.

Aún a pesar de que yo mismo he rechazado cualquier tipo de suavidad como una inutilidad, me encuentro pensando que algo importante está perdido si este hombre ha sido forzado a negar su propia naturaleza.

—Por ningún motivo —dice Nita.



—Nita, ¿eres tú? —dice una voz desde adentro. Es expresiva, musical. El hombre a la que le pertenece es bajo, con una amplia sonrisa. Viene a la entrada—. ¿No te dije que solo los dejaras entrar? Adelante, adelante.

—Hola, Rafi —dice ella, su alivio es obvio—. Cuatro, este es Rafi. Él es un hombre importante en la periferia.

—Encantado —dice Rafi, y hace señas para que lo sigamos. Dentro hay una larga habitación abierta iluminada por filas de velas y faroles. Hay muebles de madera esparcidos por todas partes, todas las mesas están vacías menos una.

Una mujer está sentada en la parte trasera de la habitación, y Rafi se desliza en la silla a su lado. A pesar de que no se ven iguales, ella tiene cabello rojo y una figura generosa; los rasgos de él son oscuros y su cuerpo, delgado como el cable, tienen el mismo tipo de mirada, como dos piedras labradas por el mismo cincel.

—Armas en la mesa —dice Rafi. Esta vez, Nita obedece, poniendo su cuchillo en el borde de la mesa justo en frente de ella. Se sienta. Yo hago lo mismo. En frente de nosotros, la mujer entrega una pistola.

—¿Quién es este? —dice la mujer, apuntando su cabeza hacia mí.

—Este es mi socio —dice Nita—. Cuatro.

—¿Qué tipo de nombre es “Cuatro”? —No pregunta con burla, de la manera que las personas a menudo me preguntaban eso.

—El tipo que obtienes dentro del experimento de la ciudad —dice Nita—. Por tener solo cuatro miedos.

Se me ocurre que ella podría haberme presentado con ese nombre solo para tener una oportunidad de compartir de dónde soy. ¿Acaso le da algún tipo de ventaja? ¿Me hace más merecedor de su confianza para estas personas?

—Interesante. —La mujer golpetea la mesa con su dedo índice—. Bueno, *Cuatro*, mi nombre es Mary.

—Mary y Rafi guían la rama del Medio Oeste de un grupo de rebeldes de Dañados Genéticamente —dice Nita.





—Lllamarlo un “grupo” nos hace sonar como viejas señoras jugando cartas —dice suavemente Rafi—. Somos más un alzamiento. Nuestro alcance se estira a lo largo del país, hay un grupo para cada área metropolitana que existe, y supervisores regionales para el Medio Oeste, Sur y Este.

—¿Hay un Oeste? —digo.

—Ya no —dice quedamente Nita—. El terreno era demasiado difícil de navegar y las ciudades estaban demasiado esparcidas para que fuera inteligente vivir allí después de la guerra. Ahora es tierra salvaje.

—Así que es verdad lo que dicen —dice Mary, sus ojos atrapando la luz como platería de vidrio mientras me mira—. Las personas en los experimentos de ciudad realmente no conocen lo que hay afuera.

—Por supuesto que es cierto, ¿por qué lo harían? —dice Nita.

La fatiga, un peso detrás de mis ojos, surge de pronto. He sido parte de demasiados alzamientos en mi corta vida. Los Sin Facción, y ahora está lo de Dañado Genéticamente, aparentemente.

—No es para acortar las cortesías —dice Mary—, pero no deberíamos pasar mucho tiempo aquí. No podemos contener a la gente demasiado tiempo antes de que vengan a meter sus narices.

—Cierto —dice Nita. Me mira—. Cuatro, ¿puedes asegurarte de que nada esté pasando afuera? Necesito hablar en privado con Mary y Rafi por un momento.

Si estuviéramos solos, preguntaría por qué no podía estar allí cuando les hablara, o por qué se molestaba en traerme cuando podría haber hecho guardia afuera todo el tiempo. Supongo que todavía no he realmente aceptado ayudarla todavía, y debe haber querido que me conocieran por alguna razón. Así que solo me paro, llevando mi cuchillo conmigo, y camino a la puerta donde el guardia de Rafi observa la calle.

La pelea al otro lado de la calle se ha calmado. Una solitaria figura yace en el pavimento. Por un momento pienso que todavía se está moviendo, pero luego me doy cuenta de que es porque alguien está rebuscando dentro de sus bolsillos. No es una figura, es un cuerpo.

—¿Muerto? —digo, y la palabra es solo una exhalación.

—Sip. Si no puedes defenderte aquí, no durarás una noche.





—¿Por qué vienen las personas aquí, entonces? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué no solo regresan a las ciudades?

Está callado por tanto tiempo que creo que no debe haber oído mi pregunta. Observo al ladrón dar vuelta los bolsillos de la persona muerta y abandonar el cuerpo, deslizándose dentro de uno de los edificios cercanos. Finalmente, el guardia de Rafi habla:

—Aquí, hay una oportunidad de que si mueres, a alguien le va a importar. Como a Rafi, o a uno de los otros líderes —dice el guardia—. En las ciudades, si mueres, definitivamente a nadie le importará un bledo, no si eres un Dañado Genéticamente. El peor crimen por el que he visto que cargan a un Puro Genéticamente es por “homicidio involuntario”. Basura.

—¿Homicidio involuntario?

—Significa que el crimen es declarado como accidente. —La suave y cantarina voz de Rafi dice detrás de mí—. O al menos no tan severo como, por ejemplo, un asesinato de primer grado. *Oficialmente*, por supuesto, se supone que todos seamos tratados de la misma manera, ¿sí? Pero eso es rara vez puesto en práctica.

Se para a mi lado, sus brazos cruzados. Veo, cuando lo miro, un rey inspeccionando su propio reino, el cual cree que es hermoso. Miro la calle y el flácido cuerpo con sus bolsillos vacíos y las ventanas brillando con llamas de fuego, y sé que la belleza que él ve es solo libertad, libertad de ser visto como un hombre completo en lugar de uno dañado. Vi esa libertad, una vez, cuando Evelyn me hizo señas entre los Sin Facción, sacándome de mi facción para convertirme en una persona más completa. Pero era una mentira.

—¿Eres de Chicago? —me dice Rafi.

Asiento, todavía mirando la oscura calle.

—¿Y ahora que has salido? ¿Qué tal te parece el mundo? —dice.

—Principalmente igual —digo—. Las personas solo están divididas por cosas distintas, luchando guerras diferentes.

Las pisadas de Nita resuenan en las tablas del piso adentro, y cuando me giro está de pie justo atrás de mí, con sus manos enterradas en sus bolsillos.



—Gracias por organizar esto —dice Nita, asintiendo hacia Rafi—. Es hora de que nos vayamos.

Caminamos por la calle de nuevo, y cuando me giro para ver a Rafi, tiene su mano levantada, diciendo adiós.

Mientras caminamos de vuelta a la camioneta, escucho gritos de nuevo, pero esta vez son gritos de un niño. Camino pasando resoplantes y gimoteantes sonidos y pienso en cuando era más joven, agachado en mi habitación, limpiando mi nariz en una de mis mangas. Mi madre solía fregar las mangas con una esponja antes de meterlas a la lavadora. Nunca dijo nada acerca de eso.

Cuando me subo a la camioneta, ya me siento entumecido por este lugar y su dolor, y estoy listo para volver al sueño del recinto, la calidez y la luz y el sentimiento de seguridad.

—Estoy teniendo problemas en entender por qué este lugar es preferible a la vida de ciudad —digo.

—Solo he estado en una ciudad que no era experimento una vez —dice Nita—. Hay electricidad, pero es un sistema de raciones, cada familia solo obtiene tales horas al día. Lo mismo con el agua. Y hay un montón de crimen, por el cual es culpado el Daño Genético. Hay policía, también, pero no pueden hacer mucho.

—Así que el recinto de la oficina —digo—, es fácilmente el mejor lugar donde vivir, entonces.

—En términos de recursos, sí —dice Nita—. Pero el mismo sistema social que existe en las ciudades también existe en el recinto; es solo un poco más difícil de ver.

Observo la periferia desaparecer en el espejo retrovisor, diferente de los edificios abandonados alrededor de ella solo por esa línea de luces eléctricas sobre la angosta calle.

Avanzamos pasando casas oscuras con ventanas entabladas, e intento imaginarlas limpias y relucientes, como debieron haber sido en algún punto en el pasado.

Tienen jardines enrejados que deben una vez haber estado decorados y verdes, ventanas que una vez debieron haber brillado en las tardes. Imagino que las vidas vividas aquí fueron pacíficas, silenciosas.



—¿Para hablar de qué viniste aquí afuera con ellos, exactamente? —digo.

—Vine aquí para solidificar nuestros planes —dice Nita. Noto en el brillo de la luz del tablero, que hay unos pocos cortes en su labio inferior, como si hubiera pasado demasiado tiempo mordiéndolo—. Y quería que te conocieran, que le pusieran un rostro a las personas dentro de los experimentos de la facción. Mary solía sospechar que las personas como tú realmente estaban coludidos con los del gobierno, lo que por supuesto no es cierto. Rafi, sin embargo... fue la primera persona en darme la prueba de que la Oficina, el gobierno, no estaba mintiendo acerca de nuestra historia.

Ella se detiene después de que lo dice, como si eso me fuera a ayudar a sentir el peso de ello, pero no necesito tiempo o silencio o espacio para creerle. Mi gobierno me ha mentado toda mi vida.

—La Oficina habla acerca de este año dorado de la humanidad antes de las manipulaciones genéticas en las que todos eran Puros Genéticamente y todo era pacífico —dice Nita—. Pero Rafi me mostró viejas fotografías de la guerra.

Espero un momento.

—¿Y?

—¿Y? —demanda Nita, incrédula—. Si las personas Puras Genéticamente causaron guerra y completa devastación en el pasado en la misma magnitud que las personas Dañadas Genéticamente supuestamente lo hacen ahora, entonces ¿cuál es la base de pensar que necesitamos gastar tantos recursos y tanto tiempo trabajando para corregir el daño genético? ¿Cuál es el uso de los experimentos en absoluto, excepto convencer a las personas correctas que el gobierno está haciendo algo para mejorar todas nuestras vidas, a pesar de que no lo está haciendo?

¿La verdad cambia todo, no es por eso que Tris estaba tan desesperada de obtener el video de Edith Prior que se alió con mi padre para hacerlo? Sabía que la verdad, cual fuera, cambiaría nuestra lucha, cambiaría nuestras prioridades para siempre. Y aquí, ahora, una mentira ha cambiado la lucha para siempre. En lugar de trabajar contra la pobreza o el crimen que se ha desenfrenado en el país, estas personas han elegido trabajar en contra del daño genético.





—¿Por qué? ¿Por qué pasar tanto tiempo y energía luchando con algo que no es realmente un problema? —demando, de pronto frustrado.

—Bueno, las personas que luchan ahora probablemente pelean con ello porque les han enseñado que es un problema. Esa es otra cosa que Rafi me mostró, ejemplos de la propaganda que el gobierno lanzó acerca del daño genético —dice Nita—. ¿Pero inicialmente? No lo sé. Son probablemente una docena de cosas. ¿Prejuicio contra los Dañados Genéticamente? ¿Control, tal vez? ¿Controlar a la población Dañada Genéticamente al enseñarles que hay algo malo en ellos, y controlar a la población Pura Genéticamente al enseñarles que son sanos y completos? Estas cosas no pasan en una noche, y no pasan por solo una razón.

Apoyo el lado de mi cabeza contra la fría ventana y cierro mis ojos. Hay demasiada información zumbando en mi cerebro para concentrarme en cualquier parte de ella, así que me rindo y me dejo llevar.

Para el momento en que pasamos el túnel y encuentro mi cama, el sol está a punto de alzarse, y el brazo de Tris está colgando del borde de su cama, las puntas de sus dedos rozan el suelo.

Me siento en frente de ella, por un momento observando su durmiente rostro y pienso en lo que acordamos, esa noche en el Parque Millennium: no más mentiras. Ella me lo prometió y yo se lo prometí. Y si no le digo acerca de lo que escuché y vi esta noche, estaré yendo en contra de esa promesa. ¿Y para qué? ¿Para protegerla? ¿Por Nita, una chica que apenas conozco?

Alejo su cabello de su rostro, suavemente, para no despertarla.

Ella no necesita mi protección. Es lo suficientemente fuerte.

Traducido por Kathesweet

Corregido por Kasycrazy

TRIS

Peter está al otro lado de la habitación, reuniendo un montón de libros en una pila y metiéndolos en una bolsa. Muerde una pluma roja y saca la bolsa de la habitación; escucho los libros del interior golpear contra su pierna mientras se aleja por el pasillo. Espero hasta que ya no puedo escucharlos antes de girarme hacia Christina.

—He estado intentando no preguntarte, pero voy a darme por vencida —digo—. ¿Qué está pasando entre Uriah y tú?

Christina, tumbada sobre su catre con una larga pierna colgando sobre el borde, me hace una mueca.

—¿Qué? Han estado pasando mucho tiempo juntos —digo—. De verdad, demasiado.

Es un día soleado, la luz brilla a través de las cortinas blancas. No sé cómo, pero el dormitorio huele a sueño, a ropa sucia y zapatos, a sudor nocturno y a café mañanero. Algunas de las camas están hechas, y algunas todavía tienen sábanas arrugadas amontonadas en la parte inferior o a un lado. La mayoría de nosotros venimos de Osadía, pero aun así estoy impresionada por lo diferentes que somos. Diferentes hábitos, diferentes temperamentos, diferentes formas de ver el mundo.

—Puede que no me creas, pero no es así. —Christina se apoya sobre sus codos—. Él está en duelo. Los dos estamos aburridos. Además, él es *Uriah*.

—¿Y? Es atractivo.

—Atractivo, pero no puede tener una conversación seria para salvar su vida. —Christina sacude la cabeza—. No me malentiendas, me gusta reír, pero también quiero una relación que signifique algo, ¿ya sabes?



Asiento. Lo sé, mejor que la mayoría de la gente, quizás, porque Tobias y yo realmente no somos del tipo que bromea.

—Además —dice—, cada amistad no se convierte en romance. Yo todavía no he intentado besarte.

Río.

—Cierto.

—¿Dónde has estado *tú* últimamente? —dice Christina. Menea sus cejas—. ¿Con Cuatro? Haciendo un poco de... ¿adición? ¿Multiplicación?

Me cubro la cara con las manos.

—Ese es el peor chiste que he escuchado.

—No esquives la pregunta.

—No hay “adición” para nosotros —digo—. No todavía, de cualquier manera. Él ha estado un poco preocupado con todo el asunto del “daño genético”.

—Ah. *Ese* asunto—. Se levanta.

—¿Qué piensas de eso? —digo.

—No sé. Supongo que me molesta—. Frunce el ceño—. A nadie le gusta que le digan que hay algo malo con ellos, especialmente algo como sus genes, algo que no pueden cambiar.

—¿Crees que realmente hay algo malo contigo?

—Supongo. Es como una enfermedad, ¿cierto? Pueden verlo en nuestros genes. Eso en realidad no es un tema de debate, ¿no?

—No estoy diciendo que tus genes no son diferentes —digo—. Simplemente estoy diciendo que eso no significa que unos estén dañados y otros no. Los genes para ojos azules y ojos cafés también son diferentes, ¿pero los ojos azules están “dañados”? Es como si ellos simple y arbitrariamente decidieron que una clase de ADN era mala y la otra buena.

—Basados en la evidencia de que el comportamiento del Dañado Genéticamente era peor —señala Christina.

—Lo que puede ser causado por un montón de cosas —replico.



—No sé por qué estoy discutiendo contigo cuando en realidad me gustaría que tuvieras razón —dice Christina, riendo—. ¿Pero no crees que un montón de gente inteligente como estos científicos de la Oficina podría descubrir la causa del mal comportamiento?

—Seguro —digo—. Pero creo que no importa lo inteligentes que son, las personas usualmente ven lo que ya están buscando, eso es todo.

—Quizás también eres parcial —dice ella—, porque tienes amigos, y un novio, con este problema genético.

—Quizás. —Sé que estoy buscando una explicación, una que puede que realmente no crea, pero de todas maneras digo—: Supongo que no veo una razón para creer en el daño genético. ¿Me hará tratar mejor a otras personas? No. Lo contrario, tal vez.

Y además, veo lo que esto le está haciendo a Tobias, cómo lo está haciendo dudar de sí mismo, y no entiendo cómo algo bueno puede posiblemente salir de ello.

—No crees en las cosas porque hagan tu vida mejor, crees en ellas porque son ciertas —señala.

—Pero... —digo lentamente mientras reflexiono sobre eso—, ¿no es mirar el resultado de una creencia una buena manera de evaluar si es cierto?

—Suena como la manera de pensar de un Estirado. —Deja de hablar—. Aunque supongo que mi manera también es muy Verdad. Dios, en realidad no podemos escapar de las facciones no importa a dónde vayamos, ¿no es así?

Me encojo de hombros.

—Quizás no sea tan importante escapar de ellas.

Tobias entra en el dormitorio luciendo pálido y cansado, como siempre luce estos días. Su cabello está levantado de un lado por acostarse sobre la almohada, y todavía tiene puesto lo que vestía ayer. Ha estado durmiendo con su ropa desde que llegamos a la Oficina.

Christina se levanta.





—Muy bien, me voy. Y les dejo a ustedes dos... *todo este espacio*. Solos.
—Hace señas hacia todas las camas vacías, y luego me guiña conspiratoriamente mientras sale del dormitorio.

Tobias sonríe un poco, pero no lo suficiente para hacerme pensar que en realidad está feliz. Y en lugar de sentarse a mi lado, se queda al pie de mi cama, sus dedos revoloteando sobre el dobladillo de su camisa.

—Hay algo de lo que te quiero hablar —dice.

—Muy bien —digo. Y siento un pinchazo de temor en mi pecho, como un salto en un monitor del corazón.

—Quiero pedirte que me prometas que no te vas a enojar —dice—, pero...

—Pero sabes que no hago promesas estúpidas —digo, mi garganta apretada.

—Bien. —Se sienta, entonces, en la curva de mantas dejadas sin hacer sobre su cama. Evita mis ojos—. Nita dejó una nota bajo mi almohada, pidiéndome que me encontrara anoche con ella. Y lo hice.

Me pongo derecha, y puedo sentir un calor molesto extendiéndose a través de mí mientras imagino la hermosa cara de Nita, los pies gráciles de Nita, caminando hacia mi novio.

—¿Una chica linda te pide que te encuentres con ella tarde en la noche, y vas? —digo—. ¿Y entonces quieres que no me *enoje* por eso?

—No es de esa manera entre Nita y yo. Eso es todo —dice precipitadamente, mirándome finalmente—. Ella simplemente quería mostrarme algo. No cree en el daño genético, como me hizo creer. Tiene un plan para quitarle algo de poder a la Oficina, hacer a los DG más iguales. Fuimos a la frontera.

Me cuenta sobre el túnel subterráneo que lleva a las afueras, y el pueblo desvencijado en la frontera, y la conversación con Rafi y Mary. Explica la guerra que el gobierno mantiene escondida, así nadie sabría que las personas “Puras Genéticamente” son capaces de violencia increíble, y la manera en que los DG viven en las áreas metropolitanas donde el gobierno todavía tiene poder real.

Mientras habla, siento sospecha hacia Nita construyéndose en mi interior, pero no sé de dónde viene, si del instinto en el que suelo confiar, o de mis





celos. Cuando termina, me mira expectante, y frunzo mis labios, tratando de decidir.

—¿Cómo sabes que te está diciendo la verdad? —digo.

—No lo sé —dice él—. Prometió mostrarme evidencia. Esta noche—. Toma mi mano—. Me gustaría que vinieras.

—¿Y Nita estará de acuerdo con eso?

—Realmente no me importa—. Sus dedos se deslizan entre los míos—. Si realmente necesita mi ayuda, tendrá que descubrir cómo estar de acuerdo con eso.

Miro hacia nuestros dedos unidos, a la desgastada manga de su camisa gris y la rodilla desgastada de sus jeans. No quiero pasar tiempo con Nita y Tobias juntos, sabiendo que su supuesto daño genético le da algo en común con él que yo nunca tendré. Pero esto es importante para él, y quiero saber si hay evidencia en las irregularidades de la Oficina tanto como él.

—De acuerdo —digo—. Iré. Pero ni por un segundo creas que en realidad creo que no está interesada en ti más que por tu código genético.

—Bueno —dice él—. Ni por un segundo creas que estoy interesado en alguien más que en ti.

Pone su mano sobre la parte posterior de mi cuello y lleva mi boca hacia la suya.

El beso y sus palabras me confortan, pero mi molestia no desaparece completamente.



TOBIAS

Tris y yo encontramos a Nita en el lobby del hotel después de medianoche, entre la maceta de plantas con sus flores desplegadas, un desierto domesticado. Cuando Nita ve a Tris a mi lado, su rostro se aprieta como si acabara de probar algo amargo.

—Prometiste que no le dirías —dice ella, señalando hacia mí—. ¿Qué paso con protegerla?

—Cambié de parecer —digo.

Tris se ríe, severamente.

—¿Eso es lo que le dijiste, que él estaría protegiéndome? Esa es una manipulación bastante hábil. Bien hecho.

Levanto mis cejas hacia ella. Yo nunca pensé en ello como una manipulación y eso me asusta un poco. Usualmente puedo contar conmigo mismo para ver el motivo oculto de una persona, o para inventarlos en mi mente, pero estaba tan acostumbrado a mi deseo de proteger a Tris, especialmente después de casi perderla, que ni siquiera pensaba dos veces.

O en estaba tan acostumbrado a mentir en lugar de decir verdades difíciles que le di la bienvenida a la oportunidad de engañarla.

—No era una manipulación, era la verdad. —Nita ya no luce molesta, solo cansada, su mano deslizándose sobre su rostro y luego alisando su cabello hacia atrás. No está a la defensiva, lo que significa que quizás esté diciendo la verdad—. Podrías ser arrestado por saber lo que sabes y no reportarlo. Creo que será mejor evitar eso.

—Bueno, demasiado tarde —digo—. Tris viene. ¿Es eso un problema?

—Preferiría tenerlos a los dos que a ninguno, y estoy segura que ese el ultimátum implícito —dice Nita, poniendo los ojos en blanco—. Vamos.

ALLEGIAN.T

Tris, Nita y yo caminamos de regreso a través del todavía silencioso recinto, hacia los laboratorios donde Nita trabaja. Ninguno de nosotros habla, y soy consciente de cada chasquido de mis zapatos, cada voz en la distancia, cada golpe de cada puerta cerrándose. Siento como si estuviéramos haciendo algo prohibido, aunque técnicamente no lo estamos. No aún, de todos modos.

Nita se detiene por la puerta de los laboratorios y escanea su tarjeta. La seguimos más allá de la sala de terapia de genes donde vi un mapa de mi código genético, más profundo dentro del corazón del recinto de lo que había estado antes. Está oscuro y siniestro aquí atrás y masas de polvo danzan sobre el suelo cuando pasamos sobre ellas.

Nita empuja otra puerta con su hombro, y caminamos dentro de un almacén. Cajones de metal cubren las paredes, etiquetadas con números de papel, la tinta desvanecida por el tiempo. En el centro de la habitación está una mesa de laboratorio con una computadora, un microscopio y un joven con el cabello rubio peinado hacia atrás.

—Tobias, Tris, este es mi amigo Reggie —dice Nita—. Él también es un DG.

—Encantado de conocerlos —dice Reggie con una sonrisa. Él sacude la mano de Tris, luego la mía, su agarre firme.

—Mostrémosles las imágenes primero —dice Nita.

Reggie toca la pantalla de la computadora y nos hace señas para que nos acerquemos.

—No voy a morder.

Tris y yo intercambiamos una mirada, luego nos paramos detrás de Reggie en la mesa para ver la pantalla. Imágenes empiezan a pasar, una detrás de otra. Están en escala de grises y lucen granuladas y distorsionadas, deben ser muy viejas. Solo me toma unos segundos darme cuenta que son fotografías de sufrimiento: delgados, cansados niños con enormes ojos, cunetas llenas de cuerpos, enormes montones de papeles quemados.



Las fotografías se mueven tan rápido, como páginas de libros volando en el aire y solo consigo impresiones de los horrores. Luego alejo mi rostro, incapaz de mirar por más tiempo. Siento un profundo silencio crecer dentro de mí.

Al principio, cuando miro hacia Tris, su expresión es como aguas tranquilas, como si las imágenes que acabamos de ver no causarían ondas. Pero entonces su boca tiembla, y presiona sus labios juntos para ocultarlo.

—Miren esas armas. —Reggie muestra una fotografía con un hombre en uniforme sosteniendo un arma y señala—: Ese tipo de arma es increíblemente vieja. Las armas usadas en la Guerra de Purificación eran *mucho* más avanzadas. Incluso la Oficina coincidiría en eso. Tiene que ser de un conflicto realmente viejo. Que debe haber sido llevado a cabo por personas genéticamente *puras*, pues la manipulación genética no existía en ese entonces.

—¿Cómo ocultas una *guerra*? —digo.

—Las personas son aisladas, debilitadas —dice Nita en voz baja—. Ellos solo conocen lo que les han enseñado, ven solo la información que es arreglada para ellos. ¿Y quién controla eso? El gobierno.

—De acuerdo. —La cabeza de Tris se mueve de un lado a otro, y está hablando muy rápido, nerviosa—. Así que ellos están mintiendo sobre tu... *nuestra* historia. Eso no significa que ellos son los enemigos, solo significa que son un grupo de personas extremadamente desinformadas tratando de... mejorar el mundo. En una forma mal aconsejada.

Nita y Reggie se miran.

—Esa es la cosa —dice Nita—. Están lastimando personas.

Coloca su mano sobre la encimera y se inclina sobre ella, hacia nosotros y otra vez veo la fuerza revolucionaria dentro de ella, quitando las partes de que es una mujer joven, Dañada Genéticamente y una trabajadora de un laboratorio.

—Cuando los de Abnegación querían revelar la gran verdad de su mundo más pronto de lo que ellos se suponía debían —dice ella lentamente—, y Jeanine quería extinguirlos... la Oficina estaba más que feliz de proveerle con un increíble y avanzado suero de simulación, la simulación de ataque



que esclavizó las mentes de Osadía que resultó en la destrucción de Abnegación.

Yo tomo un momento para asimilarlo.

—Eso no puede ser cierto —digo—. Jeanine me dijo que la proporción más alta de Divergentes, los genéticamente *puros*, en cualquier Facción era en Abnegación. Acabas de decir que la Oficina valora a los genéticamente puros lo suficiente para enviar a alguien para que los salve; ¿Por qué ellos ayudarían a Jeanine a asesinarlos?

—Jeanine estaba equivocada —dice Tris distantemente—. Evelyn lo dijo. La mayor proporción de Divergentes se encontraba a lo largo de los Sin Facción, no de Abnegación.

Me giro hacia Nita.

—Todavía no veo por qué ellos arriesgarían a tantos Divergentes —digo—. Necesito evidencia.

—¿Por qué crees que vinimos aquí?

Nita enciende otro juego de luces que iluminan los cajones, y camina a lo largo de la pared izquierda.

—Me tomó un largo tiempo conseguir espacio para que esto llegara aquí —dice ella—. Incluso más tiempo adquirir el conocimiento para entender lo que vi. Tuve ayuda de uno de los Puros Genéticamente, en realidad. Un simpatizante.

Su mano flota sobre uno de los cajones más bajos. Del cual toma un frasco de líquido naranja.

—¿Luce familiar? —me pregunta.

Trato de recordar la inyección que ellos me dieron antes de que la simulación de ataque empezara, justo antes de la ronda final de la Iniciación de Tris. Max lo hizo, insertó la aguja a un lado de mi cuello como lo había hecho yo mismo una docena de veces. Justo antes de que él hiciera que el frasco de vidrio capturara la luz, y era naranja, justo como lo que sea que Nita está sosteniendo.

—Los colores coinciden —digo—. ¿Y?



Nita lleva el frasco hacia el microscopio. Reggie toma un porta objetos de una bandeja cerca de la computadora y, usando un gotero, coloca dos gotas del líquido naranja en el centro, luego fija el líquido en su lugar con un segundo porta objetos. Mientras él lo desliza sobre el microscopio, sus dedos son cuidadosos pero certeros; son los movimientos de alguien que ha efectuado la misma acción cientos de veces.

Reggie le da un golpecito a la pantalla de la computadora un par de veces, abriendo un programa llamado “MicroScan”.

—Esta información es libre e independiente para cualquiera que sepa cómo usar este equipo y tiene el sistema de contraseña, el cual el simpatizante GP gentilmente me dio —dice Nita—. Así que en otras palabras, no es de tan difícil acceso, pero nadie pensaría examinarlo muy de cerca. Y los Dañados Genéticamente no tienen sistemas de contraseñas, por lo que no es como si hubiéramos sabido. Este almacén es para experimentos obsoletos, fracasos, o avances desactualizados, o cosas inútiles.

Ella mira a través del microscopio, usando el botón de un lado para enfocar la lente.

—Adelante —dice ella.

Reggie presiona un botón en la computadora, y párrafos de textos aparecen bajo la barra de “MicroScan” en la parte superior de la pantalla. Él señala un párrafo en medio de la página y lo lee.

—“Simulación Suero v4.2. Coordina un gran número de blancos. Transmite señales a largas distancias. Alucinógeno de la formula no incluido, simula realidad que es predeterminada por un programa maestro”.

Eso es.

Ese es el suero de la simulación de ataque.

—Ahora ¿Por qué la Oficina tiene esto, a menos que ellos lo hayan desarrollado? —dice Nita—. Ellos fueron los que colocaron el suero dentro de los experimentos, pero usualmente dejan el suero solo, dejan que los ciudadanos residentes lo desarrollen más allá. Si está aquí, es porque *ellos* lo hicieron.





Miro hacia el porta objetos iluminado en el microscopio, a la piscina de gotas color naranja en el ocular, y libero una temblorosa respiración.

Tris dice, sin aliento:

—¿Por qué?

—Abnegación estaba a punto de revelar la verdad a todos dentro de la ciudad. Y tú has visto lo que pasó ahora que la ciudad sabe la verdad: Evelyn es efectivamente una dictadora, los Sin Facción están aplastando a los miembros de las Facciones, y estoy segura que las Facciones se alzarán contra ellos tarde o temprano. Mucha gente morirá. Decir la verdad arriesga la seguridad del experimento, la entorpece —dice Nita—. Así que hace unos meses, cuando Abnegación estaba cerca de causar esa destrucción e inestabilidad al revelar el video de Edith Prior a tu ciudad, la Oficina probablemente pensó, que era mejor que Abnegación sufriera una gran pérdida, incluso a expensas de varios Divergentes, a que la ciudad sufriera más. Mejor terminar las vidas de Abnegación que arriesgar el experimento. Así que contactaron a alguien que sabían estaría de acuerdo con ellos. Jeanine Matthews.

Sus palabras me rodearon y se hundieron dentro de mí.

Coloco las manos sobre la mesa de laboratorio, dejando que mis palmas se enfríen, y miro hacia mi distorsionado reflejo en el metal pulido. Quizás había odiado a mi padre la mayor parte de mi vida, pero nunca odié su Facción. La tranquilidad de Abnegación, su comunidad, su rutina, siempre pareció bien para mí. Y ahora la mayoría de esas amables, entregadas personas están muertas. Asesinadas, a manos de los de Osadía, al deseo de Jeanine, con el poder de la Oficina como apoyo.

Los padres de Tris estaban en medio de ellos.

Tris está de pie inmóvil, sus manos colgando a los lados sin fuerza, tornándose rojas con el flujo de su sangre.

—Este es el problema con el ciego compromiso a estos experimentos —dice Nita cerca de nosotros, como si deslizara las palabras dentro de los espacios vacíos de nuestras mentes—. La Oficina valora los experimentos por encima de las vidas de los Dañados Genéticamente. Es obvio. Y ahora, las cosas podrían incluso ser peores.





—¿Peores? —digo—. ¿Peores que asesinar a la mayoría de los de Abnegación? ¿Cómo?

—El gobierno ha sido amenazando con tener que cerrar los experimentos durante casi un año ahora —dice Nita—. Los experimentos siguen cayéndose a pedazos porque las comunidades no pueden vivir en paz, y David sigue buscando formas para restaurar la paz solo un poco. Y si algo más sale mal en Chicago, puede hacerlo otra vez. Él puede reiniciar todos los experimentos en cualquier momento.

—Reiniciarlos —digo

—Con el suero de memoria de Abnegación —dice Reggie—. Bueno, en realidad es con el suero de memoria de la Oficina. Cada hombre, mujer y niño tendrá que empezar otra vez.

Nita dice lacónicamente:

—Toda su vida *borrada*, contra su voluntad, por el bien de resolver un “problema” de daño genético que en realidad no existe. Estas personas tienen el poder de hacer eso. Y nadie debería tener ese poder.

Recuerdo el pensamiento que tuve, después de que Johanna me dijera sobre Cordialidad administrando el suero de memoria a las patrullas de Osadía, que cuando tomabas los recuerdos de las personas, cambiabas quiénes eran.

De repente no me importa cuál es el plan de Nita, mientras signifique golpear a la Oficina tan fuerte como podamos. Lo que he aprendido en los pasados días me ha hecho sentir como si no hubiera nada sobre este lugar que valiera la pena ser salvado.

—¿Cuál es el plan? —dice Tris, su voz plana, casi mecánica.

—Voy a dejar que mis amigos de la frontera entren a través del túnel subterráneo —dice Nita—. Tobias, tu cortarás los sistemas de seguridad mientras lo hago, así no seremos atrapados, es casi la misma tecnología con la que has trabajado en la sala de control de Osadía; debería ser fácil para ti. Luego Rafi, Mary y yo irrumpiremos dentro del laboratorio de armas y robaremos el suero de memoria así la Oficina no puede usarlo. Reggie estará ayudando detrás de escena, pero abrirá el túnel para nosotros el día del ataque.

—¿Qué harás tú con un montón de suero de memoria? —digo.



—Destruirlo —dice Nita, nivelada.

Me siento extraño, vacío como un globo desinflado. No sé qué tenía en mente cuando Nita habló sobre su plan, pero no era esto, esto se sentía tan pequeño, tan pasivo como un acto de represalia contra las personas responsables por la simulación de ataque, las personas que me dijeron que debía de haber algo malo conmigo en mi esencia, en mi código genético.

—Eso es *todo* lo que intentas hacer —dice Tris, finalmente mirando lejos del microscopio. Ella entrecierra sus ojos hacia Nita—. Sabes que la Oficina es responsable por el asesinato de cientos de personas y tu plan es... ¿Tomar su suero de memoria?

—No recuerdo invitarte a criticar mi plan.

—No estoy criticando tu plan —dice Tris—. Estoy diciéndote que no te creo. Odias a estas personas. Puedo decirlo por la forma en que hablas de ellos. Lo que sea que intentes hacer, creo que es mucho peor que robar algo de suero.

—El suero de memoria es lo que ellos usan para seguir haciendo los experimentos. Es su gran centro de poder sobre la ciudad y quiero quitárselo. Yo diría que ese es un golpe bastante duro, por ahora. —Nita suena gentil, como si estuviera explicándoselo a un niño—. Nunca dije que eso era todo lo que iba a hacer. No siempre es sabio golpear tan fuerte como puedas a la primera oportunidad. Esta es una carrera larga, no una carrera a toda velocidad.

Tris solo sacude la cabeza.

—¿Tobias, estás dentro? —dice Nita.

Miro de Tris, con su tensa, rígida postura, hacia Nita, que está relajada, lista. No veo lo que sea que Tris vio, o escuchó. Y cuando pienso sobre decir que no, siento como si mi cuerpo colapsara sobre sí mismo. Tengo que hacer algo. Incluso si se siente pequeño, tengo que hacerlo, y no entiendo por qué Tris no siente la misma desesperación dentro de ella.

—Sí —digo. Tris se vuelve hacia mí, sus ojos amplios, incrédulos. La ignoro—. Puedo Inhabilitar el sistema de seguridad. Necesitaré algo del suero de paz de Cordialidad, ¿tienes acceso a eso?

—Lo tengo —Nita sonrío un poco—. Te enviaré un mensaje con la hora. Vamos, Reggie. Dejemos a estos para que... hablen.



Reggie asiente hacia mí y luego hacia Tris, y luego él y Nita han dejado la habitación, cerrando la puerta detrás de ellos suavemente así no hace ningún sonido.

Tris se gira hacia mí, sus brazos cruzados como dos barras a través de su cuerpo, manteniéndome fuera.

—No puedo creerte —dice—. Ella está *mintiendo*. ¿Por qué no puedes ver eso?

—Porque no está *allí* —digo—. Puedo decir cuándo alguien está mintiendo tan bien como tú. Y en esta situación, creo que tu juicio puede estar nublado por algo más. Algo como celos.

—¡No estoy *celosa*! —dice ella, frunciendo el ceño—. Estoy siendo lista. Ella tiene algo más grande planeado, y si fuera tú, correría lejos de cualquiera que me mintiera sobre en lo que quiere que yo participe.

—Bueno, no eres yo —sacudo la cabeza—. Dios, Tris. Estas personas asesinaron a tus padres, ¿y no vas a hacer algo al respecto?

—Yo nunca dije que no iba a hacer nada —dice ella lacónicamente—. Pero no me creo el primer plan que escucho, tampoco.

—Sabes, te traje aquí porque quería ser honesto contigo, ¡No para que pudieras hacer juicios rápidos sobre personas y decirme qué hacer!

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que no confiaste en mis “juicios rápidos”? —dice Tris fríamente—. Te diste cuenta que tenía razón. Tenía razón sobre el video de Edith Prior cambiando todo y tenía razón con respecto a Evelyn, y tengo razón sobre esto.

—Sí. Tú siempre tienes razón —digo—. ¿Tenías razón con respecto a correr dentro de una situación peligrosa sin armas? ¿Tenías razón sobre mentirme al ir a la marcha de la muerte a la sede de Erudición en medio de la noche? ¿O sobre Peter, tenías razón sobre él?

—No me lances esas cosas a la cara —me señala, y me siento como un niño siendo sermoneado por un padre—. Nunca dije que yo fuera perfecta, pero tú, tú ni siquiera puedes ver más allá de tu desesperación. Seguiste a Evelyn porque estabas desesperado por un padre, y ahora sigues con esto porque estás desesperado por no estar *dañado*...

Las palabras envían escalofríos a través de mí.



—No estoy dañado —digo en voz baja—. No puedo creer que tengas tan poca fe en mí que me dirías que no confíe en mí mismo —sacudo la cabeza—, y no necesito tu *permiso*.

Empiezo a caminar hacia la puerta, y mientras mi mano se cierra alrededor de la manija, ella dice:

—¡Solo te vas para poder tener la última palabra, eso es realmente maduro!

—También lo es sospechar de los motivos de alguien solo porque es bonita —digo—. Supongo que estamos a mano.

Dejo la habitación.

No soy un desesperado, inestable niño que lanza su confianza alrededor. No estoy dañado.

TRIS

Acerco mí frente al visor del microscopio. El suero danza delante de mí, naranja-marrón.

Estaba tan ocupada buscando las mentiras de Nita que apenas registré la verdad: Para poner sus manos en este suero, la Oficina debe haberlo desarrollado, y de algún modo enviarlo para que Jeanine lo usara. Me alejo. ¿Por qué trabajaría Jeanine con la Oficina cuando quería tan desesperadamente quedarse en la ciudad lejos de ellos?

Pero supongo que la Oficina y Jeanine tenían una meta en común. Ambos querían que el experimento continuara. Ambos estaban aterrorizados de lo que sucedería si no lo hacía. Ambos dispuestos a sacrificar vidas inocentes para hacerlo.

Pensé que este lugar podía ser mi hogar. Pero la Oficina está llena de asesinos. Giro en mis talones, como empujada por una fuerza invisible, luego salgo de la habitación, mi corazón latiendo rápido.

Ignoro a las pocas personas en el corredor frente a mí. Solo me empujo más dentro del recinto de la Oficina, más y más dentro al estómago de la bestia.

Quizás este lugar podría ser nuestro hogar, me oigo decirle a Christina.

Estas personas asesinaron a tus padres, las palabras de Tobias se hacen eco en mi mente.

No sé a dónde voy, excepto que necesito espacio, y aire. Aplasto mi identificación en mi mano y medio camino, medio corro, por la barrera de seguridad hasta la escultura. No hay luz brillando en el tanque ahora, aunque el agua aún cae de ella, una gota por segundo que pasa.



Permanezco ahí por un pequeño momento, mirándola. Y entonces, al otro lado de la losa de piedra, veo a mi hermano.

—¿Estás bien? —dice tentativamente.

No estoy bien. Estaba comenzando a creer que había encontrado finalmente un lugar para quedarme, un lugar que no era tan inestable o corrupto o controlador donde realmente podía pertenecer. Creerías que habría aprendido para ahora que semejante lugar no existe.

—No —digo.

Comienza a moverse alrededor de la losa de piedra, hacia mí.

—¿Qué sucede?

—Qué sucede —me rio—. Déjame ponerlo así: Acabo de descubrir que no eres la peor persona que conozco.

Me acuclillo y empujo mis dedos por mi cabello. Me siento adormecida y aterrorizada por mi propio adormecimiento. La Oficina es responsable de la muerte de mis padres. ¿Por qué debo seguir repitiéndome eso para creerlo? ¿Qué está mal conmigo?

—Oh —dice él—. Lo... ¿siento?

Solo puedo emitir un gruñido.

—¿Sabes qué me dijo mamá una vez? —dice él, y el modo en que dice *mamá*, como si no la hubiera *traicionado*, manda a mis dientes al borde—. Dijo que todos tienen algo de mal dentro, y que el primer paso para amar a alguien es reconocer la misma maldad dentro de nosotros, así somos capaces de perdonarlos.

—¿Eso es lo que quieres que haga? —digo amargamente al ponerme de pie—. Puedo haber hecho cosas malas, Caleb, pero *nunca* te enviaría a tu propia ejecución.

—No puedes decir eso —dice él, y suena como si me estuviera pidiendo, rogando que dijera que soy como él, no mejor—. No sabes lo persuasiva que era Jeanine...

Algo dentro de mí salta como una banda elástica.

Lo golpeo en la cara.





Todo en lo que puedo pensar es en cómo los de Erudición sacaron mi reloj y zapatos y me llevaron a la mesa donde me quitarían la vida. Una mesa que bien Caleb podría haber armado él mismo.

Pensé que estaba más allá de esta clase de enojo, pero mientras él se tropieza hacia atrás con sus manos en su cara, lo persigo, tomando el frente de su camisa y estampándolo contra la escultura de piedra y gritando que es un cobarde, un traidor y que lo mataré, lo mataré.

Uno de los guardias se acerca a mí, y todo lo que tiene que hacer es poner su mano en mi brazo y el hechizo se rompe. Suelto la camisa de Caleb. Sacudo mi mano adolorida. Me giro y camino lejos.

ALLEGIAN'T

Hay un suéter beige doblado en la silla vacía del laboratorio de Matthew, la manga rozando el piso. Nunca he conocido a su supervisor. Estoy comenzando a sospechar que Matthew hace todo el trabajo duro.

Me siento sobre el suéter y examino mis nudillos. Algunos de ellos están salpicados por golpear a Caleb, y punteados con suaves cardenales. Parece apropiado que el golpe dejara marcas en ambos. Así funciona el mundo.

Anoche, cuando volví al dormitorio, Tobias no estaba allí, y yo estaba demasiado enojada para dormir. En las horas que yací despierta, mirando al techo, decidí que si bien no iba a participar en el plan de Nita, tampoco iba a detenerlo. La verdad sobre la simulación de ataque encendió odio por la Oficina dentro de mí, y quiero verla romperse desde adentro.

Matthew habla de ciencia. Me cuesta prestar atención.

—... haciendo algunos análisis genéticos, lo que está bien, pero antes, estábamos desarrollando un modo de hacer que el compuesto de la memoria actúe como virus —dice—. Con la misma rapidez de replicación, la misma habilidad de trasladarse por el aire. Y luego desarrollamos una vacuna para eso. Solo una temporal, solo dura cuarenta y ocho horas, pero igual.

Asiento.

—Así que... ¿lo estaban haciendo para poder desarrollar otras ciudades experimentales con mayor eficiencia, no? —digo—. No hay necesidad de



inyectar a nadie con el suero de la memoria cuando simplemente puedes soltarlo y dejar que se expanda.

—¡Exactamente! —Parece entusiasmado de que en realidad esté interesada en lo que está diciendo—. Y es un mejor modelo para seleccionar a miembros particulares de la población para eximir: los inmunizas, el virus se expande en veinticuatro horas, y no tiene efecto en ellos.

Asiento de nuevo.

—¿Estás bien? —dice Matthew, su taza de café ubicada cerca de su boca. La baja—. Oí que el guardia de seguridad tuvo que alejarte de alguien anoche.

—Era mi hermano. Caleb.

—Ah. —Matthew levanta una ceja—. ¿Qué hizo esta vez?

—Nada, en realidad. —Agarro la manga del suéter entre mis dedos. Sus bordes se están deshilachando, desgastados por el tiempo—. Estaba lista para explotar de todos modos; él solo se metió en el camino.

Ya sabía, solo por mirarlo, la pregunta que iba a hacer, y quiero explicárselo todo, todo lo que Nita me mostró y me dijo. Me pregunto si puedo confiar en él.

—Oí algo ayer —digo, midiendo las aguas—. Sobre la Oficina. Sobre mi ciudad, y las simulaciones.

Él se endereza y me da una extraña mirada.

—¿Qué? —digo.

—¿Escuchaste ese algo de Nita? —dice él.

—Sí, ¿cómo lo supiste?

—La he ayudado un par de veces —dice—. La dejé entrar en esa sala de almacenamiento. ¿Te dijo algo más?

¿Matthew es el informante de Nita? Lo miro fijamente. Nunca pensé que Matthew, quien hizo todo lo posible para mostrarme la diferencia entre mis genes “puros” y los “dañados” de Tobias, podría estar ayudando a Nita.

—Algo sobre un plan —digo lentamente.





Se levanta y camina hacia mí, extrañamente tenso. Me inclino lejos de él por instinto.

—¿Está sucediendo? —dice él—. ¿Sabes cuándo?

—¿Qué está sucediendo? —digo—. ¿Por qué ayudarías a Nita?

—Porque todo este “daño genético” sin sentido es ridículo —dice—. Es importante que respondas mis preguntas.

—Está sucediendo. Y no sé cuándo, pero creo que pronto.

—Mierda. —Matthew se lleva sus manos a la cara—. Nada bueno puede salir de esto.

—Si no dejas de decir cosas crípticas, te golpearé —digo, parándome.

—Estaba ayudando a Nita hasta que me dijo lo que ella y esas personas de la frontera querían hacer —dice Matthew—. Quieren entrar al Laboratorio de Armas y...

—... robar el suero de la memoria, sí, eso oí.

—No. —Sacude su cabeza—. No, ellos no quieren el suero de memoria, quieren el suero de la muerte. Similar al que Erudición tiene, el que se suponía que te inyectarían cuando casi fuiste ejecutada. Lo usarán para asesinatos, muchísimos. Aprieta un aerosol y es fácil, ¿ves? Dáselo a las personas adecuadas y tienes una explosión de anarquía y violencia, lo que es exactamente lo que esas personas de la frontera quieren.

Sí lo veo. Veo la ejecución de un gatillo, la rápida presión de una lata de aerosol. Veo los cuerpos de Abnegación y Erudición desparramados por las calles y escaleras. Veo las pequeñas piezas de este mundo al que he logrado unirme estallando en llamas.

—Pensé que estaba ayudándola con algo más inteligente —dice Matthew—. Si hubiese sabido que la estaba ayudando a empezar otra guerra, nunca lo hubiera hecho. Debemos hacer algo sobre esto.

—Se lo dije —digo suavemente, pero no a Matthew, a mí misma—. Le dije que ella estaba mintiendo.

—Podemos tener un problema en cómo tratamos a los Dañados Genéticamente en este país, pero no será solucionado con matar a un grupo de personas —dice—. Ahora vamos, iremos a la oficina de David.



No sé qué está bien o qué está mal. No sé nada sobre este país o el modo en que funciona o qué necesita cambiar. Pero sé que un montón de suero de la muerte en las manos de Nita y algunos otros de la frontera no es mejor que un montón de suero de la muerte en el Laboratorio de Armas de la Oficina. Así que persigo a Matthew por el pasillo hacia el exterior. Caminamos rápidamente en dirección a la entrada de frente, por donde entré por primera vez a este recinto.

Cuando pasamos el puesto de seguridad, veo a Uriah cerca de la escultura. Levanta una mano para saludarme, su boca presionada en una línea que podría ser una sonrisa si lo intentara más. Sobre su cabeza, la luz se refracta a través del tanque de agua, el símbolo de la lucha lenta y sin sentido del recinto.

Estoy cruzando apenas el puesto de seguridad cuando veo la pared junto a Uriah explotar.

Es como fuego floreciendo de una pared. Trozos de vidrio y metal vuelan desde el centro de la explosión, y el cuerpo de Uriah está entre ellos, un flácido proyectil. Un profundo temblor me recorre como un escalofrío. Mi boca está abierta; estoy gritando su nombre, pero no puedo oírme por encima del zumbido en mis oídos.

A mí alrededor, todos están agachados, sus brazos envolviendo sus cabezas. Pero yo estoy de pie, mirando el hoyo en la pared del recinto. Nadie viene a través de él.

Segundos después, todos a mí alrededor comienzan a correr lejos de la explosión, y yo me introduzco entre ellos, de hombros primero, hacia Uriah. Un codo me golpea en el costado y caigo, mi cara golpea algo duro y metálico: el lado de una mesa. Me levanto con dificultad, limpiando la sangre de mi ceja con una manga. Tiras de tela sobre mis brazos, costillas, cabello y ojos amplios es todo lo que puedo ver, excepto el letrero sobre sus cabezas que dice: SALIDA DEL RECINTO.

—¡Da la señal de alarma! —grita uno de los guardias desde el puesto de seguridad. Me meto bajo una barrera y me dirijo a un lado.

—¡Lo hice! —grita otro—. ¡No están funcionando!

Matthew agarra mi hombro y grita en mi oído:

—¿Qué estás haciendo? No vayas *hacia*...





Me muevo más rápido, encontrando un canal vacío donde no hay gente que obstruya mi paso. Matthew corre detrás de mí.

—No deberíamos estar yendo al sitio de la explosión, quienquiera que lo haya hecho ya está en el edificio —dice—. ¡Al Laboratorio de Armas, ahora! ¡Vamos!

El Laboratorio de Armas. Santas palabras.

Pienso en Uriah tendido en el piso entre escombros, vidrio y metal. Mi cuerpo se inclina hacia él, cada músculo, pero sé que no puedo hacer nada por él ahora. Lo más importante es que use mi conocimiento de caos, de ataques, para evitar que Nita y sus amigos roben el suero de la muerte.

Matthew tenía razón. Nada bueno puede salir de esto.

Él toma la delantera, nadando entre la multitud como si fuera una piscina de agua. Trato de mirar solo la parte trasera de su cabeza, para poder seguirle el rastro, pero las caras que vienen en mi dirección me distraen, las bocas y ojos rígidos de terror. Lo pierdo por unos segundos y luego lo encuentro de nuevo, varios metros adelante, girando a la derecha en el pasillo siguiente.

—¡Matthew! —grito, y empujo para pasar entre otro grupo de gente. Finalmente lo alcanzo, tomando la parte de atrás de su camisa. Se gira y toma mi mano.

—¿Estás bien? —dice, mirando justo sobre mi ceja. En el apuro casi olvidé mi corte. Presiono mi manga, y vuelve roja, pero asiento.

—¡Estoy bien! ¡Vamos!

Corremos lado a lado por el pasillo, este no está tan abarrotado como los otros, pero puedo ver que cualquiera que se haya infiltrado en el edificio ya está allí. Hay guardias en el piso, algunos vivos y otros no. Veo un arma en el azulejo cerca de un bebedero y me lanzo a ella, soltando la mano de Matthew.

Tomo el arma y se la ofrezco a Matthew. Él sacude su cabeza.

—Nunca he disparado una.

—Oh, por Dios santo. —Mi dedo se curva en el gatillo. Es diferente a las armas que teníamos en la ciudad, no tiene una barrera que escuda el





costado, o la misma tensión en el gatillo, o incluso la misma distribución del peso. Es más fácil de sostener, como resultado, porque no enciende los mismos recuerdos.

Matthew jadea en busca de aire. Yo también, solo que no lo noto del mismo modo, porque he hecho esta carrera a través del caos muchas veces. El siguiente pasillo por el que nos guía está vacío excepto por una soldado caída. No se mueve.

—No está lejos —dice él, y toco mis labios con mis dedos para decirle que guarde silencio.

Bajamos el ritmo a una caminata, y aprieto el arma, mi sudor haciendo que resbale. No sé cuántas balas tiene, ni como comprobarlo. Cuando pasamos al soldado, me detengo a buscar su arma. Encuentro una bajo su cadera, donde cayó sobre su propia muñeca. Matthew la mira, sin parpadear, mientras tomo su arma.

—Oye —digo despacio—. Solo sigue moviéndote. Muévete ahora, procesa después.

Lo codeo y lidero el camino. Los pasillos son oscuros, los techos cruzados con barras y cañerías. Oigo a personas por delante y no necesito las instrucciones susurradas de Matthew para encontrarlos.

Cuando llegamos al lugar donde se supone que giraremos, me presiono contra la pared y miro por el costado cuidadosamente para resguardarme, tan escondida como puedo.

Hay un par de puertas dobles de vidrio que se ven tan pesadas que podrían ser puertas de metal, pero están abiertas. Detrás de ellas hay un pasillo desierto, vacío excepto por tres personas de negro. Usan ropas pesadas y llevan armas tan grandes que dudo que yo pudiera levantar una. Sus rostros están cubiertos por completo con capuchas negras, excepto por sus ojos.

En sus rodillas ante las puertas dobles está David, el cañón de un arma presionado contra su sien, sangre corre por su barbilla. Y de pie entre los invasores, usando la misma máscara que los otros, hay una chica con una cola de caballo oscura.

Nita.



TRIS

—Déjanos entrar, David —dice Nita, con la voz distorsionada por la máscara.

Los ojos de David se deslizan perezosamente hacia un lado, hacia el hombre que está apuntándolo con el arma.

—No creo que vayas a dispararme —dice—. Porque soy el único en este edificio que conoce esta información y tú quieres el suero.

—No voy a dispararte en la cabeza, tal vez —dice el hombre—, pero hay otros lugares.

El hombre y Nita intercambian una mirada. Entonces el hombre desplaza el arma a los pies de David, y abre fuego. Cierro los ojos mientras los gritos de David llenan el pasillo. Él podría ser una de las personas que ofrecieron a Jeanine Matthews la simulación de ataque, pero aún así no saboreo sus gritos de dolor.

Me quedo mirando las armas que llevo, una en cada mano, mis pálidos dedos contra los gatillos negros. Me imagino podando todas las ramas sueltas de mis pensamientos y concentrándome solo en este lugar, solo por esta vez.

Pongo mi boca junto al oído de Matthew y murmuro:

—Ve por ayuda. Ahora.

Matthew asiente con la cabeza y comienza a bajar por el pasillo. Para su crédito, él se mueve en silencio, sus pasos silenciosos en el azulejo. Al final del pasillo mira de regreso a mí, y luego desaparece alrededor de la curva.

—Estoy harta de esta mierda —dice la mujer de cabello rojo—. Simplemente vuelen las puertas.

—Una explosión podría activar uno de los bloqueos de medidas de seguridad —dice Nita—. Necesitamos el código de acceso.

Miro de vuelta a la esquina de nuevo, y esta vez, los ojos de David se mueven a los míos. Su rostro está pálido y brillante de sudor, y hay un gran charco de sangre alrededor de sus tobillos. Los otros están mirando a Nita, que toma una caja negra de su bolsillo y la abre para revelar una jeringa y aguja.

—Pensé que dijiste que esa cosa no funciona en él —dice el hombre con el arma.

—Dije que él podía *resistirse* a él, no que no funcionaba en absoluto —dice ella—. David, ésta es una mezcla muy potente de suero de la verdad y suero del miedo. Voy a inyectarte con ella si no nos dices el código de acceso.

—Sé que esto es culpa de tus genes, Nita —dice David débilmente—. Si te detienes ahora, puedo ayudarte, puedo...

Nita sonríe con una sonrisa torcida. Con gusto, ella le mete la aguja en su cuello y presiona el émbolo. David se desploma, y luego su cuerpo se estremece, y después lo hace nuevamente.

Él abre mucho los ojos y grita, mirando el vacío, y yo sé lo que está viendo, porque lo he visto yo misma, en la sede de Erudición, bajo la influencia del suero del miedo. Miré mis peores temores cobrando vida.

Nita se arrodilla delante de él y agarra su cara.

—¡David! —dice con urgencia—. Puedo hacer que se detenga si nos dices cómo entrar en esta habitación. ¿Me escuchas?

Él jadea y sus ojos no se centran en ella, sino en algo por encima de su hombro.

—¡No lo hagas! —grita, y se lanza hacia adelante, hacia lo que sea que el fantasma del suero le está mostrando. Nita pone un brazo sobre su pecho para mantenerlo estable, y él grita—: ¡No...!

Nita lo sacude.

—¡Haré que dejen de hacerlo si me dices cómo entrar!

—¡Ella! —dice David, y las lágrimas brillan en sus ojos—. El... el... nombre...

—¿El nombre de quién?

—¡Nos estamos quedando sin tiempo! —dice el hombre con el arma apuntando hacia David—. O tenemos el suero o lo matamos...

—*Ella* —dice David, señalando el espacio delante de él.

Señalándome.

Estiro mis brazos alrededor de la esquina de la pared y disparo dos veces. La primera bala golpea la pared. La segunda golpea al hombre en el brazo, por lo que su gran arma se va al suelo. La mujer pelirroja apunta su arma hacia mí, o la parte de mí que ella puede ver, medio oculta por la pared, y Nita grita:

—¡Alto el fuego Tris! —dice Nita—, no sabes lo que estás haciendo...

—Probablemente tienes razón —digo, y abro fuego de nuevo. Esta vez mi mano es firme y mi objetivo es mejor, así que golpeo el costado de Nita, justo encima de su cadera. Ella grita en su máscara y agarra el agujero en su piel, hundiéndose hasta las rodillas con las manos cubiertas de sangre.

David se arrastra hacia mí con una mueca de dolor mientras pone el peso sobre la pierna lesionada. Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y giro su cuerpo alrededor, así que está entre mí y los soldados restantes. Luego presiono una de mis armas en la parte posterior de su cabeza.

Todos ellos se congelan. Puedo sentir mi corazón en la garganta, en mis manos, detrás de mis ojos.

—Abren fuego, y yo le disparo en la cabeza —digo.

—No matarías a tu propio líder —dice la mujer de cabello rojo.

—Él no es mi líder. No me importa si vive o muere —le digo—. Pero si creen que voy a dejarlos obtener el control de ese suero de la muerte, están locos.

Empiezo a arrastrarme hacia atrás, con David gimiendo delante de mí, todavía bajo la influencia del cóctel de suero. Agacho mi cabeza y giro mi cuerpo hacia los lados, por lo que estoy segura detrás de él. Mantengo una de las armas contra su cabeza.



Llegamos al final del pasillo, y la mujer me llama mentirosa. Ella dispara y golpea a David justo por encima de la rodilla, en la otra pierna. Él se derrumba con un grito, y estoy expuesta. Me sumerjo en el suelo, golpeando los codos en éste, mientras una bala va más allá de mí, el sonido vibrando dentro de mi cabeza.

Entonces siento algo caliente extendiéndose a través de mi brazo izquierdo, y veo sangre, por lo que mis pies se apresuran al suelo, en busca del arma. La encuentro y disparo a ciegas por el pasillo. Agarro a David por el cuello y lo arrastro alrededor de la esquina, el dolor punzando en mi brazo izquierdo.

Oigo pasos corriendo y gemidos. Pero no vienen de detrás de mí, sino que vienen del frente. La gente me rodea, Matthew entre ellos, y algunos de ellos agarran a David y corren con él por el pasillo. Matthew me ofrece su mano.

Me zumban los oídos. No puedo creer que lo hice.

Traducido por Lizzie

Corregido por Nanis

TRIS

El hospital está lleno de gente, todos ellos gritando y corriendo hacia atrás y adelante o tirando de las cortinas cerrándolas. Antes de sentarme registré todas las camas por Tobias. Él no estaba en ninguna de ellas. Todavía estoy temblando de alivio.

Uriah no está aquí tampoco. Él está en una de las otras habitaciones, y la puerta está cerrada, no es una buena señal.

La enfermera que toca mi brazo con un antiséptico está sin aliento y mira a su alrededor a toda la actividad en lugar de mi herida. Me han dicho que se trata de un rozón menor, nada de que preocuparse.

—Puedo esperar, si necesita hacer otra cosa —le digo—. Tengo que encontrar a alguien de todos modos.

Ella frunce sus labios y luego dice:

—Necesitas puntos de sutura.

—¡Es solo un rozón!

—No en tu brazo, en tu cabeza —dice, señalando un punto por encima de mi ojo. Casi me había olvidado del corte por todo el caos, pero todavía no ha dejado de sangrar.

—Bien.

—Voy a tener que darte una inyección de este agente anestésico —dice, sosteniendo una jeringa.

Estoy tan acostumbrada a las agujas que ni siquiera reacciono. Ella frota mí frente con un antiséptico —son tan cuidadosos con los gérmenes aquí—



y siento el aguijón y la punzada de la aguja, disminuyendo al segundo mientras el agente anestésico hace su trabajo.

Miro a las personas apresurarse a pasar mientras ella cose mi piel, un médico se quita un par de guantes de goma manchados de sangre, una enfermera lleva una bandeja de gasa, sus zapatos casi deslizándose sobre la baldosa, un miembro de la familia de una persona herida se retuerce las manos. El aire huele a productos químicos, papel viejo y cuerpos calientes.

—¿Alguna actualización de David? —digo.

—Él va a vivir, pero le tomará mucho tiempo volver a caminar —dice ella. Sus labios dejan de arrugarse, solo por unos segundos—. Podría haber sido mucho peor, si no hubieras estado allí. Eso es todo.

Asiento. Me gustaría poder decirle que no soy una heroína, que lo estaba usando como escudo, como un muro de carne. Ojalá pudiera confesar que soy una persona llena de odio por la Oficina y por David, una persona que permitiría que alguien más consiga ser acribillado a balazos para salvarse. Mis padres se avergonzarían.

Ella coloca un vendaje sobre los puntos de sutura para proteger la herida, y reúne todas las envolturas y bolas de algodón empapadas en sus puños para tirarlos a la basura.

Antes de que pueda darle las gracias, ella se ha ido, frente a la cama de al lado, el próximo paciente, la próxima lesión.

Gente lesionada se alinea en el pasillo fuera de la sala de urgencias. He captado por la evidencia que hubo otra explosión al mismo tiempo que la de la entrada. Ambas eran diversiones. Los atacantes llegaron a través del túnel subterráneo, como Nita dijo que harían. Ella nunca mencionó agujeros soplando en las paredes.

Las puertas al final del pasillo se abren, y algunas personas se apresuran, llevando a una mujer joven —Nita— entre ellos. La pusieron en una camilla cerca de una de las paredes. Ella gime, aferrándose a un rollo de gasa que es presionado en la herida en el costado. Me siento extrañamente separada de su dolor. Yo le disparé. Tenía que hacerlo. Ese es el fin de todo.

Mientras camino por el pasillo entre los heridos, me doy cuenta de los uniformes. Todo el mundo aquí sentado viste de verde. Con pocas





excepciones, todos son personal de apoyo. Están agarrando brazos o piernas o cabezas sangrando, sus lesiones no son mejores que las mías, algunas son mucho peores.

Atrapo mi reflejo en las ventanas un poco más allá del pasillo principal, mi cabello está fibroso y flojo, y el vendaje domina la frente. La sangre de David y la mía manchan mi ropa en varios lugares. Necesito ducharme y cambiarme, pero primero tengo que encontrar a Tobias y Christina. No he visto a ninguno de ellos desde antes de la invasión.

No me toma mucho tiempo encontrar a Christina, está sentada en la sala de espera cuando salgo de la sala de urgencias, su rodilla moviéndose tanto que la persona al lado de ella le está dando una mirada sucia. Levanta la mano para saludarme, pero sus ojos se mueven lejos de los míos y después hacia las puertas de la derecha.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —le digo—. Todavía no hay ninguna actualización de Uriah. No pude entrar en la habitación.

—Estas personas me vuelven loca, ¿sabes? —dice—. No van a decir nada a nadie. Ellos no nos dejaran verlo. ¡Es como si pensarán que son los dueños de él y todo lo que le sucede!

—Ellos trabajan de manera diferente aquí. Estoy segura de que te van a decir cuando sepan algo concreto.

—Bueno, ellos *te* dirían —dice ella, con el ceño fruncido—. Pero no estoy convencida de que *me* vayan a dar una segunda mirada.

Hace unos días podría haber estado en desacuerdo con ella insegura de cómo influye su creencia en daño genético en su comportamiento. No estoy segura de qué hacer, no estoy segura de cómo hablar con ella ahora que tengo estas ventajas y ella no y no hay nada que cualquiera de nosotros podemos hacer al respecto. Todo en lo que puedo pensar en hacer es estar cerca de ella.

—Tengo que encontrar a Tobias, pero volveré después de que lo haga a sentarme contigo, ¿de acuerdo?

Ella finalmente me mira, y su rodilla se queda quieta.

—¿No te lo dijeron?



Mi estómago se aprieta con el miedo.

—Decirme que.

—Tobias fue detenido —dice en voz baja—. Lo vi sentado con los invasores justo antes de venir aquí. Algunas personas lo vieron en la sala de control antes del ataque, dicen que estaba desactivando el sistema de alarma.

Hay una mirada triste en sus ojos, como que me compadece. Pero yo ya sabía lo que hizo Tobias.

—¿Dónde están? —digo.

Necesito hablar con él. Y sé lo que tengo que decir.

TOBIAS

Mis muñecas arden por la atadura plástica que el guardia apretó a su alrededor. Tanteo mi mandíbula con solo mis dedos, examinando la piel por sangre.

—¿Todo bien? —dice Reggie.

Asiento con la cabeza. He tratado con heridas peores que esta, me han golpeado más duro de lo que el soldado lo hizo cuando golpeó la culata de su pistola en mi mandíbula mientras me estaba deteniendo. Sus ojos estaban desorbitados con ira cuando lo hizo.

Mary y Rafi están a unos metros de distancia, Rafi con un puñado de gasa en su brazo sangrante. Un guardia se interpone entre nosotros y ellos, manteniéndonos separados. Mientras los miro, Rafi se encuentra con mis ojos y asiente. Como si dijera: *Bien hecho*.

Si lo hice bien, ¿por qué me siento enfermo del estómago?

—Escucha —dice Reggie, moviéndose por lo que está más cerca de mí—. Nita y la gente de la periferia están tomando la caída. Todo va a estar bien.

Asiento con la cabeza otra vez, sin convicción. Teníamos un plan de respaldo para nuestra probable detención, y no estoy preocupado por su éxito. Lo que me preocupa es el tiempo que les está tomando lidiar con nosotros, y lo informal que ha sido, hemos estado sentados contra una pared en un pasillo vacío desde que atraparon a los invasores hace más de una hora, y nadie ha venido a decirnos lo que va a pasar con nosotros, o a hacer cualquier pregunta. Ni siquiera he visto a Nita todavía.

Pone un sabor amargo en mi boca. Lo que sea que hicimos, parece que los ha conmocionado, y no conozco nada que conmocione tanto a la gente como la pérdida de vidas.



¿Por cuántos de aquellos soy responsable, porque participé en esto?

—Nita me dijo que iban a robar el suero de la memoria —le digo a Reggie, y tengo miedo de mirarlo—. ¿Era cierto?

Reggie mira a la guardia que está a unos metros de distancia. Ya nos ha gritado una vez por hablar.

Pero sé la respuesta.

—No lo era, ¿cierto? —digo. Tris tenía razón. Nita estaba mintiendo.

—¡Oye! —La guardia desfila hacia nosotros y mete el cañón de su arma entre nosotros—. Hazte a un lado. No se permite conversar.

Reggie se desplaza hacia la derecha, y hago contacto visual con la guardia.

—¿Qué está pasando? —digo—. ¿Qué sucedió?

—Oh, como si no lo supieras —contesta—. Ahora mantén la boca cerrada.

La veo alejarse, y luego veo una pequeña chica rubia aparecer al final del pasillo. Tris. Un vendaje se extiende sobre su frente y hay manchas de sangre en su ropa en forma de dedos. Agarra un pedazo de papel en su puño.

—¡Oye! —dice la guardia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Shelly —dice el otro guardia, trotando—. Cálmate. Esa es la chica que salvó a David.

¿La chica que salvó a David, de qué, exactamente?

—Oh. —Shelly baja su arma—. Bueno, sigue siendo una pregunta válida.

—Me han pedido que te dé una actualización —dice Tris, y le da a Shelly el pedazo de papel—. David está en recuperación. Vivirá, pero no estamos seguros de cuándo va a volver a caminar. La mayoría de los otros heridos han sido atendidos.

El sabor amargo en mi boca se hace más fuerte. David no puede caminar. Y lo que han estado haciendo todo este tiempo es cuidar de los heridos. Toda esta destrucción, ¿y para qué? Ni siquiera lo sé. No sé la verdad.

¿Qué hice?



—¿Tienen un número de bajas? —pregunta Shelly.

—Todavía no —responde Tris.

—Gracias por permitirnos saber.

—Escucha. —Cambia el peso a un pie—. Tengo que hablar con él.

Ella sacude la cabeza hacia mí.

—Nosotros realmente no podemos... —comienza Shelly.

—Solo por un segundo, lo prometo —dice Tris—. Por favor.

—Déjala —dice el otro guardia—. ¿Qué daño podría hacer?

—Bien —dice Shelly—. Te voy a dar dos minutos.

Ella asiente con la cabeza hacia mí, y uso la pared para empujarme de pie, mis manos todavía atadas delante de mí. Tris se acerca, pero no tan cerca, el espacio y sus brazos cruzados, forman una barrera entre nosotros que puede ser también una pared. Mira a algún lugar al sur de mis ojos.

—Tris, yo...

—¿Quieres saber lo que hicieron tus amigos? —dice. Su voz tiembla, y no cometo el error de pensar que es por llorar. Es ira—. No buscaban el suero de la memoria. Fueron tras el veneno, el suero de la muerte. Para poder matar a un montón de gente importante del gobierno y comenzar una guerra.

Miro hacia abajo, a mis manos, al azulejo, a la punta de sus zapatos. Una guerra.

—No sabía...

—Tenía razón. Yo tenía razón, y no me escuchaste. Una vez más —dice, tranquila. Sus ojos se bloquean sobre los míos, y me encuentro con que no quiero el contacto visual que anhelaba, porque me desarma, pieza por pieza—. Uriah estaba parado justo en frente de uno de los explosivos que hicieron explotar como distracción. Está inconsciente y no estamos seguros de que vaya a despertar.

Es extraño cómo una palabra, una frase, una oración, puede sentirse como un golpe en la cabeza.



—¿Qué?

Todo lo que puedo ver es la cara de Uriah cuando golpeó la red después de la Ceremonia de Elección, la sonrisa aturdida que llevaba mientras Zeke y yo lo tiramos sobre la plataforma al lado de la red. O sentado en el salón de tatuajes, su oído pegado adelante para que no se pusiera en el camino de Tori mientras dibujaba una serpiente en su piel. ¿Uriah podría no despertar? ¿Uriah, yéndose para siempre?

Y le prometí. Le prometí a Zeke que cuidaría de él, *le prometí*. . .

—Es uno de los últimos amigos que tengo —dice con voz rota—. No sé si alguna vez seré capaz de verte de la misma manera.

Se aleja. Oigo la voz amortiguada de Shelly diciendo que me siente y me hundo hasta las rodillas, dejando que mis muñecas se apoyen en las piernas. Me esfuerzo por encontrar una manera de escapar de esto, el horror de lo que he hecho, pero no hay ninguna lógica sofisticada que me pueda liberar, no hay manera de salir.

Pongo mi cara entre mis manos y trato de no pensar, intento no imaginar nada.

ALLEGIANI

La luz del techo en la sala de interrogatorios refleja un círculo confuso en el centro de la mesa. Ahí es donde mantengo mis ojos mientras recito la historia que Nita me dio, la que está tan cerca de la verdad que no tengo problemas para contarla. Cuando termino, el hombre grabando golpea ligeramente mis últimas oraciones en su pantalla, el vidrio iluminando con letras donde sus dedos la tocan. Entonces la mujer actuando como representante de David, Angela, dice:

—¿Así que no sabías la razón por la que Juanita te pidió desactivar el sistema de seguridad?

—No —digo, lo cual es cierto. Yo no sabía la verdadera razón, solo sabía una mentira.

Pusieron a todos los otros bajo el suero de la verdad, pero no a mí. La anomalía genética que me hace consciente durante las simulaciones también sugiere que podría ser resistente a los sueros, así que mi testimonio bajo el suero de la verdad puede no ser fiable. Mientras mi historia encaja con las otras, van a suponer que es verdad. No saben que,



hace unas horas, todos fuimos inoculados contra el suero de la verdad. El informante de Nita entre los PG le proporcionó el suero de la inoculación hace meses.

—¿Cómo, entonces, te obligó a hacerlo?

—Somos amigos —digo—. Es, era, uno de los pocos amigos que tenía aquí. Me pidió que confiara en ella, me dijo que era por una buena razón, así que lo hice.

—¿Y qué piensas de la situación ahora?

Finalmente la miro.

—Nunca me he arrepentido tanto de algo en mi vida.

Los ojos duros y brillantes de Angela se suavizan un poco. Ella asiente con la cabeza.

—Bueno, tu historia encaja con lo que los otros nos dijeron. Dada lo novedoso de esta comunidad, tu ignorancia del plan maestro, y tu deficiencia genética, nos inclinamos a ser indulgentes. Tu sentencia es la libertad condicional, deberás trabajar por el bien de esta comunidad, y tener tu mejor comportamiento, por un año. No se te permitirá acceder a ningún laboratorio privado o habitación. No vas a salir de los confines de este recinto sin permiso. Te comprobarás todos los meses con un oficial de libertad condicional que se te asignará al término de nuestros procedimientos judiciales. ¿Entiendes estos términos?

Con las palabras "deficiencia genética" permaneciendo en mi mente, asiento y digo:

—Sí.

—Entonces hemos terminado aquí. Eres libre de irte. —Se levanta, empujando su silla hacia atrás. El grabador también se para, y desliza su pantalla en el bolso. Angela toca la mesa, así que la miro de nuevo.

—No seas tan duro contigo mismo —dice—. Eres muy joven, ya sabes.

No creo que mi excusa sea ser joven, pero acepto su intento de amabilidad sin objeciones.

—¿Puedo preguntar qué va a pasar con Nita? —digo.





Angela aprieta los labios.

—Una vez que se recupere de sus considerables heridas, será transferida a nuestra cárcel y pasará su vida allí —dice.

—¿No va a ser ejecutada?

—No, no creemos en la pena capital por el daño genético. —Angela se mueve hacia la puerta—. No podemos tener las mismas expectativas de comportamiento para las personas con genes dañados como las que tenemos por los que tienen genes puros, después de todo.

Con una sonrisa triste, sale de la habitación, y no cierra la puerta detrás de ella. Me quedo en mi asiento durante unos segundos, absorbiendo el aguijón de sus palabras. Quería creer que estaban equivocados acerca de mí, que no estaba limitado por mis genes, que no estaba más dañado que cualquier otra persona. Pero, ¿cómo puede ser eso cierto, cuando mis acciones dejaron a Uriah en el hospital, cuando Tris ni siquiera puede mirarme a los ojos, cuando tanta gente murió?

Me cubro la cara y aprieto los dientes mientras las lágrimas caen, aguantando la ola de desesperanza como si fuera un puño, golpeándome. Para el momento en que me levanto para irme, los puños de mis mangas, usados para limpiar mis mejillas, están húmedos, y mi mandíbula adolorida.

*Traducido por Jo**Corregido por Nanis***TRIS**

—¿Has entrado?

Cara está de pie a mi lado, sus brazos doblados. Ayer Uriah fue transferido desde su habitación de seguridad a una habitación con una ventana espejada, sospecho que para evitar que pidamos verlo todo el tiempo.

Christina está sentada junto a su cama ahora, tomando su débil mano.

Pensé que él se rompería como una muñeca de trapo deshilachada, pero no se ve tan diferente, excepto por algunos vendajes y rasguños. Siento que podría despertar en cualquier momento, sonriendo y preguntándose por qué todos están mirándolo fijamente.

—Estuve allí anoche —digo—. Solo no parecía correcto dejarlo solo.

—Hay algo de evidencia para sugerir eso, dependiendo en la extensión del daño del cerebro, puede en algún nivel escucharnos y sentirnos —dice Cara—. Sin embargo me dijeron que su diagnóstico no era bueno.

A veces todavía quiero golpearla. Como si necesitara que me recordaran que es probable que Uriah no se recupere.

—Sí.

Después de que dejé el lado de Uriah la noche anterior, deambulé por el recinto sin dirección. Debería haber estado pensando en mi amigo, balanceándose entre este mundo y lo que sea que venga después, pero en su lugar pensé en lo que le dije a Tobias. Y cómo me sentí cuando lo miré, como si algo se estuviera rompiendo.

No le dije que era el final de nuestra relación. Quería hacerlo, pero cuando lo estaba mirando, las palabras eran imposibles de pronunciar. Siento



lágrimas reuniéndose de nuevo, como lo habían hecho cada hora más o menos desde ayer, y las alejo, tragándomelas.

—Así que salvaste a la Oficina —dice Cara, girándose hacia mí—. Pareces involucrarte en un montón de problemas. Supongo que todos deberíamos agradecerte el ser firme en una crisis.

—No salvé la Oficina. No tengo interés en salvar la Oficina —replico—. Mantengo un arma lejos de manos peligrosas, eso es todo. —Espero un rato—. ¿Acabas de hacerme un cumplido?

—Soy capaz de reconocer las fortalezas de otra persona —responde Cara, y sonrío—. Adicionalmente, creo que *nuestros* problemas están resueltos ahora, ambos en un nivel lógico y emocional. —Aclara su garganta un poco, y me pregunto si está finalmente reconociendo que tiene emociones que la ponen incómoda, o algo más—. Suena como que sabes algo acerca de la Oficina que te ha hecho enojar. Me pregunto si podrías decirme lo que es.

Christina apoya su cabeza en el borde del colchón de Uriah, su delgado cuerpo colapsado de lado. Hablo con ironía:

—Me lo pregunto. Puede que nunca sepamos.

—Hmm. —La arruga entre las cejas de Cara aparece cuando frunce el ceño, haciéndola parecerse tanto a Will que tengo que alejar la mirada—. Tal vez debería decir por favor.

—Bien. ¿Conoces el suero de simulación de Jeanine? Bueno no era de ella. —Suspiro—. Vamos. Te lo mostraré. Será más fácil de esa manera.

Sería igual de fácil decirle lo que vi en esa vieja habitación de almacenamiento, escondido profundamente en los laboratorios de la Oficina. Pero la verdad es que solo quiero mantenerme ocupada, para no tener que pensar en Uriah. O Tobias.

—Parece que nunca vamos a alcanzar el final de todos estos engaños —dice Cara mientras caminamos hacia la habitación—. Las facciones, el video que Edith Prior nos dejó... todas mentiras, diseñadas para hacernos comportar de cierta manera.

—¿Es eso lo que realmente piensas acerca de las facciones? —digo—. Creí que amabas ser Erudición.





—Lo hacía. —Se rasca la nuca, dejando pequeñas líneas rojas en su piel por las uñas—. Pero la Oficina me hizo sentir como una tonta por pelear por algo de eso, y por lo que los Leales defendían. Y no quiero sentirme tonta.

—Así que no crees que algo de ello valiera la pena —digo—. Toda la cosa de los Leales.

—¿Tú sí?

—Nos hizo salir —digo—, y nos llevó a la verdad, y era mejor que la comunidad Sin Facción que Evelyn tenía en mente, donde nadie puede elegir algo en absoluto.

—Supongo —dice ella—. Solo me enorgullezco de ser alguien que puede ver a través de las cosas, el sistema de facciones incluido.

—¿Sabes lo que Abnegación solía decir acerca del orgullo?

—Algo negativo, asumo.

Río.

—Obviamente. Decían que enceguece a la gente ante la verdad de lo que son.

Alcanzamos las puertas a los laboratorios, y toco algunas veces para que Matthew me oiga y nos deje entrar. Mientras espero que abra la puerta, Cara me da una mirada extraña.

—Las viejas escrituras de Erudición decían la misma cosa, más o menos —dice ella.

Nunca pensé que Erudición diría algo acerca del orgullo, que fueran a siquiera preocuparse con la moralidad. Suena a que estaba equivocada. Quiero preguntarle más, pero entonces la puerta se abre, y Matthew se para en la entrada, masticando el corazón de una manzana.

—¿Puedes dejarme entrar a la habitación de almacenamiento? —digo—. Necesito mostrarle algo a Cara.

Muerde lo último de la manzana y sonrío.

—Por supuesto.



Me encojo, imaginando el sabor amargo de las semillas de manzana, y lo sigo.



TOBIAS

No puedo regresar a las miradas fijas y a las preguntas silenciosas del dormitorio. Sé que no debería volver a la escena de mi gran crimen, aunque no es una de las áreas seguras a las que no tengo permitida la entrada, pero siento que necesito ver qué está sucediendo en la ciudad. Como si necesitara recordar que hay un mundo afuera de este, donde no soy odiado.

Camino a la sala de control y me siento en una de las sillas. Cada pantalla me muestra una parte diferente de la ciudad. El Mercado de Martirio, el recibidor de los escuadrones de Erudición, el Parque Millennium, el pabellón fuera del edificio Hancock.

Por un largo tiempo veo a la gente reuniéndose dentro de la sede de Erudición, sus brazos cubiertos con bandas Sin Facción, armas en sus caderas, intercambiando conversaciones rápidas o entregando latas de comida para la cena, un viejo hábito de los Sin Facción.

Entonces oigo a alguien en los escritorios de la sala de control decir:

—Allí está. —A uno de sus compañeros, y veo las pantallas para ver de lo que ella habla. Entonces lo veo, parado frente al edificio Hancock: Marcus, cerca de las puertas del frente, mirando su reloj.

Me levanto y presiono la pantalla con mi dedo índice para encender el sonido. Por un momento solo ráfagas de aire salen por los parlantes bajo la pantalla, pero luego, pasos. Johanna Reyes se acerca a mi padre. Él estira su mano para que ella la estreche, pero ella no lo hace, y mi padre es dejado con su mano colgando en el aire, un trozo de carnada que ella no tomó.

—Sabía que te habías quedado en la ciudad —dice ella—. Te están buscando por todas partes.



Algunas de las personas en la sala de control se reúnen detrás de mí para mirar. Apenas los noto. Estoy viendo el brazo de mi padre volver a su lado en un puño

—¿He hecho algo que te ha ofendido? —dice Marcus—. Te contacté porque creí que eras una amiga.

—Creí que me contactaste porque sabes que aún soy la líder de los Leales y quieres un aliado —dice Johanna, inclinando su cuello así una mecha de cabello cae sobre su ojo marcado—. Y dependiendo de lo que sea tu objetivo, aún soy eso, Marcus, pero creo que nuestra amistad se terminó.

Las cejas de Marcus se estrechan juntas.

Mi padre tiene el aspecto de un hombre que solía ser apuesto, pero a medida que ha envejecido, sus mejillas se han hundido, sus gestos se han vuelto duros y estrictos. Su cabello, peinado cerca del cráneo al estilo de Abnegación, no ayuda a esta impresión.

—No entiendo —dice Marcus.

—Hablé con algunos de mis amigos de Verdad —dice Johanna—. Me dijeron lo que tu chico dijo bajo el suero de la verdad. El asqueroso rumor que Jeanine Matthews corrió sobre tú y tu hijo... ¿era cierto, no?

Mi cara se siente caliente, y me encojo en mí mismo, mis hombros curvándose hacia adentro. Marcus está sacudiendo su cabeza.

—No, Tobias está...

Johana levanta una mano. Habla con los ojos cerrados, como si no soportara verlo.

—Por favor. He observado cómo se comporta tu hijo, cómo se comporta tu esposa. Sé cómo se ve la gente manchada de violencia. —Empuja su cabello detrás de su oreja—. Reconocemos a los propios.

—No puedes posiblemente creer... —Marcus comienza. Sacude su cabeza—. Soy un disciplinador, sí, pero solo quería lo mejor...

—Un esposo no debería *disciplinar* a su esposa —dice Johanna—. Ni siquiera en Abnegación. Y en cuanto a tu hijo... bueno, digamos que sí lo creo de ti.





Los dedos de Johanna van a la cicatriz en su mejilla. Mi corazón me abrumba con su ritmo. Ella sabe. Ella sabe, no porque me haya oído confesar mi vergüenza en la sala de interrogación de Verdad, sino porque *sabe*, lo ha experimentado ella misma. Estoy seguro. Me pregunto de parte de quién... ¿su madre? ¿Su padre? ¿Alguien más?

Parte de mí siempre se preguntó qué haría mi padre si lo hubiera confrontado directamente con la verdad. Pensaba que cambiaría del ególatra líder de Abnegación a la pesadilla que conocía en casa, que podría soltarse y mostrarse tal cual es. Sería una reacción satisfactoria de ver, pero no es su reacción real.

Solo se para allí viéndose confundido, y por un momento me pregunto si en realidad lo está, si en su enfermo corazón cree en sus propias mentiras sobre disciplinarme. El pensamiento crea una tormenta dentro de mí, un rugiente trueno y un volar de viento.

—Ahora que he sido honesta —dice Johanna con un poco más de calma ahora—. Puedes decirme por qué me citaste aquí.

Marcus cambia a un nuevo tema como si el anterior nunca hubiese sido discutido. Veo en él a un hombre que se divide en compartimientos y puede cambiar entre ellos a su antojo. Uno de ellos estaba reservado solo para mi madre y para mí.

Los empleados de la Oficina mueven la cámara más cerca, para que el edificio Hancock sea solo un fondo negro detrás de los torsos de Johanna y Marcus. Sigo una línea diagonal por la pantalla para no tener que mirarlo.

—Evelyn y los Sin Facción son tiranos —dice Marcus—. La paz experimentada entre las facciones, antes del primer ataque de Jeanine *puede* ser restaurada, estoy seguro. Y quiero tratar de hacerlo. Creo que es algo que tú quieres también.

—Lo es —dice Johanna—. ¿Cómo crees que deberíamos hacer con eso?

—Esta es la parte que quizás no te guste pero espero que mantengas una mente abierta —dice Marcus—. Evelyn controla la ciudad porque controla las armas, no tendrá ni de cerca tanto poder y puede ser desafiada.

Johanna asiente, y raspa con su zapato el pavimento. Solo puedo ver el lado suave de su cara desde este ángulo, el cabello limpio pero rizado, la boca llena.



—¿Qué quisieras que haga? —dice ella.

—Déjame unirme a ti en liderar a los Leales —dice él—. Fui líder de Abnegación. Prácticamente fui el líder de esta ciudad entera. La gente correrá detrás de mí.

—La gente ya ha corrido —señala Johanna—. Y no detrás de una persona, detrás del deseo de reinstalar las facciones. ¿Quién dice que te necesito?

—No es por desmerecer tus logros, pero los Leales aún son muy insignificantes como para ser más que una pequeña revuelta —dice Marcus—. Hay más Sin Facción que lo que cualquiera podría saber. Si me necesitas. Lo sabes.

Mi padre tiene un modo de persuadir a la gente sin encanto que siempre me ha confundido. Expresa sus opiniones como si fueran hechos, y de alguna manera su completa falta de duda te hace creerle. Esa cualidad me asusta ahora, porque sé lo que me dijo: que estoy roto, que no valgo nada, que no era nada. ¿Cuántas de esas cosas me hizo creer?

Puedo ver a Johanna comenzando a creerle, pensando en el pequeño montón de gente que ha reunido a la causa Leal. Pensando en el grupo que envió detrás de la cerca, con Cara, y nunca vio de nuevo. Pensando en lo sola que está y en lo rica que es la historia de él y su liderazgo. Quiero gritarle a través de las pantallas que no confíe en él, decirle que solo quiere las facciones de vuelta porque sabe que puede volver a su lugar de líder de nuevo. Pero mi voz no puede alcanzarla, no podría ni aunque estuviera a su lado.

Con cuidado, Johanna le dice.

—¿Puedes prometerme que en la medida de lo posible, tratarás de limitar la destrucción que causaremos?

Marcus dice:

—Por supuesto.

Ella asiente de nuevo, pero esta vez para sí misma.

—A veces necesitamos luchar por la paz —dice, más para el pavimento que para Marcus—. Creo que es una de esas veces. Y creo que serías útil para convocar gente.





Es el comienzo de la rebelión Leal que he estado esperando desde que oí que el grupo se había formado. Incluso aunque me pareció inevitable dado que Evelyn eligió gobernar, me siento enfermo. Parece que las rebeliones no se detienen, en la ciudad, en los campos, en cualquier lugar. Solo son aire entre ellos, y tontamente, llamamos a esos respiros “paz”.

Me alejo de la pantalla, pretendiendo dejar la sala de control detrás de mí, tomar aire fresco donde pueda.

Pero mientras me voy, veo otra pantalla, mostrando a una mujer de cabello oscuro caminando adelante y atrás en una oficina en la sede de Erudición. Evelyn, por supuesto que mantienen imágenes en la mayoría pantallas de la sala de control. Tiene sentido.

Evelyn empuja sus manos por su cabello, enredando sus dedos por los mechones. Cae a un sillón, papeles cayendo al suelo alrededor y pienso, *está llorando*. Pero no estoy seguro de por qué, dado que no veo a sus hombros temblar.

Oigo a través de los parlantes, un golpe en la puerta. Evelyn se endereza, ordena su cabello, limpia su cara y dice:

—¡Adelante!

Therese entra, su banda de Sin Facción puesta.

—Acabamos de recibir noticias de las patrullas, dicen que no han visto señales de él

—Genial. —Evelyn sacude la cabeza—. Lo exilio y se queda dentro de la ciudad. Debe estar haciendo esto solo para molestarme.

—O se ha unido a los Leales y lo están escondiendo —dice Therese metiendo su cuerpo en una silla de oficina. Retuerce papel contra el piso con sus botas.

—Bueno, obviamente. —Evelyn pone su brazo contra la ventana y se apoya en ella, mirando la ciudad y más allá de ella, al pantano—. Gracias por ponerme al día.

—Lo encontraremos —dice Therese—. No puede haber ido lejos. Juro que lo encontraremos.





—Solo quiero que se vaya —dice Evelyn, su voz apretada y pequeña, como la de un niño. Me pregunto si aún le tiene miedo, del modo que yo le tengo, como una pesadilla que sigue resurgiendo durante el día

Me pregunto qué tan similares seremos yo y mi madre, en lo profundo, donde importa.

—Lo sé —dice Therese, y se va. Me paso un largo tiempo mirando a Evelyn viendo por la ventana, sus dedos retorciéndose a su lado.

Siento como si me hubiera convertido en la mitad de mi padre y de mi madre, violento e impulsivo y desesperado y asustado. Siento que he perdido control de en lo que me he convertido.

Traducido por Dark heaven

Corregido por Laurence15

TRIS

David me llama a su oficina al día siguiente, y temo que recuerde cómo lo usé como un escudo cuando estaba alejándome del Laboratorio de Armas, cómo apunté un arma a su cabeza y dije que no me importaba si vivía o moría.

Zoe me encuentra en el vestíbulo del hotel y me conduce por el pasillo principal y luego por otro, largo y estrecho, con ventanas a mi derecha que muestran una pequeña flota de aviones posados en filas sobre el concreto. Poca nieve toca el vidrio, una temprana probada de invierno, y se derrite en cuestión de segundos.

La miro de reojo mientras caminamos, con la esperanza de ver cómo es cuando piensa que nadie la está mirando, pero ella parece igual que siempre —alegre, pero formal. Como si el ataque nunca hubiese sucedido.

—Él va a estar en una silla de ruedas —dice cuando llegamos al final del estrecho pasillo—. Es mejor no hacer una gran cosa de eso. No le gusta ser compadecido.

—No lo compadezco. —Me esfuerzo por mantener la furia fuera de mi voz. La haría sospechosa—. No es la primera persona que alguna vez fue golpeada por una bala.

—Siempre olvido que has visto mucha más violencia de lo que nosotros hemos visto —dice Zoe, y escanea su tarjeta en la barrera de seguridad que alcanzamos. Miro a través del cristal a los guardias en el otro lado, se paran erguidos, con sus armas en sus hombros, mirando hacia adelante. Tengo la sensación de que tienen que estar así todo el día.

Me siento pesada y adolorida, como si mis músculos estuvieran comunicando un dolor emocional más profundo. Uriah todavía se encuentra en estado de coma. Todavía no puedo mirar a Tobias cuando lo



veo en el dormitorio, en la cafetería y en el pasillo sin ver la pared explotada al lado de la cabeza de Uriah. No estoy segura cuándo, o si alguna vez, va a mejorar. No estoy segura si esas heridas son de las que pueden sanar.

Caminamos pasando por delante de los guardias, y el azulejo se convierte en madera bajo mis pies. Pequeñas pinturas con marcos dorados decoran las paredes, y justo frente a la oficina de David hay un pedestal con un ramo de flores en él. Son pequeños detalles, pero el efecto es que siento como si mi ropa estuviera manchada con suciedad.

Zoe llama, y una voz grita:

—¡Adelante!

Ella abre la puerta para mí, pero no me sigue adentro. La oficina de David es espaciosa y cálida, las paredes llenas de libros alineados cuando no están con ventanas. En el lado izquierdo hay un escritorio con unas pantallas de cristal suspendida por encima de él, y en el lado derecho hay un pequeño laboratorio con muebles de madera en lugar de los de metal.

David se sienta en una silla de ruedas, con las piernas cubiertas de un material rígido, para mantener los huesos en su lugar para que puedan sanar, asumo. Se ve pálido, pero lo suficientemente sano. Aunque sé que él tenía algo que ver con el ataque de simulación, y con todas esas muertes, encuentro dificultades para emparejar las acciones con el hombre que veo delante de mí. Me pregunto si esto es lo que pasa con los hombres malos: que para alguien ellos parecen hombres buenos, hablan como hombres buenos y son tan agradables como hombres buenos.

—Tris. —Él se empuja hacia mí y presiona una de mis manos entre las suyas. Mantengo mi mano firmemente en la suya, aunque su piel se siente seca como papel y siento rechazo por él.

—Eres muy valiente —dice, y luego libera mi mano—. ¿Cómo están tus lesiones?

Me encojo de hombros.

—He estado peor. ¿Cómo están las tuyas?

—Me tomará un poco de tiempo caminar una vez más, pero están seguros de que lo haré. Algunas personas de nuestro pueblo están desarrollando aparatos ortopédicos sofisticados de todos modos, así que puedo ser el



primer caso experimental si tengo que hacerlo —dice, las comisuras de sus ojos se arrugan—. ¿Podrías empujarme detrás del escritorio? Sigo teniendo problemas de dirección.

Lo hago, colocando sus rígidas piernas debajo del escritorio y dejando que el resto de su cuerpo siga. Cuando estoy segura de que está bien posicionado, me siento en la silla frente a él y trato de sonreír. Con el fin de encontrar alguna forma de vengar a mis padres, tengo que mantener su confianza y su afecto por mí intactos. Y no voy a hacer eso con el ceño fruncido.

—Te pedí que vinieras aquí sobre todo para que pudiera agradecerte —dice—. No puedo pensar en muchos jóvenes que hubiesen venido por mí en vez de correr para cubrirse, o que hubieran sido capaces de salvar este recinto como lo hiciste.

Pienso en presionar una pistola en su cabeza y amenazar su vida, pero trago duro.

—Tú y la gente con la que viniste han estado en un estado lamentable de cambio continuo desde su llegada —dice—. No estamos muy seguros de qué hacer con todos ustedes, para ser honestos, y estoy seguro que ustedes mismos no saben qué hacer con ustedes, pero tengo pensado en algo que me gustaría que hicieras. Soy el líder oficial de este recinto, pero aparte de eso, tenemos un sistema de gobierno similar al de Abnegación, así que estoy asesorado por un pequeño grupo de concejales. Me gustaría que comenzaras el entrenamiento para esa posición.

Mis manos se aprietan alrededor de los apoyabrazos.

—Ya ves, vamos a tener que hacer algunos cambios por aquí ahora que hemos sido atacados —dice—. Vamos a tener que tomar una postura más fuerte para nuestra causa. Y creo que tú sabes cómo hacerlo.

No puedo discutir con eso.

—¿Qué... ? —Me aclaro la garganta—. ¿Qué implicaría el entrenamiento para esa formación?

—Asistir a nuestras reuniones, por un lado —dice—, y aprender los pros y los contras de nuestro recinto, la forma en que funcionamos, de arriba a abajo, nuestra historia, nuestros valores, y así sucesivamente. No puedo permitirte que seas parte del consejo en ninguna capacidad oficial a una



edad tan joven, y hay una vía que debes seguir: ayudar a uno de los actuales miembros del consejo, pero te estoy invitando a avanzar por el camino, si lo deseas.

Sus ojos, no su voz, me preguntan la cuestión.

Los concejales son probablemente las mismas personas que autorizaron el ataque de simulación y se aseguraron que fuera transmitido a Jeanine en el momento adecuado. Y él quiere que me sienta entre ellos y aprenda a convertirme en ellos. A pesar de que puedo sentir el sabor de la bilis en la parte posterior de mi boca, no tengo ningún problema en contestar.

—Por supuesto —le digo, y sonrío—. Sería un honor.

Si alguien te ofrece una oportunidad para estar más cerca de tu enemigo, siempre la tomas. Sé eso sin tener que haberlo aprendido de nadie.

Él debe creer mi sonrisa, porque sonrío.

—Pensé que dirías que sí —dice—. Es algo que quería que tu madre hiciera conmigo, antes de que ella se ofreciera voluntaria para entrar en la ciudad. Pero creo que se había enamorado del lugar desde lejos y no pudo resistirse a él.

—¿Enamorado... de la ciudad? —digo—. Sobre gustos no hay nada escrito, supongo.

Es solo una broma, pero mi corazón no está en ella. Aun así, David se ríe, y sé que he dicho lo correcto.

—¿Eras... cercano con mi madre mientras ella estaba aquí? —le pregunto—. He estado leyendo su diario, pero ella no era muy expresiva.

—No, no lo era, ¿verdad? Natalie siempre fue muy sencilla. Sí, éramos cercanos, tu madre y yo. —Su voz se suaviza cuando habla de ella, ya no es el líder templado de este recinto, sino una persona mayor, reflexionando sobre el pasado con cariño.

El pasado que pasó antes de que hiciera que la mataran.

—Teníamos una historia similar. Yo también fui arrancado directamente de un mundo dañado como un niño... mis padres eran personas gravemente disfuncionales que fueron llevados a prisión cuando yo era joven. En lugar de sucumbir a la adopción en un sistema sobrecargado de



huérfanos, mis hermanos y yo corrimos a la frontera el mismo lugar donde tu madre también tomó refugio años más tarde, y solamente yo salí de allí con vida.

No sé qué decir a eso, no sé qué hacer con la simpatía creciendo dentro de mí por un hombre que sé ha hecho cosas terribles. Me quedo mirando mis manos e imagino que mis entrañas son de metal líquido endureciendo el aire, tomando una forma de la que nunca van a cambiar de nuevo.

—Vas a tener que ir por ahí con nuestras patrullas mañana. Vas a poder ver la frontera —dice—. Es algo importante para que un futuro miembro del consejo vea.

—Estaría muy interesada —le digo.

—Encantador. Bueno, no me gusta terminar nuestro tiempo juntos, pero tengo un poco de trabajo con el que ponerme al día —dice—. Voy a tener a alguien notificándote acerca de las patrullas, y nuestra primera reunión del consejo es el viernes a las diez de la mañana, así que voy a estar viéndote pronto.

Me siento desesperada, no le pregunté lo que quería. No creo que haya alguna vez una oportunidad. Ya es demasiado tarde ahora, de todos modos. Me levanto y me acerco a la puerta, pero entonces él vuelve a hablar.

—Tris, siento como si tuviera que ser abierto contigo si vamos a confiar él uno en el otro —dice.

Por primera vez desde que lo conocí, David se ve casi... temeroso. Sus ojos están abiertos, como los de un niño. Sin embargo, un momento después, la expresión se ha ido.

—Puedo haber estado bajo la influencia de un cóctel de sueros en el momento —dice—, pero sé lo que les dijiste para evitar que nos dispararan. Sé que les dijiste que me matarías para proteger lo que había en el Laboratorio de Armas.

Mi garganta se siente tan apretada que casi no puede respirar.

—No te alarmes —dice—. Es una de las razones por la que te ofrecí esta oportunidad.

—¿Po-por qué?





—Demostraste la cualidad que más necesito en mis asesores —dice—. Que es la capacidad de hacer sacrificios por un bien mayor. Si vamos a ganar esta lucha contra el daño genético, si vamos a salvar a los experimentos de ser cerrados, tendremos que hacer sacrificios. ¿Entiendes eso, no?

Siento un destello de rabia y me fuerzo a asentir. Nita ya nos dijo que los experimentos estaban en peligro de ser disueltos, así que no me sorprendió escuchar que es verdad. Pero la desesperación de David por salvar la obra de su vida no es excusa para matar a una facción, a mi facción.

Por un momento me quedo con la mano en el pomo de la puerta, tratando de reponerme, y luego decido tomar un riesgo.

—¿Qué hubiera pasado si hubiesen hecho otra explosión para entrar en el Laboratorio de Armas? —le pregunto—. Nita dijo que haría activar una de las medidas de seguridad si lo hicieran, pero para mí parecía la solución más obvia a su problema.

—Un suero habría sido liberado en el aire... uno que las máscaras no podrían haber protegido, debido a que es absorbido por la piel —dice David—. Uno que incluso los puros genéticamente no pueden combatir. No sé cómo Nita sabe al respecto, ya que no se supone que sea de conocimiento público, pero supongo vamos a averiguarlo en otro momento.

—¿Qué hace el suero?

Su sonrisa se convierte en una mueca.

—Digamos que es lo bastante malo para que Nita prefiera estar en la cárcel por el resto de su vida que entrar en contacto con él.

Tiene razón. No tiene que decir nada más.



Traducido por Kasycrasy

Corregido por Laurence15

TOBIAS

—**M**iren quién es —dice Peter mientras yo entro al dormitorio—. El traidor.

Hay mapas repartidos sobre su cama y uno al lado suyo. Son blancos, azul pálido y verde apagado, y me atraen hacia ellos con un extraño magnetismo. En cada uno de ellos Peter ha dibujado un tembloroso círculo, alrededor de nuestra ciudad, alrededor de Chicago. Ha marcado los límites de dónde ha estado.

Veo ese círculo encogerse en cada mapa, hasta ser solo un punto rojo brillante, como una gota de sangre.

Y luego retrocedo, temeroso de lo que significaba que yo fuera tan pequeño.

—Si piensas que te encuentras en una especie de superioridad moral, te equivocas —le digo a Peter—. ¿Por qué todos los mapas?

—Tengo problemas para asimilarlo, el tamaño del mundo —dice él—. Algunas de las personas de la Oficina me han estado ayudando a aprender más sobre él. Planetas, estrellas y cuerpos de agua, cosas como ésas —dice eso casualmente, pero sé por los frenéticos garabatos de los mapas que su interés no es casual, es obsesivo. Yo estaba obsesionado con mis miedos, antes, de la misma manera, siempre tratando de darles sentido, una y otra vez.

—¿Está ayudando? —digo. Me doy cuenta de que nunca he tenido una conversación con Peter que no involucrara gritarle. No es que no se lo mereciera, pero no sé nada sobre él. Apenas recuerdo su apellido de la lista de iniciados. Hayes. Peter Hayes.



—De alguna manera. —Él toma uno de los mapas más grandes. Muestra el mundo entero, presionado plano como la masa amasada. Me lo quedo mirando el tiempo suficiente como para darle sentido a las formas sobre él, el azul extendido del agua y los pedazos multicolor de la tierra. En uno de esos trozos hay un punto rojo. Lo señala—. Ese punto cubre todos los lugares en los que he estado. Puedes cortar este pedazo de tierra del suelo y hundirlo en el mar y nadie se daría cuenta.

Siento miedo de nuevo, miedo de mi propio tamaño.

—Cierto. ¿Y qué?

—¿Y qué? Así que todo sobre lo que me he preocupado, lo que he dicho y hecho, ¿cómo puede importar? —Sacude su cabeza—. No lo hace.

—Por supuesto que lo hace —digo—. Toda la tierra está llena de gente, cada uno de ellos diferente, y las cosas que hace cada uno de ellos importan.

Niega con la cabeza otra vez y me pregunto, de repente, si es así como él se consuela: convenciéndose a sí mismo que las cosas malas que ha hecho no importan. Veo cómo el gigantesco planeta que me aterriza parece un refugio para él, un lugar en el que puede desaparecer en su gran espacio, nunca distinguiéndose a sí mismo y nunca haciéndose responsable de sus acciones.

Se inclina para desatar sus zapatos.

—Así que, ¿has sido condenado al ostracismo por tu pequeño grupo de devotos?

—No —digo automáticamente. Luego añado—: Puede. Pero no son mis devotos.

—Por favor. Son como el Culto de Cuatro

No puedo parar de reír.

—¿Celoso? ¿Te gustaría tener un Culto de Psicópatas que llamar propio?

Una de sus cejas se crispa.

—Si fuera un psicópata, ya te habría matado mientras duermes.





—Y añadido mis globos oculares a tu colección de globos oculares, sin duda.

Peter se ríe también, y me doy cuenta de que estoy intercambiando bromas y conversando con el iniciado que apuñaló a Edward en el ojo y trató de matar a mi novia, si es que todavía lo es. Pero entonces, también es la Osadía que nos ayudó a acabar con la simulación de ataque y salvó a Tris de una muerte horrible. No estoy seguro de cuál de esas acciones deben de pesar más en mi mente. Tal vez debería olvidarlo todo, dejar que comenzara de nuevo.

—Tal vez deberías unirme a mi pequeño grupo de personas odiadas —dice Peter—. Hasta ahora, Caleb y yo somos los únicos miembros, pero dado lo fácil que es conseguir estar en el lado malo de esa chica, estoy seguro de que nuestros números crecerán.

Me tenso.

—Tienes razón. Es fácil conseguir estar en su lado malo. Todo lo que tienes que hacer es tratar de conseguir que la maten.

Mi estómago se retuerce. Yo casi la mato. Si ella hubiera estado más cerca de la explosión, podría estar como Uriah, conectada a tubos en el hospital, con la mente silenciosa.

No es de extrañar que ella no sepa si quiere quedarse conmigo o no.

La comodidad de hace un momento se ha ido. No puedo olvidar lo que hizo Peter porque él no ha cambiado. Sigue siendo la misma persona que estaba dispuesta a matar, mutilar y destruir para subir a la cima de su clase de iniciados. Y no puedo olvidar lo que hice tampoco. Me levanto.

Peter se apoya contra la pared y entrelaza sus dedos sobre su estómago.

—Solo digo que si ella decide que alguien no sirve para nada, todo el mundo dice lo mismo. Es un extraño talento para alguien que solía ser solo otro Estirado aburrido, ¿no es así? Y tal vez demasiado poder para una sola persona, ¿verdad?

—Su talento no es controlar las opiniones de otras personas —digo—, es por lo general estar en lo correcto sobre las personas.

Él cierra sus ojos.





—Lo que tú digas, Cuatro.

Todas mis extremidades se sienten frágiles por la tensión. Dejo el dormitorio y los mapas con los círculos rojos, aunque no estoy seguro de a dónde ir.

Para mí, Tris siempre ha parecido magnética de una forma que no puedo describir, y de la que ella no era consciente. Nunca la he temido u odiado por ello, de la manera en que Peter lo hace, pero entonces, siempre he estado en una posición favorable, no amenazado por ella. Ahora que he perdido esa posición, puedo sentir el tirón hacia el resentimiento, tan fuerte y seguro como una mano alrededor de mi brazo.

Me encuentro en el jardín del atrio de nuevo, y esta vez, una luz resplandece detrás de las ventanas. Las flores se ven hermosas y salvajes a la luz del día, como despiadadas criaturas suspendidas en el tiempo, sin moverse.

Cara trota hacia el atrio, su cabello despeinado y flotando sobre su frente.

—Aquí estás. Es terriblemente fácil perder a la gente en este lugar.

—¿Qué pasa?

—Bueno... ¿estás bien, Cuatro?

Me muerdo el labio con tanta fuerza que siento un pellizco.

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

—Estamos teniendo una reunión, y tu presencia es requerida.

—¿Quién es “nosotros” exactamente?

—Dañados Genéticamente y simpatizantes de DGs que no quieren dejar que la Oficina se salga con la suya en ciertas cosas —dice ella, y entonces inclina la cabeza hacia un lado—. Pero mejores planificadores que los últimos con los que te encontraste.

Me pregunto quién se lo dijo.

—¿Sabes sobre la simulación de ataque?

—Mejor aún, reconocí el suero de la simulación en el microscopio cuando Tris me lo mostró —dice Cara—. Sí, lo sé.





Niego con la cabeza.

—Bueno, no voy a involucrarme en esto de nuevo.

—No seas idiota —dice ella—. La verdad que has oído sigue siendo cierta. Esta gente sigue siendo la responsable de las muertes de la mayor parte de Abnegación y de la esclavitud mental de Osadía y de la destrucción de nuestro modo de vida, y algo tiene que hacerse al respecto.

No estoy seguro de si quiero estar en la misma habitación que Tris, sabiendo que podríamos estar a punto de terminar, sería como estar en el borde de un acantilado. Es más fácil fingir que no está pasando cuando no estoy a su alrededor. Pero Cara dice algo con lo que simplemente tengo que estar de acuerdo con ella: sí, algo tiene que hacerse.

Ella toma mi mano y me lleva por el pasillo del hotel. Sé que tiene razón, pero estoy inseguro, incierto por participar en otro intento de resistencia. Aun así, ya me estoy moviendo hacia ello, una parte de mí ansiosa con la oportunidad de moverme de nuevo, en lugar de estar congelado delante del material de vigilancia de nuestra ciudad, como he estado.

Cuando está segura de que la estoy siguiendo, me suelta la mano y se coloca el pelo detrás de la oreja.

—Todavía resulta raro no verte en azul —digo.

—Es hora de dejar que todo eso se vaya, creo —me responde—. Incluso si pudiera volver atrás, no lo querría, en este punto.

—¿No echas de menos las facciones?

—De hecho, sí. —Me mira. Ha pasado suficiente tiempo entre la muerte de Will y la actualidad, así que ya no lo veo cuando la miro, solo veo a Cara. La conozco mucho más de lo que lo conocía a él. Ella tiene un toque de su amabilidad, lo suficiente para hacerme sentir que puedo tomarle el pelo sin ofenderla—. Prosperé en Erudición. Muchas personas dedicadas al descubrimiento y la innovación, era una maravilla. Pero ahora que sé lo grande que es el mundo... bueno. Supongo que me he vuelto demasiado grande para mi facción, como consecuencia. —Ella frunce el ceño—. Lo siento, ¿fue muy arrogante?

—¿A quién le importa?

—A alguna gente lo hace. Es bueno saber que no eres uno de ellos.





Me he dado cuenta, ya que no puedo evitarlo, que algunas de las personas que paso de camino a la reunión me dan miradas desagradables, o me evitan. Me han odiado y evitado antes, como el hijo de Evelyn Johnson, una tirana Sin Facción, pero me preocupa más ahora. Ahora sé que he hecho algo que me hace digno de ese odio: los he traicionado a todos ellos.

Cara dice:

—Ignóralos. No saben lo que es tomar una decisión difícil.

—Apuesto que tú no lo habrías hecho.

—Eso es solo porque me han enseñado a ser cautelosa cuando no conozco toda la información y a ti te han enseñado que tomar riesgos puede producir grandes recompensas. —Me mira de reojo—. O, en este caso, ninguna recompensa.

Para en la puerta de los laboratorios de Matthew y del supervisor, y llama. Matthew la abre de un tirón y le da un mordisco a la manzana que está sosteniendo. Le seguimos al interior de la habitación dónde me enteré que no era Divergente.

Tris está ahí, de pie junto a Christina, quien me mira como si fuera algo podrido que necesita ser desechado. Y en la esquina junto a la puerta está Caleb, su cara manchada de moretones. Estoy a punto de preguntarle que le había pasado cuando me doy cuenta de que los nudillos de Tris están del mismo color, y de que ella no lo está mirando muy intencionadamente.

O a mí.

—Creo que estamos todos —dice Matthew—. Vale... así que... uhm. Tris, soy muy malo en esto.

—Lo eres, en realidad —responde con una sonrisa. Siento una llamarada de celos. Ella se aclara la garganta—. Entonces, sabemos que estas personas son las responsables del ataque a Abnegación, y que no se puede confiar en ellas para proteger nuestra ciudad por más tiempo. Sabemos que queremos hacer algo al respecto y que el anterior intento de hacerlo ha sido... —Sus ojos van a la deriva hacia los míos y su mirada me hace un hombre más pequeño—, desaconsejable —finaliza—. Podemos hacerlo mejor.

—¿Qué propones? —dice Cara.





—Todo lo que sé por ahora es que quiero exponerlos como lo que son — dice Tris—. El grupo entero no puede posiblemente saber lo que sus líderes han hecho y quiero mostrarles. Tal vez entonces elijan nuevos líderes que no traten a la gente del interior como experimentos prescindibles. Pensé, tal vez, en una “infección” generalizada de suero de la verdad, por así decirlo...

Recuerdo el peso del suero de la verdad, llenándome en todos los lugares vacíos, los pulmones, el vientre y la cara. Recuerdo lo imposible que me parecía que Tris se hubiera levantado el peso suficiente como para mentir.

—No funcionará —digo—. Son PG, ¿recuerdas? Los Puros Genéticamente pueden resistir el suero de la verdad.

—Eso no es necesariamente verdad —dice Matthew, pellizcando el cordón alrededor de su cuello y luego girándolo—. No hemos visto a muchos Divergentes resistiendo al suero de la verdad. Solo a Tris, en los últimos tiempos. La resistencia al suero parece ser mayor en algunas personas que en otras, mírate a ti mismo, por ejemplo, Tobias. —Matthew se encoge de hombros—. De todas formas, es por eso que *te* invité, Caleb. Has trabajado con los sueros antes. Puedes saberlo tan bien como yo. Tal vez podamos desarrollar un suero de la verdad que resulte más difícil de resistir.

—No quiero volver a hacer ese tipo de trabajo —dice Caleb.

—Oh, calla... —empieza Tris, pero Matthew la interrumpe.

—Por favor, Caleb —dice.

Caleb y Tris intercambian una mirada. La piel de la cara de él y la de los nudillos de ella es casi del mismo color, púrpura-azul-verde, como si estuviera dibujado con tinta. Esto es lo que pasa cuando los hermanos chocan, se hieren el uno al otro de la misma manera. Caleb se hunde contra el borde del mostrador, tocando con la parte posterior de su cabeza los armarios metálicos.

—Bien —dice Caleb—. Mientras te comprometas a no utilizar esto contra mí, Beatrice.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta Tris.

—Puedo ayudar —dice Cara, levantando una mano—. He trabajado en los sueros también, como Erudición.





—Genial. —Matthew aplaude con sus manos—. Mientras tanto, Tris estará jugando al espía.

—¿Qué hay de mí? —dice Christina.

—Tenía la esperanza de que tú y Tobias pudieran congraciarse con Reggie —dice Tris—. David no quiso decirme sobre las medidas de seguridad del Laboratorio de Armas, pero Nita no puede haber sido el único que sabía de ellas.

—¿Quieres que me *congracie* con el chico que hizo estallar los explosivos que pusieron a Uriah en coma? —dice Christina.

—No tienen que ser amigos —dice Tris—, solo tienes que hablar con él sobre lo que sabe. Tobias puede ayudarte.

—No necesito a Cuatro; puedo hacerlo sola —contesta Christina.

Se desplaza sobre la mesa de examen, rompiendo el papel que tiene debajo de ella con su muslo, y me da otra mirada agria. Sé que debe ser la cara en blanco de Uriah la que ve cuando me mira. Siento que hay algo atascado en mi garganta.

—Me necesitas, en realidad, porque él ya confía en mí —digo—. Y esas personas son muy reservadas, lo que significa que para ello será necesario la sutileza.

—Puedo ser sutil —dice Christina.

—No, no puedes.

—Él tiene un *punto*... —canta Tris con una sonrisa.

Christina le golpea el brazo y Tris le golpea la espalda.

—Todo está decidido, entonces —dice Matthew—. Creo que deberíamos vernos de nuevo después de que Tris haya estado en la reunión del Consejo, que es el viernes. Vengan aquí a las cinco.

Se acerca a Cara y Caleb y les dice algo sobre compuestos químicos que yo no entiendo muy bien. Christina sale, chocándome con el hombro mientras deja la sala. Tris levanta sus ojos hacia los míos.

—Tenemos que hablar —digo.

—Bien —dice ella, y la sigo al pasillo.





Estamos al lado de la puerta hasta que todo el mundo ha salido. Sus hombros se retraen como si estuviera tratando de hacerse más pequeña, tratando de evaporarse en el lugar, y estamos muy separados, con todo el ancho del pasillo entre nosotros. Trato de recordar la última vez que la besé y no puedo.

Finalmente estamos solos, y el pasillo está tranquilo. Mis manos comienzan a temblar y adormecerse, como siempre hacen cuando entro en pánico.

—¿Crees que alguna vez me perdonarás? —pregunto.

Niega con la cabeza, pero dice:

—No lo sé. Creo que eso es lo que tengo que averiguar.

—Tú sabes... tú *sabes* que nunca quise que Uriah saliera herido, ¿verdad?

—Miro los puntos que cruzan su frente y añado—: O tú. Yo nunca quise hacerte daño tampoco.

Está dando golpecitos con su pie, su cuerpo cambiando con el movimiento. Ella asiente.

—Lo sé.

—Tenía que hacer algo —digo—. *Tenía* que hacerlo.

—Mucha gente salió herida —dice ella—. Todo porque tú hiciste caso omiso de lo que dije, porque, y ésta es la peor parte, Tobias, porque pensaste que estaba siendo mezquina y *celosa*. Solo una chica tonta de dieciséis años, ¿verdad? —Niega con la cabeza.

—Nunca te llamaría tonta o mezquina —digo severamente—. Pensé que tu juicio estaba nublado, sí. Pero eso es todo.

—Eso es suficiente. —Sus dedos se deslizan por su cabello y se envuelven alrededor de él—. Es lo mismo otra vez, ¿no es así? No me respetas tanto como dices que lo haces. Cuando se llega a esto, todavía crees que no puedo pensar racionalmente...

—¡No es eso lo que está pasando! —digo con vehemencia—. Te respeto más que nadie. Pero ahora me pregunto qué te molesta más, que haya tomado una decisión estúpida o que no fuera *tu* decisión.

—¿Qué se supone que significa eso?



—Significa —digo—, que puedes haber dicho que solo querías que fuéramos honestos el uno con el otro, pero creo que realmente querías que yo siempre estuviera de acuerdo contigo.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! Te *equivocaste*...

—¡Sí, me equivoqué! —Estoy gritando ahora, y no sé de dónde viene la ira, salvo que puedo sentirla girando en mi interior, violenta, cruel y más fuerte de lo que la he sentido en días—. Estaba equivocado, ¡cometí un gran error! ¡El hermano de mi mejor amigo está como si estuviera muerto! Y ahora estás actuando como un padre, castigándome por ello porque no hice lo que me dijeron. Bueno, ¡no eres mis padres, Tris, y no tienes que decirme qué hacer, qué elegir...!

—Deja de gritarme —dice tranquilamente, y finalmente me mira. Estoy acostumbrado a ver todo tipo de cosas en sus ojos, amor, anhelo y curiosidad, pero ahora lo único que veo es ira—. Solo para.

Su voz tranquila frena la rabia de mi interior, y me relajo contra la pared detrás de mí, metiendo las manos en mis bolsillos. No quise gritarle. No quise enfadarme en absoluto.

Me quedo mirando, sorprendido, mientras lágrimas tocan sus mejillas. No he visto su llanto en mucho tiempo. Ella sorbe, y traga, e intenta sonar normal, pero no lo hace.

—Solo necesito algo de tiempo —dice ella, ahogándose en cada palabra—. ¿Está bien?

—De acuerdo.

Se seca las mejillas con las palmas de sus manos y camina pasillo abajo. Miro su cabeza rubia hasta que desaparece detrás de la esquina, y me siento desnudo, como si no hubiera nada para protegerme del dolor. Su ausencia me hiere más que todo.



TRIS

—**A**hí está —dice Amar mientras me acerco al grupo—. Aquí, yo traeré tu chaleco, Tris.

—¿Mi... chaleco? —Como prometió David ayer, me voy a la frontera en la tarde. No sé qué esperar, lo que normalmente me pone nerviosa, pero estoy demasiado desgastada de los últimos días para sentir algo.

—Chaleco a prueba de balas. La frontera no es del todo segura —dice y mete la mano en una caja cerca de las puertas, clasificando a través de una pila de gruesos chalecos negros para encontrar el tamaño adecuado. Emerge con uno que todavía se ve demasiado grande para mí—. Lo siento, no hay mucha variedad aquí. Este funcionará muy bien. Brazos arriba.

Me pone el chaleco y aprieta las correas a los lados.

—No sabía que estarías aquí —digo.

—Bueno, ¿qué crees que hacía en la Oficina? ¿Solo recorrer el lugar haciendo bromas? —sonríe—. Encontraron un buen uso de mi experiencia en Osadía. Soy parte del equipo de seguridad. Así como George. Por lo general, solo manejamos la seguridad de las instalaciones, pero en el momento que alguien quiera ir a la frontera, soy voluntario.

—¿Hablando de mí? —dice George, quien estaba con el grupo en las puertas—. Hola, Tris. Espero que no esté diciendo nada malo. —George pone su brazo sobre los hombros de Amar, y se sonríen el uno al otro.

George se ve mejor que la última vez que lo vi, pero el dolor deja huella en su expresión, llevando arrugas a las comisuras de sus ojos cuando sonríe, mostrando el hoyuelo de su mejilla.



—Estaba pensando que deberíamos darle una pistola —dice Amar. Me mira—. Normalmente no damos armas a potenciales futuros miembros del Consejo, porque no tienen ni idea de cómo usarlas, pero es bastante claro lo que haces.

—Está realmente bien —digo—. No la necesito...

—No, probablemente tienes un mejor tiro que la mayoría de ellos —dice George—. Podríamos tener a otro Osadía a bordo con nosotros. Déjame ir a conseguir una.

Unos minutos más tarde estoy armada y caminando con Amar a la camioneta. Él y yo nos sentamos en la parte de atrás, George y una mujer llamada Ann se sientan en el medio y dos antiguos agentes de seguridad llamados Jack y Violet se sientan en el frente. La parte trasera de la camioneta está cubierta con un duro material negro. Las puertas traseras se ven opacas y negras desde el exterior, pero por dentro son transparentes, por lo que podemos ver hacia dónde vamos. Estoy apretada entre Amar y un montón de equipos que bloquean nuestra visión de la parte delantera de la camioneta. George se asoma sobre el equipo y sonrío cuando prende la camioneta, pero aparte de eso, somos solo Amar y yo.

Veo las instalaciones desaparecer detrás de nosotros. Conducimos a través los jardines y las dependencias que las rodean, y asomándose por detrás del borde de las instalaciones están los aviones, blanco y fijos. Llegamos a la cerca, y las puertas se abren para nosotros. Escucho hablar a Jack con el soldado en la valla exterior, diciéndole nuestros planes y los contenidos del vehículo, una serie de palabras que no entiendo, antes de que podamos ser liberados en el medio natural.

Pregunto:

—¿Cuál es el propósito de esta patrulla? Más allá de enseñarme cómo funcionan las cosas, quiero decir.

—Siempre hemos mantenido un ojo en la frontera, que es el área dañada genéticamente más cercana fuera del recinto. Principalmente solo investigación, estudiando cómo se está comportando el daño genético —dice Amar—. Pero después del ataque, David y el Consejo decidieron que necesitábamos ampliar la vigilancia establecida allí para que podamos evitar que un ataque vuelva a suceder.



Pasamos por el mismo tipo de ruinas que vi cuando salimos de la ciudad, los edificios colapsando bajo su propio peso, y las plantas de itinerancia salvaje sobre la tierra, rompiendo concreto.

No conozco a Amar y no confío en él exactamente, pero tengo que preguntar:

—¿Así que crees todo eso? ¿Todas las cosas sobre el daño genético siendo la causa de... esto?

Todos sus viejos amigos en el experimento eran Dañados Genéticamente. ¿Puede posiblemente creer que están dañados, que hay algo mal con ellos?

—¿Tu no? —dice Amar—. A mi modo de ver, la tierra ha estado presente durante mucho, mucho tiempo. Más de lo que podemos imaginar. Y antes de la Guerra de Purificación nadie había hecho esto, ¿verdad? —Él agita su mano para indicar al mundo exterior.

—No lo sé —digo—. Me resulta difícil creer que no lo hicieron.

—Vaya visión sombría de la naturaleza humana que tienes —dice.

No respondo.

Y continúa:

—De todos modos, si algo así había sucedido en nuestra historia, la Oficina sabría.

Eso me parece ingenuo, para alguien que vivió una vez en mi ciudad y vio, al menos en las pantallas, cuántos secretos manteníamos entre nosotros. Evelyn trató de controlar a la gente controlando armas, pero Jeanine era más ambiciosa, sabía que cuando se controla la información, o se manipula, no necesitas la fuerza para mantener a la gente bajo tu pulgar. Permanecen allí de buena gana.

Eso es lo que la Oficina y probablemente todo el gobierno, está haciendo: condicionando personas para ser feliz bajo su pulgar.

Viajamos en silencio por un tiempo, con solo el sonido de los equipos balanceándose y el motor para que nos acompañe. Al principio miro todos los edificios que pasamos, preguntándome lo que una vez albergaron, y luego comienzan a mezclarse para mí. ¿Cuántos tipos diferentes de ruina tienes que ver antes de resignarte a llamar a todo “ruina”?





—Estamos casi en la frontera —grita George desde el centro de la camioneta—. Vamos a parar aquí y avanzar a pie. Todo el mundo tome algo de equipo y levántenlo, excepto Amar, quien solo debe cuidar de Tris. Tris, eres bienvenida a salir y echar un vistazo, pero quédate con Amar.

Siento que todos mis nervios están demasiado cerca de la superficie, y al menor contacto los hará dispararse. La frontera es donde mi madre se retiró después de ser testigo de un asesinato, es donde la Oficina la encontró y la rescató porque sospechaba que su código genético era sensato. Ahora voy a caminar hasta allí, al lugar donde, de alguna manera, todo comenzó.

La camioneta se detiene, y Amar abre las puertas. Sostiene su pistola en una mano y me hace señas con la otra. Salto detrás de él.

Hay edificios aquí, pero no son tan prominentes como las casas improvisadas, hechas de chatarra y lonas de plástico, apiladas justo al lado de la otra como si estuvieran sosteniéndose unas a otras en posición vertical. En los estrechos pasillos entre ellos hay personas, la mayoría niños, vendiendo cosas en bandejas, o llevando cubos de agua, o cocinando en fogatas.

Cuando uno de los más cercanos nos ven, un niño, sale corriendo y grita:

—¡Redada! ¡Redada!

—No te preocupes por eso —me dice Amar—. Piensan que somos soldados. A veces hacen redadas para transportar a los niños a orfanatos.

Apenas reconozco el comentario. En su lugar empiezo caminando por uno de los pasillos, mientras la mayoría de la gente se quita o se encierra dentro de sus cobertizos de cartón o más lona. Los veo a través de las grietas entre las paredes, sus casas no son mucho más que una pila de comida y suministros en un lado y colchonetas por el otro. Me pregunto qué hacen en el invierno. O lo que usan como inodoro.

Pienso en las flores dentro del recinto, y los pisos de madera, y todas las camas en el hotel que están desocupadas, y digo:

—¿Alguna vez los ayudan?

—Creemos que la mejor manera de ayudar a nuestro mundo es arreglar sus deficiencias genéticas —dice Amar, como si estuviera recitándolo de memoria—. Alimentar a la gente es solo poner una pequeña venda en una



herida abierta. Puede detener el sangrado durante un tiempo, pero al final la herida todavía estará allí.

No puedo responder. Todo lo que hago es sacudir un poco la cabeza y seguir caminando. Estoy empezando a entender por qué mi madre se unió a Abnegación cuando se suponía que debía unirse a Erudición. Si realmente hubiera deseado la seguridad de la corrupción creciente de Erudición, podría haber ido a Cordialidad o a Verdad. Pero eligió la Facción en la que podía ayudar a los desamparados y dedicó la mayor parte de su vida a asegurarse de que los Sin Facción tuvieran provisiones.

Deben de haberle recordado a este lugar, a la frontera.

Vuelvo la cabeza lejos de Amar para que no vea las lágrimas en mis ojos.

—Volvamos a la camioneta.

—¿Estás bien?

—Sí.

Los dos nos damos la vuelta para regresar a la camioneta, pero luego escuchamos disparos.

Y justo después de ellos, un grito.

—¡Ayuda!

Todo el mundo alrededor de nosotros se dispersa.

—Ese es George —dice Amar, y sale corriendo por uno de los pasillos a nuestra derecha. Lo persigo dentro de las estructuras de chatarra, pero él es demasiado rápido para mí, y este lugar es un laberinto. Lo pierdo en segundos, y entonces estoy sola.

Por mucha simpatía automática de raza Abnegación que tengo para las personas que viven en este lugar, también tengo miedo de ellos. Si son como los Sin Facción, entonces están sin duda desesperados como los Sin Facción, y soy cautelosa con las personas desesperadas.

Una mano se cierra alrededor de mi brazo y me arrastra hacia atrás, a uno de los cobertizos de aluminio. En el interior todo es del color azul de la lona que cubre las paredes, aislando la estructura contra el frío. El suelo está cubierto de madera contrachapada, y de pie delante de mí está una pequeña mujer delgada y con un rostro sucio.



—No quieres estar ahí —dice—. Van a arremeter contra cualquiera, no importa lo joven que sea.

—¿Ellos? —digo.

—Hay un montón de gente enojada aquí en la frontera —dice la mujer—. La ira de algunas personas les hace querer matar a todos los que perciben como un enemigo. Algunas de las personas que los hacen más constructivos.

—Bueno, gracias por la ayuda —digo—. Mi nombre es Tris.

—Amy. Siéntate.

—No puedo —digo—. Mis amigos están allí.

—Entonces deberías esperar hasta que la horda de gente corra a donde están tus amigos, y luego acercarte sigilosamente a ellos por la espalda.

Eso suena inteligente.

Me siento en el piso, mi arma clavándose en mi pierna. El chaleco a prueba de balas es tan rígido que es difícil sentirse cómoda, pero hago lo mejor que puedo para parecer relajada. Escucho a la gente corriendo y gritando fuera. Amy gesticula hacia la esquina de la lona viendo de vuelta el exterior.

—Así que tú y tus amigos no son soldados —dice Amy, sin dejar de mirar afuera—. Lo que significa que deben ser tipos de Bienestar Genético, ¿verdad?

—No —digo—. Quiero decir, lo son, pero yo soy de la ciudad. Quiero decir, Chicago.

Las cejas de Amy se alzan.

—Maldición. ¿Ha sido desmantelado?

—Todavía no.

—Eso es lamentable.

—¿Lamentable? —le frunzo el ceño—. Es mi hogar del que estás hablando, ya sabes.





—Bueno, tu hogar está perpetuando la creencia de que las personas dañadas genéticamente necesitan ser arregladas, que están dañados y punto, que ellos, nosotros, no lo estamos. Así que sí, es una pena que existan todavía los experimentos. No voy a pedir disculpas por decir esto.

No lo había pensado de esa manera. Para mí, Chicago tiene que seguir existiendo porque la gente que he perdido vivía allí, porque la forma de vida que una vez amé sigue allí, aunque en una forma rota. Pero no me di cuenta de que la existencia misma de Chicago podría ser perjudicial para las personas externas que solo quieren ser considerados como un todo.

—Ya es hora de que te vayas —dice Amy, dejando caer la esquina de la lona—. Están probablemente en una de las zonas de reuniones, al noroeste de aquí.

—Gracias de nuevo —digo.

Ella asiente con la cabeza hacia mí, y me escabullo de su casa improvisada, las tablas crujiendo bajo mis pies.

Me muevo por los pasillos, rápido, contenta de todas las personas que se fueron cuando llegamos, así que no hay nadie para bloquear mi camino. Salto sobre un charco de, bueno, no quiero saber lo que es, y emerjo a una especie de patio, donde un chico alto y desgarbado tiene una pistola apuntando a George.

Un pequeño grupo de personas rodea al chico con la pistola. Se han distribuido entre ellos el equipo de vigilancia que George llevaba, y lo están destruyendo, golpeándolo con zapatos, piedras o martillos.

Los ojos de George se desplazan hacia mí, pero llevo un dedo a mis labios rápidamente. Estoy detrás de la multitud ahora; el del arma no sabe que yo estoy ahí.

—Baja el arma —dice George.

—¡No! —responde el chico. Sus ojos claros siguen moviéndose de George a la gente a su alrededor y de vuelta—. Tuvimos un montón de problemas para conseguir esto, no vamos a dártelo ahora.

—Entonces solo... déjame ir. Puedes quedártelo.

—¡No hasta que nos digas a dónde has estado llevando a nuestra gente!
—dice el chico.





—No hemos tomado a nadie de tu gente —dice George—. No somos soldados. Solo somos científicos.

—Sí, claro —dice el chico—. ¿Un chaleco a prueba de balas? Si eso no es una mierda de soldado, entonces yo soy el chico más rico de los Estados Unidos. ¡Ahora dime lo que necesito saber!

Me muevo de nuevo, así que estoy de pie detrás de uno de los cobertizos, luego pongo la pistola en el borde de la estructura y digo:

—¡Oye!

Todos en la multitud se vuelve a la vez, pero el chico con la pistola no deja de apuntar a George, como yo esperaba.

—Te tengo en la mira —digo—. Vete ahora y voy a dejarte ir.

—Le dispararé —dice el chico.

—Te dispararé —digo—. Estamos con el gobierno, pero no somos soldados. No sabemos dónde está tu gente. Si lo dejas ir, todos vamos a quedarnos en silencio. Si lo matas, te garantizo que habrá soldados aquí pronto para arrestarte, y no serán tan indulgentes como nosotros.

En ese momento Amar emerge en el patio detrás de George, y alguien en la multitud grita:

—¡Hay más de ellos! —Y todo el mundo se dispersa. El chico con el arma entra en el pasillo más cercano, dejándonos a George, Amar y a mí solos. Aún así, mantengo mi arma sobre mi cara, en caso de que decidan volver.

Amar envuelve sus brazos alrededor de George, y George golpetea su espalda con el puño. Amar me mira, su cara sobre el hombro de George.

—¿Aún no crees que el daño genético es el culpable de alguno de estos problemas?

Camino junto a uno de los cobertizos y veo una niña agachada junto a la puerta, con los brazos alrededor de sus rodillas. Me ve a través de la grieta en las lonas en capas y gime un poco. Me pregunto quién les enseña a estas personas a estar tan asustados de los soldados. Me pregunto qué hace a un chico tan desesperado como para apuntar con un arma a uno de ellos.

—No —digo—. No lo creo.



Tengo mejores personas para culpar.

Para cuando volvemos a la camioneta, Jack y Violet están instalando una cámara de seguridad que no fue robada por la gente de la frontera. Violet tiene una pantalla en sus manos con una larga lista de números en ella, y se los lee a Jack, que los programa en la pantalla.

—¿Donde han estado ustedes? —dice.

—Fuimos atacados —dice George—. Tenemos que irnos, ahora.

—Por suerte, esa fue la última serie de coordenadas —dice Violet—. Vámonos.

Nos amontonamos en la camioneta de nuevo. Amar cierra las puertas detrás de nosotros, y pongo mi arma en el suelo con el seguro puesto, contenta de deshacerme de ella. No creí que estaría apuntando un arma peligrosa a alguien hoy cuando me desperté. No creí que sería testigo de este tipo de condiciones de vida, tampoco.

—Es la Abnegación en ti —dice Amar—. Eso te hace odiar ese lugar. Te puedo decir.

—Es un montón de cosas en mí.

—Es algo que noté en Cuatro también. Abnegación produce personas profundamente serias. Gente que ve las cosas automáticamente como necesidad —dice—. Me he dado cuenta de que cuando las personas cambian a Osadía, crea algunos de los mismos tipos. Erudición que cambian a Osadía tienden a volverse crueles y brutales. Verdad que cambian a Osadía tienden a volverse ruidosos, adictos a la adrenalina de la lucha. Y Abnegación que cambian para convertirse a Osadía... No sé, soldados, supongo. Revolucionarios.

»Eso es lo que podría ser, si confiara más en sí mismo —añade—. Si Cuatro no estuviera tan plagado de inseguridad, sería un tremendo líder, creo. Siempre he pensado eso.

—Creo que tienes razón —digo—. Es cuando es un seguidor que se mete en problemas. Como con Nita. O Evelyn.

¿Qué hay de ti? Me pregunto a mí misma. Querías hacer de él un seguidor también.





No, no lo hacía, me digo, pero no estoy segura de si me lo creo.

Amar asiente.

Las imágenes de la frontera siguen aumentando en mi interior, como el hipo. Me imagino a la niña que mi madre era, agachada en uno de los cobertizos, luchando por las armas, ya que significaba un gramo de seguridad, ahogándose con el humo para mantener el calor en el invierno. No sé por qué estaba tan dispuesta a abandonar el lugar después de haber sido rescatada. Ella fue absorbida por el recinto, y luego trabajó en su nombre por el resto de su vida. ¿Se olvidó de dónde venía?

No pudo. Pasó toda su vida tratando de ayudar a los Sin Facción. Tal vez no era el cumplimiento de su deber como Abnegación, tal vez se trataba de un deseo de ayudar a las personas como las que había dejado.

De repente no puedo soportar pensar en ella, o ese lugar o las cosas que vi allí. Tomo la primera idea que viene a mi mente, para distraerme.

—¿Así que tú y Tobias eran buenos amigos?

—¿Es alguien buen amigo de él? —Amar niega con la cabeza—. Le di su apodo, sin embargo. Lo vi enfrentar sus miedos y vi cómo de preocupado estaba, y me di cuenta que podía utilizar una nueva vida, así que empecé a llamarlo “Cuatro”. Pero no, yo no diría que éramos buenos amigos. No tan buenos como yo quería que fuéramos.

Amar apoya su cabeza contra la pared y cierra los ojos. Una pequeña sonrisa curva sus labios.

—Oh —digo—. ¿Te... gustaba?

—Ahora, ¿por qué lo preguntas?

Me encojo de hombros.

—Solo la forma en que hablas de él.

—Ya no me gusta más, si es lo que realmente te estás preguntando. Pero sí, en algún momento lo hizo, y estaba claro que él no regresó ese particular sentimiento, por lo que retrocedí —dice Amar—. Preferiría que no digas nada.

—¿A Tobias? Por supuesto que no lo haré.



—No, quiero decir, no digas nada a nadie. Y no estoy hablando solo de la cosa con Tobias.

Mira en la parte posterior de la cabeza de George, ahora visible por encima de la considerable disminución de la pila de equipos.

Levanto una ceja. No estoy sorprendida de que él y George estuvieran atraídos el uno por el otro. Ambos son Divergentes que tuvieron que fingir su propia muerte para sobrevivir. Los dos extraños en un mundo desconocido.

—Tienes que entender —dice Amar—. La Oficina está obsesionada con la procreación, con la transmisión de genes. Y George y yo somos Puros Genéticamente, así que cualquier entrelazamiento que no puede producir un código genético más fuerte... No está alentado, eso es todo.

—Ah —asiento con la cabeza—. No tienes que preocuparte por mí. No estoy obsesionada con producir genes fuertes —sonrío con ironía.

—Gracias —dice.

Durante unos segundos, nos sentamos en silencio, mirando las ruinas volverse un borrón cuando la camioneta acelera.

—Creo que eres buena para Cuatro, ya sabes —dice.

Miro mis manos, sobre mi regazo. Yo no tengo ganas de explicarle que estamos a punto de romper, no lo conozco y aunque lo hiciera, no quiero hablar de ello. Todo lo que puedo decir es:

—¿Ah, sí?

—Sí. Puedo ver lo que sacas de él. No sabes esto, porque nunca lo ha experimentado, pero Cuatro sin ti es una persona muy diferente. Él era... obsesivo, explosivo, inseguro.

—¿Obsesivo?

—¿Cómo más se puede llamar a alguien que va en varias ocasiones a través de su propio pasaje del miedo?

—No lo sé... decidida. —Hago una pausa—. Valiente.

—Sí, claro. Pero también es un poco loco, ¿no? Quiero decir, la mayoría de Osadía prefiere saltar al abismo que seguir a través de sus pasajes del





miedo. Existe la valentía y luego está el masoquismo, y la línea es un poco nebulosa con él.

—Estoy familiarizada con la línea —digo.

—Lo sé —sonríe Amar—. De todos modos, todo lo que estoy diciendo es que, cada vez que mezclas dos personas diferentes entre sí, tendrás problemas, pero puedo ver que lo que ustedes tienen vale la pena, eso es todo.

Yo arrugo la nariz.

—¿Mezclar gente entre sí, en serio?

Amar presiona sus palmas juntas y las retuerce hacia atrás y adelante, para ilustrar. Me río, pero no puedo ignorar la sensación de dolor en mi pecho.

Traducido por Dark heaven

Corregido por Angeles Rangel

TOBIAS

C Camino hacia el grupo de sillas más cercano a las ventanas de la sala de control y abro las diferentes cámaras de vigilancia de toda la ciudad, una por una, en busca de mis padres. Encuentro a Evelyn primero, ella se encuentra en el vestíbulo de la sede de Erudición, hablando en una esquina cercana con Therese y un hombre Sin Facción, su segundo y tercero al mando ahora que me he ido. Subo el volumen del micrófono, pero todavía no puedo escuchar otra cosa que murmullos.

A través de las ventanas a lo largo de la parte posterior de la sala de control, veo el mismo cielo de noche vacío como el de la ciudad, interrumpido solo por pequeñas luces azules y rojas que marcan las pistas de aterrizaje para aviones. Es extraño pensar que tenemos eso en común cuando todo lo demás es tan diferente aquí.

Para ahora las personas en la sala de control saben que fui yo el que desactivo el sistema de seguridad la noche antes del ataque, aunque no fui el que aplicó a uno de los trabajadores del turno de la noche el suero de la paz para que pudiera hacer eso, esa fue Nita. Pero para la mayor parte, ellos me ignoran, mientras me quedo lejos de sus escritorios.

En otra pantalla, puedo desplazarme por el material de nuevo, buscando a Marcus o a Johanna, cualquier cosa que me pueda mostrar lo que está sucediendo con los Leales. Cada parte de la ciudad se muestra en la pantalla, el puente cerca del Mercado de Martirio, la Espira y las principales vías del sector Abnegación, el Cubo y la rueda de la fortuna y los Campos de Cordialidad, ahora trabajada por todas las Facciones. Pero ninguna de las cámaras me muestra nada.

—Has estado viniendo aquí mucho —me dice Cara mientras se acerca—. ¿Estás asustado del resto del recinto? ¿O de algo más?



Ella tiene razón, he estado viniendo mucho a la sala de control. Es solo algo para pasar el tiempo mientras espero mi sentencia de Tris, mientras espero a que nuestro plan haga que los de la Oficina se unan, mientras espero algo, cualquier cosa.

—No —le digo—. Solo estoy vigilando a mis padres.

—¿Los padres que odias? —Ella se para junto a mí, con los brazos cruzados—. Sí, puedo ver por qué querías pasar cada hora del día mirando a la gente con la que deseas no tener nada que ver. Tiene perfecto sentido.

—Son peligrosos —le digo—. Más peligrosos porque nadie más que yo sabe lo peligrosos que son.

—¿Y qué vas a hacer desde aquí, si hacen algo terrible? ¿Enviar señales de humo? —La miro—. Está bien, está bien. —Ella levanta las manos en señal de rendición—. Solo estoy tratando de recordarte que ya no estás en su mundo, estás en éste. Eso es todo.

—Buen punto.

Nunca pensé en los Erudición siendo particularmente perspicaces sobre las relaciones, o las emociones, pero la aguda visión de Cara ve todo tipo de cosas. Mi temor. Mi búsqueda de una distracción en mi pasado. Es casi alarmante.

Me desplazo pasando uno de los ángulos de la cámara y luego hago una pausa y retrocedo. La escena es oscura, debido a la hora, pero veo a gente posándose como una parvada de pájaros en torno a un edificio que no reconozco, sus movimientos sincronizados.

—Ellos lo están haciendo —dice Cara, emocionada—. Los Leales en realidad están atacando.

—¡Oye! —grito a una de las mujeres en las mesas de la sala de control. La más vieja, que siempre me da una mirada desagradable cuando me aparezco, levanta la cabeza—. ¡Cámara veinticuatro! ¡Date prisa!

Ella golpea la pantalla, y todo el mundo dando vueltas por el área de vigilancia se reúne a su alrededor. La gente que pasaba por el pasillo se detiene para ver que está pasando, y yo me doy vuelta hacia Cara.





—¿Puedes ir a buscar a los otros? —le digo—. Pienso que deberían ver ésto.

Ella asiente con la cabeza, con los ojos desorbitados, y corre lejos de la sala de control.

La gente alrededor del desconocido edificio no viste uniformes para distinguirse, pero tampoco lleven los brazaletes de los Sin Facción y llevan armas. Trato de elegir un rostro, algo que reconozca, pero el material es demasiado borroso. Los veo organizarse, señalándose unos a otros para comunicarse, brazos oscuros ondeando en la noche más oscura.

Me aprieto el pulgar entre mis dientes, impaciente por algo, cualquier cosa que suceda. Unos minutos más tarde Cara llega con los otros detrás de ella. Cuando llegan a la multitud de gente alrededor de las pantallas principales, Peter dice:

—¡Disculpen! —Lo suficientemente fuerte para hacer que las personas se den vuelta. Cuando ven quién es, se apartan de él.

—¿Qué pasa? —me dice Peter cuando está más cerca—. ¿Qué está pasando?

—Los Leales han formado un ejército —digo, apuntando a la pantalla de la izquierda—. Hay gente de todas las Facciones, incluso Cordialidad y Erudición. He estado viendo mucho últimamente.

—¿Erudición? —dice Caleb.

—Los Leales son los enemigos de los nuevos enemigos, los Sin Facción —responde Cara—. Lo que les da a Cordialidad y Leales un objetivo común: usurpar a Evelyn.

—¿Dijiste que había Cordialidad en el ejército? —me pregunta Christina.

—Ellos no están participando realmente en la violencia —le digo—. Pero participan en el esfuerzo.

—Los Leales allanaron su primera bodega de armas hace unos días —dice sobre su hombro la joven mujer sentada en el escritorio de control más cercano a nosotros—. Esta es la segunda. Ahí es de dónde sacaron esas armas. Después de la primera incursión, Evelyn reubicó la mayor parte de las armas, pero no llegó a tiempo con este almacén.





Mi padre sabe lo que Evelyn sabía: que el poder de hacer que las personas te teman es el único poder que necesitas. Las armas harán eso por él.

—¿Cuál es su objetivo? —dice Caleb.

—Los Leales están motivados por el deseo de volver a nuestro propósito original en la ciudad —dice Cara—. Ya sea que eso signifique enviar a un grupo de personas fuera de la misma, según lo indicado por Edith Prior, lo que pensamos que era importante en el momento, aunque desde entonces he aprendido que sus instrucciones no son realmente importantes, o restablecer las Facciones por la fuerza. Están construyendo un ataque a la fortaleza Sin Facción. Eso es lo que Johanna y yo hablamos antes de irme. No hablamos de aliarnos con tu padre, Tobias, pero supongo que ella es capaz de tomar sus propias decisiones.

Casi me olvidé que Cara fue la líder de los Leales, antes de que nos fuéramos. Ahora no estoy seguro de que a ella le importe si las Facciones sobreviven o no, pero todavía se preocupa por la gente. Puedo decirlo por la forma en que ve las pantallas, ansiosa, pero temerosa.

Incluso durante la charla de la gente a nuestro alrededor, escucho cuando empiezan los disparos, solo encaje y palmadas en los micrófonos. Toco el cristal delante de mí un par de veces, y el ángulo de la cámara cambia a uno dentro del edificio en que los invasores acaban de irrumpir. En una mesa hay una pila de pequeñas cajas —municiones— y algunas pistolas. No es nada en comparación con las armas que la gente de aquí tiene, en toda su abundancia, pero en la ciudad, sé que es valioso.

Varios hombres y mujeres con brazaletes de Sin Facción vigilan la mesa, pero están cayendo rápidamente, superados en número por los Leales. Reconozco una cara familiar entre ellos, Zeke, golpeando con la culata de su arma la mandíbula de un hombre Sin Facción. Los Sin Facción son superados en dos minutos, cayendo por balas que solo ven cuando ya están enterradas en su carne. Los Leales se dispersan a través de la habitación, pasando por encima de los cuerpos como si fueran simplemente más escombros y recogen todo lo que pueden. Zeke apila armas sobre la mesa, una mirada dura en su cara que solo he visto un par de veces.

Él ni siquiera sabe lo que le pasó a Uriah.



La mujer en el escritorio toca la pantalla en algunos lugares. En una de las pantallas más pequeñas por encima de ella hay una imagen, un pedazo de la cinta de vigilancia que acabo de ver, congelado en un determinado momento en el tiempo. Ella golpea de nuevo, y la imagen se acerca a sus objetivos, un hombre con el pelo muy corto y una mujer con el pelo largo y oscuro que cubre un lado de su rostro.

Marcus, por supuesto. Y Johanna con un arma.

—Entre ellos, se las han arreglado para reunir a la mayor parte de los miembros de los leales a las Facciones a su causa. Sorprendentemente, sin embargo, los Leales todavía no superan en número a los Sin Facción. —La mujer se inclina hacia atrás en su silla y sacude la cabeza—. Había muchos más Sin Facción de lo que nos esperábamos. Es difícil obtener un recuento exacto de la población en un grupo disperso, después de todo.

—¿Johanna? ¿Liderando una rebelión? ¿Con un arma? Eso no tiene sentido —dice Caleb.

Johanna me dijo una vez que si la decisión hubiese pasado por ella, habría apoyado la acción contra Erudición en lugar de la pasividad que el resto de su Facción defendía. Pero ella estaba a merced de su Facción y su temor. Ahora, con las Facciones disueltas, parece que ella se ha convertido en algo más que la vocera de Cordialidad o incluso la líder de los Leales. Ella se ha convertido en un soldado.

—Tiene más sentido de lo que crees —le digo y Cara asiente con mis palabras.

Los veo vaciar la sala de armas y municiones y seguir adelante, rápido, esparciéndose como semillas al viento. Me siento más pesado, como si tuviera una nueva carga. Me pregunto si la gente a mi alrededor —Cara, Christina, Peter, incluso Caleb— sienten lo mismo. La ciudad, *nuestra ciudad*, está aún más cerca de la destrucción total de lo que estaba antes.

Podemos fingir que ya no pertenecemos ahí, mientras estamos viviendo en relativa seguridad en este lugar, pero lo hacemos.

Siempre lo haremos.



Traducido por Kathesweet

Corregido por Kasycrazy

TRIS

Está oscuro y nevando mientras conducimos hasta la entrada del recinto. Los copos caen sobre el camino, tan ligeros como azúcar en polvo. Solo es una nevada temprana de otoño; terminará en la mañana. Me quito mi chaleco antibalas tan pronto como salgo, y se lo doy a Amar junto con mi arma. Me siento incómoda sosteniéndola, y solía pensar que mi incomodidad se iría con el tiempo, pero ahora no estoy tan segura. Quizás nunca se irá, quizás eso esté bien.

Aire cálido me rodea cuando paso por las puertas. El recinto parece más limpio que antes, ahora que he visto la frontera. La comparación es inquietante. ¿Cómo puedo caminar por estos suelos chirriantes y llevar esta ropa almidonada cuando sé que esas personas allá afuera, envuelven sus casas en lonas para mantenerse calientes?

Pero para el momento en que llego al dormitorio del hotel, la inquietante sensación se ha ido.

Escaneo la habitación en busca de Christina, o Tobias, pero ninguno está allí. Solo Peter y Caleb, Peter con un gran libro en su regazo, garabateando notas sobre el bloc cercano, y Caleb leyendo el diario de nuestra madre en la pantalla, sus ojos vidriosos. Intento ignorar eso.

—¿Alguno de ustedes ha visto... —¿Pero con quién quiero hablar, con Christina o con Tobias?

—¿Cuatro? —dice Caleb, decidiendo por mí—. Lo vi en el cuarto de genealogía hace rato.

—El... ¿qué cuarto?

—Tienen el nombre de nuestros ancestros exhibidos en un cuarto. ¿Puedo tomar un pedazo de papel? —le pregunta a Peter.



Peter rasga una hoja de la parte posterior de su bloc y se la entrega a Caleb, que garabatea algo sobre ella... indicaciones.

Caleb dice:

—Encontré los nombres de nuestros padres allí antes. En el lado derecho de la habitación, segundo panel desde la puerta.

Me entrega las indicaciones sin mirarme. Miro sus letras ordenadas y niveladas. Antes de golpearlo, Caleb habría insistido en llevarme él mismo, desesperado por tiempo para explicarse ante mí. Pero últimamente ha mantenido su distancia, o porque está asustado de mí o porque finalmente se ha rendido.

Ninguna de las opciones me hace sentir bien.

—Gracias —digo—. Uhm... ¿cómo está tu nariz?

—Está bien —dice—. Creo que el moretón realmente resalta mis ojos, ¿no crees?

Sonríe un poco, y yo también. Pero es claro que ninguno de los dos sabe qué hacer desde aquí, porque ambos nos quedamos sin palabras.

—Espera, estuviste fuera hoy, ¿cierto? —dice después de un segundo—. Algo pasó en la ciudad. Los Leales se levantaron contra Evelyn, atacaron uno de sus depósitos de armas.

Lo miro fijamente. No me he preguntado sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad por unos cuantos días ahora; he estado tan envuelta en lo que está sucediendo aquí.

—¿Los Leales? —digo—. ¿La gente actualmente liderada por *Johanna Reyes*... atacó un depósito?

Antes de irnos, estaba segura de que la ciudad estaba a punto de explotar en otro conflicto. Supongo que ahora lo está. Pero me siento separada de eso, casi todos los que me preocupan están aquí.

—Liderados por *Johanna Reyes* y *Marcus Eaton* —dice Caleb—. Pero *Johanna* estaba allí, sosteniendo un arma. Fue ridículo. La gente de la Oficina parecía verdaderamente perturbada por eso.

—Vaya. —Sacudo mi cabeza—. Supongo que simplemente era cuestión de tiempo.



Llegamos a un silencio otra vez, luego nos alejamos el uno del otro al mismo tiempo, Caleb regresando a su catre y yo caminando por el pasillo, siguiendo las indicaciones de Caleb.

Veo el cuarto de genealogía desde la distancia. Las paredes de color bronce parecen brillar con luz cálida. Parada en la puerta, me siento como dentro de un atardecer, el resplandor rodeándome. El dedo de Tobias recorre las líneas de su árbol familiar, asumo, pero ociosamente, como si realmente no estuviera prestando atención.

Siento que puedo ver esa corriente obsesiva a la que se refería Amar. Sé que Tobias ha estado observando a sus padres en las pantallas, y ahora está mirando sus nombres, aunque no hay nada en esta habitación que no sepa ya. Tenía razón al decir que estaba desesperado, desesperado por una conexión con Evelyn, desesperado pero no dañado, pero sé que nunca pensé en cómo esas cosas estaban conectadas. No sé cómo se sentiría, odiar tu propia historia y rogar por el amor de la gente que te dio esa historia al mismo tiempo. ¿Cómo es que nunca he visto el cisma dentro de su corazón? ¿Cómo nunca antes me di cuenta que por todas las partes fuertes y amables de él, también hay partes heridas y rotas?

Caleb me dijo que nuestra madre dijo que la maldad estaba en todos, y el primer paso para amar más a alguien es reconocer la maldad en nosotros mismos, así podemos perdonarlos. ¿Entonces cómo puedo usar la desesperación de Tobias en su contra, como si yo fuera mejor que él, como si nunca hubiese dejado que mi propio dolor me cegara?

—Oye —digo, metiendo las indicaciones de Caleb en mi bolsillo trasero.

Él se gira, y su expresión es dura, familiar. Se ve de la manera en que se veía las primeras semanas que lo conocí, como un centinela guardando sus pensamientos más profundos.

—Escucha —digo—. Creí que se suponía que debía descubrir si podía perdonarte o no, pero ahora creo que no me hiciste nada que necesite ser perdonado, excepto quizás acusarme de estar celosa de Nita...

Abre su boca para interceder, pero levanto una mano para detenerlo.

—Si seguimos juntos, tendré que perdonarte una y otra vez, y si sigues en esto, también tendrás que perdonarme una y otra vez —digo—. Así que el perdón no es el punto. Lo que realmente debería intentar descubrir es si todavía somos buenos el uno para el otro o no.





Todo el camino hasta aquí pensé en lo que Amar dijo sobre que cada relación tenía sus problemas. Pensé en mis padres, que discutían con más frecuencia que cualquier otros padres de Abnegación que conocí, y sin embargo pasaron cada día juntos hasta que murieron.

Entonces pensé en lo fuerte que me he vuelto, lo segura que me siento con la persona que soy ahora, y cómo todo este tiempo él me ha dicho que soy valiente, que soy respetada, y que soy amada y que soy digna de ser amada.

—¿Y? —dice, su voz, sus ojos y sus manos un poco inestables.

—Y —digo—, creo que todavía eres la única persona lo suficientemente fuerte para mantener en la raya a alguien como yo.

—Lo soy —dice toscamente.

Y lo beso.

Sus brazos me envuelven y me sostienen con fuerza, levantándose sobre las puntas de mis pies. Entierro mi cara en su hombro y cierro mis ojos, solo respirando su olor limpio, el olor del viento.

Solía pensar que cuando la gente se enamoraba, simplemente aterrizaba donde aterrizaba, y no tenían opción en la materia después de eso. Y quizás es cierto al principio, pero no es cierto en esto, ahora.

Me enamoré de él. Pero no simplemente estoy con él por defecto, como si no hubiera nadie más disponible para mí. Estoy con él porque lo elijo, cada día que me despierto, cada día que peleamos o nos mentimos el uno al otro o nos decepcionamos. Lo elijo una y otra vez, y él me elige a mí.



*Traducido por Jessy**Corregido por Nanis*

TRIS

Llego a la oficina de David para mi primera reunión del consejo justo cuando mi reloj cambia a las diez, y él se impulsa al pasillo poco después. Se ve incluso más pálido de lo que lo hacía la última vez que lo vi, y los círculos oscuros bajo sus ojos son pronunciados, como moretones.

—Hola, Tris —dice—. Impaciente, ¿verdad? Llegas justo a tiempo.

Todavía siento un poco de peso en mis extremidades por el suero de la verdad que Cara, Caleb y Matthew probaron en mí antes, como parte de nuestro plan. Están tratando de desarrollar un poderoso suero de la verdad, uno al que incluso los dañados genéticamente como los resistentes al suero como yo no sean inmunes. Ignoro la sensación de pesadez y digo:

—Por supuesto que estoy impaciente. Es mi primera reunión. ¿Necesitas ayuda? Te ves cansado.

—Bien, bien.

Me muevo detrás de él y presiono en las agarraderas de la silla de ruedas para que se mueva.

Él suspira.

—Supongo que estoy cansado. Estuve despierto toda la noche tratando con nuestra crisis más reciente. Dobla a la izquierda aquí.

—¿Qué crisis es esa?

—Oh, lo averiguaras muy pronto, no te apresures.

Maniobramos a través de los oscuros pasillos de la Terminal 5, como está marcada, “un nombre viejo” dice David, que no tiene ventanas, ningún



indicio del mundo exterior. Casi puedo sentir la paranoia emanando de las paredes, como si la misma terminal se aterrorizara de ojos desconocidos. Si solo supieran lo que *mis* ojos estaban buscando.

Mientras camino, vislumbro un destello de las manos de David, presionado a los apoyabrazos. La piel alrededor de las uñas está abierta y roja, como si las hubiera mordido continuamente durante la noche. La uñas en sí son dentadas. Recuerdo cuando mis manos se veían así, cuando los recuerdos de las simulaciones de miedo entraban sigilosamente en cada sueño y cada odioso pensamiento. Quizás son los recuerdos de David del ataque los que le están haciendo esto.

No me importa, pienso. Recuerda lo que hizo. Lo que haría otra vez.

—Aquí estamos —dice David. Empujándose a través de un conjunto de puertas dobles, mantenidas abiertas con topes. La mayoría de los miembros del consejo parecían estar aquí, revolviendo pequeñas baritas en pequeñas tazas de café, la mayoría de ellos hombres y mujeres de la edad de David. Hay algunos miembros jóvenes, está Zoe, y ella me da una tensa, pero amable sonrisa cuando entro.

—¡Pongamos orden! —dice David mientras se conduce a la cabeza de la mesa de reuniones.

Me siento en una de las sillas a lo largo del borde de la habitación, al lado de Zoe. Está claro que no se supone que estemos en la mesa con toda la gente importante, y estoy de acuerdo con eso, será más fácil dormirse si las cosas se ponen aburridas, aunque si esta nueva crisis es lo suficientemente seria para mantener despierto a David por la noche, dudo que lo vaya a hacer.

—Anoche recibí una llamada frenética de la gente en nuestro cuarto de control —dice David—. Es evidente que Chicago está a punto de estallar en violencia otra vez. Los partidarios de la Facción que se hacen llamar los Leales se han rebelado contra el control Sin Facciones, atacando casas aseguradas con armas. Lo que ellos no saben es que Evelyn Johnson ha descubierto una nueva arma, provisiones de suero de la muerte se han mantenido escondidas en las sedes de Erudición. Como sabemos, nadie es capaz de resistir el suero de la muerte, ni siquiera el Divergente. Si los Leales atacan al gobierno Sin Facción, y Evelyn Johnson toma represalias, las víctimas, serán obviamente catastróficas.



Me quede mirando el piso en frente de mis pies mientras la habitación estallaba en conversaciones.

—Silencio —dice David—. Los experimentos ya están en peligro de cerrar si no le podemos probar a nuestros superiores que somos capaces de controlarlos. Otra revolución en Chicago solo consolidaría su creencia de que esta iniciativa ha dejado de ser útil, algo que no podemos permitir que suceda si queremos continuar luchando contra el daño genético.

En algún lugar detrás de la expresión agotada y ojerosa de David hay algo más duro, más fuerte. Le creo. Creo que él no permitirá que suceda.

—Es momento de utilizar el virus del suero de la memoria para un restablecimiento en masa —dice él—. Y creo que deberíamos usarlo contra los cuatro experimentos.

—¿Reiniciarlos? —digo, porque no puedo evitarlo. Todos en la habitación me miran al mismo tiempo. Parecen haber olvidado que yo, un ex miembro de los experimentos a los que se están refiriendo, estoy en la habitación.

—“Reinicio” es nuestra palabra para borrar la memoria generalizadamente —dice David—. Es lo que hacemos cuando los experimentos que incorporan la modificación del comportamiento están en peligro de desmoronarse. Lo hicimos cuando creamos cada experimento que tenía un componente de modificación del comportamiento, y el último en Chicago se hizo un par de generaciones antes que la tuya. —Me da una sonrisa extraña—. ¿Por qué crees que hubo tanta devastación física en el sector Sin Facción? Hubo un levantamiento, y tuvimos que reprimirlo de la forma más limpia posible.

Me siento sorprendida en mi silla, imaginando los caminos rotos y las ventanas destrozadas y las farolas caídas en el sector Sin Facción de la ciudad, la destrucción que no es evidente en ningún otro lugar, ni siquiera al norte del puente, donde los edificios están vacíos pero parecen haber sido desocupados pacíficamente. Siempre tomé los sectores destartados de Chicago con naturalidad, como evidencia de lo que sucede cuando las personas carecen de comunidad. Nunca me imaginé que fueran el resultado de un levantamiento y una posterior reiniciación.

Me siento enferma de ira. Que quieran detener una revolución, no para salvar vidas, sino para salvar sus preciosos experimentos, sería suficiente. Sino porque creen que tienen el derecho de arrancar los recuerdos de las





personas, sus identidades, fuera de sus mentes, ¿solo porque es conveniente para ellos?

Pero, por supuesto, sé la respuesta a esa pregunta. Para ellos, las personas en nuestra ciudad son contenedores de material genético, solo los dañados genéticamente, valiosos por los genes corregidos que pasan, y no por los cerebros en su cabezas o los corazones en sus pechos.

—¿Cuándo? —dice una de los miembros del consejo.

—Dentro de las próximas veinticuatro horas —dice David.

Todos asienten como si esto fuera razonable.

Recuerdo lo que me dijo en su oficina. *Si vamos a ganar esta batalla contra el daño genético, tendremos que hacer sacrificios. Lo entiendes, ¿verdad?* Debería haberlo sabido entonces, que con mucho gusto cambiarían miles de recuerdos de dañados genéticamente, vidas, por el control de los experimentos. Que los cambiarían sin siquiera pensar en alternativas, sin sentir como si tuvieran que molestarse en salvarlos.

Están *dañados*, después de todo.

TOBIAS

A poyo mi zapato en el borde de la cama de Tris y aprieto los cordones. A través de los grandes ventanales veo la luz de la tarde centelleando en los paneles laterales de los aviones estacionados en la pista de aterrizaje. Los dañados genéticamente caminan en sus trajes verdes a lo largo de las alas y se arrastran bajo las trompas, revisando los aviones antes del despegue.

—¿Cómo va tu proyecto con Matthew? —le digo a Cara, que está a dos camas de distancia. Esta mañana Tris dejó que Cara, Caleb y Matthew pusieran a prueba en ella su nuevo suero de la verdad, pero no he vuelto a verla desde entonces.

Cara está pasando un cepillo por su cabello. Mira alrededor de la habitación para asegurarse de que está vacía antes de responder:

—No muy bien. Hasta ahora Tris fue inmune a la nueva versión del suero que hemos creado, no tuvo efecto alguno. Es muy extraño que los genes de una persona la hagan tan resistente a la manipulación mental de cualquier tipo.

—Tal vez no son sus genes —digo, encogiéndome de hombros. Cambio de pie—. Tal vez es una especie de terquedad sobrehumana.

—Oh, ¿estamos en la parte de la ruptura de los insultos? —dice—. Porque tengo un montón de práctica después de lo que sucedió con Will. Tengo varias cosas que decir acerca de la nariz de ella.

—Nosotros no rompimos. —Sonrío—. Pero es bueno saber que tienes tales sentimientos cálidos por mi novia.



—Me disculpo, no sé por qué salté a esa conclusión. —Las mejillas de Cara se sonrojan—. Mis sentimientos hacia tu novia son variados, sí, pero en su mayor parte tengo un gran respeto por ella.

—Lo sé. Solo estaba bromeando. Es agradable verte alterada de vez en cuando.

Cara me fulmina con la mirada.

—Además —digo—, ¿qué hay de malo con su nariz?

La puerta del dormitorio se abre, y Tris entra, con el cabello despeinado y los ojos salvajes. Me perturba verla tan agitada, como si el suelo en el que estoy parado ya no fuese sólido. Me levanto y le aliso el cabello con la mano para ponerlo de nuevo en su lugar.

—¿Qué pasó? —digo, con mi mano apoyándose en su hombro.

—Reunión de Consejo —dice Tris. Cubre mi mano con la suya, brevemente, y luego se sienta en una de las camas, con las manos colgando entre las rodillas.

—Odio ser repetitiva —dice Cara—, pero... ¿qué pasó?

Tris sacude la cabeza como si estuviese tratando de sacudirse el polvo.

—El Consejo ha hecho planes. Grandes planes.

Ella nos cuenta, a tropezones, acerca del plan del Consejo de reiniciar los experimentos. Mientras habla inmoviliza sus manos bajo sus piernas y las aprieta hacia delante hasta que sus muñecas se ponen rojas.

Cuando termina me muevo para sentarme a su lado, poniendo mi brazo sobre sus hombros. Miro por la ventana, a los aviones posados en la pista, relucientes y preparados para volar. En menos de dos días esos aviones probablemente dejarán caer el virus del suero de la memoria sobre los experimentos.

Cara le dice a Tris:

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—No sé —dice Tris—. Siento que ya no sé lo que es correcto.

Ellas son similares, Cara y Tris, dos mujeres definidas por la pérdida. La diferencia es que el dolor de Cara la ha hecho segura de todo, y Tris ha



guardado su incertidumbre, la ha protegido, a pesar de todo lo que ha atravesado. Todavía se aproxima a todo con una pregunta en lugar de una respuesta. Es algo que admiro de ella, algo que probablemente debería admirar más.

Durante unos segundos nos preocupamos en silencio, y yo sigo el camino de mis pensamientos a medida que van dando tumbos uno con el otro.

—Ellos no pueden hacer esto —digo—. No pueden borrar a todo el mundo. No deberían tener el poder para hacer eso. —Hago una pausa—. Todo lo que puedo pensar es que esto sería mucho más fácil si se tratara de un grupo de personas completamente diferentes que realmente pudieran entrar en razón. Entonces podríamos ser capaces de encontrar un equilibrio entre proteger a los experimentos y abrirlos a otras posibilidades.

—Tal vez deberíamos importar un nuevo grupo de científicos —dice Cara, suspirando—. Y desechar a los viejos.

El rostro de Tris se retuerce, y coloca una mano en su frente, como si borrara algún breve e incómodo dolor.

—No —dice ella—. Ni siquiera tenemos que hacer eso.

Me mira, inmovilizándome con sus brillantes ojos.

—El suero de memoria —dice—. Alan y Matthew consiguieron una manera de hacer que los sueros se comporten como los virus, de modo que pudieran propagarlo a través de toda una población sin inyectar a todo el mundo. Así es como están planeando reiniciar a los experimentos. Pero nosotros podemos reiniciarlos a ellos. —Ella habla más rápido a medida que la idea toma forma en su mente, y su entusiasmo es contagioso; burbujea dentro de mí como si la idea fuese mía y no de ella. Pero para mí no se siente como si estuviese sugiriendo una solución a nuestro problema. Se siente como si estuviese sugiriendo que causáramos otro problema más—. Reiniciar la Oficina, y reprogramarlos sin la propaganda, sin el desprecio por los dañados genéticamente. Entonces nunca arriesgarían los recuerdos de las personas en los experimentos de nuevo. El peligro desaparecería para siempre.

Cara levanta las cejas.



—¿El borrar sus recuerdos no borraría también todos sus conocimientos? ¿Volviéndolos inútiles por consiguiente?

—No lo sé. Creo que hay una manera de enfocar los recuerdos, dependiendo de donde esté almacenado el conocimiento en el cerebro, de lo contrario los primeros miembros de las facciones no habrían sabido cómo hablar o atarse los zapatos o cualquier otra cosa. —Tris se pone de pie—. Deberíamos preguntarle a Matthew. Él sabe mejor que yo cómo funciona.

Me levanto también, poniéndome en su camino. Los rayos de sol atrapados en las alas de los aviones me ciegan, así que no puedo ver su rostro.

—Tris —digo—. Espera. ¿Realmente deseas borrar los recuerdos de toda una población en contra de su voluntad? Eso es lo mismo que *ellos están* planeando hacer con nuestros amigos y familiares.

Protejo mis ojos del sol para ver su fría mirada; la expresión que vi en mi mente incluso antes de que la mirara. Para mí ella luce mayor de lo que alguna vez ha parecido, severa, dura y desgastada por el tiempo. También me siento de esa manera.

—Estas personas no tienen respeto por la vida humana —dice—. Están a punto de borrar la memoria de todos nuestros amigos y vecinos. Son responsables de la muerte de una gran mayoría de nuestra antigua facción. —Ella me esquiva y marcha hacia la puerta—. Creo que son afortunados de que no vaya a matarlos.

Traducido por Kasyrazy

Corregido por Angeles Rangel

TRIS

Matthew junta las manos detrás de su espalda.

—No, no, el suero no borra todo el conocimiento de una persona —dice él—. ¿Crees que diseñaríamos un suero que haga que la gente se olvide de cómo hablar o caminar? —Sacude la cabeza—. Está dirigido a la memoria explícita, como tú nombre, dónde has crecido, el nombre de tu primer profesor, y deja la memoria implícita: cómo caminar, atar tus zapatos o ir en bicicleta, sin tocar.

—Interesante —dice Cara—. ¿Realmente funciona?

Tobias y yo intercambiamos una mirada. No hay nada como una conversación entre uno de Erudición y alguien que hubiera podido ser de Erudición. Cara y Matthew están de pie muy juntos, y cuanto más hablan, más gestos hacen.

—Inevitablemente, algunos recuerdos importantes se perderán —dice Matthew—. Pero si tuviéramos un registro de los descubrimientos científicos o históricos de las personas, ellos pueden volver a aprenderlos en el nebuloso período después que sus recuerdos hayan sido borrados. La gente es muy maleable entonces.

Me apoyo en la pared.

—Espera —digo—. Si la Oficina va a cargar todos esos aviones con el virus del suero de memoria para reiniciar sus experimentos, ¿quedará algún suero restante para usar contra el recinto?

—Tendremos que conseguirlo primero —dice Matthew—. En menos de cuarenta y ocho horas.

Cara no parece escuchar lo que he dicho.



—Una vez que borras sus recuerdos, ¿no tendrás que reprogramarlos con nuevos recuerdos? ¿Cómo funciona eso?

—Sólo tenemos que volver a enseñarles. Como he dicho, la gente tiende a estar desorientada durante algunos días después de ser reiniciada, lo que significa que serán más fáciles de controlar. —Matthew se sienta, y gira en su silla una vez—. Podemos simplemente darles una nueva clase de historia. Una que enseñe los hechos, no propaganda.

—Podríamos utilizar las diapositivas de la frontera para complementar una lección de historia básica —digo—. Tienen fotografías de una guerra provocada por los Puros Genéticamente.

—Genial —asiente Matthew—. Aunque, hay un gran problema. El suero de memoria se encuentra en el Laboratorio de Armas. El mismo en el que Nita intentó, y *falló*, en irrumpir.

—Christina y yo íbamos a hablar con Reggie —dice Tobias—, pero creo, dado este nuevo plan, deberíamos hablar con Nita en su lugar.

—Creo que tienes razón —contesto—. Vamos a averiguar en dónde se equivocó.

ALLEGIAN * * *

Cuando llegué aquí por primera vez, sentí como si el recinto fuera enorme y desconocido. Ahora ni siquiera tengo que consultar las señalizaciones para recordar cómo ir al hospital, tampoco Tobias, quién sigue el camino conmigo dando grandes zancadas. Es extraño cómo el tiempo puede hacer a un lugar encogerse, haciéndolo extrañamente ordinario.

No nos decimos nada, aunque puedo sentir acercándose una conversación entre nosotros. Finalmente decido preguntar.

—¿Qué pasa? —digo—. Apenas has dicho nada durante la reunión.

—Yo sólo... —Sacude la cabeza—. No estoy seguro de que esto sea lo que hay que hacer. Ellos quieren borrar los recuerdos de nuestros amigos, ¿así que nosotros decidimos borrar los suyos?

Me giro hacia él y toco sus hombros suavemente.





—Tobias, tenemos cuarenta y ocho horas para detenerlos. Si puedes pensar en alguna otra idea, cualquier cosa que salve nuestra ciudad, estoy abierta a ello.

—No puedo. —Sus ojos azul oscuro parecen derrotados, tristes—. Pero estamos actuando por desesperación para salvar algo que es importante para nosotros, al igual que la Oficina. ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia está en lo que es correcto —contesto firmemente—. La gente de la ciudad, en su conjunto, es inocente. La gente de la Oficina, quienes suministraron a Jeanine con la simulación de ataque, no es inocente.

Su boca se frunce, y puedo decir que no está completamente convencido.

Suspiro.

—No es una situación perfecta. Pero cuando tienes que elegir entre dos malas opciones, escoges la que salva a las personas que más amas y crees. Simplemente lo haces. ¿De acuerdo?

Alarga su mano hasta la mía, su mano es cálida y fuerte.

—De acuerdo.

—¡Tris! —Christina pasa a través de las puertas de vaivén del hospital con un empujón y trota hacia nosotros. Peter está a sus talones, su oscuro cabello peinado a un lado.

Al principio pienso que está emocionada, y siento una oleada de esperanza... ¿y si Uriah está despierto?

Pero entre más se acerca, más obvio resulta que no está emocionada. Está frenética. Peter permanece detrás de ella, con los brazos cruzados.

—Acabo de hablar con uno de los médicos —dice ella, sin aliento—, dice que Uriah no va a despertar. Algo sobre... estar sin ondas cerebrales.

Un peso se asienta sobre mis hombros. Sabía, por supuesto, que tal vez Uriah no se despertaría nunca. Pero la esperanza que mantenía a raya el dolor es cada vez menor, escapando con cada palabra que ella pronuncia.

—Iban a quitarle el soporte vital inmediatamente, pero les supliqué. —Se seca uno de sus ojos fieramente con la palma de la mano, capturando una





lágrima antes de que caiga—. Finalmente, el médico me dijo que me daría cuatro días. Así puedo decírselo a su familia.

Su familia. Zeke sigue en la ciudad, al igual que su madre de Osadía. Nunca se me ocurrió antes que ellos no sabían lo que le había pasado, y nosotros nunca nos molestamos en decírselos, porque estábamos tan concentrados en...

—Van a reiniciar la ciudad en cuarenta y ocho horas —digo repentinamente, y me aferro al brazo de Tobias. Él parece aturdido—. Si no los detenemos, significa que Zeke y su madre *lo olvidarán*.

Lo olvidarán antes de tener una oportunidad de despedirse de él. Será como si nunca hubiera existido.

—¿Qué? —demanda Christina, con los ojos abiertos—. Mi *familia* está ahí. ¡No pueden reiniciar a todo el mundo! ¿Cómo podrían hacerlo?

—Es muy fácil, en realidad —dice Peter. Había olvidado que estaba aquí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exijo.

—Fui a ver a Uriah —dice él—. ¿Hay una ley que lo prohíba?

—Ni siquiera te preocupas por él —le espeto—. ¿Qué derecho tienes...?

—Tris. —Christina sacude la cabeza—. Ahora no, ¿de acuerdo?

Tobias vacila, con la boca abierta como si hubiera palabras esperando en su lengua.

—Tenemos que entrar —dice él—. Matthew ha dicho que podíamos inocular a las personas contra el suero de memoria, ¿verdad? Entonces vamos a entrar, inocular a la familia de Uriah por si acaso, y llevarlos de vuelta al recinto para que se despedían. Sin embargo, tenemos que hacerlo mañana, o será demasiado tarde. —Hace una pausa—. Y puedes inocular a tu familia también, Christina. Yo debería de ser el único que se lo cuente a Zeke y Hana, de todos modos.

Christina asiente. Le aprieto el brazo, en un intento de tranquilizarla.

—Yo también voy —dice Peter—. A menos que quieras que le diga a David lo que estás planeando.



Todos nos detenemos para mirarlo. No sé qué es lo que quiere Peter de un viaje a la ciudad, pero no puede ser bueno. Al mismo tiempo, no podemos permitirnos el lujo de que David sepa lo que estamos haciendo, no ahora, cuando no hay tiempo.

—Bien —dice Tobias—. Pero si causas algún problema, me reservo el derecho de darte una paliza hasta dejarte inconsciente y encerrarte en algún edificio abandonado de por allí.

Peter pone los ojos en blanco.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —dice Christina—. No es como si simplemente dejaran a la gente tomar autos prestados.

—Apuesto a que podríamos hacer que Amar nos lleve —digo—. Hoy me ha dicho que siempre es voluntario para las patrullas. Por lo tanto, conoce a la gente adecuada. Y estoy segura de que estaría de acuerdo en ayudar a Uriah y su familia.

—Debería ir a preguntarle ahora mismo. Y probablemente alguien debería sentarse con Uriah... asegurarse de que el médico no vaya a romper su palabra. Christina, no Peter. —Tobias se frota la parte posterior del cuello, escarbando en el tatuaje de Osadía como si quisiera arrancarlo de su cuerpo—. Y luego, yo debería encontrar la manera de decirle a la familia de Uriah que ha sido asesinado cuando se suponía que tenía que cuidarlo.

—Tobias... —digo, pero él levanta una mano para detenerme.

Empieza a alejarse.

—Probablemente no me dejarán visitar a Nita, de todos modos.

A veces es difícil saber cómo cuidar de las personas. Mientras veo a Peter y Tobias alejarse —manteniendo la distancia el uno con el otro— creo que es posible que Tobias necesite a alguien corriendo detrás de él, porque las personas lo han estado dejando alejarse, dejándolo retirarse, toda su vida. Pero tiene razón: Necesita hacer esto por Zeke, y yo necesito hablar con Nita.

—Vamos —dice Christina—. Las horas de visita casi han terminado. Voy a volver a sentarme con Uriah.

ALLEGIAN'T

ALLEGIAN'T
VERONICA ROTH



Antes de entrar en la habitación de Nita —identificable por el guardia de seguridad sentado frente a la puerta— hago una parada en la habitación de Uriah con Christina. Ella se sienta en la silla que está al lado de él, la cual se arruga con el contorno de sus piernas.

Ha pasado mucho tiempo desde que he hablado con ella como amiga, mucho tiempo desde que nos reímos juntas. Estaba perdida en la niebla de la Oficina, en la promesa de pertenencia.

Me paro a su lado y lo miro. Él en realidad no parece herido; hay algunas contusiones, algunos cortes, pero nada lo suficientemente grave para matarlo. Inclino la cabeza para ver el tatuaje de la serpiente envuelta alrededor de su oreja. Sé que es él, pero no se parece mucho a Uriah sin una amplia sonrisa en su rostro y sus oscuros ojos brillantes, alerta.

—Él y yo ni siquiera éramos realmente tan cercanos —dice ella—. Sólo al... al final. Debido a que perdió a alguien que murió, y yo también y...

—Lo sé —digo—. Realmente lo ayudaste.

Arrastro una silla para sentarme junto a ella. Ella agarra la mano de Uriah, la cual permanece inerte en las sábanas.

—A veces simplemente pienso que he perdido a todos mis amigos —dice ella.

—No has perdido a Cara —digo—, o a Tobias. Y Christina, no me has perdido a mí. Nunca me perderás.

Se vuelve hacia mí, y en algún lugar dentro de la bruma de dolor, envolvemos nuestros brazos alrededor de la otra, de la misma manera desesperada en que lo hicimos cuando ella me dijo que me había perdonado por haber matado a Will. Nuestra amistad ha soportado un increíble peso, el peso de yo disparándole a alguien que ella amaba, el peso de demasiadas pérdidas. Otros vínculos se habrían roto. Por alguna razón, éste no.

Nos mantenemos abrazadas durante mucho tiempo, hasta que la desesperación se desvanece.

—Gracias —dice ella—. Tú no me perderás, tampoco.

—Estoy bastante segura de que si lo fuera a hacer, ya lo habría hecho. —Sonrío—. Escucha, tengo algunas cosas en las que ponerte al día.



Le cuento sobre nuestros planes para detener a la Oficina de reiniciar los experimentos. Mientras hablo, pienso en la gente que se arriesga a perder —su padre y madre, su hermana— todas esas conexiones, alteradas o descartadas para siempre en nombre de la pureza genética.

—Lo siento —digo cuando acabo—. Sé que probablemente quieres ayudarnos, pero...

—No lo sientas. —Mira a Uriah—. Sigo contenta por ir a la ciudad. —Asiente un par de veces—. Tú los detendrás de reiniciar el experimento. Sé que lo harás.

Espero que tenga razón.

ALLEGIAN'T

Sólo faltan diez minutos para que las horas de visita terminen cuando llego a la habitación de Nita. El guardia levanta la vista de su libro y eleva una ceja en mi dirección.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

—Realmente se supone que no tengo que dejar a la gente pasar —contesta él.

—Soy la única que le disparó —digo—. ¿Eso cuenta para algo?

—Bueno. —Se encoge de hombros—. Tan pronto como me prometas no dispararle de nuevo. Y salgas en diez minutos.

—Es un trato.

Me hace quitarme la chaqueta para mostrarle que no llevo ningún arma, y después me deja entrar en la habitación. Nita se endereza, tanto como puede, de todos modos. La mitad de su cuerpo está envuelto en un yeso, y una de sus manos está esposada a la cama, como si pudiera escapar aunque quisiera. Tiene el cabello desordenado, enredado, pero por supuesto, ella sigue siendo hermosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice ella.

No respondo, reviso las esquinas de la habitación en busca de cámaras, y hay una frente a mí, apuntando a la cama de hospital de Nita.



—No hay micrófonos —dice ella—. En realidad, no hacen eso aquí.

—Bien. —Acerco una silla y me siento a su lado—. Estoy aquí porque necesito información importante de ti.

—Ya les he dicho todo lo que tenía que decirles. —Me mira fijamente—. No tengo nada más que decir. Especialmente a la persona que me disparó.

—Si no te hubiera disparado, no sería la persona favorita de David, y no sabría todas las cosas que sé. —Miro a la puerta, más por paranoia que por una preocupación real de que alguien esté escuchando—. Tenemos un nuevo plan. Matthew y yo. Y Tobias. Y requiere entrar en el Laboratorio de Armas.

—¿Y pensaste que podría ayudarte con eso? —Sacude la cabeza—. No pude entrar la primera vez, ¿recuerdas?

—Necesito saber cómo es la seguridad. ¿Es David la única persona que conoce el código de acceso?

—No como... la única persona —dice ella—. Eso sería estúpido. Sus superiores la saben, pero él es la única persona en el recinto, sí.

—De acuerdo, entonces, ¿cuál es la medida de seguridad de respaldo? ¿Aquella que se activa si explotas las puertas?

Aprieta los labios hasta que casi desaparecen, y se queda mirando el yeso de medio cuerpo que la está cubriendo.

—Es el suero de la muerte —dice ella—. En forma de aerosol, es prácticamente imparable. Incluso si utilizas un traje impermeable o algo así, se abre camino al rato. Simplemente le toma un poco más de tiempo de esa forma. Eso es lo que los informes del laboratorio dicen.

—¿Así que ellos simplemente *matan* a cualquiera que intente entrar en esa habitación sin el código de acceso? —digo.

—¿Te sorprende?

—Supongo que no. —Equilibro mis codos sobre las rodillas—. Y no hay otra manera de entrar excepto con el código de David.

—El cual, como has visto, es completamente reticente a compartir —dice ella.





—¿No hay ninguna posibilidad de que un Puro Genéticamente pudiera resistir el suero de la muerte? —pregunto.

—No. Definitivamente no.

—La mayoría de los Puros Genéticamente no pueden resistir al suero de la verdad, tampoco —digo—. Pero yo puedo.

—Si quieres ir a jugar con la muerte, adelante. —Se inclina hacia atrás sobre las almohadas—. Yo ya he terminado con eso ahora.

—Una pregunta más —digo—. Digamos que quiero jugar con la muerte. ¿Dónde puedo conseguir explosivos para estallar las puertas?

—Como si fuera a decirte eso.

—No creo que lo entiendas —digo—. Si este plan tiene éxito, ya no estarás encarcelada de por vida. Te recuperarás y serás libre. Así que ayudarme es tu mejor opción.

Me mira como si me estuviera pesando y midiendo. Da tirones de muñeca contra las esposas, lo suficiente para que el metal dibuje una línea en su piel.

—Reggie tiene los explosivos —dice ella—. Puede enseñarte cómo usarlos, pero él no es bueno en acción, así que, por el amor de Dios, no lo lleses contigo a no ser que te sientas como una niñera.

—Entendido —digo.

—Dile que requerirá el doble de potencia de fuego atravesar esas puertas que cualquier otra. Son extremadamente resistentes.

Asiento. Mi reloj suena por la hora, lo que indica que mi tiempo se ha acabado. Me levanto y empujo la silla de nuevo a la esquina donde la encontré.

—Gracias por la ayuda —digo.

—¿Cuál es el plan? —pregunta ella—. Si no te importa decírmelo.

Hago una pausa, dudando sobre las palabras.

—Bueno —digo eventualmente—. Digamos que vamos a borrar la frase “dañado genéticamente” del vocabulario de todo el mundo.





El guardia abre la puerta, probablemente para gritarme por sobrepasar mi tiempo, pero ya estoy saliendo de la habitación. Miro por encima de mi hombro por última vez antes de irme, y veo que Nita tiene una pequeña sonrisa en su rostro.

TOBIAS

Amar acepta ayudarnos a entrar en la ciudad sin necesidad de mucha persuasión, ávido de una aventura, como sabía que estaría. Acordamos reunirnos esa noche en la cena para hablar sobre el plan con Christina, Peter y George, quien nos ayudará a conseguir un vehículo.

Después de hablar con Amar, camino al dormitorio y me acuesto con una almohada sobre mi cabeza durante mucho tiempo, yendo una y otra vez a través de un guión de lo que le diré a Zeke cuando lo vea. *Lo siento, estaba haciendo lo que creía que tenía que hacer, y todos los demás estaban ocupándose de Uriah, y no pensé...*

La gente entra y sale de la habitación, la calefacción se enciende y pasa a través de las rejillas de ventilación y luego se apaga de nuevo, y todo el tiempo estoy pensando en ese guión, inventando excusas y luego descartándolas, eligiendo el tono y los gestos adecuados. Finalmente me frustró más y tomo la almohada de mi rostro y la arrojo contra la pared opuesta. Cara, quien está justo alisando una camisa limpia sobre sus caderas, salta hacia atrás.

—Pensé que estabas dormido —dice ella.

—Lo siento.

Ella toca su cabello, asegurándose de que cada hebra esté en su sitio. Es tan cuidadosa en sus movimientos, tan precisa... me recuerda a los músicos de Cordialidad punteando las cuerdas del banjo.

—Tengo una pregunta. —Me incorporo—. Es un poco personal.

—Está bien. —Se sienta frente a mí, en la cama de Tris—. Hazla.



—¿Cómo fuiste capaz de perdonar a Tris después de lo que le hizo a tu hermano? —digo—. Asumiendo que lo has hecho, claro está.

—Hmm. —Cara aprieta sus brazos cerca de su cuerpo—. A veces pienso que la he perdonado. A veces no estoy segura de haberlo hecho. No sé cómo... eso es como preguntarte cómo sigues adelante con tu vida después de que alguien muere. Simplemente lo haces, y al día siguiente lo vuelves a hacer.

—¿Hay... alguna manera en que ella podría haberlo hecho más fácil para ti? ¿O alguna manera en que lo hizo?

—¿Por qué estás preguntando esto? —Ella coloca su mano sobre mi rodilla—. ¿Es por Uriah?

—Sí —digo con firmeza, y muevo mi pierna un poco de modo que su mano cae. No necesito ser arrullado o consolado, como un niño. No necesito sus cejas levantadas y su voz suave para sonsacarme una emoción que yo preferiría contener.

—Está bien. —Se endereza, y cuando habla de nuevo, suena despreocupada, del modo en que normalmente lo hace—. Creo que lo más importante que ella hizo, obviamente sin querer, fue confesarlo. Hay una diferencia entre admitir y confesar. Admitir implica suavizar, inventar excusas para cosas que no pueden ser justificadas; confesar sólo menciona el delito en toda su gravedad. Eso era algo que necesitaba.

Asiento.

—Y después de que se lo hayas confesado a Zeke —dice—, creo que sería mejor si lo dejas solo durante el tiempo que él quiera que lo dejen solo. Eso es todo lo que puedes hacer.

Asiento otra vez.

—Pero Cuatro —añade—, tú no mataste a Uriah. No detonaste la bomba que lo hirió. No creaste el plan que llevó a esa explosión.

—Pero participé en el plan.

—Oh, cállate, ¿quieres? —dice suavemente, sonriéndome—. Sucedió. Fue horrible. No eres perfecto. Eso es todo lo que hay. No confundas tu dolor con la culpa.





Nos quedamos en el silencio y la soledad del dormitorio, por lo demás vacío, durante unos minutos más, y trato de dejar que sus palabras influyan en mí.

ALLEGIAN'T

Ceno con Amar, George, Christina y Peter en la cafetería, entre el mostrador de bebidas y una fila de botes de basura. El plato de sopa frente a mí se pone frío antes de que pueda comerlo todo, y todavía hay galletas nadando en el caldo.

Amar nos dice dónde y cuándo reunirnos, entonces vamos al pasillo cerca de las cocinas de modo que no seamos vistos, y él saca una pequeña caja negra con jeringas en su interior. Le da una a Christina, a Peter y a mí, junto con una toallita antibacterial empaquetada individualmente, algo con lo que sospecho que sólo Amar se molestaría.

—¿Qué es esto? —dice Christina—. No voy a inyectarlo en mi cuerpo a menos que sepa lo que es.

—Bien. —Amar cruza sus manos—. Hay una posibilidad de que todavía estemos en la ciudad cuando se disperse el virus del suero de memoria. Tendrás que inocularte a ti misma contra él, a menos que quieras olvidar todo lo que recuerdas ahora. Es lo mismo que estarás inyectando en los brazos de tu familia, así que no te preocupes por eso.

Christina gira su brazo y golpea la parte interior de su codo hasta que una vena se tensa. Por costumbre, clavo la aguja a un costado de mi cuello, de la misma manera que lo hacía cada vez que pasaba por mi pasaje del miedo... lo cual, en un momento dado, era varias veces a la semana. Amar hace lo mismo.

Sin embargo, me doy cuenta que Peter sólo finge inyectarse: al apretar el émbolo hacia abajo, el líquido corre por su garganta, y él lo limpia de forma casual con una manga.

Me pregunto qué se siente el ser voluntario a olvidarse de todo.

ALLEGIAN'T



Después de la cena Christina se me acerca y dice:

—Tenemos que hablar.

Caminamos por el largo tramo de escaleras que conducen al espacio subterráneo de los dañados genéticamente, nuestras rodillas rebotando al unísono con cada escalón, y por el pasillo multicolor. Al final, Christina se cruza de brazos, con la luz púrpura jugando sobre su nariz y boca.

—¿Amar no sabe que vamos a tratar de detener el reinicio? —dice.

—No —digo—. Él es fiel a la Oficina. No quiero involucrarlo.

—Sabes, la ciudad todavía está al borde de la revolución —dice ella, y la luz se vuelve azul—. Todo el motivo de la Oficina para reiniciar a nuestros amigos y familiares es detenerlos de matarse unos a otros. Si detenemos el reinicio, los Leales atacarán a Evelyn, ella liberará el suero de la muerte, y mucha gente morirá. Puede que siga enojada contigo, pero no creo que quieras que tanta gente en la ciudad muera. Tus padres en particular.

Suspiro.

—¿La verdad? Realmente no me preocupo por ellos.

—No puedes estar hablando en serio —dice ella, frunciendo el ceño—. Son tus *padres*.

—Lo hago, en serio —digo—. Quiero decirle a Zeke y a su madre lo que le hice a Uriah. Aparte de eso, realmente no me importa lo que le suceda a Evelyn y a Marcus.

—Puede que no te preocupes por tu familia permanente estropeada, ¡pero deberías preocuparte por los demás! —dice. Ella toma mi brazo con una mano fuerte y me hala con brusquedad para que la mire—. Cuatro, mi hermana menor está ahí. Si Evelyn y los Leales se atacan entre sí, ella podría resultar herida, y yo no estaré allí para protegerla.

Vi a Christina con su familia el Día de Visitas, cuando para mí ella aún era sólo una escandalosa transferida de Verdad. Vi a su madre ajustar el cuello de la camisa de Christina con una sonrisa orgullosa. Si el virus del suero de memoria es dispersado, ese recuerdo se borrará de la mente de su madre. Si no es así, su familia quedará atrapada en medio de otra batalla por el control que abarcará toda la ciudad.



—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos? —digo.

Ella me suelta.

—Tiene que haber una manera de evitar una gran pelea que no implique borrar los recuerdos de todo el mundo por la fuerza.

—Tal vez —admito. No había pensado en ello ya que no parecía necesario. Pero es necesario, por supuesto que es necesario—. ¿Tienes alguna idea de cómo detenerlo?

—Se trata básicamente de uno de tus padres yendo contra el otro —dice Christina—. ¿No hay algo que puedas decirles para evitar que traten de matarse el uno al otro?

—¿Algo que pueda *decirles*? —digo—. ¿Es una broma? Ellos no escuchan a nadie. No hacen nada que no los beneficie directamente a ellos.

—Así que no hay nada que puedas hacer. Simplemente vas a dejar que la ciudad se despedace a sí misma.

Miro fijamente mis zapatos, bañados en luz verde, reflexionando al respecto. Si tuviese padres diferentes —si tuviese padres razonables, menos impulsados por el dolor, la ira y el deseo de venganza— podría funcionar. Podrían verse obligados a escuchar a su hijo. Desafortunadamente, no tengo padres diferentes.

Pero podría. Podría si los quisiera. Un poco del suero de memoria en su café de la mañana o el agua de la noche, y ellos serían personas nuevas, pizarras en blanco, sin manchas por la historia. Para empezar incluso tendrían que ser instruidos de que tenían un hijo; tendrían que aprender mi nombre de nuevo.

Es la misma técnica que estamos usando para sanar el recinto. Yo podría usarla para sanarlos.

Miro a Christina.

—Consígueme un poco del suero de memoria —digo—. Mientras tú, Amar y Peter están buscando a tu familia y la familia de Uriah, yo me encargaré de eso. Probablemente no tendré el tiempo suficiente para conseguir a mis dos padres, pero con uno de ellos funcionará.

—¿Cómo te escabullirás del resto de nosotros?



—Necesito... no sé, tenemos que añadir una complicación. Algo que requiera que uno de nosotros abandone la patrulla.

—¿Qué hay de neumáticos reventados? —dice Christina—. Vamos de noche, ¿verdad? De ese modo le puedo decir a Amar que se detenga para que pueda ir al baño o algo así, cortar los neumáticos, y luego tendremos que separarnos, para que tú puedas encontrar otra camioneta.

Considero esto por un momento. Podría decirle a Amar lo que está sucediendo en realidad, pero eso requeriría deshacer el denso nudo de propaganda y mentiras que la Oficina ha atado en su mente. Suponiendo que siquiera pudiera hacerlo, no tenemos tiempo para eso.

Pero tenemos tiempo para una mentira bien contada. Amar sabe que mi padre me enseñó cómo encender un auto solamente con los cables cuando yo era más joven. Él no cuestionaría el que me ofrezca como voluntario a encontrar otro vehículo.

—Eso funcionará —digo.

—Bien. —Ella inclina la cabeza—. Entonces, ¿de verdad vas a borrarle la memoria a uno de tus padres?

—¿Qué haces cuando tus padres son malvados? —digo—. Conseguir nuevos padres. Si uno de ellos no tiene todo el antecedente que tienen actualmente, tal vez ambos puedan negociar un acuerdo de paz o algo así.

Ella me frunce el ceño durante unos segundos como si quisiera decir algo, pero eventualmente, sólo asiente.

Traducido por Lorenaa

Corregido por Laurence15

TRIS

El olor a lejía hormiguea en mi nariz. Estoy de pie junto a un trapeador en un trastero del sótano; inmóvil por las consecuencias de lo que le acabo de decir a todo el mundo, lo cual es que cualquiera que irrumpa en el Laboratorio de Armas va a una misión suicida. El suero de la muerte es imparable.

—La cuestión es —dice Matthew—, ¿es algo por lo que estamos dispuestos a sacrificar la vida?

Ésta es la habitación donde Matthew, Caleb y Cara estuvieron desarrollando el nuevo suero, antes de que el plan cambiara. Viales, frascos y garabatos en libretas se encuentran dispersos sobre la mesa de laboratorio frente a Matthew. El cordel que lleva atado al cuello se encuentra en su boca ahora, y lo está mordiendo distraídamente.

Tobias se inclina contra la puerta, con los brazos cruzados. Lo recuerdo estando parado así durante la iniciación, mientras nos observaba pelear los unos con los otros, tan alto y fuerte que nunca imaginé que me diese algo más que una mirada superficial.

—No es solamente por venganza —digo—. No es sólo por lo que ellos le hicieron a Abnegación. Es sobre detenerlos antes de que hagan algo igual de malo a la gente en todos los experimentos... sobre quitarles el poder de controlar la vida de miles personas.

—¿Merece la pena —dice Cara—, una muerte para salvar a miles de personas de un horrible destino? ¿Y cortar la energía de los recintos de forma aplastante, por así decirlo? ¿Es siquiera cuestionable?

Sé lo que está haciendo: sopesando una única vida contra muchas más vidas y recuerdos, dibujando una conclusión obvia de las escalas. Esa es la forma en que las mentes de Erudición trabajan, y la forma en que las



mentes de Abnegación funcionan, pero yo no estoy segura si esa es la mentalidad que necesitamos ahora mismo. Una vida contra miles de recuerdos, por supuesto que la respuesta es simple, pero, ¿tiene que ser una de nuestras vidas? ¿Tenemos que ser los que actúen?

Pero como sé cuál será mi respuesta a esa pregunta, mis pensamientos corren hacia otra pregunta. Si tiene que ser uno de nosotros, ¿quién debería ser?

Mis ojos se desplazan de Matthew a Cara, de pies al lado de la mesa, después a Tobias, a Christina, quien está con el brazo colgando de un palo de escoba, y aterrizan en Caleb.

Él.

Un segundo después me siento enferma conmigo misma.

—Oh, sólo acaba con ello —dice Caleb, levantando los ojos hacia mí—. Quieres que yo lo haga. Todos lo quieren.

—Nadie ha dicho eso —dice Matthew, escupiendo su cordel.

—Todo el mundo me está mirando —dice Caleb—. No crean que no lo sé. Soy el que eligió el bando equivocado, quien trabajó con Jeanine Matthews; soy el que no le importa a nadie, así que debería ser yo el que tiene que morir.

—¿Por qué crees que Tobias se ofreció a sacarte de la ciudad antes de que te ejecutaran? —Mi voz sale fría y calmada. El olor de la lejía juega en mi nariz—. ¿Por qué no me importa si vives o mueres? ¿Por qué no me importas en absoluto?

Él debería ser el que muera, piensa una parte de mí.

No quiero perderlo, argumenta la otra parte.

No sé en qué parte confiar, a cuál parte creer.

—¿Crees que no reconozco el odio cuando lo veo? —Caleb sacude la cabeza—. Lo veo cada vez que me miras. En las raras ocasiones en las que me miras.

Sus ojos están brillando por las lágrimas. Es la primera vez desde mi casi ejecución que lo veo arrepentido en lugar de a la defensiva o lleno de excusas. Quizás también es la primera vez desde entonces que lo veo como



mi hermano en vez del cobarde que me vendió a Jeanine Matthews. De repente tengo problemas al tragar.

—Si hago esto... —dice él.

Niego con la cabeza, pero él levanta la mano.

—Para —dice él—. Beatrice, si hago esto... ¿serás capaz de perdonarme?

Para mí, cuando alguien te agravia, ambos comparten la carga de ese delito, el dolor pesa sobre ambos. El perdón, entonces, significa llevar todo el peso por ti mismo. La traición de Caleb es algo que los dos cargamos, y dado que él lo hizo, todo lo que he querido es que apartara ese peso de mí. No estoy segura de que sea capaz de asumirlo todo por mí cuenta, no estoy segura de que sea lo suficientemente fuerte o buena.

Pero lo veo armarse de valor para afrontar este destino, y sé que *tengo* que ser lo suficientemente fuerte y buena si él va a sacrificarse por todos nosotros.

Asiento.

—Sí. —Me ahogo al decir—. Pero eso no es una buena razón para hacerlo.

—Tengo muchas razones —dice Caleb—. Lo voy a hacer. Por supuesto que lo haré.

ALLEGIAN'T

No estoy segura de lo que acaba de pasar.

Matthew y Caleb se quedan detrás para hacer entrar a Caleb en el traje impermeable: el traje que lo mantendrá vivo en el Laboratorio de Armas lo suficiente para desencadenar el virus del suero de memoria. Espero a que los otros se vayan para irme yo. Quiero andar de vuelta a los dormitorios con solo mis pensamientos de compañía.

Unas semanas antes, me hubiese ofrecido voluntaria para esta misión suicida, y lo hice. Me ofrecí voluntaria para ir a la sede de Erudición, sabiendo que la muerte me esperaba allí. Pero no fue porque fuese desinteresada o valiente. Fue porque era culpable y una parte de mí quería perderlo todo; una parte afligida y enferma de mí quería morir. ¿Es eso lo



que está motivando a Caleb ahora? ¿Debería dejarlo morir realmente para que así él sienta que la deuda conmigo está saldada?

Camino por el pasillo con su arcoíris de luces y subo las escaleras. Ni siquiera puedo pensar en otra alternativa. ¿No estaría más dispuesta a perder a Christina, a Cara, o Matthew? No. La verdad es que estaría menos dispuesta a perder uno de ellos, porque ellos han sido buenos amigos y Caleb no, no desde hace mucho tiempo. Incluso antes de que él me traicionara, me dejó por Erudición y no miró atrás. Yo fui la que fue a *visitarlo* durante mi iniciación, y él se pasó todo el tiempo preguntándome qué hacía allí.

Y yo ya no quiero morir. Estoy preparada para el desafío de llevar la culpa y el dolor, preparada para hacer frente a las dificultades que ha puesto la vida en mi camino. Algunos días son más duros que otros, pero estoy preparada para vivir cada uno de ellos. No puedo sacrificar mi vida esta vez.

La parte más honesta de mí es capaz de admitir que estuvo aliviada de oír a Caleb ofrecerse voluntario.

De repente no puedo pensar más en ello. Alcanzo la puerta del hotel y camino a los dormitorios, con la esperanza de simplemente colapsar en la cama y dormir, pero Tobias está esperándome en el pasillo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —digo—. Pero no lo debería estar. —Me llevo una mano, brevemente, a mi frente—. Siento que ya he estado de luto por él. Como si hubiese muerto en el momento en que lo vi en la sede de Erudición mientras estuve allí. ¿Sabes?

Le confesé a Tobias, justo después de eso, que había perdido a mi familia entera. Y me aseguró que él era mi familia ahora.

Así es como se siente. Como si todo entre nosotros se enlazara junto: la amistad, el amor y la familia, de modo que no puedo notar la diferencia entre cualquiera de ellos.

—Sabes, Abnegación te enseña sobre esto —dice—. Acerca de cuándo dejar que los demás se sacrifiquen por ti, incluso aunque sea egoísta. Dicen que si el sacrificio es lo último que puede hacer una persona para demostrarte que te quiere, debes dejarla hacerlo. —Apoya un hombro contra la pared—.



Que, en esa situación, es el regalo más grande que puedes darles. Justo como lo fue cuando tus padres murieron por ti.

—Sin embargo, no estoy segura si es el amor lo que lo está motivando. —Cierro los ojos—. Parece más bien la culpa.

—A lo mejor —admite Tobias—. Pero, ¿por qué sentiría culpa al traicionarte si no te amara?

Asiento. Sé que Caleb me quiere, y siempre lo ha hecho, incluso cuando me hizo daño. Sé que yo lo amo, también. Pero esto se siente mal de todos modos.

Aun así, soy capaz de aplacarme momentáneamente, sabiendo que esto es algo que quizás mis padres entenderían, si estuviesen aquí ahora mismo.

—Éste quizás es un mal momento —dice—, pero hay algo que quiero decirte.

Me tenso inmediatamente, temerosa de que vaya a nombrarme algún crimen del que desconozco, o alguna confesión que lo esté carcomiendo, o algo igualmente difícil. Su expresión es ilegible.

—Sólo quiero darte las gracias —dice en voz baja—. Un grupo de científicos te dijeron que mis genes estaban dañados, que había algo mal en mí, te mostraron los resultados que lo probaban. E incluso yo empecé a creérmelo.

Él toma mi rostro, su pulgar rozando mi mejilla, y sus ojos están fijos en los míos, intensos e insistentes.

—Nunca lo creíste —dice—. Ni por un segundo. Siempre insististe en que yo era... no lo sé, todo.

Cubro su mano con la mía.

—Bueno, lo eres.

—Nadie me ha dicho nunca eso —dice suavemente.

—Es lo que te mereces oír —digo firmemente, con mis ojos nublados por las lágrimas—. Que lo eres todo, eres digno de ser amado, que eres la mejor persona que he conocido jamás.

Justo cuando las últimas palabras salen de mi boca, me besa.





Le beso de vuelta tan fuerte que duele, y retuerzo su camisa con mis dedos. Lo empujo por el pasillo a través de una de las puertas a una habitación escasamente amueblada cerca del dormitorio. Cierro la puerta de una patada.

Así como yo he insistido en su valor, él siempre ha insistido en mi fuerza, insistiendo en que mi capacidad es más grande de lo que creo. Y sé, sin que sea dicho, que eso es lo que el amor hace, cuando es correcto: te hace más de lo que eras, más de lo que pensabas que podías llegar a ser.

Esto es correcto.

Sus dedos se deslizan entre mi cabello y lo enrollan. Mi mano tiembla, pero no me importa si lo nota, no me importa si él sabe que me da miedo cuán intenso se siente esto. Tomo su camiseta entre mis puños, acercándolo más, y suspiro su nombre contra su boca.

Me olvido que es otra persona; en cambio, lo siento como otra parte de mí, tan esencial como el corazón, un ojo o un brazo. Le subo la camiseta por la cabeza. Paso mis manos sobre la piel que expongo como si fuera mía.

Sus manos se aferran a mi camisa y me la estoy quitando, luego recuerdo, recuerdo que soy pequeña y tengo un pecho plano, la piel de un pálido enfermizo, y me retiro.

Él me mira, no como si estuviese esperando una explicación, si no como si fuera la única cosa en la habitación que vale la pena mirar.

Lo miro también, pero todo lo que veo me hace sentir peor. Es tan guapo, e incluso la tinta negra rizándose sobre su piel lo hace una obra de arte. Un momento antes estaba convencida que encajábamos perfectamente, y quizás aún lo hacemos, pero sólo con nuestras ropas puestas.

Pero él aún sigue mirándome de ese modo.

Sonríe, una sonrisa pequeña y tímida. Luego pone sus manos sobre mi cintura y me acerca a él. Se agacha y me besa entre sus dedos, y susurra “hermosa” contra mi estómago.

Y le creo.

Se pone de pie y presiona sus labios contra los míos, su boca abierta, sus manos sobre mis caderas desnudas, sus pulgares deslizándose por la





parte superior de mis jeans. Le toco el pecho, inclinándome sobre él, sintiendo su suspiro hasta en mis huesos.

—Te amo, lo sabes —le digo.

—Lo sé —replica.

Moviendo las cejas, se inclina y envuelve un brazo alrededor de mis piernas, lanzándome sobre sus hombros. Una risa escapa de mi boca, mitad alegre y mitad nerviosa, y me carga a través de la habitación, arrojándome sin ceremonias encima del sofá.

Se acuesta a mi lado, y yo recorro mis dedos sobre las llamas que envuelven su caja torácica. Él es fuerte, ágil y certero.

Y es mío.

Encajo mi boca con la suya.

ALLEGIAN'T

299

Tenía tanto miedo que nos mantuviéramos colisionando una y otra vez si permanecíamos juntos, y que finalmente el impacto me rompiera. Pero ahora sé que soy como la cuchilla y él es como la piedra de afilar...

Soy demasiado fuerte para romperme tan fácilmente, y me convierto en alguien mejor, más afilada, cada vez que lo toco.



Traducido por Lorenaa

Corregido por Angeles Rangel

TOBIAS

Lo primero que veo cuando me despierto, aún en el sofá de la habitación de hotel, son los pájaros volando sobre su clavícula. Su camiseta, recuperada del suelo en medio de la noche por el frío, está levantada del lado donde ella está durmiendo.

Hemos dormido cerca el uno del otro antes, pero esta vez se siente diferente. Las otras veces estábamos ahí para reconfortarnos el uno al otro o para protegernos; esta vez sólo es porque queremos estarlo... y porque nos dormimos antes de que pudiésemos llegar a los dormitorios.

Estiro mi mano y trazo la punta de mi dedo por sus tatuajes, y ella abre los ojos.

Envuelve un brazo alrededor de mí y se empuja a través de los cojines para quedar justo contra mí, caliente, suave y flexible.

—Buenos días —digo.

—Shhh —dice ella—. Si no le das reconocimiento a lo mejor se va.

La atraigo hacia mí, con mi mano en su cadera. Sus ojos están amplios, alertas, a pesar de que los acaba de abrir. Beso su mejilla, su mandíbula, luego su garganta, deteniéndome allí durante varios segundos. Sus manos se tensan alrededor de mi cintura, y suspira en mi oreja.

Mi auto control está a punto de desaparecer en cinco, cuatro, tres...

—Tobias —susurra—. Odio decir esto pero... creo que tenemos *algunas* cosas que hacer hoy.

—Pueden esperar —digo contra su hombro, y le beso el primer tatuaje, despacio.

—¡No, no pueden! —dice ella.

Me recuesto de nuevo entre los cojines, y me siento frío sin su cuerpo paralelo al mío.

—Sí, sobre eso, pensé que tu hermano podría necesitar un poco de práctica de tiro. Sólo por si acaso.

—Eso quizás es una buena idea —dice despacio—. Sólo ha disparado un arma... ¿Qué? ¿Una o dos veces?

—Le puedo enseñar —digo—. Si hay algo en lo que soy bueno es apuntando. Y a lo mejor le sienta bien hacer algo.

—Gracias —dice ella. Se sienta y lleva sus dedos hasta su cabello para peinarlo. A la luz de la mañana su color se ve más brillante, como si estuviese entrelazado con oro—. Sé que no te agrada, pero...

—Pero si tú has dejado pasar lo que él te hizo —digo, sujetándole la mano—, entonces yo voy a intentar hacer lo mismo.

Sonríe y me besa en la mejilla.

ALLEGIAN'T

Me quito el agua de la ducha persistente en la parte de atrás de mi cuello con la palma de la mano. Tris, Caleb, Christina y yo estamos en la sala de entrenamiento en el área subterránea de los Dañados Genéticamente, está fría, oscura y llena de equipamiento: armas de entrenamiento, alfombras, cascos y objetivos, cualquier cosa que pudiésemos necesitar. Selecciono el arma para prácticas correcta, una que tiene el tamaño de una pistola, pero más voluminosa, y se la ofrezco a Caleb.

Los dedos de Tris se deslizan entre los míos. Todo sale fácilmente esta mañana, cada risa y cada sonrisa, cada palabra y cada gesto.

Si tenemos éxito en lo que intentaremos esta noche, mañana Chicago estará a salvo, la Oficina estará cambiada para siempre, y Tris y yo seremos capaces de construirnos una nueva vida para nosotros en cualquier lugar. Quizás incluso en un lugar donde pueda cambiar mis armas y cuchillos por herramientas más productivas, destornilladores,



clavos y palas. Esta mañana siento que puedo ser así de afortunado. Podría serlo.

—No dispara balas reales —digo—, pero el diseño es lo más cercano que hay al arma que estarás utilizando. Se siente real, de todos modos.

Caleb sujeta el arma con la punta de sus dedos, como si tuviese miedo de que se rompiera en sus manos.

Me río.

—Primera lección: No le tengas miedo. Tómala. Has sujetado una antes, ¿recuerdas? Nos sacaste del recinto de Cordialidad con un disparo.

—Eso sólo fue suerte —dice Caleb, girando y girando el arma para verla desde todos los ángulos. Su lengua está empujando su mejilla como si estuviese resolviendo un problema—. No una habilidad.

—Tener suerte es mejor que ser desafortunado —digo—. Vamos a trabajar en esas habilidades ahora.

Miro hacia Tris. Ella me sonríe, luego se inclina para susurrarle algo a Christina.

—¿Estás aquí para ayudar o qué, Estirada? —digo. Me oigo hablar con la voz que cultivé cuando era instructor en las iniciaciones, pero esta vez la uso en broma—. Te vendría bien algo de práctica con ese brazo derecho, si recuerdo bien. A ti también, Christina.

Tris me pone mala cara, pero luego ella y Christina cruzan la habitación para recoger sus propias armas.

—De acuerdo, ahora enfrenta el objetivo y quita el seguro —digo. Hay un objetivo al otro lado de la habitación, más sofisticado que la tabla de madera en las salas de entrenamiento en Osadía. Hay tres anillos de tres colores diferentes: verde, amarillo y rojo; así es más fácil decir en dónde han golpeado las balas.

—Déjame ver cómo harías un disparo normalmente.

Él levanta el arma con una mano, cuadra sus pies y sus hombros como si estuviese a punto de levantar algo pesado, y dispara. La pistola da un tirón arriba y abajo, disparando la bala cerca del techo. Cubro mi boca con la mano para disimular la risa.





—No hay necesidad de *reírse* —dice Caleb, irritado.

—Los libros de aprendizaje no te lo enseñan todo, ¿verdad? —dice Christina—. La tienes que sujetar con *ambas* manos. No te ves tan bien, pero tampoco atacarás al techo.

—¡No estaba intentando verme bien!

Christina se para, con las piernas ligeramente desiguales, y levanta ambos brazos. Mira el objetivo durante un momento, luego dispara. La bala golpea el círculo exterior del objetivo y rebota, rodando por el suelo. Deja un círculo de luz en el objetivo, marcando el lugar del impacto. Desearía haber tenido esta tecnología durante el entrenamiento en la iniciación.

—Oh, bien —digo—. Golpeaste el aire alrededor del cuerpo de tu objetivo. Qué útil.

—Estoy un poco oxidada —admite Christina, riéndose.

—Creo que la mejor forma de aprender para ti sería imitándome —le digo a Caleb. Me paro de la forma en la que siempre lo hago, relajado, natural y levanto ambos brazos, apretando el arma con una mano y estabilizándola con la otra.

Caleb intenta copiarme, empezando por los pies y amoldando el resto del cuerpo. Tan ansiosa como estaba Christina de burlarse de él, es su habilidad para analizar las cosas lo que hace que lo logre, puedo verlo cambiando los ángulos, las distancias, la tensión y la relajación mientras me observa, intentando hacer todo bien.

—Bien —digo cuando ha terminado—. Ahora céntrate en lo que quieres golpear, y en nada más.

Yo me fijo en el centro del objetivo e intento que me trague. La distancia no es un problema para mí, la bala viajará directamente, justo como lo haría si estuviese cerca. Inhalo y me preparo, exhalo y disparo, y la bala va directamente donde yo quería: al círculo rojo, en medio del objetivo.

Me retiro para observar a Caleb intentarlo. Está parado de la forma correcta, sujeta el arma de la forma correcta, pero está rígido, es una estatua con un arma en la mano. Inhala aire y lo retiene mientras dispara. Esta vez el contra golpe no lo sorprende tanto, y la bala golpea la parte superior del objetivo.





—Bien —digo otra vez—. Creo que lo que más necesitas es estar cómodo con ello. Estás muy tenso.

—¿Puedes culparme? —dice. Su voz tiembla, pero sólo al final de cada palabra. Tiene la mirada de alguien que está interiormente aterrorizado. He visto a dos iniciados con esa expresión, pero ninguno de ellos se estaba enfrentando a lo que Caleb se enfrenta ahora mismo.

Sacudo la cabeza y digo tranquilamente:

—Por supuesto que no. Pero tienes que darte cuenta que si no dejas salir esa tensión, quizás no lo logres en el Laboratorio de Armas esta noche. ¿Y qué bien haría eso a alguien?

Él suspira.

—La técnica física es importante —digo—. Pero principalmente es un juego mental, lo que afortunadamente para ti, sabes jugar. No sólo practicas la puntería, también practicas la concentración. Y entonces, cuando estés en una situación en la que estás luchando por tu vida, tu concentración estará tan arraigada que sucederá naturalmente.

—No sabía que Osadía estaban tan interesados en entrenar el cerebro —dice Caleb—. ¿Puedo verte intentarlo, Tris? Creo que realmente nunca te he visto disparar algo sin una herida de bala en tu hombro.

Tris sonríe un poco y enfrenta el objetivo. Cuando la vi disparar por primera vez durante el entrenamiento de Osadía, parecía incómoda, como un pajarito. Pero su silueta frágil y estrecha se ha convertido en una delgada pero musculosa, y cuando sujeta el arma, parece fácil. Entrecierra un ojo un poco, cambia su peso, y dispara. Su bala se desvía del centro del objetivo, pero sólo unos centímetros. Obviamente impresionado, Caleb levanta las cejas.

—¡No parezcas tan sorprendido! —dice ella.

—Lo siento —dice—. Es sólo que... solías ser tan torpe, ¿recuerdas? No sé cuándo me perdí que ya no eres así.

Tris se encoge de hombros, pero cuando aparta la mirada, está sonrojada y se ve complacida. Christina dispara otra vez, y esta vez golpea el objetivo cerca del centro.





Me aparto para ver a Caleb practicar, y observo a Tris disparar de nuevo, observando las líneas rectas de su cuerpo cuando levanta el arma, y cuán equilibrada está cuando dispara. Le toco el hombro y me inclino sobre su oído.

—¿Recuerdas durante el entrenamiento cuando la pistola casi te golpea en la cara?

Ella asiente, sonriendo.

—¿Recuerdas durante el entrenamiento cuando hice *esto*? —digo, y la envuelvo con un brazo para presionar una mano en su estómago. Ella jadea en busca de aire.

—No es como si fuera a olvidar eso en algún tiempo cercano —murmura.

Se gira y atrae mi rostro al suyo, con la punta de sus dedos sobre mi mentón. Nos besamos, y escucho a Christina decir algo sobre ello, pero por primera vez, no me importa en absoluto.

ALLEGIAN'T

No hay mucho más que hacer después de la práctica de tiro aparte de esperar. Tris y Christina obtienen los explosivos de Reggie y le enseñan a Caleb cómo usarlos. Luego Matthew y Cara estudian minuciosamente el mapa, examinando diferentes rutas para atravesar el recinto y llegar al Laboratorio de Armas. Christina y yo nos encontramos con Amar, George y Peter para repasar la ruta por la que vamos a ir hasta la ciudad esta noche. Tris es llamada para una reunión del consejo a última hora. Matthew ha inoculado a la gente contra el suero de memoria durante todo el día, a Cara, Caleb, Tris, Nita, Reggie y a él mismo.

No hay suficiente tiempo para pensar sobre el significado de lo que estamos intentando hacer: detener una revolución, salvar los experimentos, cambiar la Oficina para siempre.

Mientras Tris está fuera, yo voy al hospital para ver a Uriah una última vez antes de traer a su familia.

Cuando llego allí, no puedo entrar. Desde aquí, a través de la ventana, puedo fingir que simplemente está durmiendo, y que si lo toco, se despertará, sonreirá y hará una broma. Desde dentro, sería capaz de ver



cuán sin vida está ahora, cómo el impacto a su cerebro se llevó las últimas partes de lo que era Uriah.

Aprieto mis manos formando puños, para ocultar que están temblando.

Matthew se aproxima desde el final del pasillo, con las manos en los bolsillos de su uniforme azul oscuro. Su andar es relajado, sus pasos son pesados.

—Hola.

—Hola —digo.

—Acabo de inocular a Nita —dice—. Está de mejor ánimo hoy.

—Bien.

Matthew golpea la ventana con sus nudillos.

—Entonces... ¿vas a traer a su familia más tarde? Eso es lo que me dijo Tris.

Asiento.

—A su hermano y a su madre.

He conocido a la madre de Zeke y Uriah antes. Ella es una mujer pequeña con poder en su porte, una de las raras personas de Osadía que lleva las cosas con calma y sin ceremonias. Me agrada y tengo miedo de ella al mismo tiempo.

—¿Sin padre? —dice Matthew.

—Murió cuando eran jóvenes. No es sorprendente en Osadía.

—Claro.

Estamos en silencio durante un rato, y estoy agradecido por su presencia, la cual me impide abrumarme por el dolor. Sé que Cara tenía razón ayer al decirme que no maté a Uriah, no realmente, pero aún así se *siente* como si lo hubiese hecho, y quizá siempre se sentirá.

—He querido preguntarte —digo después de un rato—. ¿Por qué nos estás ayudando con esto? Parece un gran riesgo para alguien que no tiene intereses personales en el resultado.





—Sin embargo, los tengo —dice Matthew—. Es una larga historia.

Se cruza de brazos, luego tira del cordel alrededor de su cuello con el pulgar.

—Estaba esta chica —dice—. Estaba dañada genéticamente, y eso suponía que no podía salir con ella, ¿verdad? Se supone que nos tenemos que asegurar de que encajamos con la persona “óptima”, así producimos descendencia genéticamente mejor, o algo así. Bueno, yo me estaba sintiendo rebelde, y había algo atractivo en lo prohibido, así que empezamos a salir. Nunca pensé que se convertiría en algo serio, pero...

—Pero lo hizo —digo.

Él asiente.

—Lo hizo. Ella, más que cualquier otra cosa, me convenció de que la posición en el recinto del daño genético era retorcida. Ella era mejor persona de lo que yo era, o llegaré a ser. Y entonces fue atacada. Un puñado de Puros Genéticamente la golpeó. Era una especie de sabelotodo, nunca se contentó con sólo quedarse donde estaba; creo que tenía que ver algo con eso, o quizá no, tal vez la gente simplemente hace cosas así de la nada, e intentan encontrar una razón que sólo les frustra la mente.

Miro detenidamente el cordel con el que está jugando. Siempre pensé que era negro, pero cuando lo miro de cerca veo que es verde... el color de los uniformes del personal de apoyo.

—De todos modos, fue muy mal herida, pero uno de los Puros Genéticamente era el hijo de uno de los miembros del consejo. Clamó que el ataque fue provocado, y esa fue la excusa que dieron cuando lo dejaron a él y a los otros Puros Genéticamente libres con sólo unos servicios comunitarios, pero yo lo sabía. —Empieza a asentir con sus propias palabras—. Sabía que los dejaron libres porque pensaban que ella era inferior a ellos. Como si los Puros Genéticamente hubiesen golpeado a un animal.

Un escalofrío empieza en lo alto de mi espina y me recorre la espalda.

—¿Qué...?

—¿Qué le pasó? —Matthew me mira—. Murió un año después durante una operación para arreglar parte del daño. Fue un golpe... una infección. —Deja caer sus manos—. El día que murió fue el día que empecé a ayudar a





Nita. Sin embargo, no pensé que su plan reciente fuera uno bueno, por lo que no le ayudé con eso. Pero tampoco intenté mucho detenerla.

Pienso en las cosas que se pueden decir en momentos como este, las disculpas y la simpatía, y no encuentro una sola frase que se sienta correcta. Al contrario, sólo dejo que el silencio se extienda entre nosotros. Es la única respuesta adecuada a lo que me acaba de decir, lo único que hace justicia a la tragedia en lugar de ponerle parches y seguir adelante.

—Sé que no lo parece —dice Matthew—, pero los odio.

Los músculos de su mandíbula están tensos. Nunca me ha parecido una persona cálida, pero nunca ha sido frío tampoco. Eso es lo que parece ahora, un hombre encerrado en hielo, sus ojos son duros y su voz es como una exhalación helada.

—Y me ofrecería voluntario para morir en vez de Caleb... si no fuera porque realmente los quiero ver sufrir las repercusiones. Los quiero observar titubeando bajo el suero de memoria, sin reconocerse y saber quiénes son, porque eso es lo que me pasó cuando ella murió.

—Eso suena como un castigo adecuado —digo.

—Más de lo que sería matarlos —dice Matthew—. Y además, yo no soy un asesino.

Me siento incómodo. No es frecuente encontrar a la persona real detrás de una máscara de buena persona, ver las partes más oscuras de alguien. No es cómodo cuando lo haces.

—Lamento lo que le pasó a Uriah —dice Matthew—. Te dejaré con él.

Se vuelve a meter las manos en los bolsillos y continúa pasillo abajo, con los labios fruncidos.



Traducido por Jessy

Corregido por Lizzie

TRIS

La reunión de emergencia del consejo es más de lo mismo: la confirmación de que el virus será dejado caer sobre las ciudades. Esta noche, discusiones sobre qué aviones se utilizarán y en qué momento.

David y yo intercambiamos palabras amistosas cuando la reunión termina, y luego me escapo mientras los demás siguen bebiendo café y vuelvo hacia el hotel. Tobias me lleva al atrio cerca de los dormitorios del hotel, y pasamos un rato allí, hablando, besándonos y señalando las plantas extrañas. Se siente como algo que la gente normal hace: ir a citas, hablar de pequeñeces, reír. Hemos tenido pocos de esos momentos. La mayoría de nuestro tiempo juntos ha sido gastado corriendo de una amenaza a otra, o corriendo hacia una amenaza u otra. Pero puedo ver un momento en el horizonte cuando eso no tendrá que suceder nunca más. Reiniciaremos a las personas en el recinto, y trabajaremos para reconstruir este lugar juntos. Tal vez entonces podamos descubrir si lo hacemos tan bien en los momentos de tranquilidad como lo hacemos en los estrepitosos.

Estoy deseando que llegue.

Finalmente llega el momento de Tobias para irse. Me paro en el escalón más alto del atrio y él se para en el más bajo, por lo que estamos al mismo nivel.

—No me gusta no poder estar contigo esta noche —dice él—. No se siente correcto dejarte sola con algo tan grande.

—¿Qué, no crees que pueda manejarlo? —digo, un poco a la defensiva.

—Obviamente no es lo que pienso. —Pone sus manos en mi rostro y apoya su frente contra la mía—. Simplemente no quiero que tengas que cargar con ello sola.



—No quiero que tengas que cargar con la familia de Uriah solo —digo suavemente—. Pero creo que esas son cosas que tenemos que hacer por separado. Me alegra de poder estar con Caleb antes de... ya sabes. Será agradable no tener que preocuparme por ti al mismo tiempo.

—Sí. —Él cierra sus ojos—. No puedo esperar hasta mañana, cuando vuelva y tú hayas acabado lo que te dispones a hacer y podamos decidir qué viene a continuación.

—Te puedo decir que implicará un montón de esto —digo, y presiono mis labios en los suyos.

Sus manos cambian desde mis mejillas a mis hombros y luego se deslizan cuidadosamente por mi espalda. Sus dedos encuentran el dobladillo de mi camisa, luego se deslizan bajo ella, cálidos e insistentes.

Me siento consiente de todo a la vez, de la presión de su boca, el sabor de nuestro beso, la textura de su piel, de la luz naranja brillando contra mis párpados cerrados y el aroma de las cosas verdes creciendo, en el aire. Cuando me alejo, y él abre sus ojos, veo todo de ellos, el dardo de luz azul en su ojo izquierdo, el azul oscuro que me hace sentir que estoy a salvo en su interior, que estoy soñando.

—Te amo —digo.

—También te amo —dice él—. Te veré pronto.

Me besa otra vez, suavemente, y luego deja el atrio. Me quedo parada en ese rayo de luz solar hasta que el sol desaparece.

Ahora es tiempo de estar con mi hermano.

*Traducido por Vanehz**Corregido por flochi*

TOBIAS

Verifico las pantallas antes de ir a encontrar a Amar y George. Evelyn está encerrada en la sede de Erudición con sus seguidores Sin Facción, inclinada sobre un mapa de la ciudad. Marcus y Johanna están en un edificio de la Avenida Michigan, al norte del edificio Hancock, llevando a cabo una reunión.

Espero que sea allí donde ambos estén en unas horas cuando decida a cuál de mis padres reiniciar. Amar nos dio un poco más de una hora para encontrar e inocular a la familia de Uriah y regresar al recinto sin ser notados, así que sólo tengo tiempo para uno de ellos.

ALLEGIAN'T

La nieve cae afuera sobre el pavimento, flotando sobre el viento. George me ofrece un arma.

—Es peligroso allí en este momento —dice—. Con todo ese asunto de los Leales ocurriendo.

Tomo el arma sin siquiera mirarla.

—¿Estás del todo familiarizado con el plan? —dice George—. Voy a estar monitorizándote desde aquí, desde el pequeño cuarto de control. Veremos cuál útil soy esta noche, pese a toda esta nieve oscureciendo las cámaras.

—¿Y dónde estará la otra gente de seguridad?

—¿Bebiendo? —George se encoge de hombros—. Les dije que se tomaran la noche. Nadie notará que la camioneta se ha ido. Estará bien, lo prometo.



Amar sonríe.

—Todo bien, vamos.

George aprieta el brazo de Amar y ondea la mano hacia el resto de nosotros. Mientras los otros siguen a Amar hacia la camioneta estacionada fuera, agarro a George y lo retengo. Me da una mirada extrañada.

—No me hagas preguntas sobre esto, porque no las responderé —digo—. Pero inocúlate contra el suero de memoria, ¿de acuerdo? Lo más pronto posible. Matthew puede ayudarte.

Me frunce el ceño.

—Sólo hazlo —digo, y continúo hasta la camioneta.

Los copos de nieve se aferran a mi cabello, y el vapor se arremolina en torno a mi boca con cada respiración. Christina choca contra mí en nuestro camino hacia la camioneta y desliza algo en mi bolsillo. Un vial.

Veo los ojos de Peter sobre nosotros mientras subo al asiento del pasajero. Aún no estoy seguro de por qué estaba tan ansioso por venir con nosotros, pero sé que necesito tener cuidado con él.

El interior de la camioneta es cálido, y pronto estamos cubiertos de gotas de agua en vez de nieve.

—Suerte la tuya —dice Amar. Me alcanza una pantalla de cristal con líneas brillantes enrevesadas en ella como venas. Miro de cerca y veo que son calles, y que la línea más brillante traza nuestro camino a través de ellas—. Vas a ser el hombre del mapa.

—¿Necesitas un mapa? —Levanto mis cejas—. ¿No se te ocurrió simplemente... apuntar a los edificios gigantes?

Amar me hace una mueca.

—No sólo estamos conduciendo directamente a la ciudad, vamos a tomar una ruta sigilosa. Ahora cállate y monitoriza el mapa.

Encuentro un punto azul en el mapa que marca nuestra posición. Amar acelera la camioneta sobre la nieve, la cual cae tan rápido que solo puedo ver algunos metros delante de nosotros.





Los edificios que pasamos lucen como oscuras figuras espiándonos a través de un manto blanco. Amar conduce rápido, confiando en el peso de la camioneta para mantenernos estables.

Entre los copos de nieve, veo las luces de la ciudad por delante. Había olvidado cuán cerca estábamos de ella, porque todo es tan diferente justo a las afueras de sus límites.

—No puedo creer que estemos regresando —dice Peter tranquilamente, como si no esperara una respuesta.

—Tampoco yo —digo, porque es verdad.

La distancia que la Oficina ha mantenido del resto del mundo es un mal separado de la guerra que intentan librar contra nuestras memorias; más sutil, pero en su propia forma, igual de siniestro.

Tienen la capacidad de ayudarnos, postrándose en nuestras facciones, pero sin embargo, nos dejaron separarnos. Nos dejaron morir. Nos dejaron matarnos el uno al otro. Solo ahora que estamos a punto de destruir más que un aceptable nivel de material genético, es que deciden intervenir.

Rebotamos en la camioneta de un lado a otro mientras Amar conduce sobre las vías del tren, manteniéndose cerca de la alta pared de cemento a nuestra derecha.

Miro a Christina en el espejo retrovisor. Su rodilla derecha rebota rápidamente.

ALLEGIAN.T

Aún no sé los recuerdos de quién tomaré: ¿Los de Marcus o los de Evelyn?

Normalmente trataría de decidir cuál sería la decisión menos egoísta, pero en este caso, ambas opciones se sienten egoístas. Reiniciar a Marcus significaría borrar al hombre que odio y temo del mundo. Significaría mi libertad de su influencia.

Reiniciar a Evelyn significaría convertirla en una nueva madre, una que no me abandonaría, o tomaría decisiones por un deseo de venganza, o controlaría a todos en un esfuerzo para no tener que confiar en ellos.



De cualquier forma, si cualquiera de mis padres se va, estoy mejor. Pero, ¿qué ayudaría más a la ciudad?

Ya no lo sé.

ALLEGIAN'T

Sostengo mis manos sobre las ventanillas de calefacción para calentarlas mientras Amar sigue conduciendo sobre los rieles del tren y pasando un vagón abandonado que vimos en nuestro camino, reflejando las luces delanteras en sus paneles plateados. Alcanzamos el lugar donde el mundo externo termina y el experimental comienza, el cambio es tan abrupto como si alguien hubiera dibujado una línea en el suelo.

Amar conduce sobre esa línea como si no estuviera allí. Para él, supongo, se ha desvanecido con el tiempo, mientras se acostumbra más y más a su nuevo mundo. Para mí, se siente como conducir desde la verdad hacia la mentira, de la adultez a la infancia. Observo el mundo de pavimento, vidrio y metal convertirse en un campo vacío. La nieve cae suavemente ahora, y puedo ver levemente por delante, el horizonte de la ciudad, los edificios sólo un tono más oscuros que las nubes.

—¿Dónde debemos ir para encontrar a Zeke? —dice Amar.

—Zeke y su madre se unieron a la rebelión —digo—. Así que el lugar donde la mayoría esté, sería mi mejor apuesta.

—La gente del cuarto de control dice que la mayoría de ellos han tomado residencia al norte del río, junto al edificio Hancock —dice Amar—. ¿Te sientes de ánimos para ir a la tirolesa?

—Absolutamente no —digo.

Amar ríe.

Nos toma una hora más acercarnos. Solo cuando vemos el edificio Hancock en la distancia, empiezo a sentirme nervioso.

—Um... ¿Amar? —dice Christina desde atrás—. Odio decir esto, pero realmente necesito que paremos. Y... ya sabes. Hacer pis.

—¿Justo ahora? —dice Amar.



—Sí. Vino todo de repente.

Él suspira, pero detiene la camioneta al lado del camino.

—Ustedes, chicos, quédense aquí, ¡y no miren! —dice Christina mientras sale.

Veo su silueta moverse a la parte trasera de la camioneta, y espero. Todo lo que sentí cuando acuchilló los neumáticos es el ligero rebote de la camioneta, tan pequeño que solo lo sentí porque estaba esperándolo. Cuando Christina regresa, sacudiendo los copos de nieve de su chaqueta, lleva una pequeña sonrisa.

A veces todo lo que se necesita para salvar a la gente de un terrible destino, es una persona dispuesta a hacer algo al respecto. Incluso si ese “algo” es una falsa pausa para ir al baño.

Amar conduce por algunos minutos más antes de que suceda algo. Entonces la camioneta se sacude y empieza a rebotar como si fuéramos sobre baches.

—Mierda —dice Amar, frunciendo el ceño hacia el velocímetro—. No puedo creer esto.

—¿Pinchada? —digo.

—Sí. —Suspira, y pisa el freno de modo que el auto se detiene a un lado del camino.

—Voy a revisar —digo. Salto del asiento del pasajero y camino hacia la parte trasera de la camioneta. Las llantas traseras están completamente desinfladas, abiertas por el cuchillo que Christina trajo con ella. Miro por la ventana trasera para asegurarme de que hay solo una llanta de repuesto, entonces regreso a abrir mi puerta para darle las noticias.

—Ambas llantas traseras están pinchadas y sólo tenemos una de repuesto —digo—. Vamos a tener que abandonar la camioneta y conseguir una nueva.

—¡Mierda! —Amar golpea el volante—. No tenemos tiempo para esto. Tenemos que asegurarnos de que Zeke, su madre y la familia de Christina estén todos inoculados antes de que el suero de memoria sea liberado, o todos serán inútiles.





—Cálmate —digo—. Sé dónde podemos encontrar otro vehículo. ¿Por qué ustedes no siguen a pie y yo iré a buscar algún transporte?

La expresión de Amar se ilumina.

—Buena idea.

Antes de alejarnos de la camioneta, me aseguro de que hayan balas en mi arma, incluso a pesar de no saber si las necesitaré. Todos nos apilamos fuera de la camioneta, Amar temblando en el frío y rebotando sobre las puntas de sus pies.

Reviso mi reloj.

—Entonces, ¿necesitas inocularlos para qué hora?

—El horario de George dice que tenemos una hora antes de que reinicien la ciudad —dice Amar, revisando su reloj también, para asegurarse—. Si quieres ahorrarle a Zeke y a su madre el dolor y dejar que los reinicien, no te culparía. Lo haré si necesitas que lo haga.

Sacudo mi cabeza.

—No puedo hacer eso. No les dolería, pero no sería real.

—Como siempre digo —dice Amar, sonriendo—, una vez Estirado, siempre Estirado.

—¿Puedes... no decirles lo que pasó? Sólo hasta que yo llegue allí —digo—. ¿Sólo inocúlalos? Quiero ser el que se los diga.

La sonrisa de Amar decae un poco.

—Seguro. Por supuesto.

Mis zapatos ya están empapados por verificar las llantas, y mis pies duelen cuando tocan el frío suelo otra vez. Estoy a punto de alejarme de la camioneta cuando Peter habla.

—Iré contigo —dice.

—¿Qué? ¿Por qué? —Lo fulmino con la mirada.

—Podrías necesitar ayuda encontrando una camioneta —dice—. Es una ciudad grande.





Miro a Amar, quien se encoge de hombros.

—El hombre tiene razón.

Peter se inclina más cerca y habla bajo, para que solo yo oiga.

—Y si no quieres que le diga que estás planeando algo, no objetarás.

Sus ojos se dirigen al bolsillo de mi chaqueta, donde está el suero de memoria.

Suspiro.

—Bien. Pero harás lo que te diga.

Miro a Amar y a Christina alejarse a pie sin nosotros, encaminándose hacia el edificio Hancock. Una vez que están lo suficientemente lejos para vernos, retrocedo unos pasos, metiendo mi mano en mi bolsillo para proteger el vial.

—No voy a buscar una camioneta —digo—. Ya debes saber también eso para ahora. ¿Vas a ayudarme con lo que estoy haciendo, o tengo que dispararte?

—Depende de lo que estés haciendo.

Es difícil llegar a una respuesta cuando ni siquiera estoy seguro de cuál es. Permanezco de cara al edificio Hancock. A mi derecha están los Sin Facción, Evelyn, y su colección de suero de la muerte. A mi izquierda están los Leales, Marcus, y el plan de insurrección.

¿En dónde tengo mayor influencia? ¿Dónde puedo hacer mayor diferencia? Esas son las preguntas que debería estar haciéndome. Sin embargo, estoy preguntándome por cuál destrucción estoy más desesperado.

—Voy a detener una revolución —digo.

Me giro a la derecha, y Peter me sigue.



Traducido por Vanehz

Corregido por flochi

TRIS

Mi hermano está parado detrás del microscopio, sus ojos presionados en la mira. La luz en la plataforma del microscopio lanza extrañas sombras en su rostro, haciéndole lucir más adulto.

—Este es, definitivamente —dice—. El suero de simulación de ataque, quiero decir. Sin duda.

—Es siempre bueno hacer que alguien más verifique —dice Matthew.

Estoy parada con mi hermano, horas antes de que muera. Y está analizando sueros. Esto es tan estúpido.

Sé por qué Caleb quería venir aquí: para asegurarse de que estaba entregando su vida por una buena razón. No lo culpo. No hay segundas oportunidades después de que has muerto por algo, al menos hasta donde sé.

—Dime otra vez el código de activación —dice Matthew. El código de activación permitirá armar el suero de memoria, y otro botón lo desplegará instantáneamente. Matthew ha hecho a Caleb repetir ambos cada pocos minutos desde que llegamos aquí.

—¡No tengo problemas memorizando secuencias de números! —dice Caleb.

—No lo dudo. Pero no sabemos en qué estado estará tu mente cuando el suero de la muerte empiece a tomar su curso, y estos códigos necesitan estar profundamente arraigados.

Caleb se estremece ante las palabras “suero de la muerte”. Yo miro con fijeza mis zapatos.

—080712 —dice Caleb—. Y entonces presiono el botón verde.



Justo ahora, Cara está pasando algo de tiempo con la gente en el cuarto de control, para así poder inyectar en sus brebajes el suero de la paz y apagar las luces en el recinto mientras están demasiado ebrios para notarlo, al igual que Nita y Tobias hicieron hace unas semanas. Cuando lo haga, correremos al Laboratorio de Armas, sin ser vistos por las cámaras en la oscuridad.

Colocados frente a mí en la mesa de laboratorio están los explosivos que Reggie nos dio. Lucen tan ordinarios, dentro de una caja negra con garras de metal en los bordes y un detonador a control remoto. Las garras unirán la caja al segundo conjunto de puertas del laboratorio. El primer conjunto aún no ha sido reparado desde el ataque.

—Creo que eso es todo —dice Matthew—. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es esperar un poco más.

—Matthew —digo—. ¿Crees que puedes dejarnos solos por un momento?

—Por supuesto. —Matthew sonríe—. Volveré cuando sea hora.

Cierra las puertas tras él.

Caleb pasa las manos por su traje impermeable, los explosivos, la mochila en donde van. Pone todo en línea, arreglando una esquina y luego otra.

—Aún recuerdo cuando éramos jóvenes y jugábamos “Verdad” —dice—. ¿En como solía sentarte en una silla en la sala y hacerte preguntas? ¿Recuerdas?

—Sí —digo. Apoyo mis caderas en la mesa—. Solías encontrar el pulso en mi muñeca y decirme si estaba mintiendo, eras capaz de decirlo, porque la Verdad siempre es capaz de decir cuando la otra persona está mintiendo. No era divertido.

Caleb ríe.

—Aquella vez, confesaste haber robado un libro de la biblioteca, justo cuando mamá vino a casa...

—¡Y entonces tuve que ir con la bibliotecaria y disculparme! —Rio también—. Esa bibliotecaria era horrible. Siempre llamaba a todos “jovencita” o “jovencito”.



—Oh, sin embargo, ella me amaba. ¿Sabías que cuando estaba en la biblioteca como voluntario, supuestamente acomodando los libros en los estantes durante mi hora de almuerzo, en realidad sólo estaba parado en los pasillos leyendo? Me atrapó un par de veces y nunca dijo nada sobre ello.

—¿En serio? —Sentí una punzada en mi pecho—. No lo sabía.

—Hay un montón de cosas que no conocemos uno del otro, supongo. —Golpetea sus dedos en la mesa—. Desearía que hubiéramos sido capaces de ser más honestos con el otro.

—También yo.

—Y, sin embargo, es demasiado tarde ahora.

Levanta la mirada.

—No para todo. —Saco una silla de la mesa del laboratorio y me siento en ella—. Juguemos “Verdad”. Responderé una pregunta y entonces tú tienes que responder otra. Honestamente, obvio.

Luce un poco exasperado, pero me sigue el juego.

—Está bien. ¿Qué hiciste realmente para romper esos vasos en la cocina cuando dijiste que los sacaste para limpiarles las marcas de agua?

Pongo mis ojos en blanco.

—¿Esa es la pregunta que quieres que responda honestamente? Vamos, Caleb.

—De acuerdo, bien. —Se aclara la garganta, y sus ojos verdes se traban con los míos, serios—. ¿Realmente me has perdonado, o sólo dices que lo hiciste porque estoy a punto de morir?

Miro mis manos que descansan en mi regazo. He sido capaz de ser bondadosa y agradable con él porque cada vez que pienso en lo que pasó en la sede de Erudición, inmediatamente pongo el pensamiento a un lado. Pero eso no puede ser perdón, si lo hubiera perdonado, sería capaz de pensar en lo que pasó sin ese odio que puedo sentir en mis entrañas, ¿cierto?





O quizás el perdón es sólo empujar a un lado continuamente los recuerdos amargos, hasta que el tiempo alivia la herida y la rabia, y el error es perdonado.

Por el bien de Caleb, elijo creer en esto último.

—Sí, lo he hecho —digo. Hago una pausa—. O al menos, lo quiero desesperadamente, y creo que vendría a ser la misma cosa.

Luce aliviado. Me muevo para que él pueda tomar mi lugar en la silla. Sé qué quiero preguntarle, y lo he hecho desde que se ofreció voluntario para hacer este sacrificio.

—¿Cuál es la mayor razón para que estés haciendo esto? —digo—. La más importante.

—No me preguntes eso, Beatrice.

—No es una trampa —digo—. Esto no me hará no perdonarte. Sólo necesito saber.

Entre nosotros están el traje impermeable, los explosivos, y la mochila, arreglados en línea sobre el acero pulido. Son los instrumentos de su partida sin regreso.

—Supongo que siento como si fuera la única forma de escapar de la culpa por todas las cosas que he hecho —dice—. Nunca he deseado nada más que deshacerme de esto.

Sus palabras me duelen por dentro. Temía que dijera eso. Sabía todo el tiempo que lo iba a decir. Desearía que no lo hubiera dicho.

Una voz resuena a través del intercomunicador en la esquina.

—Atención todos los residentes del recinto. Comienza el procedimiento de bloqueo de emergencia, efectivo hasta las cinco en punto a.m. Repito, comienza el procedimiento de bloqueo de emergencia, efectivo hasta las cinco en punto a.m.

Caleb y yo intercambiamos una mirada de alarma. Matthew empuja la puerta.

—Mierda —dice. Y entonces más alto—: ¡Mierda!





—¿Bloqueo de emergencia? —dice—. ¿Es lo mismo que un simulacro de ataque?

—Básicamente. Significa que tenemos que irnos *ahora*, mientras aún hay caos en los pasillos, y antes de que incrementen la seguridad —dice Matthew.

—¿Por qué harían eso? —dice Caleb.

—Podrían sólo querer incrementar la seguridad antes de lanzar los virus —dice Matthew—. O puede ser que se dieran cuenta de que trataremos de hacer algo; solo que si lo supieran, probablemente habrían venido a arrestarnos.

Miro a Caleb. Los minutos que tenía con él se alejan como hojas muertas llevadas de sus ramas.

Cruzo la habitación y recupero nuestras armas del mostrador, pero punzando en el fondo de mi mente está lo que Tobias dijo ayer: que los de Abnegación dicen que sólo deberías dejar a alguien sacrificarse por ti si es la última forma de demostrarte su amor.

Y para Caleb, no es de esa forma.

TOBIAS

Mis pies resbalan en el pavimento cubierto de nieve.
—No te inoculaste ayer —le digo a Peter.

—No, no lo hice —dice Peter.

—¿Por qué no?

—¿Por qué debería decirte?

Recorro mi pulgar sobre el vial y digo:

—Viniste conmigo porque sabes que tengo el suero de memoria, ¿cierto? Si quieres que te lo de, no podría hacer daño que me des una razón.

Él observa mi bolsillo otra vez, como lo hizo antes. Debe haber visto a Christina dármelo.

—Preferiría sólo *tomarlo* de ti —dice.

—Por favor. —Levanto la vista, para mirar la nieve derramándose sobre los bordes de los edificios. Está oscuro, pero la luna provee la suficiente luz para ver—. Podrías pensar que eres muy bueno peleando, pero no eres lo suficientemente bueno para ganarme, te lo prometo.

Sin advertencia él me empuja, fuerte, y me resbalo en el suelo y caigo.

Mi arma traquetea en el piso, medio enterrada en la nieve. *Eso me enseñará a ser arrogante*, pienso, y me levanto de un salto. Él agarra el cuello de mi camisa y me arroja hacia delante de modo que me resbalo otra vez, sólo que esta vez mantengo mi equilibrio y le doy un codazo en el estómago. Él me patea fuerte en la pierna, haciendo que se me entumezca, y agarra el frente de mi chaqueta para jalarme hacia él.



Su mano hurga en mi bolsillo, donde está el suero. Trato de empujarlo lejos, pero su equilibrio es demasiado seguro y mi pierna está aún entumecida. Con un gruñido de frustración, llevo mi brazo libre hasta mi rostro y aplasto mi codo en su boca. El dolor se esparce a través de mi brazo —duele golpear a alguien en los dientes— pero valió la pena. Él grita, deslizándose hacia atrás en la calle, su rostro aferrado en ambas manos.

—¿Sabes por qué ganas las peleas como un iniciado? —digo mientras me estabilizo—. Porque eres cruel. Porque te gusta herir a la gente. Y crees que eres especial, crees que todos a tu alrededor son un puñado de cobardes que no pueden tomar las difíciles decisiones como tú puedes.

Él empieza a levantarse, y lo pateo en el costado, por lo que cae abatido una vez más. Luego presiono mi pie en su pecho, justo bajo su garganta, y nuestros ojos se encuentran, los suyos amplios e inocentes y para nada como lo que está en su interior.

—No eres especial —le digo—. Me gusta herir a las personas, también. Puedo hacer elecciones crueles. La diferencia es que a veces no lo hago, y tú siempre lo haces, y eso te hace ruin.

Paso por encima de él y empiezo a caminar otra vez por la Avenida Michigan. Pero antes de dar más que unos pasos, escucho su voz.

—Es por eso que lo quiero —dice él, su voz temblando.

Me detengo. No me volteo. No quiero ver su rostro ahora mismo.

—Quiero el suero porque estoy harto de ser de esta manera —dice—. Estoy harto de hacer cosas malas y que me gusten, y que luego me pregunte qué es lo que está mal conmigo. Quiero terminarlo. Quiero comenzar de nuevo.

—¿Y no crees que esa es la salida de un cobarde? —le digo por encima de mi hombro.

—No creo que me importe si lo es o no —dice Peter.

Siento la ira que estaba bullendo dentro de mí esfumarse mientras volteo el vial sobre mis dedos, dentro de mi bolsillo. Lo escucho ponerse de pie y limpiar la nieve de sus ropas.



—No trates de meterte conmigo otra vez —le digo—, y prometo que dejaré que te reinicies a ti mismo, cuando todo esto haya terminado. No tengo ninguna razón para no hacerlo.

Él asiente, y continuamos caminando por la nieve sin marcar hacia el edificio donde por última vez vi a mi madre.



TRIS

Hay una especie de tranquilidad nerviosa en el pasillo, a pesar de que hay gente en todas partes. Una mujer choca contra mí con su hombro y entonces murmura una disculpa, y me muevo más cerca de Caleb para así no perderlo de vista. Algunas veces todo lo que quiero es ser algunos centímetros más alta, de ese modo el mundo no luce como una densa colección de torsos.

Nos movemos rápidamente, pero no demasiado rápido. Entre más guardias de seguridad veo, más presión siento construyéndose dentro de mí. La mochila de Caleb, con el traje impermeable y los explosivos dentro, rebota contra su espalda baja mientras camina.

La gente se mueve en direcciones diferentes, pero pronto, alcanzamos un pasillo por el que nadie tiene razón para caminar.

—Creo que algo debe haberle pasado a Cara —dice Matthew—. Se supone que las luces deberían estar apagadas para este momento.

Asiento. Siento el arma hundiéndose en mi espalda, disimulada por mi camisa amplia. Esperaba no tener que usarla, pero parece que lo haré, e incluso entonces no será suficiente para llevarnos al Laboratorio de Armas.

Toco el brazo de Caleb y el de Matthew, parándonos a los tres en medio del pasillo.

—Tengo una idea —digo—. Nos separamos. Caleb y yo vamos a correr hacia el laboratorio, y Matthew, tu causa algo de distracción.

—¿Distracción?

—Tienes un arma, ¿cierto? —digo—. Dispara al aire.

Él vacila.



—Hazlo —digo a través de mis dientes apretados.

Matthew saca su arma. Agarro el codo de Caleb y tiro de él hacia el pasillo. Sobre mi hombro observo a Matthew levantar el arma sobre su cabeza y disparar hacia arriba, a uno de los paneles de vidrio por encima de él. Ante el agudo disparo, me lanzo en una carrera, arrastrando a Caleb conmigo. Gritos y trozos de vidrio llenan el aire, y los guardias de seguridad nos pasan mientras salen desde los dormitorios, corriendo hacia el lugar en el que no deberíamos estar.

Es extraño sentir mis instintos y mi entrenamiento en Osadía empezar a surgir.

Mi respiración se vuelve más profunda, incluso más, mientras seguimos la ruta que determinamos esta mañana. Mi mente se siente aguda y clara. Miro a Caleb, esperando ver lo mismo pasando con él, pero la sangre parece haberse drenado de su rostro, y está jadeando. Mantengo mi mano firme en su codo, para estabilizarlo.

Bordeamos la esquina, nuestros zapatos rechinando sobre los azulejos, y un pasillo vacío con un techo de espejos se extiende frente de nosotros. Siento una sensación de triunfo. Conozco este lugar. No estamos lejos. Vamos a hacerlo.

—¡Alto! —grita una voz detrás de mí.

Los guardias de seguridad. Nos encontraron.

—¡Deténganse o disparamos!

Caleb tiembla y levanta sus manos. Levanto las mías, también, y lo miro.

Siento todo ralentizándose en mi interior, mis pensamientos precipitados y el palpitar de mi corazón.

Cuando lo miro, no veo al joven cobarde que me vendió a Jeanine Matthews, y no oigo las excusas que me dio después.

Cuando lo miro, veo al chico que sostuvo mi mano en el hospital cuando nuestra madre se rompió la muñeca y me dijo que todo estaría bien. Veo al hermano que me dijo que tomara mis propias decisiones, la noche antes de la Ceremonia de Elección. Pienso en todas las cosas notables que es: inteligente, entusiasta y observador, tranquilo, sincero y amable.





Él es una parte de mí, siempre lo será, y yo soy una parte de él, también. No pertenezco a Abnegación, u Osadía, ni siquiera a los Divergentes. No pertenezco a la Oficina, al experimento, o a la frontera. Pertenezco a la gente que amo, y ellos me pertenecen a mí... ellos, el amor y lealtad que les doy, forman mi identidad mucho más que cualquier palabra o grupo podrían.

Amo a mi hermano. Lo amo, y él tiembla de terror ante la idea de la muerte. Lo amo y todo en lo que puedo pensar, todo lo que puedo oír en mi mente, son las palabras que le dije hace unos días: *Nunca te enviaría a tu propia ejecución.*

—Caleb —digo—. Dame la mochila.

—¿Qué? —dice.

Deslizo la mano hacia mi espalda bajo mi camisa y agarro el arma. La apunto hacia él.

—Dame la mochila.

—Tris, no. —Sacude la cabeza—. No, no dejaré que lo hagas.

—¡Baje el arma! —grita el guardia al final del pasillo—. ¡Baje el arma o dispararemos!

—Puede que sobreviva al suero de la muerte —digo—. Soy buena peleando contra los sueros. Hay una posibilidad de que sobreviva. No hay oportunidad de que tú sobrevivas. Dame la mochila o te dispararé en la pierna y te la quitaré.

Entonces levanto mi voz de forma que los guardias puedan oírme.

—¡Él es mi rehén! ¡Acérquense y lo mataré!

En ese momento él me recuerda a nuestro padre. Sus ojos cansados y tristes. Hay una sombra de barba en su barbilla. Sus manos tiemblan mientras se quita la mochila del frente de su cuerpo y me la ofrece.

La tomo y la paso sobre mi hombro. Mantengo mi arma apuntándole y me muevo, de forma que él está bloqueando mi vista de los soldados al final del pasillo.

—Caleb —digo—, te amo.



Sus ojos brillan con lágrimas mientras me dice:

—También te amo, Beatrice.

—¡Tírate al piso! —grito, para beneficio de los guardias.

Caleb se hunde sobre sus rodillas.

—Si no sobrevivo —le digo—, dile a Tobias que no quería dejarlo.

Retrocedo, apuntando sobre el hombro de Caleb a uno de los guardias de seguridad. Inhalo y estabilizo mi mano. Exhalo y disparo. Oigo el grito de dolor, y me lanzo en otra dirección con el sonido de disparos en mis oídos. Corro moviéndome de un lado a otro, de forma que es difícil dispararme, y entonces surjo por la esquina. Una bala golpea la pared justo detrás de mí, haciendo un hoyo en ella.

Mientras corro, giro la mochila por mi cuerpo y abro el cierre. Tomo los explosivos y el detonador. Hay gritos y sonidos de pisadas detrás de mí. No tengo tiempo. No tengo nada de tiempo.

Corro más duro y rápido de lo que pensé que podía. El impacto de cada paso reverberando a través de mí y giro en la siguiente esquina, donde hay dos guardias parados en las puertas que Nita y los invasores rompieron. Apretando los explosivos y el detonador contra mi pecho con mi mano libre, disparo a un guardia en la pierna y al otro en el pecho.

Al que le disparé en la pierna alcanza su arma, y disparo otra vez, cerrando mis ojos después de atinar mi objetivo. No se mueve otra vez.

Corro más allá de las puertas rotas en el pasillo entre ellos. Arrojo los explosivos contra la barra de metal donde las dos puertas se unen, y encajo las garras alrededor del borde de la barra para que se sostengan. Entonces corro de vuelta al final del pasillo y alrededor de la esquina y me agacho, de espalda a las puertas, mientras presiono el botón de detonación y cubro mis oídos con mis palmas.

El ruido hace vibrar mis huesos cuando la pequeña bomba detona, y la fuerza de la explosión me lanza de lado, mi arma deslizándose por el piso. Pedazos de metal estallan a través del aire, cayendo sobre el piso donde yazco, aturdida. Incluso a través de mis oídos cubiertos por mis manos, aún oigo el sonido cuando lo dejo atrás, y me siento inestable sobre mis pies.



Al final del pasillo, los guardias me han visto. Abren fuego, y una bala me da en la parte carnosa de mi brazo. Grito, poniendo mi mano sobre la herida, y mi visión se llena de puntos en los bordes mientras me lanzo alrededor de la esquina otra vez, medio caminando y medio tambaleándome a través de las puertas abiertas por la explosión.

Más allá de ellas hay un pequeño vestíbulo con un set de puertas cerradas sin seguro al otro extremo. A través de las ventanas en esas puertas, veo el Laboratorio de Armas, las filas pares de maquinaria, oscuros dispositivos y viales de suero, iluminados desde abajo como si estuvieran en exhibición. Oigo un sonido de rociado y sé que el suero de la muerte está flotando en el aire, pero los guardias están detrás de mí y no tengo tiempo para ponerme el traje que retrasará sus efectos.

También sé, sólo sé, que puedo sobrevivir a esto.

Entro en el vestíbulo.

Traducido por LeiiBach

Corregido por Kasycrazy

TOBIAS

La sede de los Sin Facción —aunque este edificio siempre será la sede de Erudición para mí, sin importar lo que pase— se alza silenciosa en la nieve, con nada más que las ventanas brillando para indicar que hay gente dentro. Me detengo delante de las puertas y hago un sonido de disgusto con la garganta.

—¿Qué? —dice Peter.

—No me gusta estar aquí —digo.

Se retira el cabello, empapado por la nieve, de sus ojos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, romper una ventana? ¿Buscar una puerta trasera?

—Sólo voy a entrar —le digo—. Soy su hijo.

—También la traicionaste y dejaste la ciudad cuando ella le prohibió a todo el mundo hacer eso —dice él—, y envió personas detrás de ti para detenerte. Personas con armas.

—Puedes quedarte aquí si quieres —le digo.

—A dónde va el suero, voy yo —dice—. Pero si te disparan, lo agarro y me voy corriendo.

—No espero nada más.

Él es un extraño tipo de persona.

Entro en el vestíbulo, donde alguien ha restaurado el retrato de Jeanine Matthews, pero dibujaron una X en cada uno de sus ojos con tinta roja y escribieron “Escoria de Facción” en la parte inferior.



Varias personas Sin Facción usando brazaletes avanzan hacia nosotros con las armas en alto. A algunos de ellos los reconozco de las hogueras frente al almacén de los Sin Facción, o por el tiempo que pasé al lado de Evelyn como líder de Osadía. Otros son completamente desconocidos, recordándome que la población Sin Facción es más grande de lo que cualquiera de nosotros sospechaba.

Levanto mis manos en rendición.

—Estoy aquí para ver a Evelyn.

—Claro —dice uno de ellos—. Porque dejamos que entre cualquiera que quiera verla.

—Tengo un mensaje de la gente de afuera —digo—. Uno que estoy seguro que a ella le gustaría escuchar.

—¿Tobias? —dice una mujer Sin Facción.

La reconozco, pero no del almacén de los Sin Facción, si no del sector de Abnegación. Ella era mi vecina. Su nombre es Grace.

—Hola, Grace —digo—. Sólo quiero hablar con mi madre.

Se muerde el interior de la mejilla y me considera. El agarre en su arma vacila.

—Bueno, aun así se supone que no debemos dejar entrar a nadie.

—Por el amor de Dios —dice Peter—. ¡Entonces vayan y díganle que estamos aquí, a ver qué dice! Podemos esperar.

Grace se vuelve hacia la multitud que se reunió mientras hablábamos, luego baja su arma y trota por un pasillo cercano.

Permanecemos de pie por lo que parece un largo tiempo, hasta que me duelen los hombros de tener los brazos levantados. Entonces Grace vuelve y nos llama. Bajo mis manos mientras los otros bajan sus armas, y caminamos por el vestíbulo, pasando por el centro de la multitud como un pedazo de hilo a través del ojo de una aguja. Ella nos conduce hasta un ascensor.

—¿Qué haces sosteniendo un arma, Grace? —digo—. Nunca he visto a uno de Abnegación sosteniendo un arma.





—Ya no sigo las costumbres de la facción —dice—. Ahora tengo la oportunidad de defenderme a mí misma. La oportunidad de tener un sentido de auto-preservación.

—Bien —le digo, y lo digo en serio. Abnegación estaba tan rota como las otras facciones, pero sus males eran menos evidentes, envueltos como estaban en aparente desinterés. Pero requerir a una persona que desaparezca, que se desvanezca en el fondo adonde quiera que vayan, no es mejor que alentarlos a golpearse entre sí.

Subimos al piso donde estaba la oficina administrativa de Jeanine, pero no es ahí donde Grace nos lleva. En su lugar, nos lleva a una gran sala de reuniones con mesas, sofás y sillas dispuestas rigurosamente. Enormes ventanas a lo largo de la pared dejan entrar la luz de la luna. Evelyn se sienta en una mesa a la derecha, mirando por la ventana.

—Puedes irte, Grace —dice Evelyn—. ¿Tienes un mensaje para mí, Tobias?

Ella no me mira. Su espeso cabello está recogido en un moño, y lleva una camisa gris con un brazalete Sin Facción sobre ella. Se ve agotada.

—¿Te importaría esperar en el pasillo? —le digo a Peter, y para mi sorpresa, no discute. Sólo sale, cerrando la puerta tras él.

Mi madre y yo estamos solos.

—La gente de afuera no tiene mensajes para nosotros —le digo, acercándome a ella—. Querían llevarse los recuerdos de todo el mundo en esta ciudad. Ellos creen que no se puede razonar con nosotros, apelar a nuestras mejores naturalezas. Decidieron que sería más fácil borrarlos la memoria que hablar con nosotros.

—Quizás tengan razón —dice Evelyn. Finalmente, ella se gira hacia mí, apoyando la mejilla contra sus manos entrelazadas. Tiene un círculo vacío tatuado en uno de sus dedos como un anillo de bodas—. Entonces, ¿qué es lo que has venido a hacer?

Vacilo, mi mano sobre el vial dentro de mi bolsillo. La observo, y veo la manera en que el tiempo la ha tratado como un pedazo de tela vieja, las fibras expuestas y desgastadas. Y también puedo ver a la mujer que conocí de niño, la boca que se extendía en una sonrisa, los ojos que brillaban de alegría. Pero cuanto más la miro, más convencido estoy que esa mujer feliz



nunca existió. Esa mujer es sólo una versión pálida de mi verdadera madre, vista a través de los ojos egoístas de un niño.

Me siento frente a ella en la mesa y pongo el vial del suero de la memoria entre nosotros.

—He venido para que bebas esto —digo.

Ella mira el vial, y creo que veo lágrimas en sus ojos, pero podría ser sólo la luz.

—Pensé que era la única manera de evitar la destrucción total —digo—. Sé que Marcus, Johanna y su gente van atacar, y sé que vas a hacer todo lo posible para detenerlos, incluyendo el uso de ese suero de la muerte que posees, para mayor ventaja. —Inclino mi cabeza—. ¿Me equivoco?

—No —dice ella—. Las facciones son malas. No se pueden restaurar. Antes preferiría vernos a todos destruidos.

Su mano aprieta el borde de la mesa, los nudillos se le ponen blancos.

—La razón por la que las facciones eran malas es porque no había forma de salir de ellas —digo—. Nos dieron una ilusión de elección sin realmente darnos una elección. Eso es lo mismo que estás haciendo aquí, suprimiéndolos. Estás diciendo, vayan tomen decisiones. ¡Pero asegúrense de que no son las facciones o los moleré a palos!

—Si pensabas eso, ¿por qué no me lo dijiste? —dice, su voz fuerte y sus ojos evitando los míos, evitándome—. Dime, ¿en lugar de *traicionarme*?

—¡Porque tengo miedo de ti! —Las palabras estallan, y lamenté decirlas pero también estoy contento de que estén allí, contento de que antes de pedirle que renuncie a su identidad, al menos puedo ser honesto con ella—. ¡Tú... me recuerdas a él!

—No te atrevas. —Ella aprieta los puños y casi me escupe—. Ni se te ocurra.

—No me importa si no quieres oírlo —digo, poniéndome de pie—. Él era un tirano en nuestra casa, y ahora tú eres una tirana en esta ciudad, ¡y ni siquiera puedes ver que es lo mismo!





—Así que por eso has traído esto —dice ella, y envuelve su mano alrededor del vial, sujetándolo en alto para mirarlo—. Porque crees que ésta es la única manera de arreglar las cosas.

—Yo... —Estoy a punto de decir que es la forma más fácil, la mejor manera, tal vez la única manera de que pueda confiar en ella.

Si borro sus recuerdos, puedo crear una madre para mí, pero...

Pero ella es más que mi madre. Ella es una persona en su propio derecho, y ella no me pertenece.

No puedo elegir en qué se convertirá sólo porque no puedo hacer frente a quien es.

—No —le digo—. No, vine a darte una opción.

De repente me siento aterrorizado, con las manos entumecidas, y mi corazón latiendo rápido...

—Pensé en ir a ver a Marcus esta noche, pero no lo hice. —Trago fuerte—. Vine a verte en su lugar porque... porque creo que hay una esperanza de reconciliación entre nosotros. No ahora, ni pronto, pero algún día. Y con él no hay esperanza, no hay reconciliación posible.

Me mira fijamente, sus ojos feroces pero llenos de lágrimas.

—No es justo para mí darte esta opción —digo—. Pero tengo que hacerlo. Puedes dirigir a los Sin Facción, puedes luchar contra los Leales, pero vas a tener que hacerlo sin mí, para siempre. O puedes dejar ir esta cruzada, y... y tendrás a tu hijo de vuelta.

Es una oferta débil y lo sé, es por eso que tengo miedo... miedo de que ella se niegue a elegir, que elija al poder sobre mí, que me llame un niño ridículo, que es lo que soy. Soy un niño. Con dos metros de altura y está preguntándole cuánto me ama.

Los ojos de Evelyn, oscuros como la tierra húmeda, estudian los míos por un largo tiempo.

Luego me alcanza a través de la mesa y me jala fuertemente en sus brazos, formando como una jaula de alambre alrededor de mí, sorprendentemente fuerte.

—Que tengan la ciudad y todo lo que hay en ella —dice entre mi cabello.





No puedo moverme, no puedo hablar. Ella me eligió. Ella me eligió a mí.



Traducido por Itorres

Corregido por Lizzie

TRIS

El suero de la muerte huele a humo y especias, y mis pulmones lo rechazan al primer respiro que tomo. Toso y farfullo, soy tragada por la oscuridad.

Me dejo caer sobre mis rodillas. Mi cuerpo se siente como si alguien hubiera reemplazado mi sangre con melaza, y mis huesos con plomo. Un hilo invisible me tira hacia el sueño, pero quiero estar despierta. Es importante estar despierta. Me imagino eso que quiero, que deseo, que arde en mi pecho como una llama.

Los hilos jalan más fuerte, y avivan la llama con nombres. Tobias. Caleb. Christina. Matthew. Cara. Zeke. Uriah.

Pero no puedo soportar el peso del suero. Mi cuerpo cae hacia un lado, y mi brazo herido queda prensado por el frío suelo. Estoy a la deriva...

Sería agradable flotar lejos, dice una voz en mi cabeza. Para ver a dónde voy a ir...

Pero el fuego, el fuego.

El deseo de vivir.

Yo aún no he terminado, no lo he hecho.

Siento como que estoy excavando a través de mi propia mente. Es difícil recordar por qué he venido aquí y por qué importa desahogarme de este hermoso peso. Pero luego mis manos arañando lo encuentran, el recuerdo del rostro de mi madre, y los ángulos extraños de sus miembros en el pavimento, y la sangre filtrándose desde el cuerpo de mi padre.

Pero ellos están muertos, dice la voz. Puedes unirme a ellos.



Ellos murieron por mí, le respondo. Y ahora tengo que hacer algo a cambio. Tengo que hacer que otras personas paren de perder todo. Tengo que salvar a la ciudad y a las personas que mi madre y mi padre amaban.

Si voy a reunirme con mis padres, quiero llevar conmigo una buena *razón*, no ésta... este sin sentido colapsando en el umbral.

El fuego, el fuego. Ruge dentro, una fogata y luego un infierno, y mi cuerpo es su combustible. Lo siento correr a través de mí, devorando el peso. No hay nada que pueda matarme ahora; soy poderosa e invencible y eterna.

Siento que el suero se aferra a mi piel como aceite, pero la oscuridad se desvanece. Planto duramente una mano sobre el suelo y me empujo hacia arriba.

Doblada por la cintura, meto mi hombro en las puertas dobles, y éstas chillan contra el suelo a medida que los sellos se rompen. Respiro aire puro y me enderezo. Estoy allí, estoy *allí*.

Pero no estoy sola.

—No te muevas —dice David, levantando su arma—. Hola, Tris.

TRIS

—¿Cómo te inculaste tu misma contra el suero de la muerte? —me pregunta él. Todavía está sentado en su silla de ruedas, pero no necesitas caminar para disparar un arma.

Parpadeo hacia él, todavía aturdida.

—No lo hice —digo.

—No seas tonta —dice David—. No puedes sobrevivir al suero de la muerte sin una inoculación, y yo soy la única persona en el recinto que posee dicha sustancia.

Sólo lo miro fijamente, sin saber qué decir. No me inoculé a mí misma. El hecho de que todavía estoy de pie es imposible. No hay nada más por añadir.

—Supongo que ya no importa —dice—. Estamos aquí ahora.

—¿Qué estás haciendo aquí? —murmuro. Mis labios se sienten incómodamente grandes, haciendo difícil hablar. Todavía siento esa pesadez grasosa en la piel, como si la muerte se aferrara a mí, aunque la haya derrotado.

Soy vagamente consciente de que dejé mi propia arma en el pasillo detrás de mí, segura de que no la necesitaría si lo he hecho bien hasta ahora.

—Yo sabía que algo estaba pasando —dice David—. Has estado corriendo de aquí para allá con personas dañadas genéticamente durante toda la semana, Tris, ¿pensaste que no me daría cuenta? —Sacude la cabeza—. Y entonces tu amiga Cara fue sorprendida tratando de manipular las luces, pero muy sabiamente se noqueó a sí misma antes de que nos pudiera



decir algo. Así que vine aquí, por si acaso. Me entristece decir que no estoy sorprendido de verte.

—¿Viniste aquí solo? —digo—. No muy inteligente, ¿verdad?

Sus brillantes ojos se entrecierran un poco.

—Bueno, verás, tengo resistencia al suero de la muerte y un arma, y tú no tienes manera de pelear conmigo. No hay manera de que puedas robar cuatro dispositivos de virus mientras te tengo a punta de pistola. Me temo que has llegado hasta aquí sin ninguna razón, y será a costa de tu vida. El suero de la muerte pudo no haberte matado, pero yo lo voy hacer. Estoy seguro de que entiendes, no permitimos oficialmente la pena de muerte, pero no puedo dejar que sobrevivas a esto.

Él cree que estoy aquí para robar las armas que han de reiniciar los experimentos, no para disipar uno de ellos. Por supuesto que él lo cree así.

Trato de guardar mi expresión, aunque estoy segura de que sigue siendo floja. Desplazo mis ojos por la habitación, buscando el dispositivo que va a liberar el virus del suero de memoria. Estaba allí cuando Matthew se lo describió a Caleb en minucioso detalle anteriormente: una caja negra con un teclado plateado, marcado con una tira de cinta azul con un número de modelo escrito en él. Es una de las pocas cosas en el mostrador junto a la pared izquierda, a pocos metros de mí. Pero no me puedo mover, o de lo contrario él me va a matar.

Voy a tener que esperar el momento adecuado, y hacerlo rápido.

—Sé lo que hiciste —digo. Empiezo a retroceder, con la esperanza de que la acusación lo distraiga—. Sé que diseñaste la simulación de ataque. Sé que eres el responsable de la muerte de mis padres... de la muerte de mi *madre*. Lo sé.

—¡No soy responsable de su muerte! —dice David, las palabras brotando de él, demasiado fuerte y demasiado rápido—. Le *dije* lo que venía justo antes de que el ataque comenzara, así que tuvo tiempo suficiente para escoltar a sus seres queridos a un lugar seguro. Si se hubiera quedado donde estaba, ella habría vivido. Pero era una mujer tonta que no entendía de hacer sacrificios por el bien mayor, ¡y eso la *mató!*





Frunzo el ceño. Hay algo en su reacción... algo sobre la vidriosidad de sus ojos... algo que murmuró cuando Nita le disparó con el suero del miedo... algo sobre *ella*.

—¿La amabas? —digo—. Todos esos años que ella estuvo enviándote correspondencia... la razón por la que no quisiste que se quedara allí... la razón por la que le dijiste que no podías seguir leyéndole las actualizaciones, después de que ella se casó con mi padre...

David se queda inmóvil, como una estatua, como un hombre de piedra.

—Lo hice —dice—. Pero ese tiempo ya pasó.

Debe ser por eso que me dio la bienvenida en su círculo de confianza, por eso me dio tantas oportunidades. Porque soy un pedazo de ella, llevando su cabello y hablando con su voz. Porque ha pasado su vida aferrándose a ella y terminando con nada.

Oigo pasos en el pasillo exterior. Los soldados están llegando. Bien, necesito que lo hagan. Los necesito para que estén expuestos al suero en el aire, para que lo transmitan al resto del recinto. Con suerte van a esperar hasta que el aire esté libre del suero de la muerte.

—Mi madre no era una tonta —digo—. Ella entendió algo que tú no. Que no es sacrificio si es la vida de *alguien más* la que estás regalando, eso es sólo malvado.

Retrocedo un paso más y digo:

—Ella me enseñó todo sobre el sacrificio real. Que debe hacerse por amor, no por el disgusto fuera de lugar por la genética de otra persona. Que debe hacerse de la necesidad, no sin agotar todas las otras opciones. Que debe hacerse por las personas que necesitan tu fuerza ya que ellos no tienen suficiente en sí mismos. Es por eso que necesito detenerte de “sacrificar” a todas esas personas y sus recuerdos. Es por eso que tengo que librar al mundo de ti de una vez y por todas.

Niego con la cabeza.

—No he venido aquí a robar algo, David.

Me giro y me lanzo hacia el dispositivo. El arma se dispara y el dolor corre a través de mi cuerpo. Ni siquiera sé en dónde me pegó la bala.



Todavía puedo oír a Caleb repetirle el código a Matthew. Con mano temblorosa escribo los números en el teclado.

El arma se dispara de nuevo.

Más dolor, y bordes negros en mi visión, pero oigo la voz de Caleb hablar de nuevo. *El botón verde.*

Tanto dolor.

Pero, ¿cómo, cuando mi cuerpo se siente tan adormecido?

Empiezo a caer, y golpeo el teclado con la mano en mi camino hacia abajo. Una luz se enciende detrás del botón verde.

Escucho un pitido, y un sonido agitado.

Me deslizo hasta el suelo. Siento algo caliente en mi cuello, y bajo mi mejilla. Rojo. La sangre es de un color extraño. Oscuro.

Por el rabillo de mi ojo, veo a David desplomado en su silla.

Y a mi *madre* caminando por detrás de él.

Ella está vestida con la misma ropa que llevaba la última vez que la vi, de gris Abnegación, manchada con su sangre, con los brazos al desnudos para mostrar su tatuaje. Todavía hay agujeros de bala en su camisa; a través de ellos puedo ver su piel herida, roja, pero no sangra más, como si estuviera congelada en el tiempo. Su cabello rubio opaco está recogido en un moño, pero algunos mechones sueltos enmarcan su rostro en oro.

Sé que ella no puede estar viva, pero no sé si la estoy viendo ahora porque estoy delirando por la pérdida de sangre o si el suero de la muerte ha confundido mis pensamientos o si ella está aquí en alguna otra forma.

Ella se arrodilla a mi lado y toca mi mejilla con una mano fría.

—Hola, Beatrice —dice, y sonrío.

—¿Ya he terminado? —digo, y no estoy segura de si realmente lo digo o si sólo lo pienso y ella lo oye.

—Sí —dice ella, con los ojos brillantes de lágrimas—. Hija mía, lo has hecho muy bien.





—¿Y qué hay de los demás? —Ahogo un sollozo cuando la imagen de Tobias viene a mi mente, de lo oscuro que eran y todavía siguen siendo sus ojos, lo fuertes y cálidas que eran sus manos, cuando por primera vez estuvimos cara a cara—. ¿Tobias, Caleb, mis amigos?

—Se cuidarán mutuamente —dice—. Eso es lo que hacen las personas.

Sonrío y cierro los ojos.

Siento un hilo tirando de mí otra vez, pero esta vez sé que no es una fuerza siniestra la que me arrastra hacia la muerte.

Esta vez sé que es la mano de mi madre, atrayéndome a sus brazos.

Y me voy con mucho gusto en su abrazo.

ALLEGIAN'T

¿Puedo ser perdonada por todo lo que he hecho para llegar hasta aquí?

Quiero serlo.

Puedo.

Lo creo.



Traducido por LeiüBach

Corregido por Kasycrazy

TOBIAS

Evelyn se aparta las lágrimas de los ojos con el pulgar. Estamos de pie cerca de la ventana, hombro con hombro, mirando arremolinarse la nieve. Algunos de los copos se reúnen en el alféizar exterior, acumulándose en las esquinas.

La sensación ha vuelto a mis manos. Mientras observo hacia afuera al mundo, espolvoreado de blanco, siento que todo ha vuelto a empezar, y será mejor esta vez.

—Creo que puedo contactar con Marcus por la radio para negociar un acuerdo de paz —dice Evelyn—. Él va a escuchar; sería un estúpido si no lo hiciera.

—Antes de que hagas eso, hice una promesa que tengo que cumplir —digo. Toco el hombro de Evelyn. Esperaba ver tensión en los bordes de su sonrisa, pero no los veo.

Siento una punzada de culpabilidad. No he venido aquí para pedirle que baje las armas por mí, para negociar en todo lo que ella ha trabajado solo por tenerme de vuelta. Pero, de nuevo, no he venido aquí para darle alguna opción en absoluto. Supongo que Tris tenía razón: cuando tienes que elegir entre dos malas opciones, escoges la que salva a las personas que amas. No habría salvado a Evelyn dándole ese suero. La habría estado destruyendo.

Peter se sienta con la espalda contra la pared en el pasillo. Él me mira cuando me inclino sobre él, su oscuro cabello está pegado en su frente por la nieve derretida.

—¿La reiniciaste? —dice.

—No —le digo.

—No pensé que tuvieras el valor.

—No se trata de valor. ¿Sabes qué? Lo que sea. —Niego con la cabeza y sostengo el vial del suero de memoria—. ¿Todavía estás empeñado en esto?

Él asiente.

—Podrías simplemente esforzarte, ya sabes —le digo—. Podrías tomar mejores decisiones, tener una vida mejor.

—Sí, podría —dice—. Pero no lo haré. Los dos sabemos eso.

Lo sé. Sé que el cambio es difícil, y viene lentamente, y que es trabajo de muchos días ensartados en una larga línea hasta que el origen de ello se olvida. Tiene miedo de que no será capaz de someterse a ese trabajo, que va a desperdiciar esos días, y que van a dejarlo peor de lo que es ahora. Y entiendo ese sentimiento... entiendo lo que es tener miedo de ti mismo.

Así que lo siento en uno de los sofás, y le pregunto qué quiere que le diga acerca de sí mismo, después de que sus recuerdos desaparezcan como el humo. Sólo sacude la cabeza. Nada. Él no quiere retener nada.

Peter toma el vial con mano temblorosa y tuerce la tapa. El líquido tiembla en su interior, casi derramándose sobre el borde. Lo sostiene bajo su nariz para olerlo.

—¿Cuánto debo tomar? —dice, y creo que he oído que le castañeteaban los dientes.

—No creo que haga diferencia —le digo.

—Está bien. Bueno... aquí voy—. Levanta el vial hacia la luz como si me estuviera brindando.

Cuando toca su boca con el vial, digo:

—Sé valiente.

Luego se lo traga.

Y veo a Peter desaparecer.

ALLEGIANTE

ALLEGIANTE
VERONICA ROTH



El aire afuera sabe como el hielo.

—¡Oye! ¡Peter! —grito, mi respiraciones volviéndose vapor.

Peter se encuentra junto a la puerta de la sede de Erudición, luciendo despistado. Al oír su nombre —que he estado diciendo por lo menos diez veces desde que se bebió el suero— levanta las cejas, señalándose su pecho. Matthew nos dijo que la gente estaría desorientada durante un tiempo después de beber el suero de memoria, pero no pensé que “desorientado” significara “estúpido” hasta ahora.

Suspiro.

—Sí, ¡ese eres tú! ¡Por undécima vez! Ven, vamos.

Pensé que cuando lo mirara después de que bebiera el suero, todavía vería el iniciado que metió un cuchillo de mantequilla en el ojo de Edward , y el chico que intentó matar a mi novia, y todas las otras cosas que ha hecho, que se extienden hacia atrás durante el tiempo que lo conozco. Pero es más fácil de lo que pensé al ver que él no tiene idea de quién es. Sus ojos siguen teniendo esa mirada amplia, inocente, pero esta vez, lo creo.

Evelyn y yo caminamos al lado del otro, con Peter trotando detrás de nosotros. La nieve ha dejado de caer ahora, pero la suficiente se ha acumulado en el suelo donde cruje debajo de mis zapatos.

Caminamos hasta el Parque Millennium, donde la gigantesca escultura refleja la luz de la luna, y luego por unas escaleras. A medida que bajamos, Evelyn envuelve su mano alrededor de mi codo para mantener el equilibrio, e intercambiamos una mirada. Me pregunto si está tan nerviosa como yo por hacerle frente a mi padre otra vez. Me pregunto si ella está nerviosa cada vez.

En la parte inferior de la escalera hay un pabellón con dos bloques de vidrio, cada uno por lo menos tres veces tan altos que yo, en cada extremo. Aquí es donde les dijimos a Marcus y a Johanna que nos encontraríamos con ellos; ambas partes armadas para ser realistas, pero aún así.

Ellos ya están ahí. Johanna no está sosteniendo un arma, pero Marcus si, y la tiene apuntando a Evelyn. Le apunto a él con la pistola que Evelyn me dio, sólo para estar seguro. Noto los planos de su cráneo, mostrándose a través de su cabello rapado, y el camino irregular de su nariz torcida tallada por su cara.



—¡Tobias! —dice Johanna. Lleva un abrigo de un rojo Cordialidad, espolvoreado con copos de nieve—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tratando de detener a todos de matarse los unos a los otros —digo—. Me sorprende que estés llevando un arma.

Asiento con la cabeza hacia el bulto en el bolsillo de su abrigo, viendo los contornos inconfundibles de un arma.

—A veces hay que tomar medidas difíciles para garantizar la paz —dice Johanna—. Creo que concuerdas con eso, como un principio.

—No estamos aquí para charlar —dice Marcus, mirando a Evelyn—. Dijiste que querías hablar acerca de un trato.

Las últimas semanas han tomado algo de él. Lo puedo ver en las esquinas giradas hacia abajo de su boca, en la piel de color morado debajo de sus ojos. Veo mis propios ojos puestos en su cráneo, y pienso en el reflejo en mi pasaje del miedo, cuán aterrorizado estaba, viendo su piel extenderse sobre la mía como un sarpullido. Todavía estoy nervioso de que me convierta en él, incluso ahora, de pie en desacuerdo con él, con mi madre a mi lado, como siempre soñé que haría cuando era un niño.

Pero no creo que todavía tenga miedo.

—Sí —dice Evelyn—. Tengo algunos términos para que ambos aceptemos. Creo que vas a encontrarlos justos. Si estás de acuerdo con ellos, voy a renunciar y entregar cualquiera de las armas que tengo que mi pueblo no esté usando para protección personal. Voy a salir de la ciudad y no voy regresar.

Marcus se ríe. No estoy seguro de si se trata de una risa burlona o de una incrédula. Es igualmente capaz de cualquiera de esos sentimientos, un hombre arrogante y profundamente suspicaz.

—Deja que termine —dice Johanna en voz baja, metiendo las manos en las mangas.

—A cambio —dice Evelyn—, no vas atacar o tratar de tomar el control de la ciudad. Vas a permitir que aquellas personas que deseen salir y buscar una nueva vida en otro lugar puedan hacerlo. Vas a permitir que aquellos que opten por quedarse puedan *votar* por los nuevos líderes y un nuevo sistema social. Y lo más importante, *tú*, Marcus, no serás elegible para liderarlos.





Es el único término puramente egoísta del acuerdo de paz. Ella me dijo que no podía soportar la idea de que Marcus engañara a más personas para que lo siguieran, y no discutí con ella.

Johanna levanta las cejas. Me he dado cuenta que se ha retirado el cabello hacia atrás en ambos lados, para revelar la cicatriz en su totalidad. Se ve mejor así, más fuerte, cuando no se está escondiendo detrás de una cortina de cabello, escondiendo quién es.

—No hay trato —dice Marcus—. Yo soy el líder de estas personas.

—Marcus —dice Johanna.

Él la ignora.

—¡Tú no puedes decidir si los lidero o no porque tienes algo contra mí, Evelyn!

—Disculpa —dice Johanna en voz alta—. Marcus, lo que ella está ofreciendo es demasiado bueno para ser verdad, ¡obtendremos todo lo que queremos sin toda la violencia! ¿Cómo puedes decir que no?

—¡Porque yo soy el líder legítimo de estas personas! —dice Marcus—. ¡Yo soy el líder de los Leales! Yo...

—No, no lo eres —dice Johanna con calma—. Yo soy la líder de los Leales. Y tú vas a estar de acuerdo con este trato, o voy a decirles que tuviste la oportunidad de poner fin a este conflicto sin derramamiento de sangre si sacrificabas tu orgullo, y dijiste que no.

La máscara pasiva de Marcus se ha ido, dejando al descubierto la cara maliciosa de debajo. Pero ni siquiera él puede discutir con Johanna, cuya perfecta calma y perfecta amenaza lo han dominado. Él sacude la cabeza, pero no discute de nuevo.

—Estoy de acuerdo con tus términos —dice Johanna, y levanta la mano, sus pasos crujiendo en la nieve.

Evelyn se quita el guante dedo por dedo, llega a través de la brecha, y estrechan sus manos.

—Por la mañana deberíamos tener reunidos a todos y les diremos el nuevo plan —dice Johanna—. ¿Puedes garantizar una reunión segura?

—Voy a hacer mi mejor esfuerzo —dice Evelyn.





Compruebo mi reloj. Ha pasado una hora desde que Amar y Christina se separaron de nosotros cerca del edificio Hancock, lo que significa que probablemente él sabe que el virus del suero no funcionó. O tal vez no lo sabe. De cualquier manera, tengo que hacer lo que vine a hacer, tengo que encontrar a Zeke y a su madre y decirles lo que le pasó a Uriah.

—Debo irme —le digo a Evelyn—. Tengo algo más que hacer. ¿Pero te recojo en los límites de la ciudad mañana por la tarde?

—Eso suena bien —dice Evelyn, y frota mi brazo enérgicamente con una mano enguantada, como solía hacerlo cuando era un niño y entraba en frío.

—Supongo que no vas a volver —me dice Johanna—. ¿Has encontrado una vida para ti en el exterior?

—Así es —le digo—. Buena suerte aquí. La gente de afuera... ellos van a tratar de cerrar la ciudad. Deberían estar listos para ellos.

Johanna sonrío.

—Estoy segura de que podremos negociar con ellos.

Ella me ofrece su mano, y la estrecho. Siento los ojos de Marcus en mí como un peso opresivo amenazando con aplastarme. Me obligo a mirarlo.

—Adiós —digo, y lo digo en serio.

ALLEGIAN.T

Hana, la madre de Zeke, tiene unos pies tan pequeños que no tocan el suelo cuando se sienta en el sillón de su sala de estar. Ella está usando un andrajoso albornoz negro y pantuflas, pero el aire que tiene, con las manos cruzadas en su regazo y sus cejas levantadas, es tan digno que me siento como si estuviera de pie delante de un líder mundial. Echo un vistazo a Zeke, quien se frota la cara con los puños para despertarse.

Amar y Cristina los encontraron, no entre los otros revolucionarios cerca del edificio Hancock, sino en su apartamento familiar en la Espira, sobre la sede de Osadía. Sólo me los encontré, porque Christina pensó en dejarnos a Peter y a mí una nota con su ubicación en la camioneta inutilizada. Peter





está esperando en la nueva camioneta que Evelyn encontró para que nosotros condujéramos hasta la Oficina.

—Lo siento —digo—. No sé por dónde empezar.

—Podrías comenzar con lo peor —dice Hana—. Como, qué es lo que le ocurrió exactamente a mi hijo.

—Él fue herido de gravedad durante un ataque —le digo—. Hubo una explosión, y él estaba muy cerca de ella.

—Oh, Dios —dice Zeke, y empieza a balancearse de un lado a otro como si fuera un niño otra vez, aliviado por el movimiento como un niño.

Pero Hana sólo inclina la cabeza, ocultando su rostro de mí.

Su sala huele a ajo y a cebolla, tal vez los restos de la cena de esa noche. Inclino mi hombro en la pared blanca junto a la puerta. Colgando algo torcido a mi lado está una foto de la familia: Zeke cuando era un niño, y Uriah cuando era un bebé, en el regazo de su madre. El rostro de su padre está perforado en varios lugares, en la nariz, oreja y en el labio, pero su brillante y amplia sonrisa, y la tez oscura son más familiares para mí, porque le heredó esas cosas a sus hijos.

—Él ha estado en coma desde entonces —digo—. Y...

—Y no va a despertar —dice Hana, con la voz tensa—. Eso es lo que has venido a decirnos, ¿verdad?

—Sí —digo—. Vine a buscarlos para que puedan tomar una decisión en su nombre.

—¿Una decisión? —dice Zeke—. ¿Quieres decir que si lo *desconectamos* o no?

—Zeke —dice Hana, y niega con la cabeza. Él se hunde de nuevo en el sofá. Los cojines parecen envolverse a su alrededor.

—Por supuesto que no queremos mantenerlo con vida de esa manera —dice Hana—. Él querría seguir adelante. Pero nos gustaría ir a verlo.

Asiento.





—Por supuesto. Pero hay algo más que deberían decir. El ataque... fue una especie de revuelta en donde estaban involucradas algunas personas del lugar donde nos alojábamos. Y yo participé en ella.

Me quedo mirando la grieta en el piso justo en frente de mí, en el polvo que se ha acumulado por el tiempo, y espero una reacción, cualquier reacción. Lo que me da la bienvenida es sólo el silencio.

—No hice lo que me pediste —le digo a Zeke—. No cuide de él de la manera en que debía hacerlo. Y lo siento.

Me arriesgo a echar un vistazo hacia él, y está sentado quieto, mirando el vaso vacío sobre la mesa de café, el cual está pintado con descoloridas rosas.

—Creo que necesitamos un poco de tiempo con esto —dice Hana. Se aclara la garganta, pero no ayuda a su voz trémula.

—Me gustaría poder darles eso —digo—. Pero vamos a volver al recinto muy pronto, y tienen que venir con nosotros.

—Está bien —dice Hana—. Si puedes esperar afuera, vamos a estar allí en cinco minutos.

ALLEGIAN'T

El viaje de regreso al recinto es lento y oscuro. Veo a la luna desaparecer y reaparecer detrás de las nubes que nos topamos en el terreno. Cuando llegamos a los límites exteriores de la ciudad, comienza a nevar otra vez, livianos y grandes copos se arremolinan frente a los faros. Me pregunto si Tris está viéndolos barrer por el pavimento y reuniéndose en montones por los aviones. Me pregunto si ella está viviendo en un mundo mejor del que yo dejé, entre las personas que ya no recuerdan lo que es tener genes puros.

Christina se inclina hacia delante para susurrarme al oído.

—Entonces, ¿lo hiciste? ¿Funcionó?

Asiento. En el espejo retrovisor la veo tocarse el rostro con las dos manos, con una sonrisa entre sus palmas. Sé cómo se siente: segura. Todos estamos a salvo.





—¿Inoculaste a tu familia? —digo.

—Sip. Los encontramos con los Leales, en el edificio Hancock —dice—. Pero el tiempo de la reiniciación ha pasado, parece que Tris y Caleb lo detuvieron.

Hana y Zeke murmuran entre sí en el camino, admirando el oscuro y extraño mundo por el que avanzamos. Amar da la básica explicación sobre la marcha, mirando a ellos en vez de la carretera con demasiada frecuencia para mi comodidad. Trato de ignorar mis oleadas de pánico cuando él casi se desvía entre las farolas y barreras, y en su lugar se centra en la nieve.

Siempre he odiado el vacío que trae el invierno, el paisaje blanco y la gran diferencia entre el cielo y la tierra, la forma en que transforma a los árboles en esqueletos y a la ciudad en un desierto. Tal vez este invierno pueda ser persuadido de lo contrario.

Pasamos por las vallas y nos detenemos en la puerta principal, de la que ya no están a cargo los guardias. Salimos, y Zeke agarra la mano de su madre para equilibrarla mientras ella camina por la nieve. A medida que entramos en el recinto, sé a ciencia cierta que Caleb tuvo éxito, porque no hay nadie a la vista. Eso sólo puede significar que han sido reiniciados, sus recuerdos para siempre alterados.

—¿Dónde está todo el mundo? —dice Amar.

Caminamos por el puesto de seguridad abandonado sin parar. Al otro lado, veo a Cara. El costado de su rostro está muy amoratado, y hay un vendaje en su cabeza, pero eso no es lo que me preocupa. Lo que me preocupa es la mirada de preocupación en su rostro.

—¿Qué pasa? —digo.

Cara niega con la cabeza.

—¿Dónde está Tris? —le digo.

—Lo siento, Tobias.

—¿Lo sientes, por qué? —dice Christina bruscamente—. ¡Dinos que *pasó!*





—Tris entró en el Laboratorio de Armas en lugar de Caleb —dice Cara—. Sobrevivió al suero de la muerte, y liberó el suero de memoria, pero a ella... le dispararon. Y no sobrevivió. Lo siento mucho.

La mayoría del tiempo me doy cuenta cuando la gente está mintiendo, y esto debe ser una mentira, porque Tris sigue viva, sus ojos brillantes y las mejillas sonrojadas y su pequeño cuerpo lleno de poder y fuerza, de pie bajo un haz de luz en el atrio. Tris todavía está viva, ella no puede dejarme aquí solo, ella no iría al Laboratorio de Armas en lugar de Caleb.

—No —dice Christina, sacudiendo la cabeza—. De ninguna manera. Tiene que haber un error.

Los ojos de Cara se llenan de lágrimas.

Es entonces cuando me doy cuenta: Por supuesto que Tris entraría al Laboratorio de Armas en lugar de Caleb.

Por supuesto que lo haría.

Christina grita algo, pero para mí su voz suena apagada, como si hubiera sumergido mi cabeza bajo el agua. Los detalles del rostro de Cara también se han vuelto difíciles de ver, el mundo se tiñe con colores apagados.

Todo lo que puedo hacer es quedarme quieto... siento que si al quedarme quieto, puedo detenerlo de ser cierto, puedo pretender que todo está bien. Christina se encorva, incapaz de soportar su propio dolor, y Cara la abraza, y todo lo que yo estoy haciendo es estar inmóvil.



Traducido por Dark heaven

Corregido por Angeles Rangel

TOBIAS

Cuando su cuerpo golpeó la red primero, todo lo que registré fue un borrón gris. Tiré de ella y su mano era pequeña, pero caliente, y luego ella se paró delante de mí, baja, delgada y lisa y para nada especial de ninguna manera... excepto que ella había saltado primero. La Estirada había saltado primero.

Incluso yo no salté primero.

Sus ojos eran tan severos, tan insistentes.

Hermosa.

Traducido por Dark heaven

Corregido por Angeles Rangel

TOBIAS

Pero esa no era la primera vez que la veía. La vi en los pasillos de la escuela, y en el falso funeral de mi madre, y caminando por las calles en el sector de Abnegación. La vi a ella, pero no la observé; nadie la vio en la forma en que ella era en realidad hasta que saltó.

Supongo que un fuego que arde tan brillante no está destinado a durar.

Traducido por Dark heaven

Corregido por Angeles Rangel

TOBIAS

Voy a ver su cuerpo... en algún momento. No sé cuánto tiempo pasó después de que Cara me dijera lo que sucedió. Christina y yo caminamos hombro con hombro; caminamos detrás de Cara. No me acuerdo del recorrido desde la entrada hasta la morgue, realmente, sólo unas pocas imágenes borrosas y algún sonido que puedo registrar a través de la barrera que se ha levantado en el interior de mi cabeza.

Ella está acostada en una mesa, y por un momento pienso que está durmiendo, y cuando la toque, ella se va a despertar, sonreírme y darme un beso en la boca. Pero cuando la toco ella está fría, su cuerpo rígido e inflexible.

Christina sorbe por la nariz y solloza. Aprieto la mano de Tris, rezando para que si lo hago lo suficientemente duro, voy a enviar vida de vuelta a su cuerpo y ella se llenará de color y despertará.

No sé cuánto tiempo me toma darme cuenta que no va a suceder, que ella se ha ido. Pero cuando lo hago, siento que la fuerza me abandona, y me caigo de rodillas al lado de la mesa y creo que lloro entonces, por lo menos quiero, y todo dentro de mi grita por sólo un beso más, una palabra más, una mirada más, uno más.

Traducido por LizC

Corregido por Nanis

En los días que siguen, es el movimiento, no la quietud, lo que ayuda a mantener el dolor a raya, así que camino por los pasillos del recinto en lugar de dormir. Veo que todos los demás se recuperan del suero de memoria que los alteró de forma permanente como si fuera desde una gran distancia.

Aquellos perdidos en la bruma del suero de memoria se reúnen en grupos y ceden a la verdad: que la naturaleza humana es compleja, que todos nuestros genes son diferentes, pero ninguno dañado o puro. También ceden a la mentira: que sus recuerdos fueron borrados debido a un extraño accidente, y que estuvieron a punto de acabar al gobierno por igualdad para los dañados genéticamente.

Sigo encontrándome sofocado por la compañía de los demás y luego paralizado por la soledad cuando los dejo. Estoy aterrado y ni siquiera sé de qué, porque ya he perdido todo.

Mis manos tiemblan cuando me detengo en el cuarto de control para ver la ciudad en las pantallas.

Johanna está organizando los transportes para aquellos que quieren salir de la ciudad. Ellos vinieron hasta aquí para descubrir la verdad. No sé qué va a pasar con los que permanezcan en Chicago, y no estoy seguro de que me importe.

Meto las manos en los bolsillos y observo durante unos minutos, luego camino de nuevo, tratando de coincidir mis pasos a los latido de mi corazón, o para evitar las grietas entre los azulejos. Cuando camino por la entrada, veo a un pequeño grupo de personas reunidas cerca de la escultura de piedra, uno de ellos en silla de ruedas: Nita.

Camino más allá del inútil puesto de seguridad y me detengo a la distancia, observándolos. Reggie pasa sobre la losa de piedra y abre una válvula en la parte inferior del tanque de agua. Las gotas se convierten en



una corriente de agua, y pronto el agua brota del tanque, salpicando toda la losa, empapando la parte inferior de los pantalones de Reggie.

—¿Tobias?

Me estremezco un poco. Es Caleb. Me aparto de la voz, buscando una vía de escape.

—Espera. Por favor —dice.

No quiero mirarlo, para medir lo mucho, o lo poco, que sufre por ella. Y no quiero pensar en cómo ella murió por un cobarde tan miserable como él, pensar en cómo él no valía su vida.

Aun así, lo miro, preguntándome si puedo ver algo de ella en su rostro, aún hambriento de ella incluso ahora que sé que ella se ha ido.

Su cabello está sucio y descuidado, sus ojos verdes inyectados en sangre, su boca se retuerce en disgusto.

Él no se parece a ella.

—No quiero molestarte —dice él—. Pero tengo algo que decirte. Algo que... *ella* me dijo que te dijera, antes...

—Sólo continúa —le digo, antes de que él trate de terminar la frase.

—Me dijo que si no sobrevivía, debía decirte... —Caleb se ahoga al hablar, pero entonces se endereza, luchando contra las lágrimas—. Que ella no quería dejarte.

Debería sentir algo, al escuchar sus últimas palabras para mí, ¿cierto? No siento nada. Me siento más lejos que nunca.

—¿Sí? —le digo con dureza—. Entonces, ¿por qué ella? ¿Por qué no te dejó a ti morir?

—¿Crees que no me estoy haciendo esa pregunta? —dice Caleb—. Ella me quiso. Lo suficiente para retenerme a punta de pistola de modo que ella pudiera morir por mí. No tengo ni idea de por qué, pero así es como son las cosas.

Se aleja sin dejarme responder, y es probable que sea mejor así, porque no puedo pensar en nada que decir que iguale mi ira. Parpadeo las lágrimas y me siento en el suelo, justo en el centro del vestíbulo.



Sé por qué ella quería decirme que no quería dejarme. Quería que supiera que esta no era otra sede de Erudición, que no era una mentira dicha para hacerme dormir mientras ella iba a morir, que no era un acto de auto sacrificio innecesario.

Muelo los talones de mis manos en mis ojos como si pudiera empujar mis lágrimas dentro de mi cráneo. *No llores*, me castigo a mí mismo. Si permito que un poco de emoción salga, todo saldrá, y nunca va a terminar.

Algún tiempo después, oigo voces cercanas: Cara y Peter.

—Esta escultura era un símbolo de cambio —le dice—. El cambio gradual, pero ahora la van a derribar.

—Oh, ¿en serio? —Peter suena ansioso—. ¿Por qué?

—Um... Te lo explicaré más tarde, si eso está bien —dice Cara—. ¿Te acuerdas de cómo volver al dormitorio?

—Sí.

—Entonces... vuelve allí por un rato. Alguien estará allí para ayudarte.

Cara se acerca a mí, y me estremezco en previsión de su voz. Pero lo único que hace es sentarse a mi lado en el suelo, con las manos cruzadas sobre su regazo, su espalda recta. Alerta pero relajada, mientras observa la escultura en la que Reggie se encuentra de pie bajo el agua a raudales.

—No tienes que quedarte aquí —le digo.

—No tengo ningún otro sitio en donde estar —dice ella—. Y el silencio es agradable.

Así que nos sentamos lado a lado, mirando el agua, en silencio.

ALLEGIAN'T

—Ahí estás —dice Christina, corriendo hacia nosotros. Su rostro está hinchado y su voz es lánguida, como un pesado suspiro—. Vamos, es hora. Lo están desconectando.

Me estremezco ante la palabra, pero me levanto de todos modos. Hana y Zeke se ciernen sobre el cuerpo de Uriah desde que llegamos aquí, sus dedos encontrando los suyos, sus ojos en busca de vida.



Pero no queda ninguna vida, sólo la máquina animando su corazón.

Cara camina detrás de Christina y de mí a medida que avanzamos hacia el hospital. No he dormido en días, pero no me siento cansado, no de la manera que normalmente lo hago, aunque mi cuerpo me duele cuando camino. Christina y yo no hablamos, pero sé que nuestros pensamientos son los mismos, fijados en Uriah, en su último aliento.

Llegamos a la ventana de observación fuera de la habitación de Uriah, y Evelyn está ahí; Amar la recogió en mi lugar, hace unos días. Ella trata de tocar mi hombro y yo me aparto de golpe, no queriendo ser consolado.

Dentro de la habitación, Zeke y Hana permanecen de pie a cada lado de Uriah. Hana está sosteniendo una de sus manos, y Zeke está sosteniendo la otra. Un médico se coloca cerca del monitor cardíaco, con un portapapeles extendido, sostenido no hacia Hana o Zeke sino a *David*. Sentado en su silla de ruedas. Encorvado y aturdido, como todos los otros que han perdido sus recuerdos.

—¿Qué está haciendo él ahí? —Siento que todos mis músculos, huesos y nervios están en llamas.

—Él sigue siendo técnicamente el jefe de la Oficina, al menos hasta que lo reemplacen —dice Cara detrás de mí.

—Tobias, él no recuerda nada. El hombre que conociste ya no existe; es como si estuviera muerto. *Ese hombre no recuerda asesinar...*

—¡Cállate! —espeto. David firma el portapapeles y se da la vuelta, empujándose hacia la puerta. Esta se abre, y no puedo detenerme, me lanzo hacia él, y sólo la complexión robusta de Evelyn me detiene de envolver mis manos alrededor de su garganta. Él me da una mirada extrañada y se empuja a sí mismo por el pasillo mientras yo me presiono contra el brazo de mi madre, el cual se siente como una barra en mis hombros.

—Tobias —dice Evelyn—. Cálmate.

—¿Por qué nadie lo ha encerrado? —exijo, y mis ojos se tornan demasiado borrosos como para ver a través de ellos.

—Debido a que todavía trabaja para el gobierno —dice Cara—. Sólo porque lo han declarado un desafortunado accidente no significa que han





despedido a todos. Y el gobierno no va a encerrarlo sólo porque él asesinó a un rebelde bajo coacción.

—Un rebelde —repito—. ¿Eso es todo lo que ella es ahora?

—Era —dice Cara en voz baja—. Y no, por supuesto que no, pero así es como el gobierno la ve.

Estoy a punto de responder, pero Christina me interrumpe.

—Chicos, lo están haciendo.

En la habitación de Uriah, Zeke y Hana enlazan sus manos libres por encima del cuerpo de Uriah. Veo los labios de Hana en movimiento, pero no puedo decir lo que está diciendo; ¿está recitando las oraciones para los moribundos de Osadía? Los de Abnegación reaccionan a la muerte con silencio y servicio, no palabras. Encuentro que mi furia decae, y estoy perdido en un dolor sordo una vez más, esta vez no sólo por Tris, sino por Uriah, cuya sonrisa arde en mi memoria.

El hermano de mi amigo, y entonces mi amigo, también, aunque no por el tiempo suficiente para permitir que su humor se abriera camino en mí, no el tiempo suficiente.

El médico gira algunos interruptores, con su tablilla aferrada a su estómago, y la máquina deja de respirar por Uriah.

Los hombros de Zeke tiemblan, y Hana aprieta su mano con fuerza, hasta que sus nudillos se van blanco.

Luego dice algo, y sus manos se abren por completo, y ella da un paso atrás del cuerpo de Uriah. Dejando que se vaya.

Me alejo de la ventana, caminando al principio, y luego corriendo, empujando mi camino a través de los pasillos, descuidado, ciego, vacío.



Traducido por Dark heaven

Corregido por Nanis

Al día siguiente tomo una camioneta del recinto. La gente todavía está recuperándose de su pérdida de la memoria, así que nadie intenta detenerme. Conduzco sobre las vías del tren hacia la ciudad, mis ojos vagando por el horizonte, pero en realidad sin ver nada.

Cuando llego a los campos que separan la ciudad del mundo exterior, presiono el acelerador. La camioneta aplasta la moribunda hierba y la nieve bajo sus neumáticos, y pronto el suelo se convierte en pavimento en el sector de Abnegación, y apenas siento el paso del tiempo. Las calles son todas iguales, pero mis manos y pies saben a dónde ir, aunque mi mente no se moleste en guiarlos. Estacionó en la casa cercana a la señal de pare, con la agrietada acera en frente.

Mi casa.

Camino por la puerta principal y subo las escaleras, aún con ese sentimiento ahogado en mis oídos, como si estuviera a la deriva lejos del mundo. La gente habla del dolor del duelo, pero no sé qué significa. Para mí, el dolor es un devastador entumecimiento, cada sensación embotada.

Presiono mi palma en el panel que cubre el espejo de arriba, y lo empujo a un lado. Aunque la luz de la puesta de sol es naranja, arrastrándose por el suelo e iluminándome la cara desde abajo, nunca me he visto tan pálido; los círculos bajo mis ojos nunca han sido más pronunciados. He pasado los últimos días en algún lugar entre el sueño y el despertar, sin ser capaz de gestionar bien ningún extremo.

Conecto la cortadora de cabello en la toma cercana al espejo. La lámina correcta ya en el lugar, por lo que todo lo que tengo que hacer es pasarlo a través de mi cabello, doblando mis orejas hacia abajo para protegerlas de la hoja, doy vuelta la cabeza para ver la parte de atrás de mi cuello buscando lugares que podría haber pasado por alto. El cabello despojado cae a mis pies y hombros, picando cualquier piel desnuda que haya. Me paso la mano por encima de mi cabeza asegurándome de que sea



uniforme, pero no necesito comprobar, no realmente. Aprendí a hacer esto cuando era joven.

Paso mucho tiempo cepillándolo desde mis hombros y pies, y luego lo barro en un recogedor. Cuando termino, me paro frente al espejo de nuevo, y puedo ver los bordes de mi tatuaje, la llama de Osadía.

Tomo el vial del suero de memoria de mi bolsillo. Sé que ese vial eliminará la mayor parte de mi vida, pero se centrará en los recuerdos, no en hechos. Todavía voy a saber cómo escribir, cómo hablar, cómo armar una computadora, ya que esos datos están almacenados en diferentes partes de mi cerebro. Pero no voy a recordar nada más.

El experimento se ha terminado. Johanna negoció con éxito con el gobierno —los superiores de David— para permitir que los antiguos miembros de las facciones permanezcan en la ciudad, siempre que sean autosuficientes, se sometan a la autoridad del gobierno, y permitan a los forasteros venir y unirse a ellos, haciendo de Chicago sólo otra área metropolitana, como Milwaukee. La Oficina, una vez a cargo del experimento, ahora va a mantener el orden en los límites de la ciudad de Chicago.

Será la única área metropolitana en el país gobernado por personas que no creen en el daño genético. Una especie de paraíso. Matthew me dijo que espera que la gente de la frontera se movilice para llenar todos los espacios vacíos, y encuentren aquí una vida más próspera que la que dejaron.

Todo lo que quiero es llegar a ser alguien nuevo. En este caso, Tobias Johnson, hijo de Evelyn Johnson. Tobias Johnson puede haber vivido una vida aburrida y vacía, pero él por lo menos es una persona en su totalidad, no este fragmento de persona que soy, demasiado dañado por el dolor para convertirse en nada útil.

—Matthew me dijo que robaste algo del suero de memoria y una camioneta —dice una voz al final del pasillo. Christina—. Tengo que decir, en realidad no le creí.

No debo haberla escuchado entrar en la casa por el embotamiento. Incluso su voz suena como que si estuviera viajando a través del agua para llegar a mis oídos, y me lleva unos pocos segundos dar sentido a lo que dice. Cuando lo hago, la miro y digo:

—Entonces, ¿por qué viniste, si no le creíste?





—Por si acaso —dice ella, mirándome—. Además, quería ver la ciudad una vez más antes de todos los cambios. Dame ese vial, Tobias.

—No. —Doblo mis dedos sobre él para protegerlo de ella—. Ésta es mi decisión, no la tuya.

Sus oscuros ojos se ensanchan, y su rostro luce radiante con la luz solar. Hace que cada mechón de su espeso y oscuro cabello brille naranja como si estuviera en llamas.

—Ésta *no* es tu decisión —dice—. Esta es la decisión de un cobarde, y eres un montón de cosas, Cuatro, pero no un cobarde. Nunca.

—Tal vez lo soy ahora —le respondo pasivamente—. Las cosas han cambiado. Estoy bien con ello.

—No, no lo estás.

Me siento tan agotado que todo lo que puedo hacer es poner los ojos en blanco.

—No te puedes volver una persona que ella odiaría —dice Christina, en voz baja esta vez—. Y ella habría odiado esto.

Ira corre a través de mí, caliente y animada, y el sentimiento de ahogo de mis oídos desaparece, haciendo que incluso ésta tranquila calle de Abnegación suena ruidosa. Me estremezco con la fuerza de la misma.

—¡Cállate! —le grito—. ¡Cállate! No sabes lo que ella hubiese odiado; no la conocías, tú...

—¡Sé lo suficiente! —espeta ella—. ¡Sé que no querría que la borres de tu memoria como si ni siquiera te importara!

Me lanzo hacia ella, inmovilizándole su hombro contra la pared, y me inclino cerca de su rostro.

—Si te *atreves* a sugerir otra vez eso —digo—. Voy a...

—¿Tú qué? —Christina me empuja hacia atrás, con fuerza—. ¿Me lastimarás? Sabes, hay una palabra para los hombres grandes y fuertes que atacan a mujeres, y es *cobarde*.

Recuerdo los gritos de mi padre llenando la casa, y su mano alrededor del cuello de mi madre, golpeándola contra las paredes y las puertas.



Recuerdo haber visto desde mi puerta, mi mano alrededor del marco de la puerta. Y recuerdo haber escuchado sollozos a través de la puerta de su dormitorio, cómo ella la cerraba para que yo no pudiera entrar.

Doy un paso atrás y me desplomo contra la pared, dejando que mi cuerpo colapse en ella.

—Lo siento —le digo.

—Lo sé —responde ella.

Nos quedamos quietos durante unos segundos, sólo mirándonos el uno al otro. Recuerdo odiarla la primera vez que la conocí, porque era una persona de Verdad, porque las palabras sólo goteaban de su boca sin control, descuidadas. Pero con el tiempo me enseñó quién era en realidad, una amiga que perdona, fiel a la verdad, lo suficientemente valiente como para tomar acción. No puedo evitar que me agrade ahora, no puedo evitar ver lo que Tris vio en ella.

—Sé lo que se siente el querer olvidarse de todo —dice—. También sé cómo se siente que alguien que amas sea asesinado sin razón, y querer cambiar todos tus recuerdos de ellos por un sólo momento de paz.

Envuelve su mano alrededor de la mía, la cual está envuelta alrededor del vial.

—No conocí mucho a Will —dice ella—, pero él cambió mi vida. Él me *cambió*. Y sé que Tris te cambió incluso más.

La dura expresión que ella llevaba hace un instante se desvanece, y empuja mis hombros, ligeramente.

—La persona que te convertiste con ella es una que vale la pena ser —dice—. Si tomas ese suero, nunca serás capaz de encontrar el camino de regreso a él.

Las lágrimas vienen de nuevo, como cuando vi el cuerpo de Tris, y esta vez, el dolor viene con ellas, caliente y fuerte en mi pecho. Agarro el vial en mi puño, desesperado por el alivio que ofrece, la protección contra el dolor de todas las memorias arañando dentro de mí como animales.

Christina pone sus brazos alrededor de mis hombros, y su abrazo sólo hace que el dolor sea peor, porque me recuerda cada vez que los delgados brazos de Tris se deslizaron a mi alrededor, inciertos al principio pero



luego más fuerte, más confiados, más seguros de sí misma y de mí. Me recuerda que nunca ningún otro abrazo se sentirá igual alguna vez, porque nadie jamás va a ser como ella alguna vez, porque ella se ha ido.

Ella se ha ido, y el llanto se siente tan inútil, tan estúpido, pero es todo lo que puedo hacer. Christina me levanta y no dice una palabra durante mucho tiempo.

Eventualmente me alejo, pero sus manos permanecen en mis hombros, cálidas y ásperas con callos. Tal vez como la piel de una mano se torna más fuerte, después de repetido dolor, una persona también lo hace. Pero no quiero llegar a ser un hombre insensible.

Hay otros tipos de personas en este mundo. Hay del tipo como Tris, quien, después del sufrimiento y la traición, pudo todavía encontrar el suficiente amor para dar su vida en lugar de la de su hermano. O del tipo como Cara, quien todavía pudo perdonar a la persona que le disparó a su hermano en la cabeza. O Christina, quien perdió a amigo tras amigo pero aún así decide permanecer abierta a hacer otros nuevos. Apareciendo frente a mí esta otra opción, más brillante y más fuerte de las que yo mismo me di.

Mis ojos se abren, le ofrezco el vial. Ella lo toma y se lo guarda.

—Sé que todavía Zeke va a estar extraño alrededor de ti —dice, lanzando un brazo sobre mis hombros—. Pero yo puedo ser tu amiga en el ínterin. Incluso podemos intercambiar pulseras si lo deseas, como las chicas de Cordialidad hacen.

—No creo que eso sea necesario.

Bajamos las escaleras y salimos a la calle juntos. El sol se ha deslizado detrás de los edificios de Chicago, y en la distancia escucho un tren corriendo sobre los rieles, pero nos alejamos de este lugar y todo lo que ha significado para nosotros, y eso está bien.

ALLEGIAN'T

Hay tantas maneras de ser valiente en este mundo. A veces, la valentía implica dar tu vida por algo más grande que tú, o por alguien más. A veces se trata de renunciar a todo lo que has conocido, o a todo el mundo que alguna vez has amado, para el bien de algo mejor.



Pero a veces no es así.

A veces no es más que apretar los dientes por el dolor y por el trabajo de cada día, el lento paseo hacia una vida mejor.

Ese es el tipo de valentía que debo tener ahora.

EPÍLOGO

Traducido por Azuloni

Corregido por Nanis

DOS AÑOS Y MEDIO DESPUÉS

Evelyn se sitúa en el sitio donde dos mundos se juntan. Huellas de neumáticos se desgastan en la tierra ahora, por el frecuente ir y venir de la gente de la frontera que entran y salen, o la gente del antiguo recinto de la Oficina desplazándose de ida y vuelta. Su bolsa se apoya contra su pierna, en uno de los pozos en la tierra. Levanta la mano para saludarme cuando estoy cerca.

Cuando se baja de la camioneta, me besa en la mejilla, y la dejo. Siento formarse una sonrisa en mi cara, y la dejo quedarse ahí.

—Bienvenida de vuelta —le digo.

El acuerdo, cuando se lo ofrecí hace más de dos años, y cuando ella se lo ofreció de nuevo a Johanna poco después, era que debía irse de la ciudad.

Ahora, tantas cosas han cambiado en Chicago que no veo el daño en su regreso, ni ella lo hace. Aunque han pasado dos años, parece más joven, con su rostro más lleno y su sonrisa más amplia. El tiempo fuera le ha hecho bien.

—¿Cómo estás? —dice.

—Estoy... bien —le digo—. Vamos a esparcir sus cenizas hoy.

Echo un vistazo a la urna colocada en el asiento trasero como si fuese otro pasajero. Durante mucho tiempo dejé las cenizas de Tris en la morgue de la Oficina, no estando seguro de qué tipo de funeral le gustaría, y no seguro de que yo pudiese atravesar uno. Pero hoy sería el Día de la Elección, si siguiésemos teniendo facciones, y es el momento de dar un paso adelante, aunque sea uno pequeño.

Evelyn pone una mano en mi hombro y mira a los campos. Los cultivos que antes estaban aislados de las áreas alrededor de la sede de



Cordialidad se han extendido, y continuarán extendiéndose a través de todos los espacios verdes de la ciudad.

A veces echo de menos la desolada tierra vacía. Pero ahora mismo no me importa conducir a través de las filas y filas de maíz o trigo. Veo a la gente entre las plantas, controlando la tierra con los dispositivos portátiles diseñados por antiguos científicos de la Oficina.

Se visten de rojo, azul, verde y púrpura.

—¿Qué se siente, vivir sin facciones? —dice Evelyn.

—Es muy normal —le digo. Le sonrío—. Te va a encantar.

ALLEGIAN'T

Llevo a Evelyn a mi apartamento justo al norte del río. Está en uno de los pisos más bajos, pero a través de las abundantes ventanas puedo ver una amplia franja de edificios. Fui uno de los primeros pobladores de la nueva Chicago, así pude elegir dónde viviría. Zeke, Shauna, Christina, Amar y George optaron por vivir en los pisos superiores del edificio Hancock, y Caleb y Cara regresaron a los apartamentos cerca de Parque Millennium, pero yo vine aquí porque era hermoso, y porque no estaba nada cerca de ninguno de mis viejos hogares.

—Mi vecino es un experto en historia, vino de la frontera —le digo mientras rebusco mis bolsillos en busca de las llaves—. Llama a Chicago “la cuarta ciudad” porque fue destruida por el fuego, hace años, y luego otra vez por la Guerra de Purificación, y ahora estamos en el cuarto intento de arreglo.

—La cuarta ciudad —dice Evelyn mientras empujo abriendo la puerta—. Me gusta.

Casi no hay muebles en el interior, un sofá y una mesa, algunas sillas, una cocina. La luz del sol se refleja en las ventanas del edificio al otro lado del río pantanoso.

Algunos de los antiguos científicos de la Oficina están tratando de devolver al río y al lago su antigua gloria, pero tardará un tiempo. El cambio, así como la curación, lleva tiempo.

Evelyn deja caer su bolsa en el sofá.



—Gracias por dejar que me quede durante un tiempo contigo. Te prometo que encontraré otro lugar pronto.

—No hay problema —le digo. Me pone nervioso su presencia aquí, hurgando entre mis escasas pertenencias, arrastrando los pies por mis pasillos, pero no puedo permanecer distante para siempre. No cuando le prometí a ella que trataría de llenar este vacío entre nosotros.

—George dice que necesita algo de ayuda entrenando policías —dice Evelyn—. ¿No te ofreciste?

—No —le digo—. Ya te lo dije, he acabado con las armas.

—Eso está bien. Estás cumpliendo con tu *palabra* ahora —dice Evelyn, arrugando la nariz—. No confío en los políticos, ya sabes.

—Vas a confiar en mí, porque soy tu hijo —digo—. De todos modos, no soy político. Todavía no, de todos modos. Sólo un asistente.

Se sienta a la mesa y mira a su alrededor, nerviosa y ágil, como un gato.

—¿Sabes en dónde está tu padre? —dice.

Me encojo de hombros.

—Alguien me dijo que se iba. No le pregunté dónde iba.

Ella apoya la barbilla en su mano.

—¿No hay nada que quieras decirle? ¿Nada en absoluto?

—No —digo. Giro las llaves en mi dedo—. Sólo quiero dejarlo detrás de mí, a donde él pertenece.

Hace dos años, cuando estuve de pie frente a él en el parque con la nieve cayendo a nuestro alrededor, me di cuenta que, al igual que atacarlo frente a Osadía en el Mercado de Martirio no me hizo sentir mejor acerca del dolor que me causó, gritarle o insultarlo tampoco lo haría. Sólo había una opción correcta, y esa era dejarlo ir.

Evelyn me da una extraña mirada inquisitiva, luego cruza la habitación y abre la bolsa que dejó en el sofá. Saca un objeto hecho de cristal azul. Parece agua cayendo, suspendida en el tiempo.

Recuerdo cuando me lo dio. Yo era pequeño, pero no tan pequeño como para no darme cuenta que se trataba de un objeto prohibido en la facción



Abnegación, inútil y por lo tanto, auto-indulgente. Le pregunté a qué propósito servía, y ella me dijo: *no hace nada obvio. Pero podría ser capaz de hacer algo aquí.* Luego se tocó con la mano el corazón. *Las cosas bellas a veces lo hacen.*

Durante años fue un símbolo de mi rebeldía silenciosa, mi pequeña negativa a ser un deferente y obediente niño Abnegación, y un símbolo del desafío de mi madre también, aún a pesar de que creía que estaba muerta. Lo escondí debajo de mi cama, y el día que decidí dejar Abnegación, lo puse en mi escritorio para que mi padre pudiera verlo, ver mi fuerza, y la de ella.

—Cuando te fuiste, esto me recordó a ti —dice ella, apretando el cristal contra su estómago—. Me recordó lo valiente que fuiste, siempre lo has sido. —Sonríe un poco—. Pensé que deberías mantenerlo aquí. Yo quería que tú lo tuvieras, después de todo.

No confiaba en que mi voz no se quebrase si hablaba, así que sólo sonreí y asentí.

ALLEGIAN'T

El aire de la primavera es frío pero dejo las ventanas abiertas en la camioneta, para así sentirlo en mi pecho, picando en mis dedos, un recordatorio del persistente invierno. Me detengo en la plataforma del tren cerca del Mercado de Martirio y tomo la urna del asiento trasero.

Es de plata y simple, sin grabados. Yo no lo elegí; Christina lo hizo.

Camino por la plataforma hacia el grupo que ya se ha reunido.

Christina se encuentra con Zeke y Shauna, quien se sienta en la silla de ruedas con una manta sobre el regazo. Tiene una mejor silla de ruedas ahora, una sin asas en la parte de atrás, para que así pueda maniobrase con mayor facilidad.

Matthew está en la plataforma con los pies sobre el borde.

—Hola —digo, parándome junto al hombro de Shauna.

Christina me sonríe, y Zeke me da una palmada en el hombro.



Uriah murió pocos días después de Tris, pero Zeke y Hana dijeron su adiós pocas semanas después, esparciendo sus cenizas en el abismo, en medio del estruendo de todos sus amigos y familiares. Gritamos su nombre en el eco de la Fosa.

Sin embargo, sé que Zeke lo está recordando hoy, al igual que el resto de nosotros, a pesar de que este último acto de valentía Osada es para Tris.

—Tengo algo que enseñarte —dice Shauna, y lanza la manta a un lado, dejando al descubierto complicados aparatos metálicos en sus piernas. Van todo el camino hasta sus caderas y se envuelven alrededor de su vientre, como una jaula. Me sonrío, y con un chirrido de engranajes, posiciona sus pies en el suelo delante de la silla, y con mucho esfuerzo, se pone de pie.

A pesar de la seria ocasión, sonrío.

—Bueno, mira eso —digo—. Me había olvidado lo alta que eres.

—Caleb y sus amigos del laboratorio lo han hecho para mí —dice ella—. Sigo intentando controlarlo, pero dicen que podría ser capaz de correr algún día.

—Bien —le digo—. ¿Dónde está él, de todos modos?

—Él y Amar nos encontrarán al final de la línea —dice ella—. Alguien tiene que estar allí para atrapar a la primera persona.

—Sigue siendo una especie de cerebritito —dice Zeke—. Pero estoy empezando a acostumbrarme a él.

—Hm —digo, sin comprometerme. La verdad es que he hecho las paces con Caleb, pero no puedo estar cerca de él durante mucho tiempo todavía. Sus gestos, sus inflexiones, sus modales, son como los de ella. Lo hacen a él como un susurro de ella, y eso no es suficiente, pero a la vez es demasiado.

Diría algo más, pero el tren se acerca. Se acerca a nosotros en los pulidos rieles, entonces chilla al pararse frente a la plataforma. Una cabeza se asoma desde la ventana del primer vagón, donde están los controles, es Cara, con el cabello recogido en una trenza apretada.

—¡Suban! —dice.





Shauna se sienta en la silla de nuevo y se empuja a sí misma a través de la puerta. Mathew, Christina, y Zeke la siguen. Entro el último, ofreciéndole la urna a Shauna para que la sostenga, y me pongo de pie en la puerta, con la mano agarrando el asa. El tren avanza de nuevo, tomando velocidad a cada segundo, lo oigo batir sobre las vías y silbar a través de los rieles, y siento el poder de éste crecer en mi interior. El aire azota en mi cara y aprieta la ropa a mi cuerpo, y puedo ver a la ciudad expandiéndose frente a mí, los edificios iluminados por el sol.

No es lo mismo que solía ser, pero lo superé hace mucho tiempo. Todos nosotros hemos encontrado nuevos lugares. Cara y Caleb trabajan en los laboratorios de la Oficina, que ahora es un pequeño segmento del Departamento de Agricultura que trabaja para hacer la agricultura más eficiente, capaz de alimentar a más personas. Matthew trabaja en una investigación psiquiátrica en algún lugar de la ciudad; la última vez que le pregunté, estaba estudiando algo de la memoria.

Christina trabaja en una oficina que reubica a las personas de la frontera que quiere mudarse a la ciudad. Zeke y Amar son policías, y George entrena policías: trabajos de Osadía, como yo los llamo. Y yo soy asistente de uno de los representantes de nuestra ciudad en el gobierno: Johanna Reyes.

Estiro mi brazo para agarrar la otra manija y asomarme por el vagón cuando gira, casi colgando sobre la calle dos pisos por debajo de mí. Siento una gran emoción en el estómago, el miedo-emoción que los verdaderos Osados aman.

—Oye —dice Christina, de pie junto a mí—. ¿Cómo está tu madre?

—Está bien —le digo—. La veremos, supongo.

—¿Vas a tirarte por la tirolesa?

Veo la pista aparecer frente a nosotros, el final yendo al nivel de la calle.

—Sí —digo—. Creo que Tris querría que lo intentase al menos una vez.

Decir su nombre me provoca todavía una pequeña punzada de dolor, una punzada que me hace saber que su memoria sigue siendo querida para mí.

Christina mira los carriles por delante de nosotros y apoya su hombro contra el mío, sólo por unos segundos.





—Creo que tienes razón.

Mis recuerdos de Tris, algunos de los recuerdos más fuertes que tengo, se han entorpecido con el tiempo, como hacen los recuerdos, y ya no escuecen como antes. A veces me gustaría realmente superarlos en mi mente, aunque no a menudo. A veces los rememoro con Christina, y ella escucha mejor de lo que esperaba, siendo tan bocaza como es.

Cara detiene lentamente el tren, y salto a la plataforma. En la parte superior de las escaleras Shauna sale de la silla y camina por las escaleras con su aparato ortopédico, un escalón a la vez. Matthew y yo llevamos la silla vacía detrás de ella, lo que es engorroso y pesado, pero no imposible de manejar.

—¿Alguna actualización de Peter? —pregunto a Matthew cuando llegamos a la parte inferior de las escaleras.

Después de que Peter saliese de la neblina del suero de memoria, algunos de los aspectos más agudos y más duros de su personalidad regresaron, aunque no todos ellos. Perdí el contacto con él después de eso. Ya no lo odio, pero eso no significa que tenga que gustarme.

—Está en Milwaukee —dijo Matthew—. Sin embargo, no sé lo que está haciendo.

—Está trabajando en una oficina en algún sitio —dice Cara desde la parte inferior de las escaleras. Tiene la urna acunada en sus brazos, tomada del regazo de Shauna en el trayecto del tren—. Creo que es bueno para él.

—Siempre pensé que se uniría a los rebeldes Dañados Genéticamente en la frontera —dice Zeke—. Lo que muestra lo que sé.

—Es diferente ahora —dice Cara encogiéndose de hombros.

Todavía hay rebeldes Dañados Genéticamente en la frontera que creen que otra guerra es la única manera de conseguir el cambio que queremos. Caigo más en el lado que quiere trabajar por el cambio sin violencia. Ya he tenido suficiente violencia para que dure toda mi vida, y lo soporto todavía, no en cicatrices en la piel, sino en los recuerdos que se levantan en mi mente cuando menos quiero, el puño de mi padre conectando con mi mandíbula, mi arma en alto para ejecutar a Eric, los cuerpos de Abnegación tendidos por las calles de mi viejo hogar.



Caminamos por las calles hasta la tirolesa. Las facciones han desaparecido, pero esta parte de la ciudad tiene más Osados que cualquier otra, todavía reconocible por sus caras perforadas y piel tatuada, aunque ya no por los colores que usan, que a veces son chillones. Algunos deambulan por las aceras con nosotros, pero la mayoría están en el trabajo, todo el mundo en Chicago está obligado a trabajar si son capaces de ello.

Delante de mí veo el edificio Hancock curvándose hacia el cielo, su base más ancha que la parte superior. Las vigas negras se persiguen unas a otras hasta el techo, cruzándose, apretándose y extendiéndose. No he estado tan cerca en mucho tiempo.

Entramos al vestíbulo, con sus relucientes pisos pulidos y sus paredes manchadas con brillante grafitis de Osadía, dejados ahí por los residentes del edificio como una especie de reliquia. Este es un lugar de Osadía, porque son ellos los que lo adoptaron, por su altura, y una parte de mí sospecha, que también por su soledad. A los de Osadía les gustaba llenar los espacios vacíos con su ruido. Es algo que me gustaba de ellos.

375

Zeke presionó el botón del ascensor con el dedo índice. Nos amontonamos en él, y Cara presionó el número 99.

Cierro los ojos mientras el ascensor sube. Casi puedo ver el suelo abriéndose bajo mis pies, un pozo de oscuridad, y sólo un palmo de tierra firme entre la sensación de hundimiento y yo, cayendo, bajando en picado. El ascensor se estremece, deteniéndose, y me aferro a la pared para no perder el equilibrio mientras las puertas se abren.

Zeke me toca el hombro.

—No te preocupes, hombre. Lo hacemos todo el tiempo, ¿recuerdas?

Asiento. El aire corre a través de la brecha en el techo, y por encima de mí el cielo está de un azul brillante. Me arrastro con los demás hacia la escalera, demasiado aturdido por el miedo como para hacer que mis pies se muevan más rápido.

Siento la escalera bajo mis dedos y me concentro en un escalón a la vez. Por encima de mí, Shauna maniobra torpemente la escalera, utilizando en su mayoría la fuerza de sus brazos.



Le pregunté a Tori una vez, mientras me tatuaba los símbolos en mi espalda, si pensaba que éramos las últimas personas que quedaban en el mundo. *Tal vez*, fue todo lo que dijo. No creo que a ella le gustase pensar en ello. Pero aquí en el techo, es posible creer que somos las últimas personas que quedan en cualquier lugar.

Me quedo mirando los edificios a lo largo de la parte frontal del pantano, y mi pecho se oprime, se aprieta, como si estuviera a punto de colapsar sobre sí mismo.

Zeke corre a través del techo de la tirolesa y ata uno de los arneses tamaño humano al cable de acero. Él lo bloquea para que no se deslice hacia abajo, y mira a nuestro grupo expectante.

—Christina —dice—. Es todo tuyo.

Christina se acerca al arnés, tocándose la barbilla con un dedo.

—¿Qué piensas tú? ¿Boca arriba o al revés?

—Al revés —dice Matthew—. Quiero ir boca arriba, así no mojo mis pantalones, y no quiero que me copies.

—Ir boca arriba sólo hará más probable que ocurra, ya sabes —dice Christina—. Así que adelante y hazlo para que pueda empezar a llamarte Pantalones Mojados.

Christina se mete en el arnés con los pies por delante, boca abajo, por lo que va a ver el edificio haciéndose más pequeño en su viaje. Me estremezco.

No puedo verlo. Cierro los ojos mientras Christina viaja más lejos y más lejos, e incluso mientras Matthew y Shauna hacen lo mismo. Puedo oír sus gritos de alegría, como cantos de pájaro, en el viento.

—Tu turno, Cuatro —dice Zeke.

Niego.

—Vamos —dice Cara—. Es mejor acabar con esto de una vez, ¿no?

—No —le digo—. Ve tú. Por favor.

Me ofrece la urna, a continuación, toma una respiración profunda. Sostengo la urna contra mi estómago. El metal está caliente de tantas



personas que lo han tocado. Cara se sube al arnés, inestable, y Zeke la ata a él. Ella cruza los brazos sobre el pecho, y él la envía, sobre Lago Shore Drive, sobre la ciudad. No escucho nada de ella, ni siquiera un suspiro.

Entonces somos sólo Zeke y yo, mirándonos el uno al otro.

—No creo que pueda hacerlo —le digo, y aunque mi voz es firme, mi cuerpo está temblando.

—Por supuesto que sí —dice él—. Eres *Cuatro*. ¡La leyenda de Osadía! Puedes hacer frente a cualquier cosa.

Cruzo los brazos y avanzo un centímetro más cerca del borde del techo. Aunque hay varios metros de distancia, siento que mi cuerpo es lanzado por el borde, y niego una vez, y otra, y otra.

—Oye. —Zeke pone sus manos sobre mis hombros—. Esto no es sobre ti, ¿recuerdas? Es sobre ella. Hacer algo que le hubiese gustado hacer, algo por lo que ella habría estado orgullosa de ti si lo hicieras. ¿Cierto?

Eso es todo. No puedo evitarlo, no puedo echarme atrás, no cuando aún recuerdo su sonrisa mientras subía la rueda de la fortuna conmigo, o su mandíbula apretada mientras se enfrentaba a sus miedos en las simulaciones.

—¿Cómo lo hizo ella?

—Boca arriba —dice Zeke.

—Muy bien. —Le doy la urna—. Pon esto detrás de mí, ¿de acuerdo? Y abre la tapa.

Me subo al arnés, mis manos tiemblan tanto que apenas puedo agarrar los lados. Zeke aprieta las correas en mi espalda y piernas, y luego ciñe la urna detrás de mí, mirando hacia fuera, por lo que las cenizas se esparcirán. Miro hacia abajo a Lago Shore Drive, tragando bilis, y empiezo a deslizarme.

De pronto, quiero volver, pero es demasiado tarde, ya estoy cayendo hacia el suelo. Estoy gritando tan fuerte, que quiero cubrir mis propios oídos. Siento el grito viviendo dentro de mí, llenando mi pecho, garganta y cabeza.



El viento me pica en los ojos, pero me obligo a abrirlos, y en mi momento de pánico ciego entiendo por qué ella lo hizo así, de cara, porque la hacía sentir como si estuviera volando, como si fuera un pájaro.

Todavía puedo sentir el vacío debajo de mí, y es como el vacío dentro de mí, como una boca a punto de tragarme.

Me doy cuenta entonces, que he dejado de moverme. Los últimos restos de cenizas flotan en el viento como copos de nieve gris, y luego desaparecen.

La tierra se encuentra a pocos metros por debajo de mí, lo suficientemente cerca como para saltar. Los otros se han reunido allí en un círculo, con los brazos cruzados para formar una red de hueso y músculo para atraparme. Presiono mi cara contra el soporte y río.

Les lanzo la urna vacía, luego giro los brazos detrás de la espalda para deshacer las correas que me sujetaban y me dejo caer en los brazos de mis amigos como una piedra. Me atrapan, los huesos pellizcándome en la espalda y las piernas, dejándome en el suelo.

Hay un silencio incómodo mientras miro al edificio Hancock maravillado, y nadie sabe qué decir. Caleb me sonríe, cauteloso.

Christina parpadea las lágrimas fuera de sus ojos y dice:

—¡Oh! Zeke está de camino.

Zeke se precipita hacia nosotros en el arnés negro. Al principio parece un punto, luego una gota, y entonces una persona envuelta en negro. Él canta de alegría mientras aminora hasta parar, y tomo el antebrazo de Amar. A mi otro lado, me agarro a un brazo pálido que pertenece a Cara.

Ella me sonríe, y hay algo de tristeza en su sonrisa.

El hombro de Zeke golpea nuestros brazos, con fuerza, y él sonríe ampliamente mientras lo acunamos como si fuese un niño.

—Eso estuvo bien. ¿Quieres hacerlo otra vez, Cuatro? —dice.

No vacilo antes de contestar.

—Absolutamente no.





Caminamos de vuelta al tren como un grupo relajado. Shauna camina con su aparato, Zeke empuja la silla vacía, e intercambia una pequeña charla con Amar. Matthew, Cara, y Caleb caminan juntos, hablando de algo que los tiene todo emocionados, como almas gemelas que son. Christina se acerca furtivamente a mi lado y pone una mano en mi hombro.

—Feliz Día de la Elección —dice ella—. Voy a preguntar cómo estás en realidad. Y tú me vas a dar una respuesta honesta.

Hablamos así a veces, dándonos órdenes. De alguna manera se ha convertido en una de los mejores amigos que tengo, a pesar de nuestras peleas frecuentes.

—Estoy bien —digo—. Es difícil. Siempre lo será.

—Lo sé —dice.

Caminamos en la parte trasera del grupo, más allá de los edificios aún abandonados con las ventanas oscuras, sobre el puente que cruza el río-pantano.

—Sí, a veces la vida es una mierda —dice ella—. ¿Pero sabes por qué aguanto?

Levanto mis cejas.

Ella levanta las suyas también, imitándome.

—Por los momentos que no apestan —dice ella—. El truco está en darse cuenta de ellos cuando vienen.

Entonces sonrío, y le devuelvo la sonrisa, y subimos las escaleras hasta la plataforma del tren uno al lado del otro.

ALLEGIAN'T.

Desde que era pequeño, siempre he sabido esto: A cada uno de nosotros, la vida nos lastima. No podemos escapar de ese daño.

Pero ahora, también estoy aprendiendo esto: Podemos ser remediados. Nos sanamos entre nosotros.

FIN





SOBRE LA AUTORA



Veronica Roth es una escritora estadounidense nacida el 19 de agosto de 1988 en Chicago, Illinois. Ya en su juventud se sintió familiarizada con la literatura, por lo que le gustaba escribir y leer en sus tiempos libres; después de terminar sus estudios académicos, su familia tuvo conciencia del talento para escribir que tenía, la animó para que se matriculara en la prestigiosa Universidad Northwestern para estudiar “Escritura Creativa” donde se graduó y fue licenciada en dicha carrera. Estudiando en ella se sintió inspirada para escribir su primer libro.

Es conocida por su novela debut, best-seller del The New York Times, *Divergente*, y su secuela *Insurgente*. Roth ha ganado el reconocimiento de Goodreads al Libro Favorito de 2011 y a la mejor historia de Fantasía y Ciencia ficción para jóvenes adultos en 2012.

TRILOGÍA DIVERGENTE:

Divergente

Insurgente

Allegiant





CRÉDITOS

MODERADORAS

Dark Heaven
Lizzie
LizC

TRADUCTORAS

Aylinachan
Azuloni
Dark heaven
Isa 229
Itorres
Jessy
Jo
Kasycrazy
Kathesweet
LeiiBach
LizC

Lizzie
Lorenaa
Mari NC
Maru Belikov
Otravaga
PaulaMayFair
Simoriah
Soñadora
Vanehz
Vero
ᄇᄇᄇKhaleesiᄇᄇᄇ

381



CORRECTORAS

Angeles Rangel
Flochi
Kasycrazy
Laurence15
LizC

Lizzie
Mari NC
Nanis
Vero

REVISIÓN Y RECOPIACIÓN.

LizC
Lizzie
Mari NC

DISEÑO

ᄇᄇᄇKhaleesiᄇᄇᄇ





Bookzinga

382

Bookzinga



ALLEGIANT
VERONICA ROTH